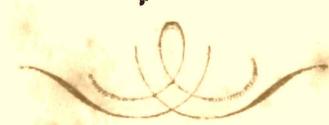


LA MUERTE
DE
BUENOS AIRES



EPOPEYA DE 1880

POR
EDUARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BOLIVAR N° 92 1/2

1882

LA MUERTE DE BUENOS AIRES

EPOPEYA DE 1880

DOS PALABRAS

Principiamos hoy la narracion de la epopeya de 1880, en que Buenos Aires mostró á la América y al mundo que, á pesar de los 70 años transcurridos, la sangre de sus hijos en el 80, en nada desmentia la sangre de sus abuelos de 1810!

La juventud porteña enseñó una vez mas que el sacrificio y el martirio para conservar las libertades de la patria, son para ella un deber ineludible, una religion intransigente.

Desde la reunion pacifica hasta el penoso servicio de los cuarteles, y desde estos hasta el fragor de la sangrienta batalla, todo lo arrojó con la sonrisa en los labios y su mayor firmeza en el corazon.

Y cayó, sí, pero como caen los leones, entre las redes de la trampa, y engañado por la palabra fraternal, pero de espaldas siempre y dispuesta á vender cara la última gota de su sangre, y el último aliento de su pecho.

Oh! no caen así sino los pueblos que combaten por las grandes causas y cuyos hijos tienen en las venas la sangre de cuatro generaciones de guerreros!

Los judios se partieron su túnica.

Hay pueblos que no mueren nunca, por sus tradiciones y por sus sacrificios en aras de la libertad y el derecho humano.

Un ejemplo de esta verdad es que aun lo vemos vivo, despues de los combates de Junio, despues de la traicion de Julio y despues de la pesarticulacion de sus miembros mas importantes.

Ella lo ha perdido todo.

Libertad, derechos, autonomía, riqueza, voluntad y accion.

Pero le queda su honor y el aliento gigante de sus hijos, que no desmaya ni cede.

La narracion que emprendemos no es una narracion política ni una narracion de ódios.

No venimos á descargar una hiel que no tenemos, ni á vengarnos de nadie.

Vamos simplemente á narrar con la mas estricta verdad histórica todos aquellos acontecimientos funestos que enlutaron la patria.

La verdad mas pura será, pues, nuestro norte, como podrá confrontarlo el lector en el curso de nuestro relato.

No tenemos ódios políticos ni ódios personales, lo que creemos una garantia para nuestra imparcialidad é independencia de narradores.

No es tampoco nuestra mente resucitar viejos y maldecidos ódios, como no abrigamos ninguna idea política, puesto que no somos políticos.

Narramos la epopeya de 1880, porque es una página de gloria para Buenos Aires y sus hijos, página que es preciso hacer conocer.

Sus hijos corriendo á la gloria y al martirio, si era necesario, sus mas distinguidas damas corriendo á los hospitales de sangre y proveyéndolos de todo lo preciso, los que cayeron como buenos dejando al paso de su cadáver una huella luminosa y los que salvaron con vida.

Los cuerpos médicos, las tramas siniestras de

Belgrano y el movimiento de sus hijos menguados en las tinieblas de la traicion, todo desfilará en la historia que emprendemos, con sus mas minuciosos detalles.

Hay episodios que son un poema y vergüenzas que pesan como una montaña.

Hay escenas que conmueven hasta el llanto y acciones que son una elegia.

Hemos hecho una preciosa recopilacion de datos, con lo que contamos no omitir ni el menor detalle de aquellos sucesos tremendos.

Tomemos, pues, los acontecimientos desde su origen.

La provincia de Buenos Aires pasaba por una situacion tirante, cuyo resultado forzoso debia ser un estallido.

Habia visto sus derechos de pueblo libre arrebatados y sus libertades escarnecidas, teniendo que soportar un sucesor dejado por el señor Sarmiento, que le nombraba un mandon de comedia, suplantando sus derechos de elegirse su propio gobierno.

Buenos Aires y las demás provincias soportaron en silencio esta vergüenza, esperando que no tardaria el dia del castigo.

Cuál fué la conducta del gobierno que dejó implantado el señor Sarmiento?

El despilfarro de los dineros del pueblo y la mas inicua supresion de sus libertades.

Toda la prensa se lo dijo, todo el pueblo lo repitió á sus oídos.

En pleno Congreso se le azotó el rostro con los calificativos mas sangrientos.

Pero nada de esto fué bastante á hacer enrojecer su frente!

Coincidió con estos cargos que se hacian al Presidente, la noticia que circuló como una revelacion de verdad, de que trabajaba por nombrarse un sucesor á su gusto.

Y el pensamiento de las consecuencias que esta pretencion podia tener, no hizo volverse atrás, al Presidente aunque el espíritu de libertad del pueblo argentino mostrara claramente que opondria una pila de cadáveres al paso de los que querian arrebatarle sus derechos.

Así en la mente de aquel hombre que tramaba uno de los mas grandes delitos contra la patria, no turbó la accion de su plan, ni la evidencia de la ruina ó de la muerte de este pueblo.

EL PLAN MALDITO

La idea de nombrarse un sucesor no le dejó un momento de reposo.

Como lo hemos dicho, á esta iniquidad no lo llevaba un plan político, ni un simple plan que colmara su ambicion de mando.

El habia elegido ya hombre, que no era poco difícil hallarlo, pero le faltaba continuar los medios de dar cima á su idea.

Arrebatat al pueblo su libertad electoral y su plantar sus derechos nombrando un sucesor que le conviniera.

Su mirada se fijó desde un principio en el general Roca, y le pasó la mano indicándole la idea de su candidatura.

Aquello fué para el general Roca como un sueño de aparecidos.

El, Presidente de la República!

Vamos, aquello no podia ser sino una farsa de aquel intrigante, á quien conocia perfectamente.

El general Roca era un mozo digno, formado en la carrera de las armas sin ningun otro estudio ni preparacion que la necesaria para llegar á ser un buen comandante.

Sencillo y sin aspiraciones, suave y jovial, era

estimado de sus compañeros y relaciones.

Siendo capitán fué ascendido á mayor y segundo gefe del 7^o á pedido del gefe de este cuerpo, entonces el comandante Lagos.

Allí siguió hasta quedar de teniente coronel y gefe del batallon, una vez que el comandante Lagos fué llamado á ocupar una posicion mas importante.

Todos saben cómo fué ascendido á coronel y en seguida á general.

El coronel Roca, una vez general, habia llegado al colmo de su ambicion en su carrera.

Su foja de servicios, distinguida y limpia, no tenia ninguna de aquellas páginas luminosas que hacen á un militar esperar el primer puesto en el ejército.

En cuanto á la politica, nunca se habia mezclado á ella, ni de ella esperaba nada.

Completamente ageno á sus manejos y sin la menor preparacion, se habia concretado siempre á su servicio y á cuidar la frontera que le habia sido encomendada.

Naturalmente, aquella idea de hacerlo presidente de golpe y zumbido, estalló en su cabeza como una granada.

El, que creía haber sobrepasado todas sus esperanzas llegando á ser general on una edad juvenil, no podia creer que Avellaneda hablara con seriedad.

Poco á poco Avellaneda fué desarrollando su plan terrible, y mostrando la facilidad de ser realizada aquella idea.

—Pero el pais se opondrá á esta imposicion! esclamaba.

Buenos Aires, donde hay tanta ilustracion y tanta inteligencia digna, el plan combatirá hasta el último aliento.

—Hay tiempo para prepararse! el que tiene la fuerza lo tiene todo, y yo respondo del resultado.

El general Roca empezó á comprender que aquel era un plan bien madurado y decidido.

Vió que Avellaneda era sincero por primera vez de su vida, para sacarse el dogal del cuello, y aceptó, aunque dudando siempre del resultado.

Desde aquel dia el general Roca meditó, consultó y vio que la cosa no era tan descabellada.

El presidente, con un talento de Mehistófeles, habia despertado en aquel militar sencillo y humilde la ambicion mas desenfrenada.

—Al fin y al cabo, pensaba acaso, ¿no es presidente él?

No subió al poder contra la voluntad de todo el pais que protestó con las armas en la mano?

Al fin y al cabo yo soy un soldado de la patria, por la que he sacrificado mi juventud.

Esto siquiera constituye en mí un mérito que él no tiene.

Y á medida que su ambicion despertaba, su razon se oscurecia hasta enceguerlo.

Y vive Dios que á cualquier otro hombre le hubiera pasado lo mismo!

Sentirse satisfecho con ser general, reconocerse falto de dotes, tal vez, para desempeñar ese puesto, y encontrarse de golpe con una Presidencia sin haberla buscado, era cosa de ofuscar á cualquier hombre de su rango intelectual.

La liga de Gobernadores! oh! la liga de Gobernadores hasta para dar el triunfo mas completo!

Un hombre de ellos en el gobierno de cada Provincia, y Buenos Aires, que es lo único temible, tendria que doblar el cuello y aceptar el freno que se le ofrece, decia la voz oficial.

El triunfo está, pues, en los Gobernadores que elijamos, pues ellos nos han de dar á su vez los diputados, senadores y electores que necesitamos.

Roca debia estar deslumbrado.

Poco versado en literatura, y sin conocimiento de la historia, no sabia que este era el famoso plan de Rosas, que le dió tan brillantes resultados y que Avellaneda no hacia mas que copiar.

Encontró, ya enceguerido por la ambicion, que aquello era lo mas sencillo de este mundo y aceptó el puesto de trabajo que se le señalaba.

Una vez con los Gobernadores, solo quedaba apoderarse del ejército, lo que seria mas fácil siendo Roca ministro de la Guerra.

Esto es por si acaso Buenos Aires no cede ante la mayoria de electores y toma las armas.

—¿Y si las toma y viene al combate?

Para eso está el ejército, cuyos elementos se preparan y cuya organizacion se reforma.

Un ministro de la Guerra activo, bien puede hacer esto en año y medio!

Roca debio quedar con el corazon estremecido por la mágia de aquel sueño fantástico que entre las manos se convertia en realidad.

Al principio todos creyeron que aquello era una grosera farsa de Avellaneda y miraron á Roca con una especie de lástima.

—El pobre tragó la bola, pensaron.

Mal desengaño vá á tener!

—Y si fuera cierto?

—Vamos, eso es lo mismo que si me dijeras que cualquier alférez lo iba á ser!

Qué merito tiene el general Roca para ser mas de lo que es?

Cuál es su preparacion para ocupar semejante puesto?

Esto es una chacota y nada mas.

Sin embargo la chacota iba tomando un carácter demasiado sério.

Roca acababa de ser llamado á ocupar el Ministerio de la Guerra, sin mas títulos que para ser Presidente, lo que concluyó de convencerlo de la posibilidad de la promesa.

El ejército fué el primero que abrió tamaña boca ante el nombramiento.

Qué, no habia militares mas inteligentes, mas dignos por su ilustracion á ocupar aquel primer rango en la milicia?

Sin embargo, habituado á obedecer callado, aceptó el nombramiento del flamante general.

La vanidad de Roca al Ministerio fué la primera prueba pública de aquella candidatura que el Presidente ocultaba.

Qué mas le quedaba que hacer?

Acatar la voluntad del Presidente y esperar mejores tiempos.

Empezó mientras tanto la labor de la liga de Gobernadores, mientras Roca en el Ministerio de la Guerra, mareado por su ambicion hábilmente atizada, daba pruebas de la mas marcada ignorancia y la mayor incompetencia para el desempeño del puesto á que habia sido llamado.

Vinieron aquellos célebres telegramas dispositivos, cuya falta de gramática y hasta de idioma dió tanto que reir á los lectores de las gacetillas que los comentaban.

Santa-Fé y Córdoba fueron el cuartel general de la liga.

Habia una dificultad, sin embargo, que era imperiosamente necesario vencer.

Apagar la soberbia de la heroica Corrientes y

aplazar con sus libertades el valor indomable de sus hijos.

Fué en aquella provincia donde se libró la primer batalla por la candidatura Roca, batalla esta que perdió vergonzosamente, en honor de la verdad y de los nobles correntinos.

Se quiso imponer al doctor Derqui, con quien se contaba para la liga de los 13 gobernadores.

Pero Corrientes se habia puesto de pié como un solo hombre.

Sus hijos, comprendiendo que luchaban por la libertad de la República entera, empuñaron las armas con su decision de siempre y su valor legendario.

La noble Corrientes iba á defenderse como lo habia hecho siempre.

El Poder aglomeró en Corrientes todas las armas del Parque y auxilió á Derqui de todas maneras.

Pero fueron vencidos y Corrientes dió el primer ejemplo de cómo cada provincia debia defender su autonomia amenazada.

Los ministros de la conciliacion con la que se rompia, dejaron sus carteras.

El valor heróico de los correntinos les arrebató una de las provincias con que se contaba para la liga.

Pero qué importaba!

Aún quedaban doce aseguradas, y estas apoyadas en todo el poder de la Nacion, bien podrian luchar contra Corrientes y Buenos Aires aliadas.

Reorganizado el gabinete, las provincias empezaron á sentirse amarradas poco á poco al carro de la liga.

A Santa-Fé y Córdoba siguió la Rioja, á esta Santiago y Jujuy y las demás en seguida.

Aquellas doce provincias argentinas no votarian mas que por el candidato de la liga, pues así lo mandaba el gobernador.

Es necesario tener una idea de lo que es un gobernador de provincia, sobre todo de provincia del interior.

El pueblo, la masa del pueblo completamente ignorante, no vé ni oye, como se dice, sino por los ojos y oidos del gobernador.

Obedece lo que este manda.

Se vive en medio de una miseria espantosa, y el pobre no piensa en otra cosa que en mejorar el mendrugo del dia siguiente.

Los medios de vida son escasos y las comodidades ninguna.

Así se vé que uno de aquellos gobernadores que deslumbraban por su lujo desmedido, lujo que llega hasta afeitarse una vez por semana, tiene que valerse de un gran ardid para proporcionarse ese lujo.

Manda pedir prestado al oficial de fuerzas nacionales mas próximas, el cabo barbero, ó un soldado vaqueano.

Cuando no hay tropa cerca, no hay ese lujo.

Porque en el interior no hay una sola barbe-

ria, como no hay un almacen, como no hay una triste posada.

Así el gobierno se apodera de aquellas poblaciones, muchas de ellas casi montañesas, y nombra un sucesor á su antojo, muchas veces sin hacer efectivo su decreto de elecciones.

Los gobernadores de la liga estaban en actitud de nombrar diputados y electores valiéndose hasta de paisanos de la campaña, que no tenian ni idea de cómo se sienta un hombre delante de otros.

Ahora en las provincias mas civilizadas, donde la juventud estudia y se instruye y donde el partido liberal asumia una actitud amenazante, se procedió de otra manera.

Las cárceles se abrieron en Tucuman y Córdoba para dar entrada á los jóvenes liberales.

La policia empezó á perseguirlos y á amordazar los diarios independientes, mientras el gobierno apuntaba al pueblo con el cañon de los rifles remitidos por el poder oficial.

No quedaba mas salvacion á la República que la que podian ofrecerle Buenos Aires y Corrientes.

A muchos de aquellos gobernadores impuestos á las provincias hermanas, empezó la prensa á llamarlos con calificativos poco agradables, el mas suave de los cuales eran estas seis terribles letras:

Ladron!

Nuestros lectores recordarán todo lo que se dijo de Almonacid y otros colegas de la liga.

En Buenos Aires se descubrió con tiempo aquella trama inicua y que fué revelada por el *Pueblo Argentino*, hoy *Patria Argentina*, aunque muchos se rieron, tratándola de sueños, teniendo que convenir despues en que este diario habia hecho rol de profeta.

La revelacion de la liga de los doce gobernadores, y sus instintos predichos por aquel diario con rara penetracion, sorprendieron al pueblo.

Así pensó el pueblo cuando recibió aquella revelacion, y hasta los mas avezados por tramas anteriores! sostuvieron que no existia tal liga de gobernadores, aunque despues el mismo señor Sarmiento tuvo la franqueza de revelar en pleno Congreso que, no solo existia una liga de gobernadores, sino una liga de doce pillos, complotados para sustraer la libertad argentina nombrando á un sucesor oficial, y no hace mucho que hemos visto una carta del doctor Iriondo que confiesa la liga, hablando de su participacion en ella.

Aquel fué un golpe que avisó á Buenos Aires el peligro de muerte que lo amenazaba.

El Poder, tomado infraganti delito de iniquidad, se acobardó primero, pero quiso esperar el resultado en hechos de aquella revelacion, para proceder segun ellos.

Desmentirlo todo, asegurar que no habia tal cosa, y duplicar sus trabajos si era posible.

Buenos Aires, como Corrientes, como todo el

partido liberal de la República, se decidieron á hacer uso de su derecho electoral á pesar de todo.

El pueblo queria nombrarse su Presidente por si mismo, indignado ante la idea de una segunda imposicion, en la que no se consultara para nada su voluntad.

Y en el terreno pacífico del derecho manifestó esta voluntad inquebrantable.

Buenos Aires, resistia á Roca principalmente porque era esta una imposicion oficial que atacaba sus libertades, que las ha conquistado con el esfuerzo de sus mas grandes sacrificios.

El Poder pensaba que los votos de las doce provincias amarradas, eran mas que los de Buenos Aires y Corrientes.

Nada suponía entonces perder las elecciones en estas dos.

Ahora faltaba este otro problema que resolver.

Buenos Aires se resistiría con las armas en a mano?

La guardia nacional llevaria la cuestion al campo de batalla?

Es cierto que el parque habia mermado un tanto en armamentos que estaban en las provincias; pero allí habia cañones.

El ejército estaba en las provincias, diseminado en los puntos necesarios.

La prensa independiente señalaba con claridad los peligros, y las luchas por las candidaturas se cruzaban.

La personalidad política de Roca, sin ningun antecedente, pues era desconocido al pais, era examinada, no encontrándosele los grandes sacrificios ó servicios que pueden dar base á un hombre para aspirar al primer puesto administrativo de la nacion.

Por mas que se le examinara, aparecia siempre el soldado humilde, que habia concluido una carrera inesperada y cuyas actitudes solo le per-

mitian desempeñar una comandancia de frontera.

Cuál era el partido político que levantaba esta candidatura imposible, contra toda opinion de valer en el pais?

Los doce gobernadores de la liga y algunos gefes del ejército, pues á la mayoria de estos el general Roca les era antipático aun como Ministro de la Guerra.

La resistencia en Buenos Aires empezó á tomar un carácter decidido, que alarmó á la liga oficial.

Los hombres de la federacion que se creía muerta fueron llamados á conciliábulo.

El gran plan de don Juan Manuel, del que solo se habia tomado la liga de Gobernadores, dió tela nueva para la inspiracion infernal de aquel malvado.

—Es necesario contraer méritos con el pais, pensaron, méritos que nadie pueda negar aun que sean una farsa.

La conquista del desierto! exclamaron—he aquí la piedra filosofal—la reputacion que mas fácilmente puede adquirirse.

No hay mas que seguir la obra de Adolfo Alsina, pasear un poco la Pampa, con una fuerte division, tomar todos los indios que se pueda, y volver con el título positivo de conquistador.

El plan fué aceptado por unanimidad, y el general Roca, lleno de ilusiones, empezó á hacer sus preparativos.

Aquella campaña tenia para él otro punto de vista mas positivo y mas de acuerdo con el plan de Rosas.

La campaña al desierto iba á darle la mas brillante oportunidad de organizar el ejército y observar el pensamiento intimo de sus jefes.

Era indudable que el gran punto de apoyo de su candidatura estaba en el ejército de línea, que era el que, en último caso, podria anular á Buenos Aires.

LA VUELTA DEL HEROE

Como no lo habian pensado, aquella conquista del desierto mostró al pais el nuevo camino que tomaba la candidatura de imposición.

Se habia hecho un paseo militar que costaba al tesoro público grandes sumas inútilmente gastadas.

Con remingtons y cañones Krupp se habia ven-

cido la tacuara de los indios amigos, arrasando sus toldos y cautivando sus hijos y mujeres.

Pero el candidato oficial habia contraído un mérito falso para el pais.

Habia conquistado veinte mil leguas de tierra que dos meses despues pasaban triunfantes los indios, tomando crueles venganzas.

Para que nadie dudara de q' el general Roca era un verdadero conquistador, se trajeron á Buenos Aires algunas mujeres y niños pampas, que se repartieron entre los amigos y partidarios, como esclavos miserables colocados fuera de toda ley humana.

La conquista del desierto daba además otro resultado.

Era difícil que los soldados porteños en el ejército de línea hicieran fuego sobre la provincia madre si llegaba el caso.

El peligro que para Buenos Aires ofrecían los indios prisioneros que fueron entonces destinados á los cuarteles para remontar el ejército, aumentaba á medida que se empezaba á instruirseles en el manejo del remington.

Oh! los pampas no tendrían escrúpulos, en caso de guerra, en disparar sus armas contra la gran ciudad.

Sus damas nobles y hermosas no eran carne de su carne.

Ellas no eran sus madres, hermanas ni hijas.

Por el contrario allí estaban los enemigos de su raza, los que habían condenado sus familias á la esclavitud y á la infamia.

La campaña al desierto había sido fecunda por mas de un motivo.

El general Roca había organizado su ejército de una manera perfecta.

Los jefes hostiles y aún los que no le eran completamente adictos, fueron anulados y hostilizados para que dejaran libres los puestos que ocupaban, puestos que fueron llenados por hombres adictos á su candidatura y capaces de todo por hacerla triunfar.

Los que le merecieron mayor confianza, fueron ascendidos en sus grados y traídos á Buenos Aires, que se convirtió en un campamento.

En cuanto esas fuerzas se retiraron de la frontera, los indios empezaron á invadir con mas audacia que antes.

El falso título de conquistador del desierto fué el que acreedor á invocarse para que el general fuese acreedor á ocupar la presidencia.

El pais sonrió ante esta farsa, y en cuanto al plan que debía arrebatárle su mas cara libertad, decidido á resistir, esperó los acontecimientos que no podían tardar.

El gobierno se convenció de que la provincia de Buenos Aires no parecía asustada ante los batallones de línea aglomerados en la ciudad, ni ante los pampas armados á remington, y en su espíritu pequeño creyó que la población de Buenos Aires era susceptible de ser impuesta por simulacros de combate y exhibición de máscaras de guerra.

Cometió el error de dudar del valor de este pueblo heroico y dió su mas grande fiasco.

La fiesta en honor de Rivadavia fué el pretexto que tomó para mostrar al pueblo todo su poder militar.

Y efectivamente, los cañones y las ametralladoras se hicieron rodar por nuestras calles.

Aquel espectáculo de armas y de batallones de indios armados á remington, aquellos cañones Krupps y Armstrong, ¿querían significar una amenaza terrible lanzada al pueblo?

El pueblo había sonreído en las bocas de sus cañones que no habían logrado ni siquiera aterrar á nuestras mujeres.

Aquel espectáculo no dió resultado alguno de temor en medio de aquella gran fiesta, y quedó demostrado que con aparatos no se impondría jamás al pueblo de Buenos Aires.

Era necesario emplear otros medios, mientras los trabajos en el interior se hacían con un ardor creciente.

Los gobernadores de la liga no descansaban un momento.

Los que estaban por concluir su término, trabajaban apuradamente para nombrarse un sucesor que perteneciera á la liga, aunque este no fuera mas que un paisano cualquiera, como el célebre Antelo.

Los que no concluían hasta despues de resuelta la cuestion presidencial, descansaban tranquilamente sobre los dineros del pueblo.

Muchos de estos gobernadores empezaron á mostrar no solo la hilaza, sino los huesos.

El saqueo fué tal, que la prensa empezó á decirlo y concluyó por señalar á algunos de ellos con el tremendo calificativo de ladron.

Se acusaba de ladron de una suma dada, al gobernador de la Rioja.

Y el pueblo riojano y su valiente diputado en el Congreso, doctor San Roman, pedían al gobierno Nacional interviniera para hacer devolver al tesoro de la Rioja la suma robada por su gobernador.

Pero el Gobierno Nacional presenciaba impasible este escándalo, pues el acusado pertenecía á la liga.

¿Qué podía importar al Presidente que acusaran de ladron al gobernador de la Rioja, cuando las mas terribles acusaciones lanzadas contra él en el seno del Congreso y en la prensa, ni siquiera lo hacían cambiar de color?

Que le entregara aquel los electores y diputados por la Rioja, y que lo escarnecieran hasta el día del juicio final.

Esas no eran cuentas suyas. Las acusaciones mas terribles empezaron entonces á caer como montañas sobre los doce de la liga, que los escuchaban con la sonrisa en los labios y la mano en la masa.

En Salta la juventud liberal quiso disputar el triunfo al gobierno, que carecía de elementos de acción.

Pero el gobernador avisó al presidente y este le envió los elementos necesarios.

El doce de línea, ensangrentando á Oran, ganó las elecciones, la juventud liberal tuvo que

ceder á la fuerza y Salta fué también amordazada como el resto de la República, menos la heroica Corrientes.

Y el Gobierno Nacional seguía aglomerando elementos en la ciudad de Buenos Aires y abandonando el famoso desierto conquistado.

El general Roca, con los halagos de sus amigos y las frases del gobierno, había concluido por perder la cabeza, y apagarse por completo la escasa luz de su inteligencia.

El humilde oficial, el ciudadano inofensivo, se había trocado en el conquistador aclamado, adquiriendo todo el porte de un verdadero Presidente de la República.

De su fisonomía se había borrado aquella sonrisa amable, siendo reemplazada por un ceño terrible y una espresion hosca.

El había vuelto del desierto firmemente decidido á sostener su candidatura.

Ya no era un misterio para nadie que la candidatura del general Roca estaba sostenida por todo el poder de la nacion.

Era preciso contrarrestar aquel poder inmenso y prepararse, no soio ya á resistirlo, sino á vencerlo.

El partido liberal de Buenos Aires, al que se reunieron todos los partidos existentes, resolvió venir á la lucha pacífica del derecho y de la libertad, amparándose en las leyes é instituciones del país.

Firme en su propósito y decidido á hacer uso de su derecho electoral, el pueblo se resolvió á luchar contra la inicua imposición oficial con que se le amenazaba, por la libertad del sufragio de la República, cualquiera que fuera el candidato que se levantara.

No era ya pues para Buenos Aires cuestion de candidaturas, de que uno ú otro subiera al poder. La lucha por la que se armó era una lucha de principios, la salvación del sistema republicano, cuya base es la representación de la colectividad en quien lo manda por la libre elección del pueblo.

Se quería quitar á este el derecho de nombrarse presidente.

El Gobernador de la Provincia de Buenos Aires se puso en oposición abierta con la imposición nacional, y entonces todos, aún los que no lo aceptaban como candidato á la presidencia, se pusieron de su lado para combatir con él la imposición de Roca.

Era pues cuestion de principios y no de personas.

El espíritu público no pensaba en candidaturas particulares sino en la salvación del derecho de elegir libremente.

El partido liberal de toda la República aceptó pues el plegarse al Gobernador de la Provincia para combatir la imposición nacional.

Los que tenían otras creencias las callaron, y los enemigos políticos del doctor Tejedor no lo combatieron.

No era cuestion de nombres propios sino de salvación de derechos.

Tejedor ú otro cualquiera era indiferente, porque solo se trataba de hacer triunfar el principio, contra el sucesor que Avellaneda se quería imponer y á cuyo efecto se preparaba como para una guerra nacional.

En las mismas provincias, amordazados el partido liberal y los hombres honrados, acompañaron con su aliento y con su deseo á Buenos Aires.

La heroica é indómita Corrientes, que ya había mostrado cómo se lucha contra los gobiernos usurpadores, envió á Buenos Aires su palabra de cariño y de alianza en la lucha noble que emprendía.

La determinación de esta actitud cayó como una granada en el campo enemigo.

El gobierno de Buenos Aires, procediendo con habilidad y prudencia, podía desbaratar todos sus planes.

Buenos Aires tiene dinero á montones, firmeza á toda prueba, un patriotismo jamás desmentido y la guardia nacional mas brava y bizarra de la América.

Qué podría todo un decantado Poder de la Nación, si un gobierno hábil usaba con tino todos esos elementos, ayudado por la provincia de Corrientes, cuyo látigo había sentido ya en las espaldas?

La cuestion no era tan sencilla, si la resistencia pacífica se convertía en resistencia armada, disponiendo de tales elementos.

Sin embargo Avellaneda tuvo una esperanza, digna esperanza de un corazón incapaz de latir por nada noble.

Tejedor tiene enemigos, dijo á sus parciales y aliados, enemigos que lucharán contra su candidatura vigorosamente.

Buenos Aires se dividirá entonces en dos grandes partidos, á causa de Tejedor, partidos que se devorarán entre si y nos darán el triunfo.

Los que quieren ser candidatos por una parte y los partidarios de estos candidatos por otra, nos prepararán el camino y nos entregarán el triunfo.

Dejémoslos por ahora.

Todos los aliados de Avellaneda, entre los que figuraban un par de porteños, encontraron aquello de una lógica indestructible y exclamaron: --Se han suicidado con Tejedor!

Pero el Poder Nacional se había equivocado.

Si en Buenos Aires había fracciones políticas desafectas á Tejedor y aun enemigos suyos, estos lo olvidaron todo para pensar en el peligro común, desde que ni para el pueblo ni para el gobierno era cuestion de candidaturas sino de salvar el sufragio popular de la nacion.

Todo se hizo á un lado, resentimientos, enemistades, y antipatías y solo se pensó en rodear

al gobernador de Buenos Aires para triunfar con él ó caer con la última libertad conculcada.

Era la mas hermosa prueba de grandeza y de patriotismo que podia ofrecer un pueblo.

Esta conducta noble, fué el primer golpe que recibió el plan de Avellaneda.

La liga se alarmó y el mismo general Roc^a pudo convencerse de que á Buenos Aires solo podria dominársele y hacerlo aceptar su candidatura con un fuerte ejército y despues de muchas y duras batallas.

Pero no por esto cambiaron un átomo de su linea de conducta.

EN CAMPAÑA

Era preciso operar en las provincias sin pérdida de tiempo.

Buenos Aires, comprendiendo que la inacción era la muerte, se preparaba á una resistencia ruda, en el terreno en que la imposicion se presentara:

El gobierno nacional aglomeraba en Buenos Aires todos sus elementos militares.

Sus calles se habian convertido en campo de maniobras y las compañías de linea se ejercitaban en ellas, como estudiando el terreno en que tendrian que operar bien pronto.

Las armas del Parque nacional salian en grandes remesas para las provincias de la liga, que se preparaban sordamente al principio y despues con todo descaro, para imponer á Buenos Aires por las armas.

La juventud de Buenos Aires se preparó á su vez á la lucha armada, si ella sobrevenia.

Iba á tenerse que luchar con el ejército de linea, y era preciso sobrepasar á este en sus ventajas de disciplina y estrategia, mientras el soldado de linea, instrumento ciego y obediente, no podria nunca tener el vigor de los soldados libres que combaten por una causa noble, impulsados por el sagrado cariño de la patria y del hogar, y por el deber de defender la familia y la fortuna comun.

Entre las diversas comisiones ó consejos directivos que nombró el partido liberal, se nombró como el mas importante de todos un comité reservado para elegir la política de defensa y tomar medidas para el mejor resultado de la resistencia.

Este comité reservado fué compuesto de las siguientes personas:

El brigadier don Bartolomé Mitre, en representacion y como jefe del partido nacionalista.

El doctor don Carlos Tejedor, gobernador de Buenos Aires, como representante de Buenos Aires.

El coronel don José Inocencio Arias, como re-

presentante de la provincia de Corrientes, del partido liberal de Córdoba y otras provincias, y como presidente del comité laspiurista.

El general don Martin Gainza como representante del partido autonomista.

Y el brigadier don Emilio Mitre, como presidente de los partidos conciliados.

Este comité reservado se reunió, y de esta reunion surgió la luminosa idea del Tiro Nacional, cuya presidencia se encomendó al coronel don Julio Campos.

Este importante comité siguió funcionando hasta los conflictos de Junio, aunque sin el concurso del brigadier Mitre, don Bartolomé, que se ausentó á la campaña por razones de salud.

La idea del tiro cayó como un rayo de luz entre la juventud de Buenos Aires.

Así podian ejercitarse en el manejo del arma, adquirir la desenvoltura necesaria en las maniobras y ponerse en condiciones de poder luchar con el ejército de linea.

El tiro nacional se formó así, en medio de un entusiasmo indescriptible.

La juventud acudió presurosa al primer llamado de los iniciadores de la idea y tomó su puesto de aprendizaje, para cambiarlo mas tarde por el de combate.

La sociedad tenia el carácter de todas las sociedades de tiro, á semejanza de las de Suiza y otros puntos de Europa.

Tenia sus estatutos aprobados por el Gobierno, siendo su organizacion perfectamente licita, puesto que se hacia uso de un derecho incuestionable.

El derecho de ejercitarse en el manejo de las armas.

Bajo la presidencia del coronel Julio Campos, el tiro nacional empezó á reunirse cada domingo en Palermo, en un terreno propio, puesto que era alquilado con aquel objeto.

El punto de reunion del tiro nacional se habia

convertido en un paseo magnífico por su gran significación social.

Allí se reunían unos dos mil jóvenes de nuestras principales familias, con un arma al brazo, alentados por una concurrencia espléndida de damas, pues ardiendo en entusiasmo, iban á significar con su presencia que los hombres no estaban solos en aquella gran cruzada.

El corazón de nuestras damas había latido también noblemente ante la actitud de sus esposos, hijos, hermanos, y concurrían en gran número á honrar con su presencia aquel acto de patriotismo y abnegación.

El éxito del tiro fué superior á todo cálculo.

Cada domingo el número de tiradores se aumentaba de una manera notable, y con ello la concurrencia de las damas.

Cada joven había adquirido su arma de precisión, á su costa, y se trataba ya de organizarse en cuerpos, para ponerse á la altura de cualquier batallón de línea.

De entre ellos mismos se eligieron los jefes de cuerpo y oficiales instructores, de entre los mismos de la asociación que habían prestado ya sus servicios á la patria en el ejército de línea.

Y el comandante Joaquín Montaña, Alberto Huergo, Domingo Rebuccion, Alberto Seguí, Rivas y tantos otros, ocuparon el puesto de honor que la juventud de Buenos Aires les señalaba.

Y con noble interés y actividad asombrosa, se entregaron á la labor patriota con tal desvelo, que, un par de meses más tarde, aquellos cuerpos de jóvenes, estudiantes en su mayor parte, parecían en sus maniobras verdaderos batallones de veteranos.

Todos aquellos gastos se cubrían de su propia cuenta, á cuyo efecto la mayor parte, ó mejor dicho la totalidad de los jóvenes empleados, entregaban á la caja común el sueldo de su asiduo trabajo.

La unidad de acción y de pensamiento era perfecta.

Jamás la más pequeña nota discordante vino á sonar en aquel inmenso acorde de sentimientos gañdes y nobles aspiraciones.

Los viejos militares como Mirre, Arias, Lagos, Morales, Campos, Garmendia, Arredondo, y tantos otros, conmovidos y entusiasmados, admiraban el amor y constancia de aquella juventud magnífica, que en un par de meses de fatiga y desvelo se había perfeccionado de tal manera en el ejercicio de las armas, que evolucionaba y maniobraba como cualquier tropa de línea.

Sostenida por semejante juventud, la causa de Buenos Aires tenía que triunfar siempre, salvo errores ajenos á ella ó acontecimientos imprevistos.

Todavía se dudaba algo de la actitud del ejército.

No se contaba con el apoyo de ninguno de los cuerpos, pero no se creía tampoco que aceptarían el rol de sepultureros de la gloriosa ciudad que simbolizaba sus propias glorias.

—Qué propósito tendrían los jefes del ejército, se preguntaban todos, de barrer con sus cañones esta juventud brillante y generosa, cuya causa de acción era la defensa de una libertad (patria, la del sufragio, y á cuya espalda estaban las damas y ancianos de Buenos Aires?

El punto era dudoso y nadie quería afrontar el dolor de creerlo así.

Sin embargo, entre las tropas en Buenos Aires y su población empezó á reinar cierto antagonismo esbozado todavía.

Buenos Aires sentía dolor al contemplar aquel bizarro y valiente ejército, parte viva de todas sus glorias, amenazado de ser sacrificado en aras de la ambición.

Amaba á aquellos viejos veteranos cubiertos de medallas y nobles cicatrices, y se conmovía de una manera poderosa al pensar que aquel ejército y aquella juventud podrían colocarse un día frente á frente, bajo el fuego terrible de los remingtons y los Krupp.

Por eso mismo la lucha armada era el último socorro de que echaría mano, si el Gobierno Nacional, vencido por la opinión, quería imponerle el candidato por medio de la fuerza y del fuego de sus cañones.

Esta actitud viril y entusiasta del pueblo de Buenos Aires, alarmó seriamente al Gobierno Nacional.

Ante semejante actitud estaba perdido y no le quedaba más recurso que la guerra contra Buenos Aires, pero una guerra á sangre y fuego hasta conseguir el resultado propuesto.

Aquello era tremendo.

La responsabilidad era inmensa y el atentado que se meditaba, antes de ejecutarlo, era necesario pensarlo un poco más.

Se podía tentar una manera de desarmar á Buenos Aires.

Entonces, el triunfo de la causa federal era un problema resuelto, pues el candidato, una vez desarmado el pueblo que lo resistía, sería impuesto sin necesidad de derramar sangre.

Pero esto era una empresa irrealizable.

El pueblo de Buenos Aires, viendo los elementos que para anonadarlo se aglomeraban, pidió apoyo á su propio gobierno para defender su soberanía asaltada y su vida amenazada brutalmente.

El pueblo rodeó al gobierno para que se pusiera á la cabeza y resistiera la imposición, en el terreno de los principios constitucionales.

Y el gobierno de la provincia, poniéndose á la altura de las soberanas circunstancias, aceptó el apoyo formidable que le ofrecía el pueblo, y le

prometió velar por sus derechos y libertades, resistiendo en otro terreno constitucional la política de imposición y de sangre que seguía el gobierno de la nación.

--Obedeceré la voluntad del pueblo, dijo, y me pondré á la cabeza de un movimiento regenerador.

El gobierno de la provincia se colocaba en un terreno de resistencia pacífica, mientras el enemigo se armaba hasta los dientes, y este fué un gran error, que continuado despues contribuyó á la ruina del país.

No darse cuenta exacta del rol que habia asumido.

Dejaba á su enemigo armarse y organizarse, le dejaba la iniciativa del golpe, de la acción y del terreno, sin tomar una medida para contrarrestar las ventajas á que renunciaba.

Él que se colocaba en el terreno de la resistencia pacífica y constitucional armada, no podia reducirse á una política de resistencia diplomática.

El pueblo de Buenos Aires no se levantaba en nombre de una candidatura para ir á la lucha.

El nombre del candidato le era indiferente, pues él se alzaba en sosten de las libertades y contra la imposición del Gobierno Nacional.

Por eso la candidatura Tejedor fué aceptada, á pesar de las resistencias de los unos y la antipatía que levantaba en otras fracciones.

Los que no la hubieron aceptado de otro modo no le hicieron fuego, aunque ella no fué obra de todos los partidos unidos.

Era preciso sacrificar algo contra la imposición, y se aceptó á Tejedor como se hubiera aceptado otro cualquiera.

La cuestión era mas sagrada que la personalidad de un candidato.

Por esto es que, sin ser el candidato de Buenos Aires, Buenos Aires aceptó al doctor Tejedor.

--No quiero ser gobierno rebelde, decia este, sin ver que no podia ser rebelde el gobierno que defendía la constitución, las leyes, las libertades y hasta la integridad de su provincia, contra los inalicables avances del gobierno nacional.

El gobierno nacional, comprendiendo la ventaja de la posición en que se le dejaba, trató de ganar aquel tiempo precioso organizando todos sus elementos de combate.

El general Roca abandonó el Ministerio de la Guerra y fué al interior á ponerse de acuerdo con la liga, mientras el señor Sarmiento era llamado al Ministerio del Interior, con la intención de oponer un carácter poco afable á Buenos Aires, y hacer que este provocara el conflicto.

--Pero es que toda la República está armada, decia el señor Sarmiento, y armada por la liga de los gobernadores.

--Desarmaremos primero á Buenos Aires y despues á las demás provincias, se le respondía.

Y el señor Sarmiento aceptaba la idea de desarmar á Buenos Aires, pero para seguir haciendo lo mismo con Santa-Fé, Córdoba, etc.

Esto no era lógico.

Una vez desarmada Buenos Aires, quién desarmaba el resto de la República?

¿El gobierno nacional que las habia armado?

¿El general Roca que las organizaba en aquellos momentos?

El señor Sarmiento, que no conocia hasta dónde llegaba la perfidia del hombre que manejaba los destinos del país, se prestó al desarme que cínicamente llamaban enfrenamiento.

Y creyó poder desarmar primero á Buenos Aires y á las provincias despues.

Y dedicó todos sus medios de acción al servicio de este golpe de muerte.

Se pidió el desarme al Gobernador de la Provincia, y este demostró claramente que el pueblo estaba en su perfecto derecho de armarse y de constituirse en una sociedad de tiro, á estilo de las que habia en Europa, y otras sociedades extranjeras que de mucho tiempo atrás ejercian en Buenos Aires ese derecho.

El desarme de Buenos Aires se decretó entonces entre las tinieblas del Gabinete Nacional, de manera que viniera á dar un resultado seguro.

Los Gobiernos de Provincia entre tanto se aprestaban á la guerra contra Buenos Aires, de una manera franca hasta la insolencia.

Santa-Fé amenazaba irónicamente con su Guardia Provincial al mando del Coronel Vazquez.

El Gobierno de Córdoba habia creado un cuerpo especial que, bajo el nombre fantástico de "Lanceros de la muerte", instruía para lanzarlo sobre la odiada Buenos Aires.

Se les habia ejercitado con el saqueo de sus campañas cubiertas de hacienda, y con el botín de sus riquezas.

Esta avaricia y este ódio eran encendidos diariamente entre los provincianos, que aceptaban la idea de destruir á Buenos Aires, sin darse cuenta de lo que hacian.

La liga de Gobernadores habia calificado á Buenos Aires de *Cordero gordo*, cordero gordo que podian devorar entre todos el día del triunfo.

Esto equivalía á decir que Buenos Aires era una provincia rica, cuyos tesoros partirían el día de la victoria.

Y á pesar de todo esto, el Gobernador de Buenos Aires seguía en su política de resistencia sin darse aun cuenta precisa del verdadero rol que habia asumido ante el pueblo y la República.

Se decia que se preparaban á devorarse el cordero gordo de Buenos Aires, y él nada hacia aun en el terreno de los hechos para prepararse á evitarlo!

Mas tarde veremos lo funesto de este error fatal.

Como única manera de evitar la guerra asp-

griente, algunos patriotas empezaron á negociar algun arbitrio que salvase al pais de la ruina.

Y la renuncia de los dos candidatos fué pedida.

Al frente de estos primeros trabajos se pusieron el patriota Félix Frias y el digno ciudadano José Maria Moreno.

Tejedor renunció su candidatura, á una condicion.

Que el general Roca habia de renunciar la suya, pues quedando en pié este quedaban lo mismo las cosas.

El general Roca no supo ser abnegado, su razon nada le dijo, y siguiendo el dictado pérfido de sus consejeros, se negó á dar aquel paso que lo hubiera colocado á un nivel moral mucho mas envidiable que la silla de Presidente.

Las *fiatas* de renunciás, si hacian esto ó el otro, que repetia con frecuencia el general Roca, probaron que esto era una táctica para sacar ventajas.

Que distinta habia sido la situacion del pais, y el brillo de la posicion que ocuparia en el corazón de sus conciudadanos!

Pero no es nuestro objeto comentar, sino narrar.

La situacion se hizo cada dia mas tirante y amenazadora.

La fortuna del pueblo era despilfarrada por el gobierno Nacional en armas para fusilarlos por las calles.

Y estas armas salian del Parque en grandes remesas para el Interior, donde maniobraba el general Roca.

Reunidos todos los elementos para venirse sobre Buenos Aires en el momento dado, se empezó á apurar la trama del desarme y enfrenamiento.

El tiro nacional, en este tiempo, habia engrosado sus filas numerosamente.

Ya no eran simples grupos de jóvenes que corrian al tiro para hacer ejercicio al blanco.

Eran batallones perfectamente organizados y compactos, que maniobraban como la mejor tropa, teniendo perfecta conciencia de todo su poder.

Pero todos aquellos cuerpos tenian armas de precision.

Los primeros cuerpos que se formaron adquirieron sus armas, sacrificio que no pudieron hacer los otros, por sus diversos medios de vida.

El pueblo pobre y obrero, que seguia á la juventud distinguida, en su noble decision habitual esperaba que el gobierno le supliera el arma que no habian podido adquirir.

Pero el gobierno no las tenia, y aun no se preocupaba en adquirirlas, engeguedo aun por un error fatal.

Y aquel noble pueblo seguia a la juventud, ar-

mado con armas inservibles, entre las que figuraban muchas de chispa.

—Toda arma es buena para defender nuestras libertades, decian aquellos valientes hijos del pueblo, y empuñaban su fusil de fulminante, sin preocuparse de que iban á batirse contra remington y Krupp.

Aquel era ya el delirio del entusiasmo, y la mas solemne prueba de protesta que podia dar un pueblo culto.

Ante aquella manifestacion de la opinion, que abarcaba todas las clases sociales, cualquier otro gobierno que no hubiera sido el de Avellaneda, habria retrocedido avergonzado.

Pero en vez de sentirse vencido por tanta grandeza, aquello no hizo sino aumentar su ódio y el espiritu de venganza contra un pueblo que no cometia mas delito que resistirse á una iniquidad.

El cordero gordo fué puesto en capilla, aprovechando la conjetura de la falta de armas.

Además de sus valientes hijos, Buenos Aires contaba con el poderoso concurso del bizarro y valiente "Guardia Provincial", recién remontado y los vigilantes de la Policia, que en su mayor parte eran soldados de línea dados de baja.

Esto importaba un contingente de cerca de dos mil hombres de línea, bien armados, que defendiéndose en Buenos Aires. equivalian á cinco mil adversarios.

El Guardia Provincial tenia su cuartel en la plaza del Retiro, al lado del ocupaba la artilleria, por donde varias veces se intentó reducir á la impotencia á aquel temible cuerpo de la defensa, pero siempre con mal resultado.

Entre tanto el famoso decreto de desarme se habia confeccionado, y solo se esperaba para publicarlo el dia señalado para que produjera la natural sorpresa.

El dia fijado para la publicacion del decreto era el 15 de Febrero, dia de reunion en el Tiro Nacional, que debia ser ocupado por fuerzas nacionales, que procederian á hacerlo cumplir.

Pero estaba de Dios que todos los juegos habian de ser descubiertos á Avellaneda.

La Patria Argentina tuvo en su poder el decreto que se confeccionaba, y dos dias antes del fijado, lo hizo circular en boletin.

Alarmado el pueblo estalló en un movimiento de indignacion suprema, viendo la traicion de que habia escapado.

Y á pesar de aquel mismo decreto, resolvió concurrir al local del tiro, sin temor á las tropas del gobierno nacional que allí lo esperarían, invadiendo la propiedad particular de aquel terreno alquilado.

De estos acontecimientos surgió el memorable 15 de Febrero, de cuyos acontecimientos pasamos á ocuparnos.

EL 15 DE FEBRERO!

Hé aquí una fecha que Buenos Aires, no borrará nunca de su memoria. Fué en ese día memorable que todos sus hijos, sin distincion de edades ni sexos, ofrecieron el espectáculo mas grandioso y la manifestacion mas imponente que haya presenciado jamás pueblo libre!

Buenos Aires unido y compacto, uno é indivisible, con el semblante de sus hijos irradiando entusiasmo, santo amor á la pátria y á sus instituciones, se presentaba reuelto á morir ó á vencer, por sus libertades y sus leyes amenazadas de muerte.

Aquella juventud contra la que se habia tramado la traicion mas negra, recorria las calles de la gran ciudad, bajo la aclamacion eléctrica de sus mujeres y en pos de la palabra de aliento de sus ancianos mezclados á ellos, para compartir la gloria ó el martirio.

Los mas dignos gefes del Ejército Nacional, fraternizando con su causa noble, se habian puesto á su cabeza ávidos de llevarlos á la victoria.

He aquí lo que motivaba aquella estupenda manifestacion de entusiasmo y valor cívico.

El 13, el Ministerio de la Guerra llamó á su despacho á los Jefes Nacionales que estaban mezclados á la asociacion del tiro.

Los coroneles Arias, Lagos, Campos, etc. concurrieron al llamado urgente.

—Ustedes como Jefes Nacionales, dijo el ministro, no pueden tomar participacion en sociedades revolucionarias, que amenazan al Gobierno, pues serian como ellos revolucionarios.

—No pertenecemos á sociedades revolucionarias, respondieron aquellos jefes—y en el caso de que el tiro Nacional lo fuera, antes de poner nos á su cabeza, compraríamos nuestra libertad al precio de nuestra baja.

—El Gobierno no lo mandará y ustedes tendrán que obedecerlo.

Ustedes no pueden ser rebeldes al Gobierno sin manchar su foja de servicios.

—En servir á la gran causa de Buenos Aires, no hay mancha posible, respondió el Coronel Arias.

Es el corazon que late por todo lo grande y todo lo noble.

Nuestras glorias militares son glorias de Buenos Aires, como nuestra sangre es sangre suya.

Nos quedamos á su lado en la hora supremá, pues ella lucha por las libertades de toda la República, como luchó por las de toda la América.

—Ante todo ustedes son gefes del Ejército, subordinado al Gobierno Nacional.

—Desde que pedimos nuestra separacion del Ejército, nada nos liga al Gobierno, repuso el Coronel Lagos.

En Buenos Aires están todas nuestras tradiciones, nuestro pasado y nuestro porvenir.

Quedamos pues á su lado, en la conciencia que este es el puesto de honor.

—Si revolucionarios hay, agregó el Coronel Campos, no seremos nosotros, sino ustedes, revolucionarios contra las libertades de Buenos Aires y la República.

Nosotros no somos soldados del Gobierno, sin conciencia y sin cabeza.

Somos soldados del pueblo, y al lado del pueblo quedamos.

Los que pierden serán ustedes, concluyó el Ministro.

Por ahora, el gobierno les prohíbe mezclarse en la sociedad del tiro nacional ni en ninguna otra de ese carácter.

Los tres coroneles se retiraron, y el Ministro de la Guerra tenia en su poder, diez minutos mas tarde, la solicitud de baja de aquellos nobles jefes, como así mismo, mas tarde, la de los comandantes Garmendia y Acevedo, que no habian asistido al llamado.

El coronel Arias, por no perder tiempo, la habia redactado en las oficinas del Ministerio.

El Gobierno Nacional apurado por todas estas circunstancias, resolvió ir á la lucha.

El Domingo 15 de Febrero, aquellos dos mil jóvenes que componian el tiro nacional debian asistir á su local de Palermo á hacer sus ejercicios.

El Gobierno Nacional mandó á la division que campaba en la Chacarita, ocupase el lugar del tiro, es decir sus alrededores, de manera que quedase el local dominado por las piezas del Regimiento de artillería.

La division tomó posiciones, situó sus ametralladoras y krupps dominando el local de los ejercicios, y se dispuso á cumplir la orden, que hubiera avergonzado á un Toba.

Barrera á metralla la juventud que componia el tiro, que era la mas noble, la mas distinguida y la mas brillante de Buenos Aires?

Su consigna era disolver el tiro nacional en cuanto se presentara y desarmarlo.

Esta disposicion incalificable y digna solo de

aquel gobierno, fué conocida por el pueblo, en la madrugada del Domingo, gracias á un aviso que recibió la Policía.

Ese aviso salvó tal vez á Buenos Aires, de su mas amargo día de luto.

Aquella juventud entusiasta y noble, habria caido en una San Bartolomé de metralla.

Era preciso, á todo trance, evitar aquel crimen.

La juventud entusiasmada y despreciando el peligro, gritaba:

—Vamos al tiro!

Sabemos que nos esperan y lucharemos.

Ya no será un asesinato sino un combate.

Viva Buenos Aires!

Viva Buenos Aires!

Pero si crimen era la actitud del Gobierno, error era tambien permitir á aquella juventud que recién se formaba en las fatigas del soldado, ir á poner sus nobles pechos ante las bocas de cuarenta piezas krupp y el remington de los pampas, convertidos en soldados de línea.

La juventud de Buenos Aires se habia resuelto á vencer ó morir.

Contra los que saben pelear en nombre de la disciplina, se habian levantado como un solo hombre los que saben pelear en nombre de la libertad y de las leyes.

Los gefes del tiro nacional se reunieron temprano, para resolver por mayoría de votos si se debia ó no ir al local del tiro.

El general Arredondo y el coronel Arias opinaron que se debia ir.

La guardia nacional de Buenos Aires, decian vale por lo menos el ejército de línea.

Tenemos además el batallón Provincial y el de Policía, como reserva en caso que fuera necesario.

Que temor puede imponernos la fuerza nacional que ha ocupado el local del tiro, para ametrallar la mas hermosa juventud de Buenos Aires?

Ir al tiro es ir al sacrificio, y á un sacrificio estéril, opinaban otros.

El ejército de línea ha tomado posiciones y domina el local del tiro y el camino que á él conduce, con cuarenta piezas de artillería Krupp.

El tiro nacional, mal armado aun en su mayor parte, será sacrificado, barrido por la metralla aun antes de bajar del tren.

El entusiasmo juvenil, con su valor abnegado, era impulsado á la prueba suprema.

La meditación serena y reposada, los contenia en su arranque, comprendiendo que con la prudencia y calma estaba la mitad del tiempo.

Se votó, y por mayoría se resolvió no ir, y dar aquel nuevo chasco al presidente, que esperaba impaciente la noticia del combate.

El Ministro de la Guerra estaba con el ejército en Palermo.

Solo lo acompañaban en la Casa Rosada, sus

otros ministros, guardados por el batallón 7º de línea, en que mas confianza se tenia.

En la Inspeccion General de Armas estaban en sus puestos todos los gefes y oficiales que á esa reparticion pertenecian.

El coronel Arias, entretanto, con la noble jovialidad en él característica, citó para la plaza Lorea, á todos los batallones del tiro nacional y bomberos voluntarios.

Media hora despues de este llamado, se yeian acudir á la plaza Lorea y al paso de trote, todos los batallones que componian el tiro nacional, con sus gefes á la cabeza y sus armas al hombre.

Creian que habia llegado la hora del combate y se preparaban á ocupar su puesto de honor, ávidos de mostrar con hechos el sentimiento santo que los dominaba.

Un grito unánime se escapó de aquellos pechos, grito que fué recojido por el corazón del coronel Arias, que contemplaba en aquel entusiasmo el triunfo de la mas grande de las causas sostenidas por almas heroicas de los pueblos.

Al tiro! al tiro! gritaron todos.

No se puede, está ocupado por el ejército.

Lo desocuparemos en nombre de los principios mas sagrados.

No se puede porque se ha prohibido.

Bien lo quisiera yo, pero se ha dispuesto otra cosa por el momento.

Viva Buenos Aires!

Vivan las libertades!

Viva el pueblo! gritó aquella juventud magnífica levantando sus fusiles.

A la plaza de la Victoria entonces!

En aquel momento apareció en la plaza de Lorea el coronel Julio Campos, Presidente del tiro, seguido de sus ayudantes el comandante Acevedo, el comandante Julian Martinez, el Dr. Luis Fuentes y los hermanos Jacobo y Julio Varela, y ocupó su puesto envidiable, á la cabeza de la magnífica columna.

Cada gefe del tiro nacional ocupó el suyo, y la imponente manifestacion se puso en marcha, bajo la aclamacion del pueblo que llenaba las calles.

El gobierno mandaba desarmar al pueblo, y el pueblo se paseaba en las calles haciendo brillar sus bayonetas.

La noticia de lo que sucedia habia cundido por la poblacion con la velocidad del rayo, y los hombres salian de todas las casas á rodear las fuerzas populares y compartir el peligro comun.

Cuando la columna llegó á la calle de la Florida, sus proporciones eran colosales.

No era ya el tiro nacional el que protestaba del ultrage hecho á la Provincia.

Era el pueblo de Buenos Aires que se habia lanzado á las calles, amenazador y terrible, para protestar frente al ejército del de la conculca-

cion de sus libertades y de aquella politica terrible.

El pueblo se mezclaba á los hombres mas distinguidos en todos los caminos de la vida, movidos por el mismo impulso y en nombre del mismo derecho.

Asi se veian grupos compuestos por ciudadanos como D. Mariano Billingham, D. Félix Frias, D. Rufino Varela, los Doctores Obligado, Aguirre, Baibiene, Velez y otros muchos, marchando con sus bastones al hombro, á falta de otras armas, detrás de un chiquilin de 10 años que tocaba el tambor.

Los ancianos iban al lado de los jóvenes ofreciendo sus pobres restos de vida para la gran cruzada, y los últimos latidos de sus corazones hidalgos.

Lo mas notable del Foro, de la Universidad, del Comercio, de todas las aulas y de los colegios marchaban serenos y sombríos, quien con su baston, quien con un simple palo, quien sin otra arma que sus manos, pero todos dispuestos á tomar parte en aquella lucha heroica de la libertad y el deber contra la opresion, el fraude, el crimen y la barbarie del poder.

Roca y Tejedor habian desaparecido de la mente de todos.

Solo quedaba el pueblo, el pueblo soberano y amenazador, frente al palacio de Avellaneda y su ejército, mostrándole la muralla de su pecho y el brillo amenazador de sus ojos.

Se habia herido al pueblo en el corazon y ahí estaban los resultados.

Las damas de Buenos Aires no se mostraron ajenas á aquella manifestacion magestuosa.

Las ventanas, balcones y azoteas, estaban llenos por nuestras matronas, ancianas y niñas, que saludaban entusiastas la columna donde iban sus padres, sus hermanos, sus hijos y sus esposos.

Ellas los alentaban con sus flores arrojadas al paso, sus frases y sus lágrimas arrancadas por el mas tierno entusiasmo.

El desfile de los ancianos, era lo mas imponente y conmovedor de aquella manifestacion suprema.

El pueblo contemplaba orgulloso el entusiasmo de sus mujeres, y comprendia que si algo santo y sagrado habia en la vida de los pueblos, era la mision que se habia impuesto.

Y sus filas se engrosaban momento por momento y parecia que hasta las piedras de la calle se levantaban para golpear el corazon de los opresores!

Si las tropas de línea hubieran contemplado un momento aquel espectáculo, si hubieran visto á aquel pueblo seguido de sus ancianos y aclamado por sus mujeres, el ejército se habria sentido dominado por el entusiasmo colectivo.

A mas del suceso que la candidatura de im-

sion le ofrecia, el Presidente obedecia á un plan mas bajo todavia.

El queria vengarse del pueblo de Buenos Aires, y habia tenido el coraje de decirlo a varias personas, entre ellas á un abogado conocido.

Si el pueblo hubiera conocido entonces sus palabras, sabe Dios hasta donde habria ido!

Pero sigamos narrando.

La imponente manifestacion cruzó las calles de Rivadavia y Florida, en medio de la entusiasta aclamacion de sus damas, y siguió hasta el Retiro, de donde regresó á la plaza de la Victoria, siempre vivando á Buenos Aires y á las libertades públicas.

En las aceras de la casa de Gobierno de la Provincia, varios cuerpos del tiro Nacional es habian agrupado y formado con sus armas un pabellon.

Aquellas armas como los viejos fusiles de fulminante con que habian podido proveerse por el momento para hacer sus ejercicios, pero en los momentos del peligro las encontraban tan buenas como los mismos Remington.

La misma poblacion extranjera no podia mostrarse estraña á aquel estupendo movimiento de opinion pública y saludaba á su paso la brillante columna, con su palabra de aliento que envolvia una promesa solemne para mas tarde.

Es que la causa de Buenos Aires era la causa de todos, porque era la causa de las libertades, del derecho y de las instituciones!

El pueblo reunido en la plaza de la Victoria, miraba de reojo hácia la casa del Gobierno Nacional.

Pero el pueblo comprendia su deber y la nobleza de su posicion, llenaba su objeto del momento, protestando contra la pretension de su desarme y era aconsejado en este sentido por los gefes que el mismo se habia dado, y que le decian era preciso esperar.

—Qué esperamos? preguntaban entonces algunos gefes al Gobernador de la Provincia.

—Yo no soy un gobierno de revolucion sinó de resistencia, respondia este.

Nuestro camino no es la agresion, sinó esperarla para defendernos.

—Pero es que ya estamos en plena revolucion!

El pueblo de Buenos Aires armado, está en las plazas y en las calles y será imposible contenerlo.

—Será preciso que se contenga y espere.

No iniciemos nosotros el derramamiento de sangre.

Que hacia entre tanto el Presidente?

Guarecido en la casa de Gobierno Nacional, rodeado de todos los que seguian su politica, escuchaba con el mayor espanto las noticias que le llegaban de los sucesos que se desenvolvian en la ciudad.

Conociendo su cobardia; y temiendo que el

pánico se apoderase de su persona, le ocultaban lo que sucedía.

—Son esos doscientos ó trecientos locos del tiro Nacional, que se pasean por la calle haciendo aparato.

No puede haber el menor temor, pues no parece que tiene otro objeto que la ostentación.

Ellos comprendían que, dominado por el miedo, Avellaneda era capaz de firmar cuanto se le pidiera y colgarlos á ellos.

Entonces para que el miedo no se produjera, era preciso ocultarle todo.

—¿Y no vendrán? solía preguntar.

—No se trata de eso! le respondían.

El tiro Nacional, sabiendo que le han tomado su sitio, se ha reunido en la plaza para hacer aparato.

Dentro de un momento todo habrá concluido!

Pero Avellaneda escuchaba aquellos vivas á Buenos Aires, poderosos y compactos, y se entregaba á las manifestaciones mas risueñas que puede producir el espanto.

—En el caso de una intentona, se le decía para darle ánimo, intentona que no puede tener lugar, ahí abajo está el 7^o de línea, fiel al Gobierno y tan fiel como bravo.

—Pero se batirán y las balas llegarán aquí.

El ejército será fiel á V. E. le decían.

Pero se pasaron aquellos momentos.

Fatigado su organismo por la presión del miedo se sentó á reposar entre los suyos, mientras le traían noticias y llegaba el ejército de Palermo.

Los gefes de la Inspección que subían á cada momento á tomar órdenes, reían alegremente de la triste figura del Presidente que no trataba ya de ocultar su miedo.

Los soldados del 7^o, en alegre sociedad con algunos peones de Aduana que se habían mandado buscar y á quienes se había armado de revólvers, comentaban con sus risueñas y típicas frases, aquel miedo descomunal.

Arriba, todos andaban con un cerote de mayor ó menor calibre.

El espanto se leía en muchas caras.

Entre estos últimos se contaba el célebre y ascendereado Caspas, mayordomo de la casa de Gobierno, que era quien subía y bajaba á cada momento con las noticias de lo que sucedía.

Caspas, que no estaba mas asustado que Avellaneda porque esto no era posible, veía por todas partes fracciones de pueblo que querían cortarle el pescuezo.

De pronto el ilustre Caspas sintió que el pelo se le erizaba y las carnes se desprendían de sus huesos.

Le pareció que el pueblo lo agarraba ya de las solapas del levita y lo degollaba.

En alas del terror mas descomunal, se puso de pié, subió en cinco brincos las escaleras, y abriendo la puerta del despacho gritó:

—Señor! señor! el pueblo de Buenos Aires se

dirige aquí pidiendo á grandes gritos la cabeza del Presidente.

Aquí fué el conflicto.

Avellaneda se dirigió rápidamente hacia la puerta que comunicaba con el ministerio del culto y tropezando en una salivadera, cayó, raspándose una canilla en la esquina del sofá.

Instantáneamente se encaramó sobre sus tacones, como quien sube en un par de zancos y siguió disparando aunque á saltitos, como chingolo herido en una pierna.

En aquella puerta se detuvo sin alientos para mas y empezó á lanzar las exclamaciones mas cómicas.

Y se oprimía el estómago y levantaba su pierna pelada.

Sus mandíbulas empezaban ya á descender, era la última expresión del espanto y su boca á secarse.

Sus aliados tomaron entonces la iniciativa y ordenaron que el 7^o tomara sus armas.

La orden de cargar las armas fué transmitida y fué entonces que en los jardines de la casa rosada, tuvo lugar una escena sublime, desconocida hasta hoy.

Sentimos no poder nombrar al oficial que la produjo y ocultar algunos detalles, porque esto sería hoy hacer un gran mal á aquel noble joven.

Cuando se dió la orden de cargar las armas, aquel oficial se adelantó hacia el Ministro que la daba, y con ademán noble y resuelto le dijo golpeando sobre la vaina de su espada.

—Señor! entre aquel pueblo están nuestros padres, están nuestros hermanos, están nuestros amigos!

Contra ellos, señor, estas armas no solo no se disparan, sino que no se cargan tampoco!

—Obedezca usted, es el Presidente de la República que le manda.

—Jamás! se me puede fusilar á mi, pero yo no fusilo á nuestros padres, á nuestros hermanos y á nuestros amigos!

Y retrocedió cuatro pasos, cruzando sus brazos sobre el noble pecho.

Había algo de grande en la actitud de aquel joven oficial.

Algun día de mejores tiempos se conocerá su nombre.

En aquel momento llegó el Coronel Fotheringham, y mandó formar en batalla.

El oficial aquel tomó su puesto frente á su compañía, pero sin desnudar la espada y sin retirar sus brazos de sobre el pecho.

El Ministro se había olvidado dar la queja al jefe del cuerpo, dominado por los sucesos.

Además el Coronel Fotheringham no se lo hubiera oído.

Sabe Dios lo que aquel jefe pensaba en aquel momento.

Los militares que ocupaban la casa de gobier-

no, no se atrevían aún á tomar la resolución jurada entre ellos.

Aquello podía aún quedar en nada, pensaban fríamente en medio del peligro, y verse envueltos en un consejo de guerra si pasaban á las filas del pueblo.

Era preciso esperar á que se rompiera el fuego, para tener la seguridad de que no habría ningún arreglo.

El pueblo, que realmente habia hecho un movimiento hácia la casa de Gobierno Nacional, fué nuevamente y á duras penas contenido por sus gefes, que invocaban las órdenes terminantes del Gobernador de la Provincia.

Alberto Huergo con sus *Defensores de Buenos Aires*, Joaquín Montaña, con sus *Rifleros*, Alberto Seguí, con los *Patricios de Buenos Aires*, Eleodoro del Castillo, con el heróico *General Paz*, Domingo Jeréz, con el *San Martín* y todos los demás cuerpos del tiro nacional, cuya reseña haremos á su tiempo detalladamente, formaban la vanguardia de aquel pueblo entusiasta, que deseaba terminar de una vez su obra de redencion y de libertad.

Entre tanto pasaba el tiempo, Avellaneda se rehacía ante aquella actitud vacilante, y el ejérci-

to de Palermo, á paso de trote se dirigía á la ciudad.

Una hora mas de inaccion y esta seria colol cada bajo los fuegos de las cuarenta piezas de Regimiento de artillería.

El pueblo ardía—las mugeres preguntaban de los balcones y, ya lo tomaron á Avellaneda? mientras los ancianos pedían á los gefes arrancaran al doctor Tejedor la órden de avanzar.

—Es la, única manera de ahorrar sangre argentina! decían.

Mas tarde ella correrá á torrentes por nuestras calles!

Es preciso no dar tiempo á que venga el ejército.

Pero el tiempo pasaba y no se tomaba la menor medida.

La noche llegaria también dentro de poco, y haria mas horrible la lucha entre el pueblo y las tropas de línea.

No se comprendía á que plan podia obrar semejante manera.

Era hasta peligroso de hacer decaer la fibra del pueblo.

Veamos en el capítulo siguiente, las escenas terribles de aquella noche; escenas que el pueblo debe apuntar sobre su corazon valiente.

EL EJERCITO Y EL PUEBLO

Mientras el Gobernador de la Provincia habia ordenado á las fuerzas populares no pasar de la plaza de la Victoria, en la casa del Gobierno Nacional seguían las escenas del desórden y terror.

Se habia recibido telégrama de Palermo avisando que el ejército estaba en marcha sobre la ciudad, y esto habia tranquilizado algo á los verdugos del pueblo.

Era una simple cuestion de parajes:

Fusilado en Palermo ó ametrallado, en las calles de la ciudad era lo mismo.

No existía mas diferencia, que lo último ofrecía mayor peligro.

La casa de Gobierno estaba llena por mas de trescientas personas, entre peones de Aduana, empleados forzados á concurrir y alicionados á las gangas del presupuesto.

Estas trescientas personas estaban repartidas en los jardines, donde se hallaba una guardia de 70 hombres del 7^o de línea en los pasillos y en la inspeccion de armas.

El resto del batallon estaba en el primer patio con sus armas en pabellon.

Los ministros trataron de calmar algo el terror del doctor Avellaneda y lo incitaron á que dirigiese la palabra al inmenso pueblo que estaba bajo los balcones, donde se habia agrupado á defender su persona.

El Presidente tragó la guayaba y acompañado de sus ministros y aliados salió al balcon, desde donde empezó á dirigir su temblorosa palabra á aquel gran pueblo de trescientos hombres.

Estaba en lo mejor de su discurso lleno de promesas, cuando se sintió un grito de inmensa agonía.

—Ahí se vienen! ahí se vienen! gritaron aquellos defensores de Avellaneda y se lanzaron al interior de la casa de Gobierno, por cuanto banco hallaron á mano.

Avellaneda enfiló al balcon, presa del mayor espanto, y allí se dió un encontron formidable con el ministro Plaza que venia en sentido inverso.

El pobre Avellaneda casi vino al suelo, pero se acomodó en seguida sobre los tacos enormes y cerró el balcon precipitadamente.

En seguida se dejó caer sobre un sofá, espantosamente fatigado.

Creía sentir de un momento á otro la primera descarga que anunciara su fin.

Pero la descarga no sonaba, como que nadie se había movido de la plaza.

Entre tanto en los jardines y pátio el pánico producía distintos efectos.

—A formar la guardia! á formar la guardia!

Pero la guardia no formaba rápidamente; después de un rato pudo formar la guardia de 70 hombres, con que se pensaba contener un pueblo de veinte mil hombres llenos de tanto entusiasmo y resueltos á triunfar á todo trance.

En el pátio, los soldados sorprendidos por el grito de á las armas! corrieron á sus pabellones y las tomaron en terrible confusion,

Seguíase así perdiendo por el pueblo un tiempo precioso, momentos que, para el menor derramamiento de sangre, no volverían á presentarse.

Pero el Gobernador había dicho: no quiero que se tome la iniciativa; y el pueblo obedecerá.

Cuando supo que el ejército venía sobre la ciudad, algo como una ola inmensa onduló sobre aquella muchedumbre y varios grupos avanzaron hácia la plaza 25 de Mayo.

Los gefes del tiro nacional volvieron á contener los batallones, siendo necesario empleasen todo su prestigio y empeño.

El pueblo volvió á ceder con un marcado movimiento de disgusto.

Se habían puesto bajo las órdenes del Gobierno de la Provincia, para que los llevase al triunfo, pero no para que le cohartase su acción.

Se estaba en plena revolucion.

Porqué dejar entonces al enemigo que trajese un ejército que descargase sobre la ciudad sus armas?

Porqué no anticiparse al golpe de muerte, evitando así el mayor derramamiento de sangre?

Ninguno acertaba á esplicarse la conducta del Gobernador, ni estas palabras suyas.

—Hemos de vencer sin sangre, pues Buenos Aires se ha impuesto con su actitud!

Funésta ilusion!

Ante la actitud de un pueblo que amenazaba sin obrar y se colocaba ante la metralla, indefenso ¿era posible que Avellaneda renunciara á su plan de imposición y venganza contra Buenos Aires?

Si el pueblo hubiera marchado solamente sobre la casa Rosada, Avellaneda hubiera rendido hasta á su renuncia, pues el miedo todo lo presta.

Pero accederá lo mismo con las espaldas guardadas por un ejército y una puerta de escape libre?

Su resolución no sería jamás adoptada por su relación al miedo que sintiese.

Una noticia que anunciaba la hora suprema, recorrió las calles de la ciudad.

El ejército de línea había llegado por el Paseo de Julio y apoyaba su cabeza sobre la casa de Gobierno.

Allí estaban por fin las cuarenta piezas de la artillería, los pampas armados á remington, y un regimiento de caballería, el 1^o.

El Ministro de la Guerra, que había llegado con él, pasó al salón del Presidente, donde estaba reunido el acuerdo de Ministros y amigos.

Avellaneda caminaba con mas libertad, y miraba sin esa espresion de suprema agonía, impresa en su semblante desde los primeros gritos:

—Quiere decir que ya tenemos con qué contener al pueblo? preguntó.

—Hay fuerzas suficientes para obligarlo al respeto y á la obediencia.

Ahí están como dos mil hombres de los mas bizarros del ejército y mandados por los gefes mas valientes y leales.

—Pues que rodeen la casa de Gobierno! gritaba Avellaneda—que la rodeen y veremos como se entienden con el cañon esos locos!

—No tema V. E. el pueblo, sabiendo que ahí está el ejército, no vendrá, como no fué á Palermo.

Entre tanto, es preciso tomar una determinación para que esto no quede impune.

En aquel momento llegó Caspas con una nueva noticia, que sembró el espanto nuevamente entre los hombres de Gobierno.

—El pueblo ha tomado posiciones, dijo, dominando las alturas.

—Se ven muchos grupos de gente armada sobre la azotea del hotel Argentino, Casa amueblada y Café Colon, tienen allí ametralladoras!

—Somos perdidos! exclamó Avellaneda, van á hacernos fuego á mansalva!

En el acto se mandó formar la guardia del 7^o, y con buenos anteojos se reconoció lo que había sobre aquellas azoteas.

Eran cocineros, mozos de los hoteles nombrados, á quienes la curiosidad había llevado á la azotea.

Pasado el jabon general, se pasó á cambiar ideas, prévia una raspa que echaron á Caspas, prohibiéndole viniera á dar mas noticias.

El pueblo entretanto, mas entusiasta que nunca, estaba ávido de medirse con las tropas de línea con que se pretendía asustarlo.

Pero si el Gobernador de Buenos Aires no había querido que el pueblo fuese á la casa de Gobierno, mucho menos quiso que fuera á estrellarse, mal armado como estaba, contra una fuerte división de las tres armas.

Este era un crimen imperdonable, segun el Dr. Tejedor.

El ejército por su parte, tranquilo y con las armas en descanso, reposaba aquella larga y agitada marcha.

Callados y dispuestos á obedecer, escuchaban los gritos con que el pueblo de Buenos Aires saludaba al ejército de sus viejas tradiciones, á las que hastas entonces no habia traicionado.

—Viva el ejército de línea! gritaban, viva el ejército de línea!

Viva Buenos Aires!

Vivan las libertades públicas!

De esta manera el pueblo mostraba al ejército la prueba de su cariño y la esperanza de que nunca harian fuego sobre la provincia madre.

Y el ejército se estremecia y callaba, pensando tal vez la iniquidad que se le queria hacer cometer.

Ya los gefes populares empezaban á tener temores de no poder contener mas el pueblo,

Por lo mismo que se le pretendia cerrarle el paso con fuerza de linea, el pueblo estaba mas empeñado en ir á su objeto.

Salvar las libertades públicas.

Los gefes nacionales que vinieron al frente de aquella columna eran bravos y denodados, como todos, pero no habia uno solo entre ellos como los gefes que acompañaban al pueblo!

El Coronel Arias estaba con el pueblo, y el pueblo tenia en este noble gefe tanta confianza como en la causa que defendia.

El Coronel Hilario Lagos habia marchado al Sud á movilizar caballerias, y el pueblo tenia fé en él, pues sabia el valor leal de aquel corazon bravo y abnegado.

Era superior el pueblo, eran superiores los gefes que lo mandaban ¿porque titubear entonces?

—A la casa de Gobierno!

—Al combate! gritó el pueblo y tomó aquella decision.

Fué necesario invocar órdenes terminantes del Gobierno y decir que en aquellos momentos se pactaba un arreglo para contenerlo.

Ante aquel espectáculo, ante aquella perspectiva tremenda de sangre y de matanza, los ciudadanos don Rufino Varela y don Félix Frias, se apersonaron resueltamente á la casa de Gobierno Nacional, penetrando, prévio anuncio, hasta el salon donde se hallaban reunidos los autores de aquel cuadro sombrío.

Todos se pusieron de pié.

—Señor Presidente, dijo Rufino Varela, con voz profundamente conmovida.

En las calles de Buenos Aires y en la plaza de la Victoria, está reunido el pueblo, todo el pueblo armado, decidido á luchar hasta la muerte por sus libertades y derechos usurpados.

V. E. sabe como se bate la Guardia Nacional de Buenos Aires, y como muere por sus libertades.

En el Paseo de Julio está acampado un cuerpo de ejército de las tres armas, amenazador y dispuesto á luchar en nombre de la ordenanza.

V. E. sabe tambien como se bate el ejército

argentino, donde cada soldado es un héroe.

Estas dos fuerzas van á chocar en un combate á muerte, sin cuartel.

Puede el Presidente calcular las consecuencias de esta batalla en las calles de la ciudad, que amaneceria mañana cubierta de cadáveres?

Se atreve V. E. á cargar con la responsabilidad de esta matanza y cree acaso pueda triunfar del pueblo?

Es preciso evitar esta vergüenza y este horror.

—Que se desarme el pueblo! dijo Avellaneda.

—Que se retire el ejército, replicó el señor Varela, que es quien provoca el conflicto.

Pueden dejarse las cosas donde están y organizar para mañana un consejo de notables, al que puedan concurrir todos los hombres de valer de la República.

El doctor Avellaneda tomó por el lado del miedo, empezó á ceder.

Quien le garantiza, realmente, poder triunfar del pueblo?

Era acaso suficiente el ejército disponible por el momento?

Á pesar de las guñadas que le hacian los mas empeñados en concluir con Buenos Aires, aparentó no verlas y aceptó la propuesta.

—El ejército puede abandonar su campamento y dirigirse á sus cuarteles, dijo aquel hombre tan manso en el peligro, pero las fuerzas populares se retirarán de las calles.

—No habrá inconveniente, dijeron los dos patriotas—vamos á traer la respuesta de lo estipulado.

El pueblo abandonará las calles, cuando el último cuerpo del ejército haya entrado á su cuartel respectivo.

Los dos patriotas se retiraron con el corazon lleno de placer.

Iban á evitar la matanza.

Avellaneda quedó frotándose las manos.

Evitaba el peligro inmediato, ganaba tiempo y no descendia ni un ápice de sus propósitos criminales.

Esto era su eterno juego!

Con pocos dias más podia tener en Buenos Aires diez mil hombres de línea y entonces qué seria de Buenos Aires?

Pasado el jabon, y para refocilar las ascenderadas tripas, se mandó buscar del hotel Argentino una espléndida comida, que se sirvió en el despacho del Ministro de la Guerra.

Era un banqueton para cuarenta cubiertos, que pagaria el mismo pueblo de Buenos Aires de cuya vida iba á decidirse entre el humo de los manjares y los vapores del vino.

El doctor Avellaneda, que empezaba á criar coraje, reveló un famoso plan de ganar tiempo, evitar el peligro y obtener algunas ventajas, sin dar él otra cosa que promesas vagas. ni comprometer el éxito de la cruzada.

El plan fué aceptado.

5 Todos convinieron en que Buenos Aires habia perdido el mejor momento y que nada haria ya en el terreno de la iniciativa y de la agresion.

—Se ha suicidado con Tejedor! exclamaron todos, lápida que se ha echado á la espalda sin comprenderlo.

El banquete siguió en medio de la mayor alegría.

Parecia imposible que aquellos hombres jóvenes en su mayor parte, tramaran la disolucion de la República y la ruina de su provincia mas noble é importante.

El jénió de la ambicion los perdia.

Los patriotas Varela y Frias volvieron.

Sus nobles propósitos habian triunfado.

Las fuerzas populares se retirarian de las plazas y calles, cuando el último soldado de línea hubiera entrado á sus cuarteles, á cuyo efecto el Presidente debia impartir sus órdenes acto continuo.

El Presidente, por intermedio de su ministro de la Guerra, ordenó al ejército, que estaba formado en el Paseo de Julio, se retirara á sus cuarteles, con el mayor orden.

Los gefes de aquellos cuerpos de línea, avergonzados de aquella retirada frente al enemigo, mandaron el desfile por la calle de Rivadavia.

Al pasar los cuerpos de línea por entre la multitud y pueblo armado que llenaba la plaza de la Victoria y calles adyacentes, era saludado fraternal y cariñosamente.

Hasta entonces aquel ejército no era mas que un instrumento sin voluntad, al que de nada podia culparse.

—Viva el ejército de línea! gritaba el pueblo levantando las armas,

—Viva Buenos Aires!

—Viva el 11 de línea!

—Viva el coronel Bosch!

—Viva Buenos Aires! repetian por todas partes.

Y el ejército seguia su marcha por entre aquel pueblo tan bravo y tan noble, sintiendo no poder repetir sus vivas.

Un solo cuerpo se habia granjeado la antipatia del pueblo, á consecuencia de la gran cantidad de indios que lo formaban y de algunos atropellos hechos á ciudadanos en su cuartel.

Este cuerpo era el 8 de línea!

El ejército desfiló por las calles que hemos mencionado, y cada cuerpo tomó el camino de su respectivo cuartel.

La artilleria ocupó el suyo, al lado del Guardia Provincial, á quien se trataba de anular por cualquier medio.

El pueblo entonces, empezó á retirarse de las calles, al son de sus prolongados vivas á Buenos Aires y á la santa causa de la libertad.

Los batallones del tiro se retiraron también á

sus cuarteles, donde debian pasar la noche sobre las armas.

El triunfo del pueblo no podia ser mas espléndido.

Con solo su actitud habia hecho ya retroceder el pequeño Avellaneda!

Y lo habia hecho retroceder con el ejército traído para fusilarlo.

Las tropas de línea durmieron también con el arma al brazo, pero silenciosas como si se hubieran sentido aturdidas por la vergüenza que sobre ellos arrojaba el Presidente de la República.

Los cuarteles del Tiro Nacional eran por el contrario, una fiesta.

Allí la juventud charlaba bulliciosamente, animada de la mas profunda alegría.

Todos comprendian que Avellaneda habia retrocedido ante su actitud decidida, y festejaban su triunfo moral, aunque lamentando que no se les hubiera dejado seguir adelante, y terminar la jornada principiada.

El pueblo que no pertenecia al tiro, llenaba los cafés, las plazas y todos los sitios públicos, entregándose á la expansion del placer que esperimentaban á la idea del deber cumplido.

Todos tenian su arma consigo, dispuestos á volar al sitio del peligro á la primera señal de alarma.

Todos desconfiaban de Avellaneda y de las ametralladoras y Krupp encerrados en el Retiro.

El peligro por este lado era menos positivo.

Al lado de la artilleria dormia el valiente Guardia Provincial, avanzada del pueblo.

Allí velaba por la libertad de la patria, Dowse, el Comandante Diaz y el noble Leguizamon, que cayó mas tarde, el 21 de Junio, al pié de la bandera de Buenos Aires.

Á su primer tentativa, la artilleria se encontraria atacada bruscamente y el pueblo se encargaria de lo demás.

Los gefes del tiro nacional recorrian los cuarteles, recomendando á los jóvenes la mayor prudencia y vigilancia.

El gobierno ha retrocedido en su plan de usurpacion y de venganza, y ha retirado sus tropas.

Pero mientras no llegue á una solucion clara y terminante es preciso que estemos alerta y no durmamos sobre este primer triunfo, precursor de otros muchos.

—Que nos deje obrar el Gobernador, respondieron los jóvenes, y la causa de la libertad habra triunfado definitivamente.

—Viva Buenos Aires!

—Viva la libertad del sufragio!

La Policia se habia convertido en el cuartel general de la resistencia.

Se temia que el pueblo, en un arranque de entusiasmo se lanzase á la lucha, y toda precaucion parecia poca.

El Coronel Lagos enviaba desde Santa Catalina

na, consecutivos despachos anunciado el número de elementos con que contaba.

El entusiasmo de la campaña era tan solemne como el de la ciudad.

El paisanaje había rodeado á este digno jefe de la defensa, y ardía en deseos de contribuir con su sangre al triunfo de la gran causa.

El coronel Lagos creía que ya el movimiento se habría producido en la ciudad, y juzgaba que el triunfo debía haber sido brillante, cuando no se le mandaba venir.

Y así habría sido indudablemente, si se hubiera dejado al pueblo cumplir su deseo.

Entre tanto el Gobierno Nacional terminaba su banquete opíparo, en el Ministerio de la Guerra, convertido en comedor.

Los que habían temblado ante la actitud del pueblo, mas animados por los manjares del festín, decidieron retirarse á sus respectivos domicilios á reposar las fatigas.

Al día siguiente se reunirían los notables y se decidiría el temperamento que debían tomar.

La actitud del pueblo no será mañana como hoy, decía Avellaneda.

Estos entusiasmos á vapor se apagan pronto y el pueblo no puede someter sus músculos á ese grado de tensión mas de 24 horas.

Avellaneda volvía á cometer el error de juzgar á los demás por sí mismo.

No teniendo él mismo fibra alguna, desconocía hasta donde podían templarse las del pueblo, tocadas por su soberanía ofendida y su libertad arrebatada!

Después de tomar serias medidas en la vigilancia de la casa de Gobierno, el personal del Gobierno de la Nación se retiró á sus respectivos domicilios.

La ciudad estaba tranquila en apariencia, aunque sus hijos velaban por su honor y por su libertad.

Los Mefistófeles de la política siguieron al Presidente hasta su casa, donde entraron con él.

Aunque conocían la perversidad de su espíritu, no querían dejarlo, temiendo que el miedo

le hiciera conceder nuevas ventajas al enemigo, ensoberbecido ya con su incuestionable triunfo.

El Gobierno Nacional había mandado desarmar al pueblo por medio de un decreto.

Sintiéndose desobedecido, había hecho ocupar el local del tiro por el ejército, para hacer cumplir su decreto.

Chasqueado en el propósito, había traído el ejército para hacer fuego en las calles de la ciudad.

Pero había tenido que abandonar también este último propósito, ante la actitud del pueblo.

Y había retrocedido lleno de espanto, hasta el extremo de retirar su ejército, ante este solo consuelo.

Que el pueblo se retiraría de las calles, aunque pasaría la noche en sus cuarteles, pronto á lanzarse al combate, al primer rumor de amenaza.

Hé aquí el temple moral de los que iban á comerse el cordero gordo y repartirse mas tarde hasta el asador!

Rodeado de su escolta y otras fuerzas, el Presidente con sus aliados, pasó la noche discutiendo el modo mejor de salir del pantano donde se había metido.

De todos modos era preciso esperar la reunión acordada, para desarrollar, envuelta en alguna concesión, otra falsía ó embrolla flamante, con que engañar al pueblo mientras se maniobraba en el sentido de atarlo.

La eterna política de Avellaneda!

Mentir descaradamente, engañar aunque solo fuera por minutos, mientras meditaba alguna iniquidad, fondo verdadero de todos sus propósitos.

Veamos como se llevó á cabo esta nueva y sangrienta burla, que hizo concebir algunas esperanzas de paz á los que querían evitar el derramamiento de sangre y tenían el candor de aceptar seriamente lo que partía de un Gobierno que no había hecho otra cosa que mentir de todos modos, desde que la cuestión Presidencia se trajo á tela de debate y se descubrió su plan de imposición y de ruina.

LOS NOTABLES

Bajo el pomposo título de reunión de notables, se citó para el día siguiente, en casa de Gobierno Nacional, algunas de las personas mas distinguidas, residentes en Buenos Aires.

Eran los invitados [para buscar una solución al conflicto, las siguientes personas:

El doctor don Guillermo Rawson, el señor don Domingo F. Sarmiento, el doctor don José María

Moreno, el doctor don Rufino Varela, don Félix Frias, don Eduardo Madero, don Manuel Ocampo, el doctor don Aristóbulo del Valle, el doctor Dardo Rocha y el doctor Pedro Goyna.

Como se ve, no era esta una verdadera reunion de hombres notables, puesto que entre ellos figuraban ciudadanos humildes, honorables si se quiere, pero de pocas luces para tratar una cuestion de aquella magnitud, puesto que se trataba nada menos que de la disolucion y la ruina de la República.

Ademas de las personas nombradas, habia otras que introducian su livida cabeza por las puertas de entrada al salon del presidente, donde tenia lugar la reunion y para irse despues colando poco á poco.

El doctor Rocha se habia colocado detras del sillón de Avellaneda, para no afrontar él su influencia satánica.

Porque ninguno de ellos tenia la menor confianza en las palabras de Avellaneda, y temian que atacado rudamente, este concluyese por entregarse á discrecion.

Fué el noble doctor (Guillermo Rawson el primero que dejó sentir su voz magestuosa y conmovida, para fustigar la conducta inicua de aquel Gobierno cobarde y criminal.

El notable orador, el hombre de corazon y de principios, el ciudadano integro y patriota, se habia conmovido ante los sucesos del dia anterior, se habia indignado con la conducta incalificable de los poderes, y venia á hablar al causante de todo aquello, con toda la severidad de la elocuencia mas pura y con toda la energia del patriotismo ofendido.

Y con una elevacion de ideas digna d aquel hombre notable, empezó por condenar con toda la energia de su alma, el proceder monstruoso del Gobierno Nacional.

Hizo en seguida una breve reseña de la situacion de la República, y con palabra profética y lágrimas en los ojos, mostró al Gobierno el abismo de sangre y de vergüenza en que queria hundirnos á todos.

El primer tiro que se dispare en las calles de Buenos Aires, dijo el gran orador, será la señal de la separacion eterna entre Buenos Aires y las demás provincias!

—Ese primer tiro anunciará al mundo la guerra civil mas cruel y mas sangrienta que se haya conocido en la historia argentina.

La palabra de aquel orador sublime, inspirándose poco á poco iba adquiriendo proporciones gigantes.

—Ayer, continuó, veia desfilas por las calles con el arma al brazo, una juventud ardiente con patriotismo y nobles deseos.

Y veia tambien que de todos los balcones y azoteas, las madres, las esposas y las hermanas

de aquellos nobles jóvenes, les hacian ademanes de aliento.

Y comprendia señor Presidente, que hasta los ancianos estaban dispuestos á ir á los cantones, á defender las libertades de la República, groseramente ultrajadas.

Mas tarde se me vino á comunicar que pasaban tropas de linea por las calles de la ciudad.

Fuí á cerciorarme y ví pasar soldados de linea caballeria, cañones y un arsenal de guerra.

Y sentí con un dolor profundo no tener veinte años, para haberme colocado ante la boca de aquellos cañones, prefiriendo mil veces la muerte al horror de aquel vejámen y de aquel espectáculo.

El pueblo ha estado en su perfecto derecho armándose, pues lo ha hecho para sostener sus libertades amenazadas de muerte, libertades que ha adquirido á costa de rudos y dolorosos años de batalla.

El gobierno nacional no puede intervenir con fuerza armada, so pena de hacerse reo del mas monstruoso de los crímenes.

La causa de Buenos Aires es santa, no se engañe, señor Presidente.

La política de imposicion es una obra maldita!

El acorde sereno y magestuoso de aquella palabra elevada y noble, hizo gran impresion entre los demás notables y los que no lo eran.

En los ojos de muchos de ellos, se veia oscilar el llanto.

Cuando hubo pasado algo aquella primera impresion, tomó la palabra el señor Sarmiento, empezando por manifestar que él no estaba por el desarme de Buenos Aires esolusivamente.

Que creia necesario desarmar esta provincia primero, para seguir haciendo lo mismo con Santa Fé, Córdoba, Entre-Rios, etc.

Este era el gran error del señor Sarmiento.

Creer que, una vez desarmado Buenos Aires, le seria fácil hacer lo mismo con las provincias de la liga, que él habia denunciado oficialmente ante el Congreso.

Con ese lenguaje característico y brioso que le es peculiar, el señor Sarmiento continuó hablando de la manera siguiente, dirigiéndose á Avellaneda.

—Es preciso desarmar á Buenos Aires, dando por no sucedidas las escenas de ayer.

Pero es necesario que desarmado Buenos Aires se siga por desarmar á Córdoba y esos doce gobernadores de la liga, que no son otra cosa que docemulátillos que pretenden imponer á la República un general que se ha retirado en estos momentos al interior, para usar allí todo género de situaciones mentidas y armar toda clase de embrollas.

Si yo soy de opinion que so desarme Buenos Aires, concluyó, tambien creo que Buenos Aires

tene derecho y razon de oponerse bestialmente a la candidatura Roca, pues hasta las piedras han de levantarse en su contra.

Este discurso franco y original del Sr. Sarmiento, discurso de un vigoroso colorido, levanto una gran tremolina entre notables ó insignificancias.

El señor Madero sonrió, el señor Ocampo se rascó un momento y algun otro se sonó la nariz.

Sin embargo la situacion no podia ser mas solemne.

Se estaba jugando la vida de la República y las libertades en el Rio de la Plata.

A la palabra incisiva del Señor Sarmiento, siguió la palabra serena y noble del gran patriota don Félix Frias, de este hombre extraordinario que fué á morir al extranjero, donde voluntariamente se habia desterrado, para no presenciar la verguenza de la patria.

El señor Frias increpó al doctor Avellaneda su criminal intento, mostrandole con toda la energia de su alma bien templada, el abismo ignominioso, la tumba de verguenza que estaba cabando á la patria, enseñándole al mismo tiempo el peligro que corrian los autores de aquel crimen.

—Es peligroso jugar con la libertad de los pueblos, doctor Avellaneda, decia el noble anciano, y mucho mas peligroso aún, cuando estos pueblos se llaman Buenos Aires!

Buenos Aires está ejerciendo el mas grande de sus derechos.

Respetémoslo y no vayamos á provocarlo en las calles de su gran ciudad.

Es necesario que el gobierno Nacional retroceda en su temerario y absurdo plan de imposicion.

Si se quiere desarmar la República, que Buenos Aires sea la última en hacerlo, pues sus armas son la única garantia que tiene hoy la causa de la libertad.

Un debate acalorado tuvo lugar enseguida, al que se mezclaron todos los notables.

El doctor Rocha no se apartaba un momento del oido de Avellaneda, insinuando toda la perfidia de su ambicion desmedida.

—Es necesario huir á Buenos Aires y anularlo.

Sino, ¡ay de nosotros!

Avellaneda, pálido y tembloroso, escuchaba la voz de todos sin atreverse á contestar á ninguno.

El señor Varela sostuvo calurosamente y con vigor que Buenos Aires habia usado de un derecho constitucional que al armarse lo habia hecho para defender sus libertades amenazadas

y porque la República entera se estaba armando contra Buenos Aires.

El delito está de parte del gobierno Nacional que ha ocupado militarmente la ciudad cometiendo un acto de guerra y un atentado á la soberania de la provincia.

Retire el gobierno su ejército y Buenos Aires no hará ostentacion de armas, puesto que no es un pueblo en revolucion, ni ha cometido acto hostil contra el gobierno Nacional.

Es un pueblo que resiste la política de imposicion y que se prepara á la lucha si á ella lo provocan.

El doctor del Valle dijo que ya era tarde para desarmar á los voluntarios de Buenos Aires, y que al intentarlo, el Presidente haria mal.

El doctor Beccar dijo que él, en vista de lo declarado por el señor Varela, que Buenos Aires no habia cometido acto hostil contra el gobierno Nacional, opinaba como el señor Sarmiento.

Que se hiciese un arreglo entre los dos gobiernos, dando por no sucedidos los hechos del dia anterior.

Segun un diario de la mañana que publicó una reseña de esta conferencia, reseña que nadie desmintió, solo dos personas se pronunciaron contra Buenos Aires, siendo hijos de Buenos Aires ellos mismos.

Que se desarme á Buenos Aires, y sinó fuego sobre él.

Don Dardo Rocha para enardecer los sentimientos mezquinos de Avellaneda, leyó unos sueltos de la prensa liberal, y un suelto del diario de Barra, en el que se aseguraba que en las inmediaciones de la casa del Presidente, el pueblo armado habia establecido cantones.

Iba á concluirse la discusion sobre si habria ó no arreglos con el gobierno de la Provincia, cuando entró al salon un individuo que dijo:

—Señor, nos llegan noticias de que en la campaña se han reunido ya dos mil hombres! aludiendo á las fuerzas del coronel Lagos.

—Si señor! exclamó don Rufino Varela, y mañana serán diez mil y dentro de tres ó cuatro dias serán cincuenta mil.

—Esa es la guerra civil á que el Gobierno Nacional provoca á la Provincia.

Por fin, despues de una larga discusion en que se pronunciaron palabras tremendas, se resolvió que una comision compuesta de los señores Frias, Varela y del Valle, fueran á verse con el doctor Tejedor, á fin de formular unas bases de arreglo en el sentido de olvidar lo sucedido hasta ese momento, y evitar que en adelante se hiciera ostentacion de fuerza armada sobre la Provincia

UN ARREGLO Y UN TRIUNFO

La juventud en todo su tiempo, no se habia movido de sus cuarteles, ni habian abandonado sus armas un solo momento.

Siendo aquella movilizacion esencialmente voluntaria, cada cual mandaba á casa de su familia por el alimento y demás objetos de primera necesidad.

Así cada cuartel ofrecia un cuadro diverso y original.

Quién, sentado en cuclillas, trincaba el cacho de asado fiambre remitido por su buena madre, quién chupaba un verde cimarron, cebado por su propia mano, por primera vez de la vida, quién morrongueaba perezosamente sobre su levita dominguera al lado del remington, y quién hacia de su crédito con Sempé, Marechal ó Charpentier, para proporcionarse un poco de buen café y un cajon de cigarros con que engañar la velada.

Las frases mas chuscas y cómicas se cruzaban entre aquella juventud alegre y entusiasta.

Juro por todas las narices del bedel de la Universidad, exclamaba uno, que si vamos á las manos, voy á pedir que me permitan tener á Avellaneda de asistente, el tiempo necesario, aunque sea para que me limpie las botas y me vaya á bañar el perro.

—Pues yo lo quiero, replicaba otro, para hacerlo salir á la calle en alpargatas y sin peinarse, para que el pueblo vea en su verdadera estatura al ente que ha estado jugando con su vida.

—Viva Buenos Aires!

—Compañeros! gritaba otro, renunciaria á diez años de vida y á mi parte de cielo porque no nos hubieran cerrado el camino el dia de ayer!

Esta revolucion es esencialmente popular en el pueblo de Buenos Aires, que se levanta en nombre de sus derechos!

Me sospecho que hemos hecho un descalabro en poner al gobierno á nuestra cabeza!

Un centenar de nosotros tendidos en la calle y todo hubiera concluido.

Mañana necesitaremos caer quinientos!

En eso entró un mozo del gran charpentier con un cajon de cigarros y un balde de café.

—Ché Avellaneda! gritó el que habia aspirado á hacer su asistente de aquel hombre maldecido.

Noto que no le has sacado el regaton (el mozo traia puesto un bonete) te prevengo que á la segunda falta de respeto te sumo el occipucio hasta el conis!

Estas diversas escenas tenian lugar en todos los cuarteles.

Mientras llegaba la hora del combate, la juventud sacaba á la vida su última gota de alegria.

Ninguno sabia si al dia siguiente podria reir, pues mientras unos estaban en un cuartel, sus padres estaban en el otro y sus hermanos en otro.

Y á ninguno escapaba, que mientras más elementos aglomerara Avellaneda en la ciudad, la refriega seria más sangrienta y el triunfo más caro.

El entusiasmo cundia por todas partes y nuevos cuerpos de voluntarios se improvisaban y se armaban con una rapidez asombrosa.

Les era indiferente poder llevar un remington ó un simple garrote de tala.

La cuestion era tener una arma, aunque fuera en la apariencia y poder ir á ocupar con ellas el punto de peligro entre las filas del pueblo.

El capitán Mariano Dorrego, formaba así en la parroquia de la Piedad, el que más tarde se habia de hacer benemérito de la patria, el valiente batallon Coronel Sosa.

Y otro núcleo de jóvenes de la misma parroquia, se alistaba noblemente bajo la hábil direccion del coronel Sanábria, viejo y noble guerrero que acababa de arrojar á la casa del gobierno nacional su solicitud de baja!

Otro núcleo de personas de posicion y de fortuna, se reunian tambien á gran prisa, para formar un nuevo cuerpo de voluntarios, bajo la noble y hábil direccion del intrépido Sebastian Casares, siempre dispuesto á derramar su sangre en aras de la libertad, que habia conquistado su grado de teniente coronel de linea en la guerra del Paraguay.

Los soldados de este nuevo cuerpo, entre otros que acudieron despues, eran Rodolfo Bullrich, Carlos Salas, Martin Viñales, Eduardo Legarreta, Adolfo Saldias, Lisandro Olmos, Julio Lonton, Pedro y Estevan Rizzo, José Maria Cantilo, Julian Balbin, German Fich, Alfredo Meabe, Federico Casares, Gervasio Videla Dorna, Leopoldo Gomez, Adolfo Blayer, Juan A. Argerich, Alvaro Pinto, Cristian Sommer, Antonio Santa Maria, Martin Gimenez, Emilio Ramirez, Manuel Cadverd, Ramon Frias, Máximo Rubio y cincuenta mas que nombraremos á su tiempo, porque Buenos Aires debe conocer uno por uno el nombre de sus buenos hijos, como el de los malvados que la rindieron por un puñado de oro del presupuesto.

El batallon "Defensores de Buenos Aires",

festejaba el retroceso del Gobierno Nacional, con una tertulia dada en su propio cuartel, que lo era la casa de su jefe, el valiente Alberto Huergo.

A esta tertulia solo faltaban ocho de sus miembros, entre oficiales y soldados, que cumplian una comision digna de aquellos bravos.

Ellos estaban dando una guardia de honor en *La Patria Argentina* á indicacion de su jefe y aclamacion de sus compañeros.

Queremos recordar el nombre de estos ciudadanos, en el nuestro y en el de todo el personal de *La Patria Argentina*, orgullosa de aquella honrosa distincion.

Aquella guardia que no quiso retirarse en toda la noche, la componian el teniente Carpentier, el alferes Carlos Ecáell, el cabo 1º José T. Escobar y los soldados Leopoldo Losada, Justo Martínez, Angel Otero, Juan Mayan y Antonio Galup.

Este honor era doblemente valioso, pues él era la prueba mas cariñosa de la actitud de este diario, centinela avanzado del pueblo.

Poco despues de haberse retirado la guardia de honor de los "Defensores de Buenos Aires", entraba á la imprenta otra compañía del batallon "Maipú", comandante Ramon Gomez, bajo cuya bandera se agrupaba parte de la más noble juventud de nuestras aulas.

Esta compañía mandada por el alferes Adolfo Mitre, venia á saludar y felicitar en nombre de todo el cuerpo, á la redaccion de *La Patria Argentina*.

La Patria Argentina no olvidará nunca esta distincion de sus hermanos de causa!

Todo esto se hacia sin perder un minuto!

El batallon General Lavalle formaba tambien á gran prisa en la casa del señor Figueras, que la habia cedido para establecer la mayoria, á los señores Francisco Silva y Luis Diaz.

El mando de este improvisado batallon, dividido por mitades, estaba á cargo de los capitanes Azarini y Paéz.

Las damas de Buenos Aires empezaban tambien á ocupar su puesto de combate, diremos en la esfera gentil y grandiosa de su sexo.

Mientras la señora doña Ventura D. de Trejo regalaba al batallon una espléndida bandera bordada de oro, las preciosas y dulces señoritas de O' Gormacon, Almeira y Silva, unidas á las señoras de Figueroa, Trejo y Fernandez Cutiellos, se lanzaban á juntar una suscripcion entre sus numerosas relaciones, para atender á los primeros gastos de armar el batallon.

Nobles damas porteñas!

Cuán to les debe la causa de Buenos Aires!

Y para que nada faltara á aquel cuadro de sublime patriotismo, los ancianos tomaban su puesto, con rasgos que deben ser inmortales para la causa de la libertad.

El doctor don Miguel Esteves Segui, alma

templada en todo lo grande y todo lo noble, escribia á la comision de suscripcion popular, la siguiente carta:

Buenos Aires, Febrero 16 de 1882.

Respondiendo á su llamado, incluyo la lista y cantidad que donan los de la familia de mi dependencia.

Verdaderamente, no comprendo como puede haber un solo hijo de Buenos Aires, que al amago sangriento de querer levantar en Buenos Aires nuevamente, el despotismo sangriento del poder militar, no se enardezca la sangre en sus venas para rechazar hasta la muerte el oprobio que se maquina por la ambicion y los ambiciosos.

Siento, señores, que mi familia no sea una tribu de guerreros!

Pero ahí están mis buenos viejos y mis bolsillos rotos, á la disposicion de ustedes, si es para defender á Buenos Aires, primordial baluarte de las libertades de la República, hasta dar el último aliento al grito siempre de ¡viva Buenos Aires!

De ustedes un viejo é inútil compatriota.

Miguel Esteves Segui.

Este era el temple de Buenos Aires, desde las aulas de la Universidad, hasta el corazon de los ancianos!

Y esta fué la actitud que hizo temblar y retroceder á Avellaneda en el primer momento.

Para que nada pudiera faltar á la defensa, y temiéndose un combate de un momento á otro, los estudiantes de medicina se aprontaban á formar un cuerpo de auxilios médicos, á cuyo efecto se habia nombrado una comision compuesta de los estudiantes Nicasio Etchepareborda, Juan B. Señorans, Eduardo Ovejero, Carlos Castro y Sumbland, Jesús A. Espeche, Francisco Achaval, Pedro Carrasco, Antonio Gandulfo, Camilo Celasco, Juvencio Arce, Irineo Fulers, Federico Cabrera, Gregorio Chaves, Baldomero Sommer, Pedro O. Luro, Pedro Bénédit, Enrique Pietranera y Pedro Lagleire.

A la cabeza de estos estudiantes, formaban los doctores Julian M. Fernandez, José M. Ramos Mejía, F. R. Burgos y doctor Batilana.

Los ingenieros y los estudiantes de ingenieria ocuparon tambien un puesto de labor, que tan importante podia ser, formando un cuerpo de voluntarios compuesto de los señores Carlos Cassaffouth, Juan A. Barrano, Aureliano Parkinson, Ricardo Centeno, Ildefonso Ramos Mejía, Cayetano Guglielmi, Julio Brande, Federico Barrano, Adriano Philipp, Felipe Cuenca, Sebáldo Ricardoni, Juan Cuadri, Ernesto Diaz, Pedro Battilana, Oronti Balergas, Mariano Quintana, Genaro Llanos, Sebastian Berreta, Justo Escobar, Pedro Molinari, Esteban Rojas y Carlos Bunge.

La defensa de Buenos Aires tiene así todos los elementos necesarios en sus propias filas, para ir á luchar.

El mismo sargento mayor don Lázaro Garay,

pidiendo su baja de las filas del Gobierno Nacional, instruía á gran prisa una compañía de artillería.

Porque los jefes de la nación habían empujado á abandonar las filas de aquel Gobierno malvado, no queriendo aceptar la plaza de verdugos que se les ofrecía.

A la baja de Arias, Lagos y Campos, siguieron la de Garmendia, la de Acevedo, la de Garay y la del benemérito coronel Sanabria, á los que seguirían mas tarde el coronel Morales, el comandante Leiva, el comandante Benito Meana, el comandante Badia, viejo batallador de la patria, el mayor Lauro Lagos, el mayor Faramiñan, el noble comandante Fernandez y mayor Herrera, el capitán Falcon, el mayor Silva, el comandante Bonahora, el comandante Reyes y cien más que figurarán á su tiempo.

Todos estos elementos formaban la muralla de defensa del pueblo de Buenos Aires.

Y mientras estos elementos improvisados se organizaban, seguía tratándose un arreglo que, salvando á Buenos Aires, evitase la efusión de sangre argentina.

Los comisionados por los notables Frias, del Valle y Varela (R.), se trasladaron á casa del doctor Tejedor, á darle cuenta de lo sucedido y tentar las bases del arreglo que se buscaba.

Después de un largo y sentido debate, se llegó á esta solución.

Que el doctor Tejedor y Avellaneda tendrían una conferencia, el día siguiente, ambos solos.

De esta manera el Gobernador de Buenos Aires podía explicar los móviles y los derechos con que el pueblo se había armado, y acordar las condiciones de dar una solución al conflicto, sin menoscabo de la dignidad de ambos gobiernos.

Se entendía que Avellaneda debía pedir al doctor Tejedor aquella conferencia.

El punto era difícil, pues no había medio decoroso de salvar al Gobierno Nacional del ridículo que le traería cualquier arreglo hecho, sin descender Buenos Aires de la posición que había asumido, ni de la altura en que se había colocado.

Los comisionados transmitieron aquel arreglo al Gobierno Nacional, que lo aceptó sobre tablas y como su salvación, aunque momentánea.

Había tenido tiempo de contemplar, escondido, el efecto de la ciudad, y se había aterrado.

Era pues, urgente, detener la tormenta á toda costa.

No por esta promesa de arreglos, los cuerpos de voluntarios abandonaron su puesto de observación ni su actitud de combate.

Por lo mismo que había arreglos, temían una traición del pequeño Avellaneda.

La vigilancia fué mas atenta que nunca y los jefes del tiro nacional no cesaron un momento de recorrer los cuarteles.

La campaña estaba pronta á secundar á la ciudad.

El prestigioso coronel Lagos tenía reunido en Santa Catalina mas de tres mil hombres que ejercitaba diariamente en las maniobras del arma de caballería.

Esa misma noche se había recibido una noticia de bulto, que concluía de dar la última mano al terror del Gobierno Nacional.

En el Bragado había tenido lugar un movimiento preparado por agentes Roquistas.

Este movimiento que encabezaba Guillermo Doll, tenía por objeto recoger todos los elementos en hombres y armas de aquel partido, y huir con ellos hasta Junin, donde los esperaba el regimiento 2 de caballería, para afianzar el pronunciamiento.

Guillermo Doll y el secretario del Juzgado de Paz, Carlos Costa, con armas y dinero enviado por el Gobierno Nacional, se levantó en armas seguido de unos cincuenta hombres mas ó menos, yendo á campar fuera del pueblo, donde esperaba nuevos elementos para emprender la marcha á Junin.

Los patriotas del Bragado, sabedores de la apostasía de Doll, se alarmaron y decidieron ponerse en campaña para reducirlo á la razón y al amor de la provincia madre.

Al efecto se reunieron unos cincuenta ciudadanos que tenían armas, apoyados con diez y seis soldados de policía rural y siete oficiales.

Estos vecinos y soldados, por aclamación general, nombraron jefe al teniente coronel don Segundo Bonahora, quien inmediatamente se puso á la cabeza del pequeño grupo, y en campaña.

Se tenían noticias que el sublevado Doll había acampado en el punto conocido por *Estancia chica*, y allí se dirigió Bonahora con su pequeña pero decidida columna.

Alcanzado realmente en la *Estancia chica*, el comandante Bonahora le envió como especie de parlamentarios á los señores Duval y Dans, para que le intimaran se entregaran inmediatamente sin hacer la menor resistencia, pues de lo contrario se vería obligado á emplear los medios violentos.

Doll, que quería ganar tiempo esperando refuerzo de Junin, expresó que se rendiría al Gobierno, pero no antes de las 12 del siguiente día.

Como él había hecho chasque á Junin esa madrugada, esperaba que antes de la hora que fijó, el regimiento 2 estaría en el Bragado.

Bonahora sospechó por aquella respuesta lo que quería Doll. ¿Por qué si estaba dispuesto á rendirse, esperaba hasta el día siguiente á medio día?

La respuesta era muy clara.

Si le venía auxilio de Junin, retrocaban los

papeles, sino, se rendiría y todo quedaba arreglado.

El comandante Bonahora repitió la intimación, obteniendo igual respuesta.

Que lo esperase hasta las 12 del siguiente día.

Aquí hay gato, pensó, y rodeó por completo la Estancia Chica, para tomarlo al amanecer, si era posible, sin derramar una gota de sangre.

A las 4 de la madrugada, después de tomadas todas sus medidas, el comandante Bonahora se presentó solo en el campo de Doll, quien salió á recibirlo.

En nombre del Gobernador de la provincia, vengo á ordenar á usted que se entregue inmediatamente con los elementos que dispone.

Doll miró vagamente reiterando el plazo pedido.

Entonces el comandante Bonahora le observó cortesmente esto:

Si dentro de cinco minutos no se ha entregado usted, lo bato y lo tomo.

Y se retiró en seguida entre los suyos.

Doll juzgó inútil esperar mas tiempo una protección que seguramente no vendría, y se decidió á rendirse antes de ser atacado.

Las tropas de Bonahora, es decir, los diez y seis soldados de policía rural eran suficientes elementos para destruirlo además de la reconocida competencia de su jefe.

No era cuento entonces provocar un combate sin objeto ya, puesto que no podría salvar los elementos sacados del Bragado.

Vencidos los cinco minutos, se dirigió al comandante Bonahora sobre la Estancia Chica, cuando le salió Doll al encuentro, manifestándole que no hacia ya resistencia, y que quedaba sometido al Gobierno de la provincia.

El comandante Bonahora, felicitándose íntimamente de no haber sido el primero en derramar sangre argentina, procedió en el acto al desarme del grupo que acompañaba á Doll, escabechándole, como se decía entonces, un buen número de carabinas remington, con la marca del Parque Nacional y una soberbia dotación de tiros, sables y demás pertrechos del caso.

La liga federal recibía así conjuntamente la mas vergonzosa derrota en los dos golpes que había intentado sobre Buenos Aires.

El comandante Bonahora contramarchó entonces con sus prisioneros al Bragado, desde donde comunicó al Gobierno el fiasco del motín Doll.

Aquella noticia cayó en Buenos Aires, produciendo un doble efecto.

De consternación en las filas presidenciales, y de júbilo inmenso en las filas del pueblo armado.

Este golpe de mano tuvo grande influencia en

la política de retroceso iniciada por Avellaneda.

A pesar de estar apoyados por fuerzas de línea en los pueblos fronterizos, sus agentes no podían dominar la decisión tranquila del paisanaje, que había sentido el corazón levantarse, como ellos dicen, al grito de la nación.

Buenos Aires pudo entonces convergerse prácticamente, que aquella actitud era lo único que salvaría al país de la ruina y la matanza.

Por eso es que algunas personas de juicio y patriotismo, se acercaron al doctor Tejedor, mostrándole la llaga donde era preciso colocar el dedo.

Todavía es tiempo, le dijeron, aunque costará un poco mas.

No se debe emprender arreglo alguno, sino bajo la base de la renuncia de Avellaneda.

Sino hay que tomarlo, y salvar por este medio al país del abismo de sangre á que vá á rodar!

No, el Gobierno de Buenos Aires no será nunca revolucionario, y respetará siempre al Gobierno Nacional.

El camino que se ha fijado es el de la resistencia, y nada mas—no seamos nosotros los autores del primer conflicto.

Es que el conflicto lo ha producido el doctor Avellaneda, pisando la soberanía de la provincia.

Buenos Aires está intervenida por un ejército de línea, cuya consigna es conocida de todos ya.

Pero el doctor Tejedor creía que todo podría conciliarse pacíficamente, que Buenos Aires se había impuesto y vencido y seguía en su lamentable error de no darse cuenta del rol que él mismo había asumido, como Gobernador de Buenos Aires y defensor de su libertad electoral.

Estábamos pues amenazados de un doble é insinuante peligro.

El error del Gobernador de la provincia y la perfidia desmedida del Gobierno Nacional.

Solo el pueblo armado podía salvarse á si mismo, pero el pueblo estaba sometido á su Gobernador, de quien esperaba ayuda y elementos.

Avellaneda está solo, agregaban otros jefes que estaban engañados aun, porque no cuenta con todos los jefes.

Los jefes porteños son nuestros, y muchos otros que simpatizan, sin ser sus hijos, con la causa de Buenos Aires.

Ustedes verán en el momento supremo á todos esos cuerpos, volver la espalda al Gobierno inicuo que les impone la vergüenza y el crimen, y hacer causa comun con el pueblo, pues comunes son tambien sus libertades, sus glorias y sus tradiciones.

¿No es acaso este pueblo la misma guardia na-

cional que el ejército de línea ha visto siempre á sulado en los momentos de prueba y de peligro?

Nosotros tenemos fé en el ejército.

Así debía de haber sido en efecto!

Aquella hermosa esperanza no se debió haber desvanecido nunca.

Pero el hombre es frágil, no siempre obedece los impulsos de su corazón, y siempre se inclina, por una especie de fatalidad, al camino torcido!

Aquellos hijos y hermanos de Buenos Aires, con quienes mas contaba, le dieron vuelta la espalda en el momento de la muerte, cometiendo el doloroso error de creer que su deber los llamaba al lado del Gobierno Nacional, que por sus hechos posteriores habia dejado de serlo.

Bajo aquel cúmulo de esperanzas, el pueblo dominaba su impaciencia y observaba.

Habia visto llevar ese día dos ametralladoras á la casa Rosada, en cuyo hecho habia observado una señal de la poca buena fé con que el Gobierno Nacional trataba.

De aquella conferencia, anunciada desde la noche antes, se esperabato.

La paz ó la guerra, el progreso ó la ruina, llegando muchos ilusos á creer hasta en la renuncia de Avellaneda, cosa que se hubiese obtenido, indudablemente, cargando un poco la mano y solo con la actitud asumida.

Avellaneda tenia miedo, á todas luces, y era preciso no dejarlo rehacerse.

Este era el verdadero triunfo pacífico, sin derramamiento de sangre.

Lo demás era volver á caer al terreno de las intrigas y de las falsas promesas.

A la una de aquel día, el Gobernador de Buenos Aires recibió en su despacho un billetito, al que solo faltaba el perfume de esencias, segun creemos.

Aquel billetito decia lo siguiente, palabra por palabra, que el Gobernador abrió en presencia del mismo edecan comandante Munilla, que lo habia llevado:

El Presidente de la República saluda al Gobernador de Buenos Aires, y le manifiesta que lo aguarda hoy 17 á las 3 de la tarde.

El miedo hacia perder al Dr. Avellaneda hasta os cuidados de forma.

A la hora indicada, el Gobernador de Buenos Aires salia en carruaje, y se dirigió á la casa rosada, entre una doble fila de pueblo entusiasta, que con espresion de supremo deseo, le pedia firmeza y energia.

Las voces de ¡viva Buenos Aires! resonando incesantemente, acompañaron al Gobernador hasta la casa del de la nacion.

A su puerta y en la plaza, se detuvo el pueblo alerta y vijilante.

Todo era de esperarse en aquella gente, hasta

el secuestro de su Gobernador, que habia sido llamado á una conferencia.

Pero ¡ay! del que tocara un cabello del Gobernador de Buenos Aires!

El pueblo lo hubiera vengado de una manera terrible.

A pesar de las ametralladoras, cuyas bocas se apercebían desde la calle, el pueblo estaba firmemente resuelto á franquear la puerta á la primera voz de alarma.

El Gobernador de Buenos Aires entró sério y poco comunicativo.

Ya nuestros lectores conocen el exterior del hombre.

Avellaneda, por el contrario, se encaramó sobre sus tacos y con una sonrisa helada sobre sus labios lívidos, lo acompañó hasta un sillón, donde pretendió entablar un diálogo alibarado, hasta ageno á las circunstancias.

El doctor Tejedor, bien penetrado de la mision que allí lo llevaba, galanteó la conferencia con ademan reposado y palabra breve.

El principio por esplicar la situacion de Buenos Aires, y las razones que habia tenido para armarse el 15 de Febrero.

Es un pueblo que se vé intervenido por el ejército de línea, sin que ese acto tenga una esplicacion posible.

Temer que su libertad electoral le sea arrebatada por ese mismo ejército, pues es el móvil que atribuye al Gobierno Nacional, y se ha armado en defensa de su santo derecho y hasta del territorio invadido y ocupado por un ejército.

El gobierno de Buenos Aires cree y sostiene que el pueblo usa de un derecho perfectamente garantido por la Constitución, y apoyado en la ley de Octubre.

El pueblo de Buenos Aires no ha hecho acto hostil contra el Gobierno de la Nacion á quien acata y no será tampoco el primero en lanzarse á la guerra á que se le provoca.

—Y para que cese este estado de cosas desagradable, replicó Avellaneda con una voz de avaro en vispera de ruina, qué es lo que se propone al Gobierno Nacional?

—El retiro inmediato de ese ejército á sus acantonamientos y la garantia de que el Gobierno Nacional no siga en su política de imposicion.

Aquello era claro y terminante, pero era precisamente lo que Avellaneda aborrece, lo que no se presta á la intriga y á la doble interpretacion.

Cómo dar tampoco una respuesta categórica sin insultar á los amigos y aliados en la mejor trama?

Este era un imposible insalvable para aquel pobre y desgraciado espíritu que, comprometido de todas maneras, hasta sus mismos titulados amigos habian concluido por infundirle miedo.

—¿Y qué me dices Buenos Aires para salvar

del ridículo al Gobierno Nacional, si adopta aquellas medidas?

— El pueblo de Buenos Aires no hará ostentación de sus armas, pero no se desarmará tampoco.

La asociación del tiro nacional, en uso de un derecho incontestable, seguirá funcionando como hasta antes del quince de Febrero..

— Poco ventajosa es la propuesta.

En estos momentos debe venir en marcha sobre la ciudad rebelde, un verdadero ejército, pues se ha ya dado orden á todos los cuerpos de la frontera vengán á marchas forzadas.

Entonces la cuestión puede cambiar de aspecto.

Buenos Aires, reconociendo la ley de Octubre, no volverá á hacer ostentación de armas, contestó el Gobernador desentendiéndose de la amenaza.

Pero esto será previo desalojo de la ciudad por el ejército y una orden terminante para que los cuerpos que se han mandado venir suspendan su marcha.

El Gobernador daba por existente aquella orden de venida, cuando en Avellaneda es preciso desconfiar hasta de los latidos de su pulso, que escapan de alterar por el vicio de mentir.

Ensayó entonces un discurso elogioso, manifestando que el Gobierno Nacional tenía que salvar su decoro y que era necesario buscar otras bases mas sólidas y equitativas.

Pero el Gobernador se mantuvo en su propuesta, que era lo acordado por el Gobierno y por el Comité reservado de que hablamos en los anteriores capítulos.

Avellaneda aceptó aquella solución que lo salvaba de una situación tan penosa, y propuso que volverían á reunirse á las 7 de la noche, para acordar la forma en que se había de hacer el convenio efectivo, de manera que ninguno de los poderes pudiera sufrir en su decoro y amor propio.

Como se vé, el doctor Avellaneda poco le importaba el hecho en sí, con tal de salvar las apariencias.

La vergüenza en sí no era nada.

La cuestión era el envoltorio en que viniera cubierta, para que los demás no se apercibieran de su peso estúpido.

En este modo de pensar está revelado el doctor Avellaneda.

El doctor Tejedor se retiró tan frío y reservado como entró.

En vano Avellaneda lo acompañó hasta la puerta del salón que abrió él mismo.

A las 7 de la noche debían reunirse en la conferencia definitiva.

El pueblo que esperaba al Gobernador, prorumpió en vivas á Buenos Aires y á los bravos del tiro nacional.

En aquel momento la cuestión candidatura había desaparecido de todos los corazones.

Se trataba de cosas mas grandes y mas santas que una pobre cuestión personal de candidatos.

Y Buenos Aires se había volcado todo entero en la grandeza de la causa que defendía.

Avellaneda se asomó á los corredores del río al estruendo de aquellos vivas, creyendo le fueran dirigidos á él por aquel simulacro de conciliación, pero retrocedió trémulo de ira ridícula, al ver que aquel pueblo se alejaba tras de su Gobernador, vivando á Buenos Aires.

— Ah! pueblo que me detestas! pensó entonces volviéndose á su plan de venganzas.

¡No habrá cuartel! tu vergüenza no tendrá precedente.

Estas fueron palabras pronunciadas en alta voz y que oyeron algunos de los que con él quedaron.

Y desgraciadamente, estas palabras se han confirmado plenamente.

¡Ahí está la obra!

Libre de la presencia del adversario, Avellaneda llamó á los suyos á una conferencia, para narrar lo pasado y consultar pareceres.

Solo un ministro, el doctor Gonzalez, defendía nuestra causa en el seno del cuartel general de la liga.

Todos los demás eran partidarios del desarme.

Los que sin pertenecer al Gobierno asistían á la entrevista, opinaban de otra manera.

Desarmar á Buenos Aires por la fuerza de los cañones, si no se podía de otra manera, y someterlo al Gobierno Nacional.

Después de largos debates, fué necesario resolverse prontamente, pues las 7 era la hora fijada para la segunda conferencia.

Entonces se acordó acceder á las pretensiones de Buenos Aires para mejor engañar al pueblo y al Gobierno.

Así, mientras Buenos Aires dormía sobre unos laureles de falsa victoria, se seguían preparando á gran prisa los elementos para caerle, cuando no pudiera defenderse.

El ejército podía retirarse á los alrededores de Buenos Aires, y prepararse para el primer llamado.

A las 7 en punto, el Gobernador de la provincia volvió á la casa Rosada, siempre acompañado del pueblo que no quería abandonarlo un solo momento, ávido de conocer el resultado de aquellos arreglos.

Las tropas del tiro nacional y bomberos voluntarios, cuerpos que debían su organización al espíritu alentador y fuerte del patriota don Enrique O'Gorman, estaban á esa hora acuartelados y con el arma lista para acudir á la defensa en el momento que fuera necesario.

Las fuerzas de policía y Guardia Provincial,

permanecieron también vigilantes en sus acantonamientos.

Avellaneda estaba más tranquilo.

Los arreglos en que iba á caer Buenos Aires le aseguraban el pellejo, cuestion primordialísima para él, en aquella hora suprema en que ninguno de la defensa pensára en el suyo.

Entre los dos Gobiernos se pactó entonces que el ejército de línea saldría de la ciudad, que se suspendería la marcha de los cuerpos que se habían hecho llamar, si es que esto era cierto, que el Gobernador de Buenos Aires reconocía la ley de Octubre, que jamás negó y punto capital:

Que Buenos Aires no haría la menor ostentación de fuerzas, aunque permanecían de pié las asociaciones de bomberos voluntarios y tiro nacional.

El Gobierno nacional redactó sobre tablas dos notas.

Una en que comunicaba al Ministro del Interior el arreglo celebrado, y otra dirigida al Ministro de la Guerra, en los términos siguientes:

Dará usted las órdenes necesarias para que suspendan su marcha los batallones 2, 3 y 5 de Infantería y los regimientos 2, 3 y 6 de caballería“.

Avellaneda creía que este arreglo adormecería á Buenos Aires y enfriaría el ardor de sus hijos.

¿Y el famoso decreto de desarme causa del movimiento?

Ese lo volvería á tragar el Gobierno nacional, con tal facilidad, que ni siquiera se mencionó.

Se había hecho un acuerdo sobre un detalle dado, pero nada se había dicho de la cuestión verdadera:

La elección libre!

Y el pueblo desconfió desde el primer momento de las algazaras con cuyo estruendo se quería distraer su patriotismo, para envolverlo en la atmósfera de donde se engendra la iniquidad.

Qué, ¿el Gobierno de Buenos Aires no había olido la trampa que para ganar tiempo se le tendía, engolosinándolo con la conservación del tiro nacional y bomberos voluntarios?

¿Nada le decía al Gobierno el descontento de su pueblo y la misma alegría de sus enemigos?

Buenos Aires tampoco está armado, se decía, y necesita tiempo también para hacerlo convenientemente.

Es que en aquel momento y ante las dificultades que se presentaban, las armas existentes eran más de las que se necesitaban.

La actitud firme de Buenos Aires, á pesar de todo, podía salvar sus libertades, cuestion principal, sobre lo que no se había cambiado ni una sola palabra.

La cuestión quedaba aplazada, pero en el mismo punto que hasta el 14, menos el decreto de desarme que había vuelto á las carpetas del Gobierno, en medio de la mas vergonzosa derrota.

Ahora era preciso armarse á toda prisa, y armarse hasta los dientes.

En aquellos días de conflicto, Avellaneda había estado en comunicación telegráfica con el General Roca, que anunciaba estar listos ya los elementos de combate con que contribuía la liga.

Los hambrientos, ante la opípara perspectiva de comerse el cordero gordo, afilaban sus dientes sin dejar de choricar las uñas.

Los guardias santafesinos, los *Lanceros de la muerte* cordobesa, y los greñudos del interior del monte, afilaban ya las chuzas con que habían de entrar á la gran ciudad.

LA PAZ Ó LA GUERRA

Se había llegado á una solución de la cuestión momentánea, aunque nada, absolutamente nada se había hablado de la cuestión capital: la candidatura del general Roca impuesta á la nación por el Presidente Avellaneda.

Las cosas volverían al mismo estado de antes del 15 de Febrero, es decir, el Presidente retiraría de la ciudad las fuerzas de línea que la ocupaban, y el Gobernador evitaría la ostentación de fuerza armada, quedando el tiro nacional y los bomberos voluntarios, en su anterior pié de guerra.

Pero los ánimos estaban más exaltados que antes.

Avellaneda había retrocedido vergonzosamente ante el pueblo armado, cuya actitud colectiva había negado siempre.

Consentía en tragarse su famoso decreto de desarme y pasaba por la imposición del pueblo de Buenos Aires.

¿Pero cumpliría Avellaneda lo pactado? se podía tener fé en un Gobierno que tantas veces faltó á la palabra empeñada?

Esta duda era la que mantenía el entusiasmo

popular, y hacia permanecer en sus cuarteles, con el arma al brazo, á los voluntarios.

Avellaneda habia logrado su deseo grande tiempo, contando con que el entusiasmo popular se enfriaria.

Pero estaba de Dios que el gran intrigante habia de engañarse en todo.

El pueblo de Buenos Aires conservaba su fé que no habia desmayado un átomo.

Comprendia su triunfo, el brillante triunfo obtenido, y esperaba tranquilo su derecho y dispuesto á hacer cumplir las condiciones del arreglo.

El gran momento se habia perdido, y se seguia perdiendo, pues aún era tiempo de obrar, aunque con mayores sacrificios.

Avellaneda no cumplia aún lo pactado, porque pasado el primer peligro, comprendia toda la humillacion de aquella retirada.

Pero era preciso decidirse de una vez por la paz ó la guerra.

Los partidarios de *menear bala* á Buenos Aires y la flor de su juventud, rodeaban incesantemente al Dr. Avellaneda para que, lejos de retirar el ejército, lo reforzara con todos los batallones posibles.

Pero Avellaneda tenia miedo.

Habia visto al pueblo de Buenos Aires decidido á morir por las libertades públicas y se sentia sin elementos para contrarrestarlo.

Los comités liberales se reunian por su parte, discutiendo la actitud que debian tomar.

Pero no se resolvian á lo más sencillo y positivo—tomar á Avellaneda y obligarlo á renunciar.

El Gobernador de Buenos Aires era el más opuesto á este plan, que abria terminado la cuestion sin el menor derramamiento de sangre.

—Yo tengo que ceñirme á la política de resistencia, no puedo declararme rebelde á los poderes nacionales.

Y sin embargo, la provincia estaba intervenida por un ejército que podia aumentarse de un momento á otro, y aquel mismo Gobierno nacional contra quien no se queria ser rebelde, habia rodeado el local del tiro con cuarenta piezas de artilleria, para ametrallar á la juventud de Buenos Aires!

¡Error funesto! error maldito, que dejaba al enemigo todas las ventajas de organizacion, de iniciativa y hasta de eleccion del momento.

Se discutia acaloradamente este error, cuando uno de los más nobles miembros del partido liberal, penetró en el salon de la discusion, sin haber sido llamado.

No estrañen mi presencia aquí, dijo, donde nadie me llama.

Mi deber y mi corazon me impulsan aquí á dar un consejo que setomará ó no en consideracion, pero que es preciso dar porque se pierden momentos que no volverán.

Aquella era la palabra de un ciudadano emi-

nente que debia ser respetada por todos, como lo fué.

¿Qué iba á aconsejar aquel hombre, cuya independencia era de todos conocida?

La salvacion de la pátria y la economia de sangre.

—El Gobierno nacional está solo en la casa Rosada.

No hay allí mas que un pequeño cuerpo de guardia que será fácil sorprender.

Tómese á Avellaneda, y la revolucion habrá concluido sin una sola gota de sangre: aún hay tiempo.

—El Gobierno de Buenos Aires, no es un gobierno rebelde, contestó éste, amarrado á su error como á una fatalidad sombría.

Soy un Gobierno de resistencia, pero no un gobierno revolucionario.

—¡No es un Gobierno revolucionario el que defiende á la cabeza de su pueblo, las leyes, la Constitucion y las libertades públicas!

—Las defenderé en el terreno de la resistencia, pero no en el de la agresion.

—Pero si estamos en plena revolucion, si el pueblo ha salido á la calle con el arma en la mano, á rescatar su libertad electoral arrebatada!

—No importa, nuestra línea de conducta es amarrarnos dentro de los límites de la defensa.

Esto era agachar la cabeza para defenderse, despues de recibido el golpe, pero este era precisamente el error que se cometia.

El gobierno de Buenos Aires se armaba para la lucha á que era provocado, pero queria dejar al enemigo la iniciativa.

Uno de los jefes allí presentes, manifestó que aun no era necesario un proceder violento, pues el ejército, que era con lo que contaba el Gobierno nacional, se plegaria á la causa de Buenos Aires.

—Conozco los jefes del ejército porque me he criado en él, dijo entonces el coronel Arias, y no hay que hacerse ilusiones.

El corazon de ellos, como sus glorias, son de Buenos Aires, pero no se nos plegarán si no se toma al Presidente.

Libre el Presidente, lo han de seguir á donde vaya sin que defeccione uno de ellos!

Opino tambien que no se debe perder tiempo y resolver la cuestion radicalmente y en el acto.

—Hay jefes comprometidos, seriamente comprometidos, añadió el coronel Campos.

Podemos contar con ellos como con nosotros mismos.

En el momento del conflicto, esos jefes estarán con Buenos Aires.

Aquella afirmacion era exacta.

Muchos jefes del ejército estaban comprometidos con la revolucion ¿pero hasta qué punto mantendrian esa promesa? ¿Hasta qué punto se

podia asegurar que más tarde no obedecerian á influencias mayores?

La reflexion del coronel Arias era mas segura y más práctica.

Lo esencial entonces era apoderarse de Avellaneda y dejar al Vice-presidente en el desempeño de sus funciones.

En la conducta del doctor Tejedor, si se quiere, habia algo de delicadeza, puesto que era él el otro candidato á la Presidencia.

Pero esta delicadeza en nada atenuaba su error, pues no se trataba ya de candidaturas, sino de salvar la libertad de toda la República.

La causa porque se habia levantado Buenos Aires como un solo hombre, no era la causa mas ó menos pequeña de una personalidad.

Era algo mas grande y mas santo, que latia en todos los corazones.

Era la causa de las libertades públicas que, muertas en Buenos Aires, morian en toda la República.

Era esta la causa sacrosanta que habia puesto el arma en sus manos y lo habia decidido á combatir hasta su último aliento, contra todo el poder militar de la nacion.

No se podia entonces tener aquella delicadeza, puesto que la cuestion candidaturas habia muerto en la memoria de todos.

Decidido entonces el Gobernador de Buenos Aires á no responder á la agresion con la agresion, se aceptó aquel arreglo que dejaba en pié a Buenos Aires, en su actitud triunfante y dispuesto siempre á la lucha y al martirio, si era necesario.

Avellaneda, cuya posicion era ridicula, envió dos de sus ministros á conferenciar con el Gobernador de Buenos Aires, para que el cumplimiento de lo estipulado revistiera la forma mas decorosa para ambos.

Se convino entonces en que la salida del ejército y la retirada de los voluntarios á sus hogares fuera simultánea, lo que solo importaba una tregua.

Buenos Aires estaba orgulloso con su gran triunfo.

Se le habia reconocido el derecho de armarse y organizarse militarmente, pisando sobre un decreto que mandaba lo contrario, reconociendo además que habia usado de este derecho en nombre de una causa santa.

El Gobierno nacional cumplió el compromiso con su habitual perfidia.

Se dió orden para que suspendieran su marcha los cuerpos que se habian hecho bajar de la frontera, y los batallones que ocupaban la ciudad se retiraron á la Chacarita.

Avellaneda los retiraba de la ciudad, pero los situaba en un punto donde podia barrerla con su inmensa artilleria.

Esto sin contar los batallones que con diversos

pretestos se aglomeraban en el Rosario y en Junin.

Las provincias armadas hasta los dientes, organizaban sus batallones á gran prisa, bajo la direccion del general Roca, que como verdadero Presidente de la República, declaraba que, antes de eliminar su candidatura, preferia la guerra civil con todos sus horrores!

Cómo pueden engeguecerse los hombre hasta ese punto.

El general Roca, que con un solo movimiento noble de espíritu se hubiera hecho una verdadera figura nacional, atraia sobre sí la maldicion y la sangre de la patria, ¿en cambio de qué?

De titularse Presidente de una nacion que lo despreciaria á pesar de su mismo titulo y del poder que revistiera.

Es que Avellaneda veia tambien al General Roca poseido del espíritu del doctor Rocha y los que lo rodeaban.

Buenos Aires veia todo esto, sentia los aprestos bélicos de los Gobernadores de las provincias para comerse el cordero gordo, y sus filas engrosaban, mostrando el temple heróico de su espíritu.

El coronel Muzlera tambien acababa de podir su baja, y con el intrépido comandante Llanos, última victima de la defensa, se plegaba á las filas del pueblo, ofreciéndole su corazon y su brazo.

Así, para el primer momento de combate, Buenos Aires contaba con dos mil hombres de linea, entre Guardia Provincial y policia, dos mil voluntarios armados á remington y mil doscientos hombres de caballeria que habia organizado en Santa Catalina, con las policias rurales, el benemérito coronel Hilario Lagos, que más tarde debia sellar su nombre en la famosa meseta de los Corrales.

Estos eran los elementos del quince de Febrero, aumentados con los veinte mil ciudadanos que se pusieron en accion.

El Gobernador de Buenos Aires recorrió los cuarteles de los voluntarios, para darles cuenta de la tregua pactada y despedirse de ellos hasta muy pronto, si su patriotismo y decision eran reclamados mas tarde por el giro que el Gobierno Nacional diera á los acontecimientos.

En caso que las circunstancias cambiaran, Buenos Aires tendria además sus treinta mil guardias nacionales.

Faltaba para ellos armamento, pero esta falta podia remediarse inmediatamente, disponiendo de los millones que el Gobierno tenia en caja.

Armas de precision las habia en Montevideo, en Buenos Aires mismo, y el Gobierno de la provincia lo habia dicho.

Armare á la provincia en el pié necesario para resistir la imposicion y el ejército nacional.

En cumplimiento de lo pactado, el dia 20 á las

6 de la tarde, el Gobernador de la provincia salió á visitar los cuarteles de los voluntarios y despedirlos hasta nuevo aviso.

Lo acompañaban los coroneles Campos y Arias, el comandante Rebuccion, Reynaldo Parravicini, los mayores Jacobo y Julio Varela, ayudantes de Campos, el doctor Luis Fuentes y Manuel Amaral.

En sus respectivos carruajes iban también los doctores Huergo y Juan Agustín García, Juan Andrés Domínguez y otras personas.

La comitiva se dirigió primero al cuartel de Rifleros, espléndido cuerpo organizado por el comandante Joaquín Montaña.

Era este uno de los cuerpos más brillantes de la defensa.

El batallón Rifleros lo esperaba formado á lo largo de la calle Corrientes, haciendo 250 plazas formadas en orden de parada, entre cuyas filas sonreían las caras más conocidas de nuestra juventud.

El doctor Tejedor bajó de su carruaje y les dirigió la palabra en estos términos:

Batallón Rifleros!

Ser guardia nacional en un pueblo libre es un honor; vosotros sois más que eso: sois voluntarios!

Batallón Rifleros!

La hora del peligro ha pasado, pero hoy como siempre estaré siempre con vosotros.

Marchad tranquilos á vuestros hogares, convencidos de haber cumplido con vuestro deber!

A los gritos estruendosos de ¡viva Buenos Aires! ¡viva Buenos Aires! la comitiva se dirigió al local de la compañía Maipú, formada por lo más selecto de nuestra Universidad y mandada por el comandante Ramón Gómez.

Como los Rifleros, el Maipú estaba formado á lo largo de la calle.

—Señores, les decía el doctor Tejedor, concluyendo su afectuoso saludo: si la situación pasada vuelve, no dudo en volveros á agruparos bajo los pliegues de una bandera que jamás podéis olvidar!

Nuevos gritos de ¡viva Buenos Aires! aumentado por las señoras que embellecían con su presencia todos los balcones y azoteas de aquellas cuadradas, saludaron al Gobernador y su comitiva.

Estos se dirigieron en seguida al local que ocupaban los *Patricios de Buenos Aires*, mandados por el comandante Alberto Seguí, el batallón General Lavalle 1º al mando del comandante Benjamín Sastre, el batallón *Resistencia*, mandado por el comandante don Ramón J. Ballesteros, el batallón *General Belgrano*, mandado por el comandante Mariano Vila, el batallón *Ituzaingo* mandado por el comandante Ramón Rivas, *Tiradores del Sur*, mandado por el comandante Pablo Bonitacio, *Defensores de Buenos Aires* man-

dado por el comandante Alberto Huergo, batallón *Absinu*, mandado por el comandante José M. Reybaud, el batallón General Lavalle 2º mandado por el comandante Sebastián Casares.

El Gobernador Tejedor, bajo el estruendo soberbio de los vivas á Buenos Aires, regresó á su casa por lo avanzado de la hora. Quedaban aún sin visitar los batallones *Tejedor*, comandante Paz; *San Telmo*, comandante Albano Honores; *San Miguel*, Epitacio del Campo; *Matteo Martínez*, comandante Manuel Rocha; *11 de Setiembre*, José Canaveri; *Franco Tiradores*, Ramón Vázquez; *Rifleros de Belgrano*, Pedro Moron; *General Paz*, comandante Domingo Rebuccion; *3 de Oro*, Martín Alzaga; *Rivadavia*, Roselló; *General Conesa*, Mariano Beascochea; *Coronel Brandzen*, Ricardo Bradley; *General Garibaldi*, Mariano Rodríguez; *Moreno*, Gordillo y Bernard, y *Bersaglieri*, comandante Lanzi.

Porque la sangre generosa de la Italia se mezclaba también á esta epopeya, como se ha mezclado siempre en todo campo de batalla donde se ha combatido por la libertad.

Los dos cuerpos italianos que se unieron á nosotros en aquel movimiento grandioso, los Bersaglieri, Lanzi y la Legión Italiana D'Atri, tendrán su capítulo especial en esta obra.

El Gobernador de Buenos Aires tuvo que despedirse de todos estos cuerpos por medio de una nota, pues le faltaba el tiempo material.

Los gloriosos cuerpos *Coronel Sosa* y *General Mitre* que se batieron como leones en el puente de Barracas, no habían sido formados todavía.

Muchos otros cuerpos se formaron más tarde, como el *San Martín*, mandado por el comandante Domingo Jeréz, de los que nos iremos ocupando á su debido tiempo, pues nada, nada de lo que contribuyó á la defensa será olvidado en este libro.

La nota con que el Gobernador se despedía de estos cuerpos, que fué transmitida por el coronel Campos, jefe de las fuerzas. Espresaba que habiendo desaparecido por el momento todo peligro, podían regresar al hogar, en la seguridad de que si aquel volvía, cada cual ocuparía su puesto de combate.

Como se vé, Buenos Aires estaba preparado no ya á la resistencia, sino á la batalla.

Las fuerzas que se consideraban como de línea, es decir, los batallones Guardia Provincial y los de vijiantes, con sus jefes á la cabeza, desfilaron por la casa del Gobierno de la provincia, y fueron á ocupar sus cuarteles y comisarias.

El coronel Hilario Lagos recibió orden de licenciar sus fuerzas y regresar á la ciudad, dándosele las mismas razones que hemos indicado ya.

Se presentaba una situación de expectativa.

El Gobierno nacional vió todos los elementos poderosos con que contaba Buenos Aires y com-

prendió que por el momento no podía contraestartarlos.

Era necesario aglomerar todos sus elementos al alcance de la mano, y preparar para el primer aviso los batallones que organizaba la liga de los mulatillos, como la llamó Sarmiento tan graciosamente.

Habia algo que daba esperanza, sin embargo, á los hombres de la imposición.

Y este algo era, que Buenos Aires no tenia mas armas que las que habia mostrado y que ya le seria difícil adquirir mas.

El Gobernador se habia puesto en el terreno de la resistencia armada, hasta aceptar el combate que le trajera el ejército nacional, y habia descuidado el punto principal.

Hacerse con tiempo de las armas y elementos bélicos necesarios.

Con una buena vijilancia observada por la escuadra y cuidando la costa, no entraria un solo fusil á Buenos Aires.

Y sobre esto se fijó preferentemente el Gobierno nacional.

¿Qué haria Buenos Aires, á pesar de su decision y entusiasmo, si no tenia elementos de combate?

Perecer sin provecho alguno.

Y el Gobierno de la provincia alucinado con que Avellaneda no se atreveria nunca á lanzar su ejército contra la gran ciudad, descuidó en los primeros momentos la cuestion armas y municiones, que fué mas tarde la gran dificultad con que tuvo que luchar la defensa.

Entre tanto, todo era entusiasmo en las filas del pueblo.

El pueblo se daba cuenta perfecta de su gran triunfo y habia comprendido que su actitud viril y decidida era lo único que salvaria las libertades argentinas.

Y se ejercitaba diariamente en el manejo del arma y en las maniobras, para, llegado el caso, estar al nivel del mejor batallon de línea.

Y no era solo la juventud la que estaba poseida de este santo entusiasmo patriótico.

Eran tambien nuestras damas y nuestros ancianos, que alentaban á los jóvenes y el comercio mas respetable de Buenos Aires.

Fué el comercio el primero que manifestó francamente su decidida simpatia por la causa de Buenos Aires, levantando una suscripcion para obsequiar al bizarro Guardia Provincial, cuyo entusiasmo no tenia límites.

Y á esa suscripción en artículos, contribuyó el principal comercio, como la casa de Escalada y Marini, Willams y Cichero, P. y A. Lanusse, Lorenzo Leverato, Ghigliaza hnos., Francisco Olivero, Rocha hnos., Labarthe, Derube y Ca., José Jáuregui, Juan Lopez, Caride y Massini, Repetto, J. Migone, Gutierrez y Venero, Trolles Garcia y Ca., Devotto hnos., Amadeo y Giunti, Marini y Piola, Noceti y Ca., J. Cassaux y Ca., Piaggio Maghini y Ca., Moreno y Fernandez, Chapar y Lasalle y cien de las principales casas de comercio, cuya lista detallada seria larguísima.

Entre todos esos comerciantes, enviaron al cuartel del Guardia Provincial, unos cuantos carros de provisiones, desde la bolsa de nueces y el rico queso, hasta el esquisito chocolate y desde la criolla pipa de caña hasta el canasto de champagne.

Aquellos buenos y leales milicos tuvieron surtido para mas de un mes en despensa, de provisiones de boca y vicios, como no las habia tenido jamás proveedor alguno.

El Comercio de Buenos Aires se mostraba á la altura de sus tradiciones.

¿Qué hacia entre tanto el Gobierno Nacional?

Preparar entre las sombras de su intriga, por la cual vino á derramarse la primera sangre.

El Gobierno Nacional queria á todo trance sofocar la humillacion por que habia tenido que pasar.

LA PRIMERA SANGRE

Aprovechando la calma aparente en que todo habia quedado y la confianza que podia tenerse en su palabra empeñada, Avellaneda decretó para el Domingo siguiente (23 de Febrero) una gran revista militar en Palermo.

Quería mostrar á su turno por centésima vez, al pueblo de Buenos Aires, los cañones con que podia cechar abajo la ciudad en un momento dado, y los pampas que podrian matar su juventud mas distinguida.

El pretexto invocado era que el Gobierno, antes de despedir los batallones á sus destacamentos de frontera, queria pasarle una revista.

El cinismo llegó hasta invitar á aquella fiesta al mismo Gobernador de Buenos Aires, que no asistió á ella.

Despues de la gran revista, se anunciaba que la tropa pasaria al bosque de Palermo, á vivaquear en sus fogones, para lo que se habia dispuesto carne con cuero y pan en abundancia.

¡Pobres milicos!

Después de tantas hambres y malos tratos, después de tanto penar y sufrir, al fin iban á comer, un día de su vida, carne que no era flaca y racion que no era medida por proveedor!

El soldado argentino ha sido siempre querido en Buenos Aires, antes del 21 de Junio y á pesar del 21 de Junio!

La guardia nacional de Buenos Aires ha combatido siempre á su lado, ya en Pavon y Cepeda, ya bajo el fuego de los terribles combates del Paraguay.

El pueblo de Buenos Aires sabia que era un soldado heróico, lo habia visto batirse con una bravura legendaria por la causa comun, y no podia mirar sin un dolor amargo, que aquel glorioso ejército fuese convertido en instrumento de las pasiones mas innobles y bastardas.

Sin embargo, á pesar del Gobierno, á pesar de sus jefes mismos, habia mucho que esperar en sus filas.

Ellos tambien tenian sus amores, sus cariños y sus parientes entre los muros de Buenos Aires, y no vendrian á barrer todo eso con las cargas de sus cañones.

Luego ¿por qué causa iba á batirse el ejército con el pueblo de Buenos Aires, cuya fortuna particular costeaba sus asilos de inválidos?

Solo porque se lo mandaba el Gobierno; el Gobierno que le debia el sueldo de cuatro y cinco años de miseria; el Gobierno que habia convertido los cuarteles en cárcel de destinados, donde mas de un *Juan sin Patria* dejó la vida entre las torturas del cepo colombiano!

Por eso el Gobierno, que comprendia el cariño que debia existir entre el ejército para el pueblo de Buenos Aires, remontaba los cuerpos con todos los indios amigos que se habian hecho prisioneros en la campaña de Rio Negro.

Bajo el ministerio Roca se habia hecho el principal trabajo de cambiar aquellos jefes que fueran hostiles á sus miras por otros que le ofrecian seguridades de una fidelidad sin límites.

El pueblo miró aquella revista como un rasgo de imprudente vanidad del Gobierno nacional, y poco se preocupó de ello.

De todos modos, aquella era la despedida de las tropas con que contaban para imponer al pueblo.

El día de la revista llegó, y desde temprano las tropas se hallaron en Palermo, formadas en órden de parada.

El General don Luis Maria Campos, estaba en Córdoba negociando la renuncia del General Roca, y no pudo venir á tomar el mando de la fuerza.

¿Por qué se habia mandado al General Campos á ser actor de aquellas farsas de las renunciaciones.

Porque Campos era porteño, porque sus ante-

cedentes eran una garantía para el pueblo que le profesaba un gran cariño.

El soldado de Curupaiti no podia prestarse á una felonía y esto habia tranquilizado los ánimos.

Con su franqueza habitual, él mostraria al General Roca la verdad de lo que pasaba en Buenos Aires; él le decia que el pueblo de Buenos Aires lo rechazaba hasta el último aliento y tal vez el dedo de Dios tocara el corazon del ambicioso.

Pero esta esperanza se desvaneció como tantas otras.

El General Roca estaba además sostenido por el doctor Rocha y su escaso círculo, que le aconsejaban sostenerse y no renunciar, porque el triunfo era seguro.

Los judas levantaban ya su cabeza rojiza, mostrando su rostro lívido y su mano temblorosa á la proximidad de los 30 dineros!

El General Roca, fiel al programa de sus amigos, declaró que no renunciaba, que no era cabrito ni mancebo para sacrificarse por nadie y que seria Presidente, á pesar de Buenos Aires.

Ademas, el General Roca estaba sostenido por esta promesa de Avellaneda, que envolvia una órden.

—No renuncie aunque se hunda la República, que para sostenerlo está á su espalda todo el poder de la nacion!

La ambicion de Roca tenia pues, un soberbio punto de apoyo, aumentado con todos los elementos que pudieran sacarse de las provincias, de las que disponia á su completo albedrio.

A falta del General Campos, fué nombrado jefe de la línea, el coronel don Joaquin Viejobueno, que decia entonces que, antes de mandar hacer fuego sobre Buenos Aires, se habia de cortar la lengua.

Avellaneda esperaba un día de triunfo y de victores.

Él, en su suspicaz necedad, creia que todo Buenos Aires iria á presenciar la Revista; que las damas de la primera sociedad llenarian con sus lujosos carruajes las avenidas del gran paseo.

Echaria un par de discursos "tristes y sonrientes" que alzarian una tormenta de aplausos entre el pueblo estasiado ante su palabra.

Y era tal su error, que hasta habia mandado preparar un suntuoso banquete en el local del Colegio Militar.

Avellaneda no conocia aun, ó no queria conocer todo el desprecio que por él sentia el pueblo de Buenos Aires.

Juzgando á los demás por si mismo, aún lo creia susceptible de una conciliacion ó de un perdón.

Triste fué su desengaño al llegar á Palermo.

Allí no había mas concurrencia que la tropa formada para ser revistada, y uno que otro curioso de los alrededores.

No había mas pueblo que su ejército de aliados, aduladores y judas, y algunas de las familias de estos llevadas á hacer número.

La sociedad de Buenos Aires había sentido repugnancia y se había quedado en sus casas.

Era la mejor manera de hacer sentir al felon su terrible desprecio.

Los jefes de aquel cuerpo de ejército, y los oficiales mismos, sonrieron ante aquel desaire que hubiera avergonzado á cualquier Gobierno que no fuera el de Avellaneda.

Miró tristemente la escasa concurrencia, y vió que aquella era formada por los aliados políticos, los sangradores del presupuesto, los oficinistas, y los infaltables á su mesa y á sus famosos Lunas.

Despechado con este desengaño, mandó que las tropas evolucionaran un momento y se retiraran á vivaquear á sus fogones.

El, corrido y humillado, se dirigió al Colegio Militar, donde esperaba el suntuoso banquete.

Ya que no había podido regalar su vanidad, regalaría su estómago.

Porque así es en todo el Dr. Avellaneda—pequeño como su mismo fisico.

Es como esos niños que, no habiendo podido ir al teatro, se conforman con el peso de caramelos con que se les engaña.

Allí hizo venir cuatro alumnos del Colegio Militar, para que comieran á su mesa.

Siquiera vería así cuatro caras nuevas que no estarían pensando en la paga de sus aplausos y cumplimientos.

Cuando llegó su hora al espumoso Champagne, Avellaneda tomó la palabra y echó un discurso lleno de promesas de paz y de libertad.

Lo malo es que se hallaba ante quienes más íntimamente lo conocían, y que sabían que era una blasfemia en su boca todo lo que se refiriese á algo noble y algo justo.

Concluido el banquete, la comitiva oficial se retiró entre sus propios vivas y victores.

No hubo mas contratiempo que un incidente desagradable que tuvo lugar entre el Ministro Goyena y un centinela del Colegio, incidente que no vale la pena de relatarse aquí.

Avellaneda se retiraba como había venido, corrido y humillado, hasta el punto de no querer presenciar las maniobras que en el Hipódromo debía hacer el Regimiento 1^o de Caballería.

La parte de sainete estaba terminada.

Faltaba solo la parte trágica, preparada de antemano.

Aunque los soldados no habían concluido de comer, era preciso emprender la retirada á los cuarteles, pues la hora avanzaba, y era necesario

que aquellas tropas cruzaran la ciudad en pleno día.

Ya los voluntarios del pueblo no estaban en sus cuarteles, y el desfile no amenazaba ningun peligro.

El Gobierno nacional faltaría miserablemente á la palabra empeñada.

¿Pero qué suponía una falta mas?

Era preciso que aquel ejército cruzara las principales calles, con un aspecto vencedor, y humillar de esta manera á la provincia.

Esto podía ocasionar una lucha sangrienta en plena calle, pero esto nada suponía.

La ciudad estaba desarmada, no esperaba el desfile, y además todo podría remediarse con un nuevo arreglo que se falsearía también cuando mejor conviniera.

El ejército emprendió la marcha para la ciudad, para ocupar sus cuarteles después de pasear las calles.

Así era como el doctor Avellaneda cumplía con la cláusula de hacer retirar el ejército.

Los cuerpos emprendieron su marcha desde Palermo bajo un sol abrasador.

Los soldados en formación desde las primeras horas de la mañana, y mal comidos, porque no se les dió el tiempo necesario, no iban tal vez á resistir una marcha que, aunque corta, tratándose de soldados de infantería tan habituados á la fatiga, era penosa.

Además, era una marcha que hacían sin gusto.

Comprendían que iban á provocar conflictos y les era penoso ser actores forzados en ellos.

Había mas nobleza en aquellos leales veteranos, que en los que pretendían lanzarlos como instrumentos de sus miras y ambiciones.

A mitad de camino, empezaron ya á rezagarse algunos soldados, postrados por el calor y el cansancio.

Ya sabemos el argumento que se emplea en tales casos.

El lomo de la espada se encarga de hacerlos levantar y de seguir la marcha.

¡Mal argumento cuando se emplea con una tropa descontenta!

Cuando llegaron á la ciudad, venían completamente deshechos, al estremo que aquellos que habían tenido que seguir la marcha por fuerza, caían sobre las veredas negándose á dar un solo paso mas.

Entonces pudo verse un espectáculo grandioso.

El pueblo á quien se amenazaba de muerte con aquellos mismos soldados, tenderles la mano generosa y proporcionarles los socorros mas apremiantes!

De cada casa salían personas que pedían á los infelices entraran á reposar el cansancio y tomar algo.

Los jóvenes que cruzaban las calles, de paseo,

se detenían ante los caídos para proporcionarles, cuando menos, una volanta que los condujera al cuartel respectivo.

Y los pobres soldados levantaban una mirada cariñosa, para agradecer aquellos actos verdaderamente hidalgos.

Cuando los cuerpos entraron á la calle de la Florida, los soldados empezaron á caer en tanto número, que la policía tomó cartas.

El coronel Gaudencio, comisario de la sección 1ra., ocupó ocho carruajes en la conducción de soldados postrados.

Sus fusiles, cananas y porta-municion, bastante pesados por los tiros que traían, se acomodaban en el fondo del carruaje, para siquiera aliviarlos de aquel peso.

Mientras unos socorrian así á los caídos, los demás se ocupaban en recibir á los viejos defensores del pabellon argentino, aunque á ellos venía mezclada toda una tribu de pampas.

Mientras las damas arrojaban flores sobre aquellos leales soldados, la juventud los saludaba á los gritos de viva Buenos Aires!

¡Viva el ejército argentino!

Los soldados habían creído entrar en un pueblo enemigo, cuyos habitantes debían asesinarlos por las calles y se encontraban con un pueblo que les demostraba su más franco cariño y estimación.

El grito de ¡viva Buenos Aires! y viva el ejército argentino, atronaba las calles del desfile, calles sembradas de flores y de bendiciones para ellos.

Es que el pueblo á la vista de su ejército, no miró en él otra cosa que el eterno batallador de las libertades pátrias.

Ah! si el ejército, si sus jefes hubieran comprendido su grandiosa mision, ¡de qué distinta manera hubieran pasado las cosas, á pesar de los errores funestos de la defensa!

Pero el ejército equivocó su rumbo y dió vuelta sus armas contra Buenos Aires.

¿Cómo pagaba el Gobierno la manera leal con que el pueblo había recibido al ejército?

¿Cómo recompensaba el auxilio que se prestaba en las calles y casas de familia á los soldados caídos?

Con el más infame y bárbaro de todos los atentados.

Haciendo bayonetear al pueblo que cometía el delito de vivir al ejército argentino, y á Buenos Aires.

El grito de ¡viva Buenos Aires! se había declarado un crimen, crimen que debía castigarse á bayonetazos, aprovechando la coyuntura de encontrarse el pueblo desarmado.

El 15 de Febrero no se habían atrevido á hacer lo mismo, pero el 23, las calles no eran recorridas por pueblo armado, no había peligro!

Veamos cómo se consumó aquel hecho bárbaro, del que no puede culparse ni al oficial ni á la

tropa que lo cometió, pues la orden venía de mas arriba.

Se había dicho á los soldados, que el grito de viva Buenos Aires, era un grito de provocacion que debían mirar como una injuria, pero los soldados no tenían corazon para tanto.

Escuchaban con simpatía aquel grito entusiasta, y si no lo respondían no era por falta de deseo sino por temor al castigo.

Delante del club Argentino, se hallaba un numeroso grupo de jóvenes del tiro nacional, con su uniforme, aunque sin armas, viviendo de una manera entusiasta á Buenos Aires y al ejército argentino.

Cuando pasaba por allí el batallón 8 de línea, los vivas arreciaron y fueron repetidos por las personas, hombres y señoras que se hallaban en los balcones y ventanas próximas.

El 8 de línea era el único cuerpo que había logrado, no sabemos por qué, hacerse antipático á Buenos Aires.

Sus filas habían sido llenadas con indios, al extremo de contarse entre ellos tantos indios como soldados antiguos.

El coronel Dónovan no tenía las simpatías del pueblo que desconfiaba de sus indios y veía en el 8 un cuerpo decididamente enemigo de Buenos Aires.

¿Cuál era el origen de esta prevencion?

No se nos ocurre otro que los motivos que hemos apuntado ya.

Todos los cuerpos que habían pasado, habían sentido aquellos vivas sin hacer la menor demostracion, aunque se veía sonreír amistosamente hasta el último soldado.

Con el 8 no sucedió lo mismo, porque los indios con que lo había remontado no alcanzaban al valor de aquellos vivas.

Un oficial de compañía, vió en aquellos vivas un ultraje al batallón, una provocacion directa, ó un crímen como se les había dicho.

Ignoramos el motivo cierto, pero el hecho es que el oficial se lanzó espada en mano sobre el grupo de jóvenes desarmados.

Los soldados indios de la compañía creyeron ver en este acto una orden, y sin más ni más cargaron á la bayoneta sobre el pueblo.

Aquello fué espantoso.

Los jóvenes agredidos, no tuvieron más arma que poner sus pechos desnudos, y en ellos se clavaron las bayonetas de los pampas.

Las señoras y niñas que contemplaban el desfile, se aterraron con aquel asesinato alevé y apostrafaron duramente á sus autores.

El mayor Figueroa, segundo jefe del cuerpo entonces, impuesto de lo que sucedía, acudió en el acto, dando orden á los soldados y al oficial de ocupar sus puestos.

Pero los indios habían probado lo cómodo y poco peligroso de bayonetear á personas desar-

madas, y se habian entusiasmado al extremo du- do de no oír la voz de mando.

El mayor Figueroa tuvo entonces que recurrir a los planazos para hacer volver á sus puestos á aquellos soldados.

El coronel Dónovan seguía impasible á la cabeza del batallon.

O no se había apercebido de lo que sucedía, ó confiaba en que el mayor Figueroa era suficiente para hacer cesar el conflicto.

El batallon siguió su marcha, mientras el pueblo indignado corría á sus cuarteles para armar- se y estar pronto á repeler cualquier agresion.

El atropello de aquella tropa había causado varios heridos, entre los que se contaban los jó- venes Máximo Burgos y Agustin Lagos, heridos de espada y Beltran Casterán, Teófilo Bergara, Alberto Rojas, Vicente Searmone y Felipe del Villar, herido en el pecho, de bayoneta.

El último sobre todo, había recibido un bayo- netazo que le había atravesado un riñon.

En el acto fueron recojidos por sus compañe- ros, y auxiliados por el momento, en la botica próxima.

Al pasar el batallon 7º de línea por la esqui- na de Florida y Corrientes, algunos jóvenes que estaban en la puerta de la peluquería de Ruiz, empezaron á vivir también, como todo el mundo á Buenos Aires y al ejército.

Uno de los soldados encontró que aquella era una injuria y una provocacion, ensartó en su ba- yoneta al joven Denis, teniente del batallon *Patricios de Buenos Aires*, al mismo tiempo que otro soldado daba un culatazo á don Albino San Roman.

Consumado el hecho bárbaro, cada cuerpo se retiró á su cuartel, no para descansar las fatigas de aquel día, sino para dormir con las armas en pabellon.

El pueblo de Buenos Aires ardía en santa in- dignacion, y los autores de aquella hazaña te- mieron un ataque á los cuarteles.

Los directores de la defensa volvieron á pedir

calma al pueblo, para que el Gobierno pudiera pe- dir el castigo de los culpables.

El pueblo no se calmó, porque no podía, no debía calmarse, pero volvió á oír el pedido y con- sintió en esperar, pero esta vez atento y con su brazo al brazo.

Ya sabía á lo que había de atenerse, en cuanto á las promesas de don Nicolás Avellaneda.

Aquella fué una nube de terrible especta- tiva.

Pero para Avellaneda, la humillacion del 15 de Febrero había sido vengada á su manera.

Con un hecho alevoso y bárbaro.

Al día siguiente, el Gobernador de la provincia pasaba una enérgica nota al Ministro del Inte- rior, quejándose de los hechos que hemos es- puesto, y pidiendo el castigo de sus autores, mi- litarmente, puesto que el delito había sido co- metido, aunque no dentro del cuartel, pero du- rante el servicio y en una formacion.

Esta nota fué pasada por el Ministro del In- terior al de la Guerra, quien la contestaba ne- gando toda justicia.

“Se instruye un sumario para la averiguacion de los hechos, decia la nota contestacion, pero segun el parte que ha pasado el jefe del cuerpo, su oficial y sus soldados han sido agredidos y han tenido que defenderse.”

¿Agredidos por quién? ¿por ciudadanos desar- mados que no cometian otro delito que amar la patria y oponer su pecho desnudo á los usurpa- dores de sus libertades?

No había mas agresion que el haber gritado ¡vi- va Buenos Aires! grito que no habían mirado co- mo tal los otros cuerpos que desfilaron antes.

No quedaba mas camino que aceptar la lucha á, que provocaba de todas maneras el Gobierno nacional.

La ciudad estaba ocupada por un ejército que repetiría diariamente sus agresiones, haciendo inevitables los encuentros entre ciudadanos y soldados.

La cuestion empezaba pues, á asumir un ca- rácter francamente sangriento.

SIGUEN LAS PROVOCAIONES

UNA SENTENCIA TERRIBLE

Las agresiones del Gobierno nacional conti- nuaban día á día, revistiendo ya un carácter intolerable.

Los marineros de la Capitania del Puerto no

quisieron ser menos que los soldados del 8 de línea, y provocaron también su conflicto.

Diez y seis de estos marineros, armados á re- mington, salieron de la Capitania en son de

guerra y se lanzaron por las calles provocando á pelear á cuantas personas hallaban á su paso.

Invadían las pulperías en busca de defensores de Buenos Aires, y con palabras y amenazas traerlos al terreno de la lucha.

Avisado el comisario de policia, envió un oficial acompañado de un sargento, para que averiguara los hechos y procediera á la aprensión de los desordenados.

Al hallarse el oficial con que el hecho denunciado era cierto, intimó á los marineros entregaran sus armas y lo siguieran á la comisaria.

Al escuchar semejante órden, los marineros lanzaron una estruendosa carcajada y notificaron al oficial que no fuera zenzo, y que no conocian mas autoridad que la del Capitan del Puerto.

Uno de ellos descargó su remington sobre el oficial, que milagrosamente escapó de ser herido y todos se lanzaron en direccion al muelle, donde desplegaron en guerrilla, declarando que pelearian si la autoridad iba á importunarlos allí.

El oficial envió al sargento á traer auxilio de la comisaria, mientras él quedaba en observacion.

Cinco minutos despues llegaba un piquete de veinte y cinco vigilantes, con los que el oficial hizo inmediatamente rodear la guerrilla.

Algunos de los mas audaces hicieron dos ó tres tiros sin consecuencia, pero al ver la firme actitud de los gendarmes de policia, que estrechaban por momentos el círculo en que los habian encerrado, los marineros hallaron mas prudente el dispersarse.

Y así lo hicieron, poniéndose en fuga en todas direcciones.

Difficil era la persecucion, pues los marineros trataron de disparar de á uno, para hacer la persecucion imposible.

Sin embargo, la policia, pocos minutos despues lograbatomar cinco de los amotinados, que se dejaron desarmar y conducir á la comisaria.

El jefe de policia, avisado oportunamente por el telégrafo, acudió á tomar las medidas necesarias, pero ya el conflicto habia pasado.

En aquella misma noche, dos oficiales del batallon 7^o de línea, imbuidos en las perniciosas teorías que oían exponer diariamente, atacaban á un miembro del tiro nacional, hiriéndolo en el cuello de un tiro de revolver.

El Gobierno de la provincia pasó con este motivo una nota al Ministerio de la Guerra, pidiendo que aquellos oficiales fuesen entregados al juez competente, puesto que el delito se habia cometido fuera del cuartel y de todo acto militar.

Pero esta justicia fué negada como siempre.

Parece que en el Gabinete nacional habia el designio premeditado de ajar, en cuanto fuera posible la dignidad del primer magistrado de la provincia de Buenos Aires, designio que se llevó al extremo de mandar archivar la última de sus notas.

Esta era la politica de paz del doctor Avellaneda y la manera como cumplia su compromiso.

En el momento del peligro, habia concedido cuanto se le pidió.

Pasado este, abusaba de la generosidad del pueblo y la debilidad del Gobierno de la provincia, que no comprendió todo el alcance del 15 de Febrero.

Cualquier otro presidente que no hubiera sido Avellaneda, habria apartado el peligro que provocaba, en toda su magnitud, ó habria abandonado el Gobierno que escarnecia con sus actos.

Pero le faltó el corage para lo primero y le sobró miedo para lo segundo, que equivalia á entregarse en brazos de la justicia.

Y ruin como siempre en aquellos momentos supremos, en que el alma mas fria se hubiera conmovido, llamó con mano temblorosa á las puertas del Gobierno de la provincia, concediendo cuanto se le pidió, á cambio de que el pueblo no hiciera ostentacion de sus armas y sus fuerzas.

Pero hemos visto ya cómo las bases del pacto fueran cumplidas por él.

El desfile de las fuerzas nacionales, fué amargamente censurado por la prensa extranjera independiente, á cuya cabeza está el noble y valeroso *Operaio Italiano*.

Este colega reprochaba al Gobierno nacional la perfidia imprudente que envolvia aquel acto antidiplomático, que venia á enardecer pasiones acalladas aunque momentáneamente, provocando al pueblo desarmado en las calles de su ciudad, donde fué bayoneteado.

Buenos Aires no olvidará la actitud del *Operaio Italiano*, en sus amargos dias de prueba.

Pero estas eran cosas de poca monta para el Gobierno nacional, que tenia un ejército en Buenos Aires y cerca de Buenos Aires, y otro poderoso organizado por los gobernadores de la liga, y puesto en picé de combate por el mismo General Roca que queria dejar bien sentada su afirmacion de no ser virjen ni mancebo.

La sub-delegacion del Tuyú no quiso ser menos que la de la Boca, y un buen dia redujo á prision á los ciudadanos Dionisio Martinez, Crescencio Acosta, y Luis Soto, dando el pretexto de que eran espías del Gobierno de la provincia.

Este reclamó por nota la libertad de aquellos ciudadanos, cuyo arresto importaba una violacion de territorio y jurisdiccion provincial.

Pero esta nota fué respondida con el sacasmo de que se hacia alarde y negada toda justicia.

No podia ser mas sangrienta la burla que

se hacia de las autoridades de Buenos Aires.

Por tercera vez habia llegado el momento de obrar y obrar de una manera rápida y enérgica.

Mejor dicho, era el momento de dejar obrar a pueblo, cuya indignacion era tremenda.

El doctor Tejedor pareció comprender por fin lo sagrado de su mision, y envió su renuncia de candidato al Comité de los partidos conciliados.

De este modo quedaba más libre y apto para obrar como correspondia en tales emergencias al Gobernador de Buenos Aires.

Esto, si no fué la intencion, por lo menos así lo entendió el pueblo.

La situacion era preciosa para un Gobierno, que se encontraba sostenido por todo un pueblo ardiendo en santo entusiasmo.

No podia tampoco ser mas grandiosa la causa que estaba llamada á defender.

Era necesario adquirir armas á toda costa, y el Gobierno pareció decidido á adquirirlas á toda costa.

Desgraciadamente todas estas fueron ilusiones que no habian de cumplirse.

Ni el Gobierno habia de permitir obrar al pueblo, ni se habian de adquirir las armas que se necesitaban.

La renuncia del doctor Tejedor no fué aceptada, ignoramos en virtud de qué consideraciones, y este volvió á encerrarse entre la resistencia á imposicion en el terreno de la ley.

Triste resistencia que abandonaba al enemigo todas las ventajas de la iniciativa de la organizacion y de la oportunidad.

El entusiasmo entre las filas populares crecia de una manera imponente.

La campaña se pronunciaba en apoyo de la ciudad con tanto entusiasmo como esta.

En todos los pueblos se levantaban batallones de tiro nacional, prontos á acudir al socorro de la causa comun en el momento del peligro.

Era la provincia de Buenos Aires en masa, como un solo hombre, magnifica, que se levantaba amenazadora rodeando la bandera de la libertad.

La conmocion habia llegado hasta el humilde rancho del leal paisano, que se preparaba tambien á la lucha con una decision que no se vió jamás.

El Gobierno Nacional, que miró como un crimen digno de bayoneta el hecho de gritar ¡viva Buenos Aires, calificó de crimen tambien el hecho de formar parte de la sociedad del tiro nacional.

Bajo pena de destitucion, los empleados nacionales recibieron la órden de no formar en sus filas.

Pero los empleados nacionales hijos de Buenos Aires todavia despreciaron la amenaza y si-

guieron concurriendo á las patrióticas reuniones.

Y hasta concurrieron a sus empleos con sombreros de Rifleros.

Las primeras víctimas no tardaron en caer.

Los jóvenes Rufino Basabilvaso y Fermín Eguía fueron arrojados á la calle, de los empleos que con tanta lealtad y competencia desempeñaban desde largos años.

El efecto de estas medidas fué negativa, como el que produjeron todas las tomadas por el Gobierno Nacional.

La juventud, mas entusiasta que nunca, llenó los cuarteles y pidió que se le dejara obrar.

Las damas de Buenos Aires, movidas por el mismo sentimiento patriótico, levantaban suscripciones entre ellas mismas para comprar armas á los valientes que no las tenian y no podian adquirirlas.

Ya habian sido remitidas gruesas sumas recolectadas por la señora Isabel B. de Coronado, las seis hermosas hermanas Bocalandro, las señoritas de Bonifacio, de Lopez, de Berio, de Corti, de Pita, de Macias, de Becotto, de Machado y tantas otras.

El Gobierno de la Provincia habia hecho un pedido de armas que debian llegar de un momento á otro.

Pero era preciso adquirir las que hubiera en la ciudad, porque el conflicto podia estallar cuando menos se esperaba.

Por el lado del General Roca, toda ilusion se hacia ridicula.

El General Campos habia regresado de su comision, manifestando la respuesta del candidato oficial.

Este estaba decidido á preparar á la Presidencia á toda costa, dando por disculpa que así se lo exijia su partido, á que pertenecia enteramente.

Y cuál era su partido?

Los doce gobernadores de la liga, el Presidente Avellaneda, don Dardo Rocha y cuatro o seis porteños que recibieron el pago que hizo en no mala moneda el doctor Pizarro, en representacion del roquismo ensoberbecido.

El Gobierno de la Provincia tuvo una propuesta espléndida.

Se le ofrecian diez mil fusiles remingtons a diez y seis fuertes, entregados en el acto.

Pero no los aceptó.

Habia encargado los Mausser que, aunque no llegaban, llegarían.

Esos diez mil fusiles fueron comprados despues, 5,000 por el señor Carranza para remitir á Bolivia y los otros 5,000 por el Gobierno Nacional.

Se acababa de perder una ocasion que no surgiria otra vez.

El Gobierno de Buenos Aires tenia mas di-

naro del que podía necesitar. ¿Porque no adquiría armas?

Siempre el error de no comprender la magnitud del rol que había asumido y crear que el Gobierno Nacional, ante la sola actitud de la Provincia, se rendiría á discreción.

Pero el Gobierno Nacional sabía que la Provincia estaba desarmada, y tomaba sus medidas para que los fusiles pedidos no pudieran llegar á tierra.

Poco despues, por intermedio del corredor Adolfo Gabarthon, se ofreció una partida de tres mil remingtons, puestos en tierra, como tambien cuatro baterias Krupp, que tampoco se compraron por creerlas innecesarias.

Así se perdía la oportunidad de adquirir tres mil remingtons, que tanta falta hicieron despues!

Los leales de la causa se fueron á empeñar con el coronel Garmendia para que influyese en la adquisicion de aquellas armas que tanta falta hacian y que no se ofrecian como un negocio puesto que se vendian á 16 fuertes, cuando el Gobierno compraba Mausser á 18, corriendo el peligro de no poderlos desembarcar.

Pero la influencia del coronel Garmendia fué tan ineficaz como las otras que ya se habian tocado.

El ministro doctor Alcorta sostuvo que no eran necesarias mas armas de las que ya se tenian, aumentadas con las que venian en camino.

Nos hemos propuesto ser verídicos é imparciales y no habrá consideracion que nos aparte de este camino.

No nos lean los culpables de la muerte de Buenos Aires y no habrán pasado un mal momento.

Se necesitaba en el Gobierno hombres de un temple de acero y de una inteligencia conocida, por lo menos, pues esa clase de hombres son los que salvan á los pueblos en las grandes calamidades.

Pero el Gobierno no los llamó á su lado, y se quedó con sus hombres débiles, vacilantes ante su opinion que no se atrevian á contradecir, y de ninguna habilidad para aquellas situaciones amargas en que se jugaban las libertades de la República Argentina.

Sin embargo el ministro Balbin, por lo menos, es acreedor al respeto de sus conciudadanos.

Hizo cuanto estuvo al alcance de su mano y de su inteligencia.

El Gobierno de la defensa tuvo millones con que acudir á las necesidades del pueblo.

El ministro Alcorta creía inútil adquirir mas armas que las existentes y por llegar, y en la campaña no había un fusil, y Corrientes, la heroica Corrientes, esperaba elementos para armar diez mil hombres que hacian causa comun con la Provincia de Buenos Aires.

Y el Gobierno Nacional ganaba tiempo, que era

cuanto ambicionaba, — ganaba tiempo y quedaba siempre dueño de la iniciativa.

La situacion de la Provincia no era, sin embargo desesperante.

A pesar de los Gobernadores de la liga, a pesar de la presencia del General Roca, á pesar del ejército que estaba listo para devorar el cordero gordo, el partido liberal en ellas no estaba muerto.

El trabajaba entre las sombras y esperaba que Buenos Aires obrara para romper el sable con que lo ahogaba el poder de la liga.

Porque hay que ser justos á este respecto.

Contra Buenos Aires no vinieron en masa las Provincias amarradas por la liga.

En cada una de ellas existia aunque solo fuera un núcleo pequeño de sus mas ilustrados hijos, que levantaba la bandera de la libertad.

Pero ellos tenian encima todo el poder nacional y provincial, y tenian que elegir entre el silencio, la espera, ó las cárceles de la liga.

Queremos dejar consignados aquí los nombres de aquellos doce gobernadores que eligieron Presidente al General Roca, Gobernadores que, segun la espresion del señor Sarmiento, no eran otra cosa que doce mulatillos, complotados para imponer á la República un Presidente que rechazaban hasta las piedras.

Iriondo en Santa Fé, Antelo en Entre Rios, Navarro en Catamarca, Muñecas en Tucuman, Juarez Celman en Córdoba, Viso, Almonacid en la Rioja; siendo los otros tan desconocidos, que no ha quedado en parte alguna la menor constancia de sus esclarecidos apelativos.

Estos eran los hombres que habian reducido á las provincias del interior á la situacion mas desesperante.

Sin embargo, la prensa liberal de aquellas provincias, á pesar de las tropezas del Gobierno, levantaba su voz viril con un temple terrible.

En Salta, *La Reforma* narraba los horrores de Oran; en Tucuman, *El Argentino* fustigaba de una manera terrible á su comprovinciano Avellaneda; *La Capital* del Rosario revelaba todas las infames tramas de la liga, delatando á la República el cuartel general que se formaba allí á gran prisa.

En Entre Rios, el *Telégrafo* de Gualeguaychú y el *Nacionalista* de Gualeguay azotaban sin piedad al Gobierno de los Telfener y los Almonacid, como dieron en llamarlo, mientras en Córdoba la *Carcajada*, espiritualísimo periódico de caricaturas, mostraba el risueño valor moral y material de los Viso y don Juarez Celman, á quienes *El Eco* de los hermanos Velez, fustigaba sin piedad ni temor.

La liga emprendió una cruzada terrible, que dió por resultado el empastelamiento y prision de los redactores de aquellos valientes diarios.

Por el lado de Santa Fé, la situacion sonreía de una manera mas halagadora para Buenos Ai-

res, pues se trataba de iniciar un movimiento que cambiara la situacion de algunas provincias, trayendo la inmediata caida de la liga.

Vamos á hacer una de tantas revelaciones, que apenas son conocidas de los que en otros sucesos ocultos fueron actores.

Uno de los gefes nacionales mas prestigiosos en el interior, estaba en correspondencia con uno de los Gefes de la Defensa, despues de haber tenido dos conferencias con el coronel Lagos.

No nombramos á aquel gefe, porque no es necesario por ahora, y porque no podemos hacer un daño á los que quisieron ayudar poderosamente á Buenos Aires y que no lo hicieron por las razones que se verán mas abajo.

Este importante gefe se comprometia á cambiar la situacion de Santa Fé; hacerse Gobernador.

Una vez que se hiciera Gobernador de Santa Fé, con los elementos militares de que se habia servido y los grandes elementos que alli habia, amenazaria la Provincia de Entre Rios, en combinacion con el pueblo correntino.

Apoyado por este poderoso concurso, el partido liberal de Entre Rios, numerosísimo, se pronunciaría y cambiaria la situacion de esta otra Provincia, volteando al segundo de la liga.

En caso que el partido liberal fuese vencido por los elementos de Antelo, las fuerzas de Corrientes y Santa Fé, unidas, invadirian á Entre Rios y producirian el cambio.

Dueño el partido liberal de estas tres provincias, caeria sobre Córdoba, que sucumbiria inmediatamente, pues alli el partido liberal es numerosísimo y entusiasta.

¿Qué quedaba al resto de la liga?

Entregarse á discrecion ó perecer con su gefe á la cabeza.

Buenos Aires quedaba libre de otra atencion y podia atender esclusivamente al enemigo que tenia en casa.

El plan no podia ser mas brillante ni de mas fácil ejecucion.

El gefe que debia ejecutarlo era de entera confianza y capaz de llevarlo á cabo tal cual se habia concertado.

El produjo una inmensa alegria entre los hombres del Gobierno de Buenos Aires y los de la defensa.

Era el tiempo mas espléndido, sin gran derramamiento de sangre, y tal vez sin disparar un solo tiro!

Avellaneda habria caido vergonzosamente, amarrado entre las propias cadenas que preparó á las libertades de su patria, y la sangre de junio no se hubiera derramado de aquella manera inútil.

Los Comités y el Gobierno discutieron el plan para hacer alguna modificacion oportuna, y hasta el mismo ministro Alcorta lo encontró soberbio.

Fué pues aceptado con el entusiasmo que me-

recia, pues en él se veía el camino mas corto para salvar la patria.

El Gefe Nacional estaba entonces en correspondencia reservada con el Coronel Julio Campos.

No tememos que haya quien se atreva á desmentirnos, pues todas las pruebas de lo que decimos están con nosotros.

Esta revelacion que hacemos es grave, lo sabemos, pues estamos tambien documentados, que no tememos, no ya un desmentido, pero ni una palabra de duda!

Adelante, pues!

Se trató entonces de cerrar la negociacion, para que aquel gefe, sin pérdida de un minuto se pusiera en campaña y juntara los elementos que tenia dispersos.

Se le hizo venir á Buenos Aires, para ponerse en contacto con él y ofrecerle todo género de garantias.

El gefe vino y esplicó su plan personalmente entonces, manifestando la ciega confianza que tenia en el resultado brillante de la empresa.

Solo faltaba enviar un agente á Corrientes, para que aquella provincia obrase de acuerdo con él en un todo.

Se convino en que al siguiente dia seria enviado el agente á Corrientes, en el mismo vapor que el gefe en cuestion debia trasladarse á Santa Fé.

Habia sin embargo un pequeño detalle que llenar, en cuyo detalle los hombres de Gobierno parecian no haber pensado.

—Sí, pero yo no puedo moverme así no mas, dijo el gefe.

Para llevar á cabo una empresa semejante, no basta el tacto y la buena voluntad.

Se necesita dinero y yo no tengo.

Es preciso recompensar generosamente algunos servicios, comprar algunos hombres necesarios y deslumbrar á otros.

Esto no se hace ni con promesas ni con saludos.

Si yo fuera hombre de fortuna, no habria hecho mencion de este detalle desagradable.

Pero mi posicion es bien conocida para que necesite demostrarlo.

—Y cuánto se necesitará para hacer el movimiento? preguntaron los que tenian verdadero interés en la salvacion de Buenos Aires.

—Mañana á primera hora lo diré, pues francamente aun no habia pensado en eso.

• ¿De cuánto mas ó menos, pueden disponer ustedes?

—Eso no importa—diga usted lo que es necesario.

El Gefe podria haberlo dicho inmediatamente, pero sentía repugnancia de entrar en semejante cuestion con el Gobernador de Buenos Aires.

Prefería hacerlo con el Coronel Julio Campos, con quien se venía tratando la negociacion.

Un hombre que hubiera tratado de explotar en provecho propio la situacion de Buenos Aires, hubiera pedido una suma fabulosa, en la seguridad de haberla obtenido, pues era lójico pensar que ante el resultado palpitante no era el dinero lo que debia economizarse.

Pero aquel Gefe estaba de buena fé y se habia ofrecido espontáneamente.

Calculado todo con la mas estricta economia, entre el Gefe en cuestion y el coronel Campos se arregló la suma que era necesario gastar.

Al dia siguiente el Gobernador de Buenos Aires recibia esta franca respuesta.

Para cambiar la situacion de Santa Fé, matar la liga en Entre Rios y caer sobre Córdoba que sucumbirá, se necesitan solo diez mil patacones.

Como plan politico aquello era soberbio, como negocio era espléndido, pues el gobierno podia hacer por diez mil patacones lo que valia un millon, y como resultado en economia de hombres y sangre, aquello era positivo al extremo de no poder ya abrigarse la mas remota duda.

Sin embargo ante el pedido de los diez mil duros el entusiasmo del Gobierno descendió notablemente.

--No se puede gastar así el dinero! dijo--me parece exorbitante.

--Pero es el triunfo en la cuestion del Interior.

Son diez mil fuertes que van á tumbar la liga y sofocar en las Provincias el poder del Gobierno Nacional!

Por mas que se conferenció y por mas argumentos que se hicieron en pró del proyecto, el Gobierno se negó á entregar los diez mil patacones.

Aquel no podia ser sino un capricho, pues no se comprendia que hombres inteligentes cerraran su razon ante las mas claras y ventajosas conveniencias.

Los amigos de causa trataron de demostrar al Gobierno, hasta con súplicas, el error tremendo en que se incurria, pero todo fué inútil.

--La negativa será terrible, y tal vez mañana no se puede volver sobre ella.

--No se tratará de volver!

El Gobierno cree que no se necesita su dinero y ademas no tiene cómo para despilfarrar.

Amargo era el desengaño, é irremediable, desgraciadamente.

Al recibir la respuesta, el Gefe quedó atónito, pues ella era la que menos se esperaba.

Allí se trataba del triunfo de las libertades argentinas, con la menor efusion de sangre, del triunfo glorioso de Buenos Aires, que era el triunfo de toda la República, y todo esto no

valia para el Gobierno la pobre suma de diez mil pesotes!

No queremos comentar este hecho, porque nuestra amargura nos llevaria muy léjos.

Narramos solamente ciñendonos á la rigurosa verdad de los hechos.

El Gefe se retiró á ocupar su lugar en las filas de su Gobierno, desde donde prometió no hacer el menor daño á la causa de Buenos Aires.

Creemos que cumplió su promesa.

Antes de alejarse, manifestó que esperaria hasta la noche la respuesta definitiva, pues era evidente que el Gobierno reaccionaria.

Pero no sucedió así.

Al otro dia se embarcaba para Santa-Fé, lamentando profundamente aquella negativa incomprensible.

El pueblo de Buenos Aires ignoró este contraste, como otros muchos.

De otra manera, el Gefe en cuestion hubiera tenido doblada, en poco tiempo, la suma que pedia.

Los que entregaban su sangre á la causa de Buenos Aires, no hubieran cerrado su bolsillo, por roto que estuviera, como el del patriota Esteves Seguí.

Así quedó rota esa negociacion que en tan sério conflicto hubiera puesto al Gobierno Nacional.

Y mientras tenian lugar estas pequeñas miserias, de tan desastrosos efectos, las filas populares hacian gala de una generosidad sin límites.

Queremos recordar, entre otros, el desprendimiento del señor Beltran Valiero, de la Villa de Mercedes.

Cuando vinieron las Policias Rurales á formar bajo las órdenes del Coronel Lagos en Santa Catalina, quedó en Mercedes un numeroso piquete á prestar el servicio de cárcel y otros.

Cuando aquellas tropas fueron licenciadas despues del arrego, quedó en Mercedes otro piquete que se alojó en la cárcel.

El Gobierno nombró proveedor tanto de las primeras como de las segundas fuerzas al señor don Beltran Valiero, comerciante de la localidad.

Como aquel nombramiento era momentáneo, al agradecer la exactitud y actividad de aquella corta proveeduría, el Gobierno hizo pedir al señor Valiero, para su abono, su correspondiente cuenta.

--El Gobierno no me debe á mi nada, respondió aquel hombre sencillo y leal.

--Cómo no? no ha sido usted el proveedor de las fuerzas que han permanecido en Mercedes?

--Sí, respondió Valiero, con su mas noble sonrisa--pero es que esas tropas eran del pueblo.

Yo estoy suficientemente pagado con el honor de haber alimentado unos dias á los que iban

á derramar su sangre por las libertades argentinas.

El Gobierno no me debe ni un centavo.

Íntil fué toda observacion.

El señor Valiero, como lo habia dicho, no quiso pasar cuenta alguna.

Y cuando estos rasgos tenian lugar en las filas del pueblo, el gobierno negaba diez mil duros para cambiar la situacion del Interior deshaciendo la inicua liga de los doce gobernadores!

Pasemos, pasemos como sobre brasas por estos hechos dolorosos, y sigamos narrando.

LISANDRO OLMOS

Habia en Buenos Aires, además de los comités de que ya hemos hablado, un comité revolucionario, de cuya existencia el pueblo no tenia conocimiento.

Este comité, como su título lo dice, queria el triunfo de Buenos Aires ante todo, cualesquiera que fueran los medios de que tuviera que valerse.

No veian otro camino que la revolucion, contrariando si era preciso la voluntad del Gobernador de la Provincia, tan opuesto á ella.

Este Comité, que no obedecia mas que á sus propias deliberaciones, era compuesto del coronel don José Inocencio Arias, el señor Lisandro Olmos, el coronel Julio Campos, el doctor Juan Agustin Garcia, el doctor Delfin Huergo, don Nicasio Oroño y creemos que algun otro que no recordamos en este momento.

El Gobernador de Buenos Aires no tenia ingerencia en las deliberaciones del Comité revolucionario, aunque si una grande influencia sobre dos ó mas miembros, lo que lo hizo fracasar.

El comité revolucionario, viendo el inesperado resultado de la negociacion con el jefe nacional, resolvió producir un movimiento revolucionario en Córdoba, que cambiaria la situacion de aquella provincia, una de las mas importantes de la liga.

El señor don Lisandro Olmos debia encabezar la revolucion.

Veamos cómo tuvo esta lugar y fin, en sus mas minuciosos detalles, detalles interesantísimos que no se conocen hasta ahora.

El Comité revolucionario queria ir inmediatamente á la revolucion, porque comprendia que era el único medio de triunfo.

La revolucion con Tejedor, si este se mantenía en el terreno firme, y sin Tejedor, si este continuaba en aquella inexplicable vacilacion.

Habia en Córdoba un centro liberal revolucionario, presidido por los señores Gerónimo del Barco y Felipe Diaz, centro que buscaba el medio de derrocar al doctor Viso, Gobernador, y Juarez Celman, su ministro y su brazo derecho.

Este centro disponia de elementos propios, en abundancia.

Tenia hombres, armas y dinero, mas de lo que necesitaba.

Pero le faltaba lo principal: un hombre capaz de ponerse á la cabeza de la revolucion y hacerla triunfar.

El Gobierno de Córdoba, como todos los de la liga, disponia de tropas bastantes numerosas para impedir cualquier intentona contra la liga.

Además de los cuerpos que estaban preparando para acudir á la guerra contra Buenos Aires, el Gobierno del Viso y Juarez Celman tenia un batallon de Guardia Provincial, un batallon titulado de enganchados, y el batallon de Policia, fuerte y bien armado, con las armas recibidas del parque Nacional.

Este Comité estaba de acuerdo con el coronel Baigorria, jefe prestigioso y benemérito, y Julian Ramos, quienes debian moverse en Rio IV, Santa Rosa y otros puntos, al mismo tiempo que un movimiento revolucionario estallara en Córdoba.

El partido liberal de Entre Rios, tocado de antemano, y la misma Corrientes, esperaban tambien la iniciativa de Córdoba, para lanzarse á la revuelta, que con tales elementos era el triunfo.

El Comité revolucionario de Buenos Aires recibió un día una importante comunicacion de los Sres. del Barco y Diaz.

Segun avisaban al coronel Arias, todo estaba pronto para el movimiento; que solo esperaban un hombre competente que concluyera de darle una organizacion definitiva y se pusiese á su cabeza.

Nos sobran elementos y dinero, agregaban.

Hemos introducido entre las fuerzas de Policia como doscientos hombres nuestros, que en el momento oportuno harán un motin entre las filas.

Si ustedes tienen un hombre bravo y decidido que se haga cargo de estos elementos para hacer estallar la revolucion, pueden mandarlo sobre tablas con el poder que así lo acredite. Nos-

otros lo someteremos nuestros elementos y él podrá obrar á entera satisfaccion.

Córdoba será nuestra, sin gran efusion de sangre, no tengan duda, y despues de Córdoba todo el interior.

Ante tales seguridades no se podia vacilar y era necesario enviar, sin pérdida de tiempo, el hombre que pedian los amigos de Córdoba.

Ninguno mas aparente que el señor Lisandro Olmos, miembro de aquel importante Comité.

Sus compañeros sabian que él tenia un gran prestigio entre la juventud liberal de Córdoba y que gozaba de general consideracion.

Es necesario que se conozca quién es el señor Olmos, arrinconado hoy en una empresa de teatro que hace honor al país, pero que no es, fuera de duda, su verdadero medio de accion.

Lisandro Olmos, que no es cordobés, habia pasado muchos años de su vida en aquella provincia, á cuya política se mezcló mas de una vez, con el ardor y decision que le son peculiares.

Con un carácter firme y una honradez política á toda prueba, muy pronto se abrió camino haciéndose espectable y respetado.

Todavía recuerda Córdoba una famosa eleccion, en que Lisandro Olmos quedó solo en un comicio, batiéndose heroicamente contra las tropas del gobierno que disputaban al pueblo el triunfo de la eleccion.

Sus amigos políticos lo habian abandonado en el momento más critico, y él solo habia salvado el honor de su partido.

Es que Olmos es un espíritu ardiente, fuertemente acusado por rasgos de noble abnegacion, que se impone á pesar de todo, en los momentos solemnes.

Olmos faltaba de Córdoba hacia muchos años.

Entregado á negocios propios que le formaban una posicion brillante é independiente, habia abandonado la política, que no le dió hasta entonces mas que sinsabores y desengaños de toda especie.

¿Quién mas aparente, conociendo estos antecedentes, que Lisandro Olmos, para guiar con felicidad el movimiento que se preparaba en Córdoba?

Su misma presencia en tal carácter, seria para la revolucion una garantia de éxito.

Convencidos de esto, sus compañeros le ofrecieron aquel puesto de peligro y de gloria, si la empresa daba el resultado que se esperaba.

—Libreme Dios de vacilar! respondió en el acto aquel noble y juvenil corazon.

Me he entregado á la causa de Buenos Aires y á ella pertenezco, sacrificio mas, sacrificio menos.

Pero yo necesito saber los elementos con que se cuenta, pues conozco á la gente de Córdoba y no se debe partir de ligero.

Pero la carta de del Barco y Diaz era terminante y clara.

Tenemos hombres, armas y dinero mas del necesario, decia, y son estos los elementos que hacen triunfar los grandes movimientos.

Olmos aceptó pues sin vacilar su puesto de sacrificio y preparó sus elementos, que consistian en quinientos patacones para sus gastos personales y su viejo revolver, camarada antiguo de todos sus percances.

—Iré, dijo, y estudiaré de cerca aquella situacion, asegurando á ustedes que haré por el triunfo de la gran causa, todo cuanto puede hacer el espíritu humano.

Antes de partir, Olmos fué á saludar al Gobernador de Buenos Aires, á quien se habia impuesto ya de aquel importante asunto.

—Mañana me voy, dijo: vengo á ver si algo tiene que encargarse.

—Mucha prudencia, respondió el Dr. Tejedor, y que agarre el timon con ambas manos, pues no tengo gran fé en aquellos elementos.

—Allá lo veremos! dijo Olmos estrechando la mano al Gobernador—y con una fé profunda en la causa que iba á defender y en el temple de su corazon, salió de Buenos Aires, sin que el Gobierno hubiera puesto á su disposicion, ni siquiera un hombre de confianza.

Olmos no llevó mas compañero que un señor Claviot, corazon valiente y abnegado, que le proporcionó su amigo el coronel Gaudencio.

Así salió Olmos de Buenos Aires, acompañado solamente de Claviot, su revolver y sus quinientos patacones.

Esta salida nos recuerda la que hizo el 74 el General Arredondo, acompañado de un asistente, por único ejército.

Y ya sabemos todos cómo quince dias despues, tenia bajo sus órdenes un ejército de mas de tres mil hombres.

Lisandro Olmos llegó á Córdoba, y se alojó en un hotel, de donde no se movió en dos ó tres dias, para desvanecer cualquier sospecha que pudiera abrigar la policia desconfiada del doctor del Viso.

Sin embargo, éste estaba sobre aviso y lo observaba desde que llegó.

El Gobierno habia sido avisado desde Buenos Aires y el Rosario, del viaje de Olmos.

Y aunque no se le decia el objeto que lo llevaba, porque no era conocido, se prevenia que era necesario vijilarlo.

La policia lo acechó dos dias, y viéndolo indiferente á toda cuestion local, dejó de observarlo con tanta tenacidad.

Fué entonces que Olmos se puso en contacto con los que habian preparado el movimiento que él debia dirigir.

Revolucion preparada por otros con elementos que le eran desconocidos por completo y por hombres que no lo conocian á él ni él á ellos, necesitaba estudiarlo todo con detencion, no solo para darse exacta cuenta de ello, sino para

imprimirle la verdadera dirección que debía tener.

De Buenos Aires había salido también don Nabor Córdoba, espíritu incansable en la lucha de la libertad contra la imposición, para Tucumán.

Este hombre, de una rara firmeza en sus propósitos y convicciones, debía preparar al partido liberal de aquella provincia, para secundar el golpe de Córdoba.

El doctor Leiva había partido á Catamarca con igual misión, mientras don Cándido Bustamante se dirigía á Santiago.

Olmos se puso en contacto con los señores del Barco, Luna, ex-Gobernador, Eleodoro del Castillo, antiguo jefe de policía, el señor Kubly, redactor del "Pueblo", y otras personas más.

La revolución sometió al Jefe que se le enviaba, los siguientes datos:

El Comité de que hemos hablado más arriba, contaba en Córdoba con doscientos hombres perfectamente armados, que se repartirían como él lo creyera más conveniente.

En la Policía, es decir, entre los gendarmes de Policía, el Comité había logrado introducir más de cien hombres suyos, con dos oficiales, á quienes se avisaría con alguna señal convenida para que apoyasen el movimiento.

La señal podía ser entonces la presencia de algún grupo revolucionario en el patio de la Policía, pues era necesario empezar la revolución apoderándose de aquel punto, por la cantidad de armamento que solía estar allí depositado.

Además el Comité tenía hombres suyos entre las filas de los batallones Guardia Provincial y Ensanchados.

Estos hombres obrarían en virtud de las instrucciones que se les hiciesen llegar.

En la imprenta del "Pueblo", situada con respecto á la Policía, como nuestra Catedral respecto á la nuestra, se reunían 30 hombres de lo más distinguido de Córdoba, que podrían ocurrir con el señor Olmos á donde más necesario fuese su apoyo material.

Sobre todo esto, la revolución tenía armas y municiones á discreción.

Con estos elementos, Lisandro Olmos encontró practicable el movimiento, que amplió de una manera notable como resultado.

Los elementos que bajo las órdenes de Julian James y el coronel Baigorria debían operar en Río IV, cortarían el camino de fierro, para impedir á Racedo todo movimiento de protección.

Una vez tomada Córdoba, con los poderosos elementos de que podría disponer la revolución triunfante, Olmos tomaría el tren y sorprendería el Rosario, quitando al Gobierno Nacional toda clase de operaciones.

Buenos Aires, por aquel lado, podía estar tranquilo.

Avisados los correligionarios de Tucumán, Catamarca y Santiago, secundarían el movimiento, y la liga, cuando menos lo esperaba, recibiría un golpe de muerte.

Pero todo dependía del éxito del movimiento en Córdoba.

Comprendiéndolo así, con una abnegación poderosa y una actividad estupenda, Lisandro Olmos se puso á la labor.

El tiempo era contado y á causa de la vigilancia de la Policía no podía desplegar toda la fuerza de su acción.

No podía estar en contacto, ni aun hacerse conocer de todas las personas complicadas en el movimiento, como no podía tener todos los hilos de un movimiento que él no había organizado.

Pero aquella voluntad de hierro salvaba prontamente todos los inconvenientes con que tocaba á cada paso.

Como el tiempo corría más rápidamente de lo que él deseara y había que aprovechar los minutos y el entusiasmo de todos, combinó este plan cuyos resultados debían ser matemáticos.

El Comandante Luna, con ochenta hombres, debía ocupar unas azoteas que dominaban el patio de los dos cuarteles, para impedir que las tropas se formasen y salieran de los cuarteles á proteger la policía.

La Policía y el Cabildo serían atacados por Olmos, acompañado del grupo que debía formarse en la imprenta del "Pueblo".

Un cohete disparado de aquella imprenta á las diez de la mañana, sería la señal para que los demás grupos, dispersos en diferentes puntos, acudieran á la plaza.

La toma de la policía no podía ofrecer la menor dificultad, por la gran cantidad de elementos revolucionarios allí colocados, que debían sublevarse cuando el grupo mandado por Olmos en persona se presentara á la puerta.

Por esto se había elegido el día 26, pues ese día el oficial de guardia sería uno de los dos colocados por el Comité.

Aquella madrugada, ó la noche antes, el Comité debía mandar á la imprenta del "Pueblo" las armas y municiones necesarias para los treinta hombres que debían salir de allí, entre los que estarían los jefes que prepararon el movimiento.

Olmos llegaría á tomar su puesto á las 9 de la mañana, hora á que todos debían estar reunidos.

Luna avisó en la noche del 25 que quedaba dominando con sus ochenta hombres los patios de los cuarteles.

Esto era de la mayor importancia, pues garantía de protección para el Gobierno.

A las 9 de la mañana del 26, Lisandro Olmos, acompañado del leal y valiente Clariot, llegaba á la imprenta del "Pueblo".

Aun no habia alli mas de seis ó siete personas desconocidas para él y que despues supo eran] el señor Kubly, redactor del "Pueblo", un jóven Hiré de Buenos Aires, Lopez Cabanilla, un teniente coronel Martínez y Saturnino Rodriguez, tambien de Buenos Aires.

—Caballeros, dijo Olmos — ustedes esperan aquí á un hombre que los vá á guiar en algo?

—Sí, señor—es usted don Lisandro Olmos?

—El mismo.

—Entonces estamos á sus órdenes.

—Gracias.

Veo que aqui faltan muchos, pues se me habló de treinta personas.

—En efecto, pero no tardarán en venir: los que no llegan á tiempo acudirán entré los grupos que han de moverse á la señal del cohete.

—Muy bien—y las armas y municiones?

—No han venido aun, pero vendrán.

—Y ustedes tienen su revólver?

—No, esperamos armarnos aquí.

Ante estas respuestas Olmos empezó á temer algun inconveniente inesperado; pero ya no era tiempo de retroceder.

Suspender el movimiento, era esponerse á ser descubierto y sofocado.

Retemplado su espíritu ante estos inconvenientes de última hora, Olmos estuvo mas decidido que nunca á efectuar la revolucion.

Sin embargo, no dejó de comprender que la falta de armas era un inconveniente terrible.

Empezaba á impacientarse, cuando á las 9 1/2 llegó un changador con un envoltorio prolijamente hecho.

Eran siete carabinas remington y cien tiros á bala.

Pocos momentos despues llegaba otro changador, con otras siete carabinas y otros cien tiros.

—Empiezan á llegar, dijo Olmos.

Quiera Dios que vengan á tiempo, aunque solo sean los tiros.

Para mayores apuros, las carabinas eran ricas desenchajonadas, é iban sucias de grasa y oxidadas algunas.

Con un ardor inconcebible, Olmos tomó las carabinas, y ayudado de Claviot, empezó á limpiarlas valiéndose de los papeles de la imprenta.

El resto del tiempo que faltaba para las diez, hora en que debia hacerse la señal, lo cumplió Olmos, multiplicándose en enseñar á sus amigos de causa la manera cómo se cargaba y descargaba el arma, cosa que todos ignoraban, pues ninguno de ellos habia tenido nunca la ocasion de disparar una carabina remington.

A las diez de la mañana, no solo no habian ido mas armas, sino que solo habian concurrido dos ó tres mas de los treinta juramentados.

Los gefes del movimiento no habian llegado aun y no era posible demorar mas la señal.

En el último momento le faltaba todo, pero Ol-

mos estaba firmemente decidido á hacer la revolucion con los elementos que tuviera!

Si lo hubieran abandonado todos, en el último momento, habria ocurrido á la Policia con su revolver y Claviot y hubiera hecho solo el movimiento.

A las diez y cinco minutos se prendió en la azotea de la imprenta el cohete convenido como señal para todos los revolucionarios.

Cada uno tomó su carabina y quince tiros.

A último momento se presentaron otros añilados que estaban en retardo y entre todos se formó la cifra de catorce.

Eran solo catorce hombres, pero catorce hombres decididos á todo, menos á volver la espalda, y guiados por un valiente.

Olmos, sin embargo, no estaba contento.

Se le habia faltado de una manera imperdonable en la remision de los tiros, que eran doscientos para todos, en vez de haber sido doscientos para cada uno.

Pero no por este contratiempo habia que dudar del éxito.

Si la Policia, segun lo prometido, se replegaba al movimiento revolucionario, no necesitaban mas, que allí habia armas y municiones en abundancia.

Los compañeros que mandaba el comandante Luna, les garantian de un ataque por la espalda, pues no dejarian salir de los cuarteles un solo soldado.

A la detonacion del cohete, el pueblo empezó á acudir á la plaza, pues aquella señal era la que se usaba en las imprentas para anunciar boletines.

El pueblo lo creyó así y se aglomeró á la puerta de la imprenta, lleno de avidez, porque de un momento á otro se esperaban noticias de Buenos Aires.

—No hay que perder un segundo mas, dijo Olmos á sus compañeros.

Nuestra mision es tomar la Policia y es preciso llenarla antes que puedan aperebirse de lo que pasa.

Y tomando cada cual su carabina, se manifestaron conformes á seguir adelante. Olmos, seguido de sus compañeros, salió de la imprenta á paso de trote, para salvar en el menor tiempo posible la distancia que habia entre aquel punto y el Cabildo.

Detrás de ellos y como una especie del leal Marcelo, cerraba la marcha el valiente Claviot.

Al ver aquel grupo armado que salia de una imprenta liberal en direccion á la Policia, el pueblo que esperaba los boletines lanzó el primer grito de revolucion!

Y cada cual tomó el camino de su casa como en noche de salvase quien pueda!

Eran las diez y cinco minutos.

El grupo dirigido por Olmos se metió por la

callejuela que existe entre la Catedral y el Cabildo, y se presentó en la puerta principal de la Policía.

Esta estaba abierta, y dentro del zaguán se veía de servicio al oficial que, junto con la guardia, debía plegarse á la revolución.

Este fué para Olmos el momento de mayor angustia, pues de la actitud de aquel oficial dependía tal vez el éxito de todo.

Al ver el grupo en la puerta, todos corrieron á la reja de fierro que hay al otro extremo del zaguán, la que cerraron antes que los revolucionarios pudieran ni aun pensar en evilarlo.

Esto fué de mal agüero para Olmos, que por no desmoralizarlos, nada quiso decir á sus compañeros.

Se acercó á la reja y preguntó al oficial si estaba dispuesto á entregar la guardia.

Una descarga cerrada fué la respuesta inmediata, y la consecuencia, la disminucion de un hombre en las filas de Olmos.

Gomez Rodríguez acababa de caer gravemente herido.

Los revolucionarios respondieron valientemente al fuego, volteando, á los primeros tiros, al oficial y al centinela, de cuya canana con tiros lograron apoderarse, aumentando con ellos sus escasas provisiones de combate.

Ya no era posible retroceder, ni era Olmos hombre de dar vuelta la espalda ante el peligro.

Por lo mismo que esta era inminente, fortaleció su espíritu, y sin perder un momento de serenidad, salió batiéndose en retirada, y disponiendo lo que podía hacerse para conjurar aquel contraste de muerte.

Ya era el segundo desengaño con que tropezaba apenas había pisado el terreno de los hechos.

Fuera de la Policía se dirigió rápidamente al Cabildo, por cuyas escaleras entró con el arma preparada.

De las galerías del Cabildo se podían dominar perfectamente los patios de la policía, y obligar á que se rindieran los soldados que había adentro.

Los patios de la Policía de Córdoba se dominan desde las galerías del Cabildo, con la misma facilidad que se dominarían los de la nuestra, por las galerías de la Municipalidad.

Desde el primer momento pudo apreciar Olmos el buen resultado de su ataque.

Sorprendidos los soldados con aquel fuego vivísimo é inesperado, empezaron á guarecerse detrás de las columnas del patio, para no ser heridos.

En pocos momentos y con poco gasto de municiones quedó el patio completamente dominado.

Los soldados habían sido obligados á balazos

á encerrarse en las cuadras, donde se metieron en el acto, dejando en el patio tres ó cuatro muertos.

Hasta aquel momento, y sin que hubieran jugado otros elementos que aquellos pocos hombres, la revolución estaba triunfante.

Por qué no acudían en su auxilio los otros grupos que debían andar por la calle?

Olmos no lo sabía, ni eran momentos aquellos para pensar en otra cosa que en realizar pronto la obra.

Cualquier grupo que se hubiera presentado en la Policía, sostenido por ellos desde el Cabildo, la toma y la revolución triunfaba.

El Gobernador del Viso y su ministro Juárez Celman estaban en las oficinas del Cabildo y dominada la Policía, era entonces oportuno tomarlos y coronar así el triunfo.

Los revolucionarios se esparcieron por las oficinas y dieron con aquellos dos hombres funestos, en momentos que Viso, aterrado, buscaba dónde esconderse.

En aquel instante se sintieron algunos tiros en la plaza.

Eran los grupos revolucionarios que acudían en socorro de sus parciales.

Al ver Viso á Olmos capitaneando aquella gente, se tranquilizó algo.

Sabía que Lisandro Olmos no era un asesino, y que sus vidas estaban garantidas con su persona.

Allí debía concluir la revolución.

Muertos aquellos dos hombres, Córdoba era de la revolución.

Pero aquellos dos hombres estaban allí desarmados, temblando de miedo, y Lisandro Olmos no podía matar en aquellas condiciones.

Si hubieran tenido siquiera una pistola, si hubieran disparado un solo tiro, la lucha se empeñaba, y sus consecuencias tenían que ser la muerte de aquellos hombres.

Pero ellos miraban de una manera suplicante y temblorosa, como implorando se les perdonara la vida.

—Ustedes están garantidos mientras yo viva, les dijo Olmos, y en sus manos está el que no corra mas sangre.

—Pero quiénes son ustedes? se atrevió á preguntar Viso—quiénes son ustedes y qué quieren?

—Queremos la libertad de votar! dijo Olmos.

Somos el pueblo de Córdoba, representado por nosotros aquí, que viene á arrancar al gobierno la libertad de votar y elegir, que le ha sido arrebatada.

Si no se vuelve al pueblo esa libertad arrancada con las bayonetas y las cárceles, él sabrá recuperarla á toda costa!

Por lo pronto, son ustedes prisioneros del

pueblo de Córdoba, que se ha levantado con sus armas en la mano para defender sus libertades escarnecidas.

—Nosotros podemos arreglarnos, dijo entonces Viso. Se los dará lo que ustedes piden, sin mengua del Gobierno.

En aquel momento, los soldados de la Policía, viendo abandonadas las galerías del Cabildo, empezaron á hacer un fuego vivísimo.

Las balas de los remingtons empezaron á entrar en la pieza donde estaban los revolucionarios, hiriendo á un joven hijo del general Luengo, que estaba al lado de Olmos.

—Es preciso que cese el fuego inmediatamente, dijo Olmos, de lo contrario tendremos que defendernos y hacer correr mas sangre de la que ha corrido ya.

—Pero me van á asesinar! exclamó Viso completamente aterrado.

—Pierda usted cuidado, repitió Olmos.

Mientras yo esté á su lado, su vida será tan respetada como la mia.

Pero es preciso que cese el fuego en la Policía, porque tendremos que renovar el combate y entonces yo no puedo responder de nada.

Del Viso, acompañado de Olmos, se asomó á las galerías y mandó cesar el fuego.

—No tiren mas! gritó—nos hemos arreglado con estos caballeros!

Entonces pudo ver Olmos un espectáculo que lo hizo confiar mas en su triunfo brillante.

Los oficiales corrian en todas direcciones, apaleando la tropa porque algunos soldados se resistían á hacer fuego.

Esto probaba que realmente la revolucion habia hecho algunos trabajos entre sus filas.

Cesado el fuego, los dos volvieron donde habia quedado Juarez Celman y el resto de los revolucionarios.

—Qué pretenden ustedes? volvió á preguntar Viso.

—Ya lo hemos dicho—el pueblo quiere se le devuelva la libertad de votar y elegir.

Si se le devuelve este derecho arrebatado, la revolucion ha concluido.

—Y cómo puede hacerse esto?

—Con la renuncia del Gobernador.

Viso miró á Juarez con expresion de inmensa agonía, pero se resignó á su suerte—no tenia otra salida.

—Y quién garante nuestra vida? preguntó.

—Mi palabra de honor, contestó Olmos, y el hecho de haber impedido, desde el primer momento, la muerte de ustedes.

Los grupos revolucionarios estaban en la plaza esperando alguna señal.

La revolucion habia triunfado, porque indudablemente Luna se habia mantenido en su puesto y cumplido su consigna.

De otra manera, el Guardia Provincial y los Enganchados de Galindez habrian acudido sobre tablas.

Todo era cuestion de cinco minutos mas para que la revolucion triunfara sin haberse manchado con un crimen.

Ya hemos dicho que ella pudo triunfar desde el principio, con la muerte de Viso y de Juarez Celman, pero Olmos es hombre que rechaza toda cobardia, aunque de ella dependa su propia salvacion.

Y además, creía firmemente que ya aquella cobardia hubiera sido inútil.

Alguno le indicó y hasta le dijo que era preciso matar á aquellos dos hombres y concluir de una vez.

—Si esa cobardia es necesaria para el triunfo de la revolucion, replicó Olmos, yo la rechazo hasta batirme en contra de mis amigos para impedirla.

Esos hombres están inermes, no tienen armas y en vez de agredir, piden y tiemblan.

Sentiria que entre los que me han acompañado hubiese alguno que creyera que este no es un crimen cobarde.

Ninguno volvió á hallar mas una palabra en aquel sentido.

Acataron la resolucion de Olmos.

La revolucion no podia haber tenido un resultado mas feliz para todos.

Dentro de media hora, Olmos iba á tener elementos tremendos para dominar por completo toda la provincia.

Se sentaba Viso para redactar las bases de la capitulacion, cuando se sintió un gran tropel en la plaza, una gran griteria y tumulto y la detonacion de dos poderosas descargas, penetrando una intinidad de balas en el despacho.

—Ese debe ser el pueblo, que se bate por el Gobierno, exclamó del Viso palideciendo de nuevo y suspendiendo su trabajo para escuchar lo que ocurría en la plaza.

—Ningun pueblo de la tierra se bate por sus opresores—respondió Olmos.

Si, el pueblo se bate, pero es contra los sicarios del Gobierno, contra los que defienden, por un salario, el arrebato de las libertades públicas.

Y se arrimó al balcon, en momentos en que sonaba una segunda descarga.

Eran los batallones Guardia Provincial y Enganchados de Galindez, que habian formado frente al Cabildo, despues de deshacer los grupos armados de pueblo, que habia en toda la plaza, comentando lo que pasaba en el Cabildo.

Los dos batallones empezaron á hacer fuego sobre los balcones del Cabildo, pero con poco tino y ningun resultado.

—A los balcones! dijo entonces Olmos — es preciso sostenerse hasta que se firme la capitulacion.

Y acudió al fuego primero que todos, en momentos que caía otro de los compañeros.

Pero los doscientos tiros se concluían y toda resistencia iba á ser entonces imposible.

Del Viso, aprovechando la momentánea distraccion de Olmos, empeñado en mantener el combate, pudo huir y ganar la policia, abandonando á su ministro don Juarez Celman, que estaba vigilado por el valiente Clarion.

En aquel momento la revolucion quemaba su último cartucho y veía caer otros dos de sus héroicos paladines.

Aquellos valientes, disminuidos á la mitad, no tenían un solo tiro que quemar.

Y la revolucion se perdía, por la falta de cumplimiento de sus directores, en el mas importante de los detalles—las municiones!

Olmos lanzó una maldicion como un trueno, pues el triunfo acababa de escapársele de entre las manos.

Pero aun era tiempo de caer con honor.

Empeñado entonces su revolver, despues de haber arrojado su inútil carabina, se dirigió á Juarez Celman—Viso lo ha abandonado como un cobarde que es, dijo: pero aun es tiempo de capitular.

Firme usted la capitulacion, garantiéndonos en forma, y nosotros nos retiramos.

—Mi firma no puede valer mas que mi palabra, dijo, además de que podria creerse que aquella me habia sido arrancada bajo la presion de las armas.

Yo doy solemnemente mi palabra de honor de que ustedes serán respetados como si nada hubiera acontecido.

Es un momento solemne, en que ningun hombre de honor falta á su palabra empeñada.

—Lo creo, y una prueba de ello es que lo acepto, dijo Olmos, creyendo que todos los hombres tenían el carácter suyo y olvidándose por un momento de que quedaba en poder de la liga.

Viendo que no se mataba, algunos amigos de Juarez y Viso entraron al Cabildo.

Olmos esperó al lado de Celman que se hicieran efectivas las garantias que acababan de acordarse.

Como en el Cabildo estaban numerosos amigos del Gobierno y el fuego habia cesado en los balcones, la tropa dejó tambien de tirar, y descansó sus armas, por orden de su gefe.

Era lo único que quedaba en la plaza—los grupos de revolucionarios habian sido dispersos y la poblacion se habia encerrado en sus casas, esperando el resultado de la revolucion.

Cinco minutos despues el comandante Camilo Garcia, gefe de las fuerzas, subia al Cabildo á recibir órdenes.

—Haga usted retirar la tropa, señor co-

mandante, se apresuró á decir Juarez Celman.

He hecho un arreglo con estos señores, bajo mi responsabilidad, y no se vá á disparar un solo tiro.

Todo ha terminado ya, sin mas daños que los causados hasta este momento.

—Todas las fuerzas pueden regresar á sus cuarteles.

—Todas, pues tengo la palabra del señor Olmos, de que este movimiento termina aquí.

El comandante Camilo Garcia se retiró, y poco despues los dos batallones abandonaban la plaza, que empezaba nuevamente á llenarse de gente que iba á curiosar.

Juarez Celman y sus amigos se retiraron, despues de dar la mano á Olmos y los suyos, en señal de olvido.

—Pueden retirarse tranquilos, les dijo—nunca he faltado á mi palabra, y mucho menos lo haria con quien tan hidalgamente se ha conducido.

Olmos y los suyos salian despues, dirigiéndose aquel al hotel donde se alojaba, y estos á la imprenta del *Pueblo*, donde fueron conducidos los amigos heridos.

Cuánta veleidad de fortuna en aquellas pocas horas!

La revolucion habia sido vencida y completamente deshecha, pero el honor del movimiento lo habian salvado Olmos y los catorce que lo siguieron.

La primera y mas fatal causa del fracaso estuvo en la falta cometida por el Comité, de no mandar las municiones ofrecidas, falta que no tiene disculpa.

Pero á pesar de este inconveniente, la revolucion se hubiera salvado si los ochenta hombres de Luna cumplen su parte como Olmos cumplió la suya.

Las tropas no hubieran podido acudir y el triunfo era ya inevitable.

Un cuarto de hora, un miserable cuarto de hora que ellas hubieran sido entretenidas en los cuarteles, y con la capitulacion de Viso en la mano se entregaba la Policia y entonces las armas y municiones hubieran sobrado.

Pero los hombres encargados de evitar la salida de las tropas, segun se dijo, huyeron y Luna tuvo que retirarse; pues solo, nada hubiera podido hacer.

Se hubiera sacrificado inútilmente.

El contraste habia sido terrible, mas terrible aun por las grandes ventajas que se habian obtenido desde un principio.

Qué habia sucedido en Rio IV á los que debian haber obrado de acuerdo con este movimiento de tan grandes resultados para las libertades argentinas?

Lo que en Córdoba, un poco mas negro solamente.

La traicion y la cobardia le habian hecho fracasar aun antes de haber estallado.

Un oficial Molina, comprometido con el capitán Lorenzo Games, para apoyar con una compañía el movimiento de este, se presentó á Racedo antes que estallara y delató todo el plan.

Games tuvo conocimiento de la infame delacion, y precipitó el movimiento.

Atacado por fuerzas superiores en el Molino del Cármen, tuvo que rendirse al fin, despues de un rudo combate.

Al mismo tiempo que salia la fuerza que tomó á Games, se movia un piquete á prender al coronel Baigorria, que estaba solo en su estancia, esperando el momento oportuno de incorporarse á los suyos.

El coronel Baigorria fué asaltado, y despues de dispararse sobre él algunos tiros, fué preso y tratado como el mas infame criminal.

Con una pesada barra de grillos á los piés,

aquel gefe benemérito fué traído á Rio IV, donde se empezó á levantarle un sumario.

Todo quedaba concluido--desesperantemente concluido.

Aquel movimiento solo habia servido para autorizar las medidas infames que tomó el Gobierno de Córdoba.

Los diarios liberales fueron asaltados y empasteladas sus imprentas.

Hasta el "Juáscar", aquel famoso diario mas picante que un ají cumbarí, cayó en la volteada y el público no pudo reir mas ante sus inolvidables caricaturas del gefe politico.

Muchas casas particulares, y entre ellas la de don Eleodoro del Castillo, corrieron la misma suerte.

La alarma cundió hasta el Rosario, donde Bayo acuarteló á todo el mundo, como medida de precaucion.

Veamos entre tanto de qué manera cumplian la capitulacion hecha con Olmos, del Viso y Juarez.

Unas cuantas horas despues de concluido todo y cuando Lisandro Olmos descansaba las fatigas y amarguras de aquel dia desventurado, sintió que su puerta era golpeada con cierto imperio.

Quién podia venir á turbarlo en su reposo de aquella manera exigente?

Y decimos exigente, porque la manera de golpear tenia un fuerte perfume á autoridad.

—Quién llama? preguntó Olmos sin moverse.

—La policia, abra usted.

—Francamente no me encuentro con deseo de incomodarme para abrir.

Sírvase usted torcer el pestillo y pasar adelante con toda franqueza.

La puerta se abrió y entraron al cuarto dos agentes de policia.

—Es usted don Lisandro Olmos? preguntaron.

—Para servirme á mi mismo y á la patria, respondió aquel hombre de hierro.

—Pues usted tendrá la bondad de seguirnos, de órden del Gefe de Policia.

—El Gefe de Policia nada tiene que ver conmigo, respondió Olmos.

He capitulado con el Gobierno, cuya palabra tengo, y no puedo obedecer otra órden que la que venga de él.

—Sin embargo, traemos órden de llevarlo á la fuerza si usted se resiste.

Es mejor que nos siga voluntariamente.

Olmos tuvo intencion de desobedecer, pero reflexionó que toda resistencia seria inútil, y no creyó que Juarez Celman faltara á su palabra de honor tan solemnemente empeñada.

—Será alguna imbecilidad de declaracion, pensó.

Seamos complacientes hasta mañana, que me mandaré mudar.

Y vistiéndose, siguió á los dos agentes.

Él esperaba ser introducido al despacho del Gefe, pero fué grande su sorpresa al ver que lo llevaban al departamento de los calabozos, cerrándolo en uno de ellos, con mil precauciones.

Sin embargo no por esto perdió su ánimo valiente.

—Esto no puede ser sino una tropelia que hace este adulon para borrar su ignorancia de la revolucion, lo que le ha de haber valido una regular raspa, pensó Olmos.

No creo todavia que Juarez Celman falte á su palabra.

Pero pasaron las horas y la noche y el dia siguiente, sin que persona viva apareciese por allí.

Todo habia que esperarlo de los hombres que estaban en el poder.

El calabozo donde habia sido encerrado Olmos, era un pequeño espacio cuadrado, húmedo e infecto.

La luz penetraba vaga é indecisa por las junturas de la puerta y alguno que otro agujero del sitio donde estuvo la vieja cerradura.

Los reptiles paseaban por el piso como asustados de ver allí un viviente ajeno á ellos.

El aire espeso é infecto hacia difícil la respiracion y la humedad se sentia penetrar hasta los huesos.

Era aquella una verdadera tumba de vivos, capaz de quebrar el espiritu mas fuerte.

—Esto es infame, pensó Olmos, y digno solo de los que temblaban delante de mí, pidiendo una vida que jamás amenasé.

El movimiento exterior del calabozo indicaba todas las precauciones que contra él se habian adoptado.

El ir y venir de las patrullas y el acompasado y monotonó pasear de los centinelas, acusaba la vigilancia estrema á que habia sido sujeta.

Olmos quiso dormir aquella primera noche, pues estaba vencido por la fatiga del dia, pero no pudo conseguir un minuto de reposo.

El continuo alertear del centinela colocado á la puerta de su calabozo, alerteo que era repetido por cincuenta otros centinelas, no lo dejaron dormir en toda la noche.

Recien á la tarde del siguiente dia apareció un esbirro, que abrió una media docena de puertas antes de llegar al calabozo, para ofrecer al reo un poco de comida que hubiera rechazado el perro mas hambriento.

Olmos le hizo varias preguntas respecto á su prision, que el esbirro no pudo satisfacer, ó no quiso hacerlo.

Solo pudo arrancarle la noticia de que estaba incomunicado, á la que el esbirro cordobés añadió esta otra.

—Creio que agorita lo van á jusilar.

—Me alegraré mucho, replicó Olmos, porque al fin es un medio como cualquier otro de salir de este entierro.

A pesar de todo, no me arrepiento de haber impedido que lo mataran.

Junto con Olmos, es decir, al mismo tiempo que este era reducido á prision, en su alojamiento, lo eran en los suyos el jóven Kubly, redactor del "Pueblo", don Francisco Hué, de Buenos Aires, don Antonio Lopez Cabanillas, el teniente coronel Martinez, herido en el combate con la Policia, don Saturnino Rodriguez, tambien de Buenos Aires, y los señores Mendez, padre é hijo.

Estos, como Olmos, habian sido tambien encerrados en sus respectivos calabozos, bajo la mas ríjida incomunicacion.

Aquel era un acto cobarde del Gobierno de Córdoba.

Mientras la revolucion estuvo de pié, habia

implorado el perdon de la vida al señor Olmos ofreciéndole una capitulacion.

Los revolucionarios habian procedido con una rara nobleza respetando sus vidas y hasta sus personas.

Y despues de concluido el movimiento, despues que el gobierno habia empeñado su palabra de honor de que todo habia terminado allí, eran encarcelados sin ninguna consideracion, en calabozos que eran un atentado contra sus vidas.

El gobierno se cebaba ahora con toda ferocidad, contra hombres inermes ante los que habia temblado porque le enseñaban la boca de un revólver.

La liga se mostraba á su propia altura.

Los dias pasaban así, en medio de la mas cruel incertidumbre.

Es que aquella cobardia tenia su esplicacion en otra mayor aun.

Buenos Aires, de un momento á otro podia convertirse en un campo de batalla, donde al fin y al cabo quedara triunfante su valiente pueblo.

Buenos Aires, creian, iba á dictarles la ley del vencedor y querian conservar aquellos presos, como rehenes que le garantizaran su propia vida e impunidad, bajo la amenaza de ser fusilados.

Cuál era el objeto de tenerlos presos?

Castigar la revolucion?

Los habrian condenado desde el primer momento.

Averiguar sus ramificaciones ó cómplices?

Lo habrian empezado ya á hacer, por medio de declaraciones, careos y demás medios conocidos incluso los empleados con Volpi y Patroni.

Y como aquel proceder, el de guardarlos en rehenes, era preciso que revistiera todas las formas de la cobardia, se les enterró en aquellos calabozos, privados de sol, de aire, y hasta de la luz necesaria.

Olmos pidió se le permitiera tan solo llevar un catre y una silla al calabozo, lo que se le concedió, como un exceso de magnanimidad.

Pidió que se le permitiera el uso de velas y libros con que engañar la desesperacion de aquella prision terrible, pero le fué negado.

Se temia que por medio de los libros pudiera comunicarse con el mundo exterior.

Era tal el miedo que tenian al señor Olmos que los cigarrillos que le permitian comprar, se los mandaban deshechos, pues tenian que inspeccionar hoja por hoja de papel y desmenuzar el tabaco, temiendo la introduccion de alguna palabra revolucionaria.

Este género de vida habia llegado á hacerse insoportable para aquel hombre leal y noble.

Hasta privado del reposo, pues el aparato de fuerza desplegado durante el dia y el incesante alertear de los centinelas, por la noche, no le dejaban un momento de sueño tranquilo.

Llegó un momento en que todas aquellas mi

serias que dictaba al miedo, le fueron intolerables.

Y con toda la valentía de que es susceptible, lo enrostró así al primer empleado que entró á su calabozo.

—Diga usted al Gefe de Policía, al Gobernador, ó al que ordena esta vigilancia intrépida, que por lo menos tengo el derecho de que se me deje reposar tranquilo, derecho que tienen hasta los perros!

Que no me turben el sueño, por el infierno, con ese eterno alertear, que me los voy á comer desde aquí.

Quiero dormir tranquilo, aunque sea una ó dos veces por semana!

Soy dueño de mi reposo y nadie tiene el derecho de turbármelo, por cobarde que sea!

Esta queja dió un resultado opuesto al que Olmos esperaba.

—Esto es para que no se le vijile tanto, porque algun plan debe tener! dijo el Gefe Político al Gobernador.

Voy á mandar doblar las guardias.

Y como si se tratara de una conspiracion, todas las guardias fueron dobladas y aumentado el número del piquete que las daba.

Es que tenían tal miedo á Lisandro Olmos, que toda precaucion les parecia poca.

Y á pesar de estas, les parecia que el dia menos pensado no iban á hallarlo en su calabozo.

El alimento se lo enviaban contado, y no le permitian mas útil que un tenedor de estaño, mocho en los dientes.

Una de aquellas noches se produjo en la ciudad una gran alarma.

Los dos batallones de que nos hemos ocupado salieron de sus cuarteles á paso de trote, segun decian sus gefes, en proteccion de la Policía.

Los lanceros de la muerte, que, se adiestraban para venir á comer el cordero gordo, ginetes en sus mulas, acudian tambien con gran precipitacion.

Qué sucedia, que toda la guarnicion de Córdoba se ponía en actitud de combate?

Los rumores que circularon en el primer momento lo esplicaban así.

Lisandro Olmos habia practicado una escavacion en su calabozo, por donde habia fugado, protegido por un grupo que lo esperaba bien armado, en la calleja por donde vimos entrar primero á Olmos y sus bravos compañeros.

Los centinelas habian hecho fuego sobre el grupo y se habia empeñado un combate á arma blanca, favorable á los conspiradores, que habian muerto á casi todos los empleados de la Policía.

Esta era la esplicacion novelesca que corria de boca en boca, haciendo esconderse á todos, que esperaban de un momento á otro el estallido de la revolucion.

Todo esto no era mas que un efecto del miedo terrible que inspiraba á los hombres del poder,

Olmos, aun encerrado en un calabozo inquisitorial.

Hé aqui entre tanto lo que habia pasado, moviendo la alarma de toda la ciudad.

Desesperado de no poder dormir con la griteria de los centinelas, el señor Olmos se habia levantado de su catre y sentándose en la única silla que adornaba su calabozo, prestándole todos los servicios imaginables.

Para estar un poco mas cómodo, apoyó la silla sobre las patas traseras, y empezó á hamacarse tratando de provocar el sueño.

De cuando en cuando, el respaldo de la silla golpeaba contra la pared, produciendo un golpe seco aunque leve.

Haria diez minutos que Olmos se hamacaba así, sin que el sueño bajara á sus ojos, cuando sintió un gran tropel de armas y carretas de soldados.

—Qué diablos puede suceder? pensó, habrán hecho alguna otra tentativa?

En aquel momento el calabozo fué abierto é invadido por una nube de soldados, oficiales y empleados, que se estorbaban la accion unos á los otros, amontonados en aquel estrecho espacio.

Un disparo de fusil habia sonado en la azotea.

Olmos saltó de su silla al medio del calabozo, con ella en la mano, dispuesto á dar algun golpe, aunque fuera uno solo, en honor de su vida.

Aquello no podia ser otra cosa que un asesinato contra su persona.

Y mientras unos armados de linterna buscaban por todo el calabozo algo que debia existir, otros se lanzaron sobre Olmos y lo sujetaron fuertemente.

—Caramba! exclamó éste, para matar á un hombre que no tiene cómo defenderse, con un soldado sobra.

Dejen pues que cualquiera de estos me pegue un tiro en la cabeza, y todo habrá concluido.

—Dónde tenís los instrumentos con que estábais cávando,—preguntó uno de los oficiales que lo sujetaban, al mismo tiempo que entre todos le registraban las ropas y hasta las carnes.

—Pero qué instrumentos? preguntó Olmos sorprendido.

—Aquél con que cávabas, respondió el oficial amenazante.

—Pero con que cávaba el qué? preguntó Olmos.

—El agujero por donde tibas á escapar.

—Pero qué agujero ni qué imbecilidad? replicó Olmos, riendo ya de aquel aparato, que no podia responder á otra cosa que á un gran julepe.

—Por la maula! gritó el oficial á que obedecia toda aquella chusma.

Pocas chanzas ó te golpeio.

Querimos que no entreguis el instrumento y nos digais dónde está la escavacion.

—Pero si aquí no hay ninguna escavacion, ni yo tengo otro instrumento que mi tenedor mocho.

—Eso es mentira, porque el centinela y el cabo de cuarto han sentido los golpes de martillo contra la pared ó contra el suelo.

—Pues el vino de la merienda los ha hecho equivocár, —contestó Olmos, recordando los golpes de la silla.

Los únicos golpes que pueden haber sentido son estos, agregó; y tomando la silla la colocó como antes del barullo y empezó á hamacarse golpeando la pared con el resaldo.

Aquellos pobres diablos se quedaron mirándose unos á los otros, sin saber qué decir, mientras Olmos encontraba al fin un motivo de risa y daba franca salida á su hilaridad.

La posición del oficial de guardia era endiablada, pues en cuanto el cabo llevó el parte de la fantástica escavacion y el mismo escuchó los golpes, envió al alferéz de la guardia á casa del Gefe Político, con la siguiente noticia.

—El revolucionario Olmos está practicando una escavacion para escaparse, en combinacion con gente que debe estar en la calle.

El Gefe Político, interrumpido en medio del mas plácido sueño con tamaño nueva, arrancó el pañuelo de algodón que cubria su honesta calva, y mandó al oficial portador del parte, con una orden para que los batallones vinieran á marchas forzadas en proteccion de la Policia.

El oficial desparramó en el tránsito, aumentada, la noticia que habia llevado al Gefe, y esto motivó la alarma de toda la ciudad.

El pobre Gefe de Policia se vistió á gran prisa, y salió en direccion á casa del Gobernador, pero en aquel momento resonó la detonacion de que hemos hablado, y regresó á su casa á toda prisa exclamando:

—Ahora sí que va á correr un riyo de sangre.

El tiro aquel habia sido disparado por un centinela de la azotea, que creyó ver ó vió un bulto agazapado en la esquina, cuando se produjo la alarma.

Los que habian invadido el calabozo de Olmos, no satisfechos del todo con la explicacion que este les dió, lo registraron con gran minuciosidad, buscándole alguna arma.

Solo escaparon sus huesos, por gran milagro, de aquel registro famoso.

Cuando se convencieron de que no existia ni el instrumento ni la escavacion, se retiraron, dejando dentro, por si acaso, un centinela de vista.

Así pasaron dos meses de sufrimientos terribles para el señor Olmos.

Su salud se habia quebrantado de manera alarmante.

La falta de aire y de sol por una parte, y la gran humedad del calabozo, hacian concluido por postrarlo en el catre.

Sus miembros empezaban á entumecerse, y su garganta sufrió de tal manera que era preciso acercársele mucho para poder oír lo que hablaba.

El señor Olmos pidió la presencia de un médico, para que le atacase el reumatismo que empezaba á sentir, y se le remitió el de Policia.

Fué tal el diagnóstico de éste, que Juarez Celman, movido á compasion, dispuso que todos los dias se le sacase á tomar el sol por espacio de una hora.

Esta operacion debia practicarla el mismo comisario de órdenes, con toda la vigilancia que exijia un preso tan peligroso y audaz.

¡Con qué placer inmenso aspiró el pobre prisionero la primera bocanada de aire puro!

Con qué fruicion celeste recibió sobre su livida cabeza el primer rayo de sol!

Todos los elementos necesarios á la vida le parecieron mas sublimes, y sintió que su fisico renacia á una vida mas poderosa.

Su ojo brilló con el antiguo rayo de sunoble espíritu, su semblante marchito recobró su expresion mansa y resuelta y sintió que la tension de sus músculos se hacia cada vez con mas nervio.

Aquel primer dia de sol, decimos mal, aquella primera hora de sol fué para Olmos un bálsamo celeste, que se desparramó por su cuerpo y por su espíritu, agoviado por los últimos desengaños.

Amenazado diariamente de ser pasado por las armas, se habia visto abandonar á su suerte por el Gobierno de Buenos Aires, despues de ser engañado por los elementos á cuyo frente se puso.

Por qué el Gobernador de Buenos Aires lo abandonaba á su suerte?

Él mismo lo ha dicho en publicaciones posteriores.

El Presidente envió un billetito solicitando la libertad de los prisioneros del Bragado, libertad que fué inmediatamente acordada.

Esto revelaba poco decoro en el Presidente.

“En ocasion igual, el Gobernador de Buenos Aires, aunque amigo personal del gefe del golpe de mano en Córdoba, nada pidió”.

Y Lisandro Olmos, inerme y prisionero, fué abandonado á la cobardia de sus verdugos.

Buenos Aires no conocia ninguno de los detalles que hemos revelado y no pudo socorrer á su leal campeón.

Y como aquel hecho heroico pasó en el silencio de los calabozos, nosotros, al narrarlo, cum-

plimos con el deber de mostrar al pueblo de Buenos Aires aquel hombre bravo y abnegado, que es acreedor á su respeto y á su cariño.

El cayó por la causa de Buenos Aires, sin recibir mas premio que la ingratitud, el engaño y el olvido.

Sus amigos de Buenos Aires, que hubieran deseado tenderle una mano, no lo podian hacer y andaban tambien en sus diferentes puestos de sacrificio.

Cuatro meses despues de esta prision espantosa, Olmos fué llamado por Juárez Celman á su casa.

Lo recibió en su sala y lo invitó con una taza de té.

Aquel era un lujo tremendo para un estómago que habia vivido cuatro meses del aire grueso é infecto de un calabozo.

Juarez Celman queria disculparse con Olmos, no solo de la falta de cumplimiento á su palabra, sino de la saña con que habia sido tratado.

—Yo he querido impedirlo, aseguró, he querido hacer llevadera la prision, pero nada he podido contra la voluntad de Viso, que decia que él á nada se habia comprometido y que queria castigar el movimiento.

—Sin embargo, fué él el primero en pedir capitulacion, la que empezaba á escribir cuando vinieron los batallones y pudo escapar!

—Yo salvo mi responsabilidad, y ya vé que, desde que he podido hacerlo, han cambiado sus condiciones de preso.

—Es verdad, contestó Olmos con su mas amarga sonrisa: ahora se me permite tomar una hora de sol y hoy se me ha invitado con una taza de té.

Despues de estas y otras esplicaciones, Olmos fué por fin puesto en libertad, como sus compañeros, y regresó á Buenos Aires, siempre acompañado del leal amigo Clariot, cuya suerte, durante el cautiverio, no fué mejor que la suya.

Olmos estaba arruinado en sus negocios y sin recursos por el momento.

Su primera operacion, antes que pensar en si mismo, fué incorporarse al Senado de la Provincia, donde la patria necesitaba su voto y su presencia.

Fué entonces que el Presidente del Senado le mandó liquidar su cuota de cuatro meses, pero vinieron los escándalos del desalojo de las cámaras, é ignoramos el rumbo que siguieron las cuotas.

Este es, aunque narrado muy á la lijera, el desgraciado golpe de mano en Córdoba, cuyos mas importantes detalles eran ignorados hasta hoy.

Volvamos al hilo de los acontecimientos que se precipitaban en Buenos Aires á toda prisa.

PRELIMINARES DE SANGRE

Los arreglos de paz empezaron á decaer, hasta que parecieron dormir el sueño eterno de los justos.

El batallon 7º de línea, que habia sido mandado á Carhué, se habia detenido y campado en el pueblo del Azul, cometiendo algunos actos irregulares.

El Juez de Paz de aquel partido se quejó al Gobierno, por telegrama, de tropelías cometidas por tropas y oficiales de aquel cuerpo, que invadian las atribuciones de la autoridad local.

El Gobierno de la Provincia pasó entonces una nota al nacional, dando cuenta de estos desmanes y pidiendo el cumplimiento de lo pactado ya, á saber, que el batallon 7º de línea saliera inmediatamente del Azul, dirigiéndose á Carhué, como se habia indicado á su jefe.

A aquella nota comedida y justa, el Ministro de la Guerra respondió con un decreto que alarmó justamente á la poblacion de Buenos Aires.

Aquel decreto era lacónico hasta contener una sola palabra, y aquella palabra era esta:

Archívese.

—Cuál era la causa de un proceder tan descomedido y opuesto á los arreglos de la paz y buena armonia de que se trataba?

Era que el Gobierno Nacional se decidia por fin á la guerra?

El Gobierno de la Provincia tal vez lo entendió así y declaró rotas, desde aquel dia, sus relaciones con el Ministerio de la Guerra.

Un Ministro secretario no podia cometer un acto de aquella naturaleza, que comprometia la paz de la República, sinó con el consentimiento tácito del Presidente.

Y este dejó en pié el decreto descomedido, sin dar la menor esplicacion.

El general Roca, por su parte, se encargaba de manifestar en la prensa periódica los sentimientos de que estaba animado.

Los diarios del Interior publicaron en esos

días un telegrama que el general candidato dirigía á un tal Eusebio Gomez, redactor de un diario roquista en el Rosario.

Aquel telegrama era la pintura mas clásica que podia haber hecho del General Roca, su peor enemigo!

El Gobierno Nacional, decia, está como Luis XVI preso en su palacio ó como el papa que no puede garantir la paz y los derechos de los pueblos.

Unámonos, estrechemos las filas, que así representaremos un poder formidable, y el señor Tejedor no nos ha de encontrar la juntura de la coraza con el puñal de Olmos.

El reto es á muerte y debemos apresurarnos á aceptarlo sin trepidar.

Antes que humillarnos, LA GUERRA CIVIL CON TODOS SUS HORRORES!

El general Roca no tenia ya nada que ocultar despues de firmado este telegrama.

Esperar algo de los hombres del poder, era una necedad imperdonable.

Sin embargo el Gobierno de la Provincia no creyó que las cosas habian llegado á su último extremo, y confió todavia en que se llegaría á un arreglo pacífico, á pesar de que el enemigo, á sus barbas, compraba todo género de armamentos.

En el mes de Marzo el Gobierno Nacional recibió de los Estados Unidos una remesa de armas, que distribuyó entre las Provincias de la liga, sin tomarse la pena de ocultarlo.

El Gobierno de la Provincia creyó llegado el momento de enviar un comisionado al interior, para tentar romper la liga de los mulatillos, segun la gráfica espresion del señor Sarmiento, y el coronel Hilario Lagos fué el elegido para aquella delicada mision.

El peligro que corria aquel comisionado en el foco de los enemigos de Buenos Aires, no podia ocultarse á nadie.

Pero el coronel Lagos la aceptó sin vacilar, con la decision y bravura á él peculiares.

Aquel era un puesto de combate bajo la gran bandera liberal, y él lo ocupó con pasion.

La mision de Lagos era luchar contra el elemento oficial en Santiago, Catamarca y la Rioja, sobre todo en esta última provincia, donde su prestigio era indiscutible.

La poblacion ilustrada de aquellas provincias no estaba con Roca, pero sofocada por los elementos de la liga, no podia presentarse á la lucha de los comicios y la eleccion seria canónica por el candidato de Avellaneda.

Lagos podia mover allí sus elementos, y con su presencia y prestigio disputar la eleccion y tal vez ganarla.

El coronel Lagos salió de Buenos Aires, pasó sin ser sentido por el centro de la liga, y llegó á Santiago, donde se puso en contacto con el elemento liberal.

Pero no disponia de mucho tiempo y era nece-

sario estuviera en la Rioja antes del 12 de Abril, dia fijado para la eleccion de electores.

Aunque sus trabajos encontraron gran éxito en Santiago, la Provincia estaba completamente dominada por el Gobernador, que habia organizado de antemano sus elementos de terror, apoyado en tropas de linea.

Con mas tiempo se hubiera podido hacer mucho aún.

Pero se habia acudido al mal demasiado tarde.

Despues de levantar el espíritu del partido liberal santiaguense, el coronel Lagos, ya con su tiempo contado, pasó á Catamarca.

Allí sucedia lo mismo con el elemento decente é ilustrado.

Sofocado por el poder de la liga, habia tenido que renunciar á la lucha, amenazado de muerte si se presentaba en los comicios.

Lagos se detuvo algunos dias en Catamarca, pero nada pudo hacer tampoco en favor del triunfo de la causa liberal.

Alarmado con su presencia, el Gobernador aglomeró en la ciudad todos sus elementos y decidió prender á Lagos si no se retiraba inmediatamente.

Lagos salió de Catamarca, no por el perjuicio que una prision pudiera hacerle á él, sino porque quedaria inutilizado para trabajar en la Rioja.

Allí el coronel Lagos tenia plena seguridad de vencer.

Su prestigio es grande en aquella Provincia y contaba allí, no solo con el elemento liberal, sino con parte del elemento del mismo Gobernador.

Su permanencia en Catamarca era ademas inútil, pues estaba convencido de que allí no quedaba nada por hacer.

El coronel Lagos llegó á la Rioja dos dias antes de practicarse la eleccion.

Pero era este todo el tiempo que necesitaba para organizar sus elementos.

El partido liberal de la Rioja es compuesto de lo mas importante de su poblacion.

Gente decidida y habituada á luchar contra el Gobierno, no se intimida fácilmente, ni renuncia á la lucha, aun en la persuasion de la derrota mas completa.

La Provincia de la Rioja es de las mas viriles del interior y la que menos caso hace de sus Gobernadores.

Una prueba de ello son las insolencias y terribles verdades que dejó caer sobre el histórico Almonacid, *La Propaganda*, que redactaba el comandante Marcelino Reyes, soldado despues de la Defensa.

El coronel Lagos, á su llegada, se vió rodeado del elemento liberal, que es en la Rioja el elemento de accion.

El Gobernador se sintió vacilar cuando mas fuerte se creía, y acuarteló los elementos con que habia contado hasta el dia antes.

Ya no habia tiempo para enviar en busca de socorro, y la lucha se presentaba peligrosa para él.

Muchos de los hombres que estaban con él, habian cedido al prestigio del coronel Lagos, y se le habian separado.

Y el partido liberal, que solo no se hubiera presentado á la lucha, alentado con la presencia de su caudillo, se armaba á toda prisa, decidido á arrebatárle el triunfo.

El Gobernador riojano pensó que el mejor medio de asegurar la situacion era apoderarse de la persona del coronel.

Pero esto no era posible sin comprometer un combate, en el que ninguna seguridad tenia.

No habia mas remedio que esperar el momento de la eleccion, y hacer entonces lo que buena-mente se pudiese.

El coronel Lagos se multiplicó de una manera prodigiosa.

En aquellos dos dias, durante los cuales no tuvo un solo momento de reposo, organizó los elementos y los preparó á la lucha.

El 12 de Abril el partido liberal de la Rioja disputaba en los comicios, á su Gobernador, el triunfo de las libertades públicas.

Este hizo uso de la astucia, primeramente, y viendo que ningun resultado podia darle, recurrió á las armas.

Pero se halló al frente con un partido compacto, armado y resuelto á la lucha, por terrible que fuera.

El resultado de todo esto fué que la liga perdió en la Rioja las elecciones de electores.

El viaje del coronel Lagos no habia sido infructuoso.

Habia logrado el triunfo de una Provincia de la liga y alentado con él y sus trabajos al partido liberal de Santiago y Catamarca.

Con un poco de apoyo y habilidad, aquellas tres Provincias habian formado del lado de Buenos Aires y Corrientes.

El Coronel Lagos regresó á Buenos Aires, á buscar un nuevo puesto de combate entre las filas del pueblo.

La liga, con escepcion de la Rioja, habia triunfado en todo el resto de las Provincias.

Los electores de Presidente y Vice serian un cuerpo de línea que responderia á la consigna que se le diera.

El candidato de Avellaneda se creyó ya en situacion de imponer la ley, y fué entonces que empezó á regalar al público alegre y de buen humor, con sus célebres telegramas mitológicos y disparatados que, en medio de grandes palmoteos, publicaba la prensa oficial.

El general Roca se iba revelando cada vez

mas, completamente desnudo de méritos y de inteligencia.

Le presentaba como un conquistador, dictando ya sus últimas condiciones.

El cordero gordo estaba próximo á ser comido en *puchero*, á pesar de sus poderosos elementos de lucha.

Es que veian que Buenos Aires no se armaba ni se disponia para repelar la gran invasion que le traeria la liga.

Su entusiasmo y decision eran latentes, pero se sabia que no tenia armas, ni siquiera para hacer sus ejercicios.

El Gobierno de la Provincia pidió el despacho de algunos fusiles de fulminante que tenia en la Aduana, pero esto mismo le fué negado con diferentes pretestos.

Qué se esperaba?

Que el Gobierno Nacional hiciera algun acto de hostilidad?

Diariamente los hacia, al extremo de que una division de tropas santafesinas estaban sobre el Arroyo del Medio, en observacion del Norte de Buenos Aires, y listas para invadir, á la primer orden.

La guerra civil era un hecho, declarado oficialmente por el mismo candidato de imposicion, y consentida por el Gobierno Nacional, que la apagara con todo el poder de la Nacion.

Y Buenos Aires seguia inerme, sin que hasta entonces hubiera adquirido una sola arma.

El señor Alcorta aseguraba que llegarían tres mil fusiles Mausser que se habian comprado, y el Gobierno de la Provincia seguia declarando que no se apartaria del terreno de la defensa.

A cada nueva amenaza de la liga, Buenos Aires crecia en entusiasmo y los cuarteles se llenaban de su juventud mas distinguida, cuya única ambicion era obtener un fusil con que defender sus mas caros derechos.

Y Buenos Aires tenia la conciencia de que, armada, era invencible por todos los medios de la guerra.

Diariamente se formaban nuevos batallones, que tenian que hacer ejercicio con el arma que les facilitaban los que la tenian.

Esta actitud falsa del Gobierno era imperdonable, porque ella no podia conducir sino á la ruina y la vergüenza.

Buenos Aires estaba materialmente rodeado de tropas, colocadas á la cabecera de los ferrocarriles, mientras en el Interior habia diez mil hombres listos para marchar al primer llamado.

El Gobierno Nacional no obraba todavia, porque queria dar á la imposicion, toda la apariencia de legalidad que le fuera posible.

Creía contar con una mayoría hecha en el Congreso, y mientras la tuviera, no habia neces

dad de precipitarse á las medidas violentas, que ofrecían también su peligro.

En la ciudad, el Gobierno Nacional no tomaba ninguna medida de seguridad para sus miembros.

Contaban acaso con la terquedad ciega de los directores de la defensa?

Ó los miembros del Gabinete Provinciales merecían el mas triste concepto, autorizado por el proceder inexplicable que observaban?

Le dejaban todas las ventajas, desde la organización hasta la iniciativa.

Qué mas podía desear Avellaneda?

La llegada de las armas ofrecidas por Alcorta era además un problema.

El Gobierno Nacional tenía á su disposición una escuadra para detener al buque que las condujera y dejar siempre desarmada á la Provincia.

Pero la mayoría del Congreso fué evaporándose entre las manos del Gobierno Nacional y su candidato, hasta que se convirtió en una verdadera mayoría liberal.

Fué entonces que decidieron terminantemente la guerra civil con todos sus horrores, esperando solo el primer pretexto para hacerla efectiva.

Triste y vergonzoso recuerdo!

Entre los que decidieron la guerra sin cuartel á Buenos Aires, formaron seis porteños, á cuya cabeza se hallaba el Dr. Rocha.

Eran los hijos que ofrecían en venta á la madre patria!

El Gobierno Nacional estaba perdido en Buenos Aires.

El pueblo armado podía haberlo hecho su prisionero en cualquier momento.

Pero estaba contenido por el Gobierno á que había subordinado su acción, y que lo amarraba á la fatal política de la resistencia pacífica y de la defensa en el último trance.

A Buenos Aires le faltó entonces un hombre intrépido que, salido de las filas del pueblo, hubiera prescindido del Gobierno.

Un Juan Chassaing hubiera sido la salvación de la patria!

Pero estos son meteoros que brillan una vez cada siglo.

Un hecho imprevisto, un "horrible asesinato" vino á interrumpir la monotonía de aquella expectativa penosa.

Hallándose en el teatro el doctor Avellaneda, los soldados de su escolta, que cuidaban la casa, salieron á la puerta, con el ánimo de provocar un conflicto, no se sabe si espontáneamente, ú obediendo á órdenes recibidas.

El pretexto no tardó mucho en ofrecerse.

Algunos jóvenes del tiro nacional que pasaron por la casa del Presidente, fueron gro-

seramente insultados por los soldados de la escolta.

Estos no pudieron reprimir su indignación y respondieron á las injurias de un modo enérgico y que no dejaba lugar á ser repetidas.

Los soldados de la escolta, sin esperar mas, se echaron la carabina á la cara é hicieron fuego sobre los ciudadanos, causando una herida en uno de ellos.

El fuego hubiera sido respondido de una manera mas vigorosa y mas eficaz.

Pero cometido el crimen alevé, los soldados se habian metido adentro y cerrado la puerta de la casa.

Uno de los jóvenes que no vió esto, disparó su revolver, dejando el proyectil enterrado en la pared.

Iban ya á retirarse puesto que los soldados se habian encerrado, cuando la puerta de casa del presidente se abrió con gran rapidez y sonó la detonación de una segunda descarga, dejando atónitos á los voluntarios.

La puerta habia vuelto á cerrarse nuevamente.

Acto continuo se presentó la Policía, atraída por las descargas, y redujo á prision á las únicas personas que se hallaban en la vereda.

A los jóvenes voluntarios, á quienes, salvo la primera herida, las descargas no habian causado mal alguno, sin duda por la precipitación de los soldados apurados en volver á cerrar la puerta.

Conducidos los presos á la Comisaria respectiva, fueron interrogados por el Comisario don Lisandro Suarez, quien en seguida se apersonó á la casa del Presidente para las diligencias del caso.

Segun el parte que este funcionario elevó al Gefe de Policía, el oficial que mandaba la guardia en casa del Presidente manifestó que un cabo de la Escolta, que estaba en la puerta, habia sido agredido á tiros de revolver por unas personas que pasaron por allí, vistiendo el uniforme de los voluntarios.

Que el cabo, sin haber respondido al fuego, se vió en la necesidad de cerrar la puerta, y que esta misma version la consignaba en el parte que pasaba á su gefe.

El Comisario Suarez pasó en seguida á tomar declaración á algunos vecinos que habian presenciado lo sucedido.

El dueño del almacén de la esquina, don Salvador Diaz y su dependiente Francisco Quintana, declararon haber salido á la puerta á la detonación de los primeros tiros y visto algunas personas agáchadas en el medio de la calle como buscando piedras, y á quienes varios soldados que salieron de casa del Presidente, hicieron una descarga con sus carabinas.

Los jóvenes don Joselin, don Aureliano y don

Manuel Huergo, que habian visto lo sucedido desde la puerta de su casa, calle Moreno 298, hacian una manifestacion igual á la declaracion de los voluntarios presos.

Los señores don Claudio Steggman y don Ezequiel Zapiola que pasaban por allí en aquellos momentos, habian visto cuándo los soldados se echaron la carabina á la cara é hicieron fuego sobre un grupo de hombres que, en el primer momento, no pudieron distinguir quiénes fueran, pero que mas tarde vieron pertenecian al tiro nacional.

Estos jóvenes eran don Macário Pacheco, Felix Pereyra y Manuel Duran, pertenecientes los dos primeros al bizarro batallon *Resistencia*, que mandaba el comandante Ballesteros, y el último al benemérito *Patricios* de Buenos Aires, que mandaba Alberto Seguí.

Segun la indagatoria levantada por el Comisario Suarez, no habia duda de que los soldados de la escolta habian sido los agresores, aunque el oficial de la guardia sostenia lo contrario.

El Gobierno Nacional y su prensa, dieron á este hecho el caracter de un *horrible asesinato*.

Segun ellos, aquellos voluntarios habian ido allí con la intencion premeditada de asesinar al Presidente de la República, quien habia escapado milagrosamente, merced á la casualidad de hallarse en el teatro.

Esta noticia, exajerada hasta lo novelesco, fué enviada á la liga, con el agregado que ya la vida del Presidente no estaba segura en Buenos Aires.

El efecto buscado de esta noticia, no tardó en producirse.

Cada Gobernador y cada personaje de la liga envió un telegrama de felicitacion, dando gracias al Todopoderoso que por un milagro habia querido salvar la preciosa existencia del Presidente de la República.

Estos telegramas se publicaron en los diarios oficiales, en boletines y en folletos, dandose el doctor Avellaneda todos los aires de una victima.

Para mejor hacer el papel, se envió al Gobierno de la Provincia una nota preguntando en qué estado estaba el sumario levantado y si se habian tomado las medidas necesarias para que no se repitiera la tentativa de asesinato, frustrada aquella vez.

Si tendria conciencia el doctor Avellaneda que su vida no peligraba en Buenos Aires, cuando él, tan destituido de todo valor personal, se dejaba estar en su casa!

El Gobernador de Buenos Aires pudo haber mandado al archivo aquella nota, como se hizo con las suyas, pero prefirió adoptar otro temperamento, mas comedido y mas lógico, aunque

demasiado almibarado para la situacion y tratándose del verdugo de Buenos Aires.

El Gobernador de la Provincia contestaba que pensaba que nunca estaria suficientemente rodeada de respeto la casa del Excmo. señor Presidente y sobre todo su persona.

Que se habia levantado un sumario, pero que el Gobierno no se habia creído autorizado á someter á los culpables á la justicia criminal, desde que no estaba en su mano someter, tambien á los soldados agresores.

El Gobierno Nacional creyó prudente, por su parte, no insistir en aquel sumario y el horrible asesinato vino á quedar en nada.

En esta expectativa de muerte se pasó hasta el 1^o de Mayo, en que se reunió la legislatura de Buenos Aires.

Esta habia sido depurada de los malos elementos que la componian, formando una legislatura liberal, salvo muy contadas é insignificantes excepciones.

Fué anté aquella imponente asamblea que el Gobierno de la Provincia leyó su célebre mensaje de aquel año.

En él daba cuenta de los sucesos que hemos referido y de la actitud que en vista de ellos habia resuelto adoptar el Gobierno.

—Se ha negado el despacho de unos fulminantes y unas armas para que la Guardia Nacional haga ejercicios, decia, pero con ó sin este despacho, el Gobierno está resuelto á introducir las armas que crea necesarias para su servicio

Las pasaria, en último caso, bajo las narices del Gobierno Nacional.

La solucion de la cuestion presidencial, terminaba, no será impuesta por las armas al pueblo de Buenos Aires!

Es menester salvar nuestros derechos salvando al mismo tiempo la Union Nacional, y solo Buenos Aires tiene los medios de hacerlo, delante de la gran conspiracion.

Este mensaje produjo en el pueblo una impresion de júbilo indescriptible.

Por fin el Gobierno de la Provincia se resolvia á salir de su incomprensible actitud pacífica y asnmia el verdadero rol que los sucesos le imponian y que él mismo se habia marcado aunque sin comprenderlo.

El pueblo creyó que habia llegado el momento de obrar, y rodeó entusiasta la primer autoridad de la Provincia.

La Legislatura, por su parte, se mostró á la altura del pueblo y del Gobierno.

La primer ley de la Cámara de Diputados cayó como una bomba sobre el campo roquista, mostrando lo que podia ser la Provincia de Buenos Aires provocada á la lucha.

Su primer ley fué autorizar al Poder Ejecutivo para invertir hasta la suma de cincuenta millones

de pesos, para armar y poner en pié de defensa á la Provincia de Buenos Aires.

La segunda ley, fué llamando á las armas la Guardia Nacional de la capital y de la campaña.

Con estas dos leyes el espíritu público se retempló y los soldados de la defensa brotaron de todas partes.

Buenos Aires rebosaba en entusiasmo.

Se venia al temperamento que debió adoptarse desde el 15 de Febrero, y la Provincia dejaría de permanecer inerte ante las bayonetas de línea y los cañones de la artillería.

Al conocer estas leyes, la gloriosa Provincia de Corrientes declaró solemnemente que estaba con Buenos Aires, en la lucha por las libertades públicas, y que formaría á su lado el día del peligro.

Esta doble é inesperada actitud alarmó seriamente al Gobierno Nacional, obligando á sus hombres á asumir una actitud decidida.

Veían que Buenos Aires unánimemente defendería hasta el último esfuerzo sus libertades, pero les quedaba esta esperanza.

Buenos Aires estaba desarmado, y no permitiendo la entrada de un solo fusil, Buenos Aires estaba vencido.

Todo el empeño del Gobierno se concretó á impedir la entrada de armas, haciendo que la escuadra estableciera un bloqueo riguroso.

Se decía que ya estaba en camino el buquecito conductor de armas que habia ofrecido el doctor Alcorta y era preciso no dejarlo entrar.

A la promesa de introducir las armas á pesar del Gobierno Nacional, este se resolvió á apresarlas, aunque tuviera que hacer uso de los cañones de su escuadra.

La introduccion de las armas iba á ser el pretexto de la primer batalla á la que ya se habia preparado el Gobierno Nacional de una manera formidable.

El primer acto de piratería cometido por el Gobierno Nacional lo fué contra el vapor *Plato*, de la línea de Amberes y Liverpool.

Se creía que este buque traía armas para el Gobierno de la Provincia y era necesario apresarlo.

La cañonera *Constitucion* fué la encargada de cometer este acto bandálico.

Se hizo detener el paquete, con dos tiros de cañón, y fué inmediatamente abordado por un piquete de marineros que puso en comunicacion inmediata á tripulantes y pasajeros.

Esto demostraba claramente que el Gobierno Nacional se hallaba resuelto á emplear todo su poder en fusilar á Buenos Aires, pero á mansalva, tomándolo inerte y sin armas.

La misma suerte que habia corrido el *Plato*, tocó al vapor paquete *Bessel*, de la misma compañía, pues se creía conducia tambien armas para la Provincia.

Un empleado de la Legislatura de la Provincia, que no es del caso nombrar, hizo la delacion, en virtud de la cual procedió el Gobierno Nacional sin otro antecedente ni seguridad.

La guerra civil era, pues, indudable hasta para los mismos que no querian creer en ella.

Fué entonces que se organizó un centro de las personas mas notables de la Provincia para trabajar en el sentido de la paz, pero de una paz honrosa, en la que quedaran á salvo los derechos que Buenos Aires se habia dispuesto á defender con las armas en la mano.

La primer reunion de este Comité, que se llamó el Comité de la Paz, la formaron el General Bartolomé Mitre, el señor Sarmiento, los doctores Rawson, Lopez, Gorostiaga, Alberdi y otros.

A los trabajos de este Comité se adhirió todo el comercio de Buenos Aires y las personas que miraban aquella guerra comola disolucion de la República Argentina.

A iniciativa de la Cámara Sindical de la Bolsa, se nombró una comision compuesta de los principales banqueros y comerciantes, para pedir al general Roca, á nombre del comercio de Buenos Aires, la renuncia á su candidatura, candidatura destinada solo á ensangrentar el suelo argentino.

¡Vanos é inútiles trabajos que iban á estrellarse contra el corazon de un hombre destituido de todo sentimiento patriótico!

Al mismo tiempo que el Comité de la paz se preparaba á la gran manifestacion cívica, el patriota don Félix Frias negociaba una conferencia entre el Gobernador de la Provincia y el general Roca.

Se creía que por este medio podria llegarse á una transaccion honrosa, renunciando aquellos dos hombres sus respectivas candidaturas y sosteniendo ambos un candidato de paz.

Tanto la manifestacion de la paz como la conferencia se celebraron el mismo dia.

Veamos el resultado práctico de aquellos trabajos tan llenos de patrióticos sentimientos.

Se iba á tratar en el mismo dia sobre la paz y sobre la guerra.

La cañonera *Pilcomayo* conduciría hasta el Tigre al candidato de la imposición, y á bordo del buque iría el doctor Tejedor, pues el general Roca se habia negado á bajar á tierra.

Sigamos nosotros á la manifestación de la paz, mientras entre aquellos dos hombres se jugaba tal vez la suerte de la República Argentina.

A las dos de la tarde, la concurrencia aglomerada en las calles de San Martín, Victoria y Plazas Victoria y 25 de Mayo, subía á la enorme cifra de veinte y cinco á treinta mil ciudadanos.

La manifestación se puso en marcha á casa del Gobierno Nacional, en el siguiente orden: Miembros de la Cámara Sindical, presididos por el señor Emilio Fernández; Centro Comercial, el Club Industrial, la Sociedad Rural, las Lógicas Masónicas, el personal de los Bancos y la Comisión de pagarés.

En seguida de estas asociaciones venían en corporación todas las sociedades italianas, francesas y españolas existentes en Buenos Aires.

La manifestación presentaba un aspecto imponente y grandioso.

A su cabeza marchaban el General Mitre, el señor Sarmiento, don Félix Frias, el doctor Rawson, el doctor Gorostiaga, el doctor Lopez y el señor Alberdi.

Estos señores eran acompañados por los caballeros Devotto, Correa Morales, Sassemberg, Zimmerman, Artagneveitia y Pommer.

El Gobierno Nacional habia suspendido sus labores, y esperaba en los balcones la grandiosa manifestación.

Cuando esta llegó á la plaza 25 de Mayo, ascendía ya á unas de cuarenta mil almas.

La Comisión que presidía aquella manifestación grandiosa subió á la casa de Gobierno y entregó al Presidente las voluminosas peticiones, suscritas por mas de quince mil firmas.

En todas ellas se pedía al Presidente conjurase el peligro que amenazaba al país, salvándolo de los horrores de la guerra civil.

El doctor Rawson tomó á su vez la palabra, al entregar la misión que le habia sido encomendada.

“El señor Presidente, decía el brillante orador, tiene delante ancianos cubiertos de canas, hombres de todas las representaciones, que piden la paz como la aspiración de un pueblo.

Ellos vienen buscando el himno del patriotismo, entusiasta, sin igual, armónico, que debe recibirlos.

El señor Presidente es joven, solo faltan veinte años para que se concluya el siglo: inspírese en este momento, y haciendo una obra lógica con el siglo, puede en el futuro, en medio de sus lujos y ligándola á los hijos de sus hijos, compulsar con orgullo esta fecha de su vida“.

Nadie más cínico para mentir que el doctor Avellaneda, como nadie es mas pérfido para obrar.

Desde el balcón de la casa de Gobierno dirigió la palabra á aquella inmensa multitud.

“Qué dijo aquel bribon de la política argentina? Una nueva é infame mentira!

“Salgo á vosotros y os saludo con vuestra divisa: ¡Viva la paz!

Venís á pedirme la paz y yo os la ofrezco sincera y completa.

No habrá jamás en mi una sola agresión, ni moveré un solo hombre ni una arma para turbar la paz que me pedís.“

Esto es lo que decía al pueblo aquel felon mientras el doctor Rocha iba en misión á cerca de Roca para trasmitirle sus últimas órdenes de guerra!

Mientras con palabra afeminada y de almíbar ofrecía la paz pedida, con mano cobarde entregaba el puñal con que habia de herir el corazón de la nacionalidad argentina!

Y el doctor Rocha habia partido á dar estas instrucciones:

No renuncie su candidatura por nada y bajo ninguna consideración.

Buenos Aires, desarmado, está vencido de antemano.

La manifestación se retiró de aquel sitio de vergüenza, y vino á la casa de Gobierno de la Provincia.

Ausente el Gobernador por la conferencia en el Tigre, habia dejado escrito un discurso, que leyó el señor Alcorta.

El doctor Tejedor prometía mantener la paz en toda su esfera de acción, sin contrariar la suprema voluntad del pueblo.

Ofrecía nuevamente la renuncia de su candidatura y aseguraba que la paz solo dependía de los gobernadores de la liga, sostenidos por el Gobierno Nacional, que seguía empeñado en sostener la candidatura de imposición.

La paz depende exclusivamente de ellos, decía, y es solo de ellos de quienes se debe recabar.

Hablaron en seguida los señores Mitre, Rawson y Frias, con cuyos discursos se dió por terminada aquella grandiosa manifestación, que se disolvía media hora despues.

Mientras estos sucesos tenían lugar en Buenos Aires, se celebraba en el Tigre, y á bordo de la *Pilcomayo*, la conferencia de la que habia de salir la paz ó la guerra.

Como lo hemos consignado ya, el doctor Rocha habia hablado con el general Roca á nombre del Presidente, dejándole su consignación.

No ceder por nada y decir que ya no era tiempo de renunciar candidaturas, porque era casi el Presidente electo, desde que la mayoría de electores era suya.

El Gobierno Nacional conocía el poquísimo

talento del general Roca, y temia que este fuese envuelto por el doctor Tejedor, hombre de mas alcances intelectual y mas avezado en la política.

Despues de cambiar un saludo cordial, en la apariencia, el gobernador Tejedor manifestó que él fuera allí llamado por el general Roca.

Pero aquel opinó á su vez que quien habia sido llamado era él y que habia accedido á la insistencia de sus amigos.

Hacer una cuestion sobre aquel insignificante detalle, cuando se iban á tratar cosas tan serias, no era oportuno ni conveniente.

Así lo comprendió el doctor Tejedor, abordando francamente el objeto de la conferencia.

El gobernador de Buenos Aires mostró al general Roca las consecuencias terribles de una guerra civil como la que se preparaba.

La disolucion de la nacionalidad argentina y el cuadro de ruina y muerte que dejaria tras sí.

El doctor Tejedor mostraba al jóven general estas terribles consecuencias, le mostraba el verdadero camino de la gloria, é invocaba sus sentimientos de soldado y de patriota.

Se puede salvar de la ruina á la República, con una sola palabra: ¿por qué no hacerlo?

Eliminemos nuestras candidaturas, sin condicion, y dejemos que los pueblos elijan libremente al ciudadano que ha de regir sus destinos.

El general Roca no sabia qué responder.

Sentia hablar un lenguaje elevado y digno, á cuya armonia no estaba habituado su oido de campamento, y se encontraba pequeño, sin poder pronunciar una frase que estuviese á la altura de los acontecimientos.

—Yo no me pertenezco, balbuceó al fin.

Mi partido no quiere que renuncie y yo no puedo renunciar á mi triunfo que es el de mi partido, al que estoy subordinado.

—Pero es que la patria está antes que los partidos!

Es que ante los girones de la nacionalidad todo debe posponerse!

Si hay un partido tan poco patriótico, un hombre de corazon no puede someterse á tales exigencias.

El general reflexionó un par de minutos, y creyendo llegado el momento de lanzar la frase estudiada con anticipacion, la dijo al Dr. Tejedor con la pretension de haberlo aplastado.

—Yo soy el gerente de una gran casa de comercio; puedo dar lo mio pero no prestar lo ajeno. Era esta sin duda la frase que, á su juicio, debia hacerlo inmortal.

—Yo repetiré esa frase en Buenos Aires, dijo entonces el Dr. Tejedor, comprendiendo que

aquel era un simple ambicioso, cuya talla moral era homeopática.

Sin sentimientos de ningun género, no habia nada que esperar de él.

Sin embargo de comprender que todo esfuerzo era inútil, un deber de patriotismo le retuvo allí algunos minutos mas.

Tocó algunos otros tópicos de la cuestion, y agregó que por qué no se fijaba en algun candidato simpático á todos los pueblos de la República.

—Porque no lo hay—Buenos Aires se ha empeinado y habrá que mostrarle el derecho del mas fuerte.

—No puede haber empecinamiento desde que yo renuncio mi candidatura.

—Es que yo no puedo renunciar á la mia porque no me pertenezco.

Pertenezco á mi partido y este me impone que no renuncie.

Todos los medios imaginables estaban agotados.

Insistir mas hubiera sido descender, y descender á un nivel muy bajo.

Así lo comprendió el Gobernador de Buenos Aires, y se retiró fria aunque cortésmente, trayendo á Buenos Aires la noticia de la guerra, cuando horas antes el Presidente habia garantido la paz.

El desencanto mas grande venia así á coronar los nobles esfuerzos del Comité de la Paz y su grandiosa manifestacion.

Apenas el Gobernador de la Provincia llegó á su casa, el pueblo rodeó la manzana, ansioso de conocer el resultado de la conferencia.

El doctor Tejedor tuvo que manifestar la verdad de lo pasado á bordo de la *Pilcomayo*.

—El general Roca, dijo, es un tipo pequeño de figura, aunque grande de ambicion.

Tiempos duros nos esperan, pero yo lo espero todo del pueblo de Buenos Aires.

Un estallido de indignacion primero, y de febril entusiasmo en seguida, acoció las palabras del Gobernador.

Y los gritos de ¡viva Buenos Aires! á los cuarteles! á las armas! resonaron unánimes por las calles de la gran ciudad.

La misma poblacion extranjera se sentia indignada con el proceder criminal del candidato de imposicion.

El entusiasmo crecia y los cuarteles se llenaban de jóvenes y ancianos, que pedian un fusil no solamente ya para defender la patria, sino el hogar y la fortuna, amenazados por la invasion de las tropas de la liga á Buenos Aires, hambriando por devorar el cordero gordo.

El general Roca permaneció toda aquella noche á bordo, conferenciando con los personajes

que lo rodeaban, quienes se habian apresurado á saltar á bordo asi que se alejó el Gobernador de Buenos Aires.

Querian saber el final de la conferencia, pues aun temian que Roca hubiese sido envuelto por el doctor Tejedor.

Y la frase inmortal de la gerencia fué saludada por toda la liga de traidores.

Cuando la *Pilcomayo* levó anclas al siguiente

dia, se dijo entonces que habia levantado a popa una bandera roja.

De todos modos, con bandera ó sin bandera, la guerra civil era ya un hecho.

Al primer pretesto se romperian las hostilidades y aquel primer pretesto no podia tardar en presentarse.

Eran ellos mismos los interesados en provocarlo á toda costa.

PÚCHEROS DE HÓBEJA

Los primeros síntomas de antagonismo se habian sentido desde que empezaron á llegar los diputados de la liga al Congreso.

Con este motivo se habia armado una mañana, en la estacion Central, una de aquellas escenas populares que hacen época y ante las cuales es imposible guardar la mas remota seriedad.

Se sabia que aquella mañana debian llegar algunos de aquellos diputados de linea, con que la liga de Gobernadores contaba para hacer mayoria en el Congreso.

Si en el mismo Buenos Aires se reclutaron tipos como los que el lector conoce, para integrar las legislaturas de la liga, entre los que llegaron á figurar hasta extranjeros nacionalizados al efecto sin mas mérito que la elasticidad en la espina dorsal, calcule el lector lo que pasaria en las provincias de la liga.

Los tipos mas ridículos habian sido desenterrados de sus sitios, para venir al Congreso y votar por lo que se les mandase.

Así es que los diputados en cuestion, con todas las ínfulas de un verdadero padre de la patria, ofrecian un espectáculo gracioso y ridiculo.

Envueltos en sus enormes boas de vicuña, con sus sombreros de panza de burro y su ropa barateada en Córdoba, estos diputados eran un verdadero atentado contra la seriedad del transeunte.

Los empeñados en provocar todo género de conflictos decidieron hacer algo que pudiera darles el pretesto de trasladar el Congreso á cualquier otro punto de la República, porque en Buenos Aires no estaban aseguradas las vidas de los diputados y senadores por las Provincias.

Al efecto dejaron en la Estacion Central algunos grupos, encargados de pifiar á los primeros diputados que llegaron.

Esto podria muy bien causar un conflicto, pero era todo lo que necesitaban.

Sacar de Buenos Aires el Congreso para poder manejarlo de una manera mas amplia.

Los que esperaban á los diputados para silbarlos un poco por cuenta del Gobierno Nacional, desparramaron la voz, y el pueblo alegre, siempre dispuesto á reir, se puso del lado de los silbadores, representado por una media docena de vendedores de diarios.

La manifestacion empezaba á tomar el verdadero carácter que se le habia querido dar.

Entregar aquellos famosos diputados á la farsa del populacho mas ruin, para que el pretesto fuera mayor.

El tren llegó por fin, conduciendo á los célebres diputados.

El primero que desembarcó traía una camisa á la Pompadour, y un paletó peludo, que en sus juventudes debió ser muy pasable.

Fué sobre aquel que se descargó la primer andanada de rechiflas y palmoteos.

—Qué, ía han hecho la peleia? preguntó el pobrete, mas muerto que vivo, creyendo que Buenos Aires estaba en plena revolucion.

Un puñado de harina arrojado en plenas narices fué la contestacion de los silbadores oficiales.

—Pa la maula! gritó el de la camisa Pompadour, arrinconándose contra un wagon,—íó no quero que mi maten! nos ván á echár al ríyo!

—Magre de los disámparados! gritó el que venia detrás, recibiendo una lluvia de papelazos, —nos ván á cómer!

Este infeliz, por mal de sus pecados, traía un sombrero de pelo largo, préstamo tal vez de algun amigo generoso, y un levita de largo descomunal.

Los vendedores de diarios aumentaban por momentos y el bochinche asumia proporcio-

nes colosales, sin salir del terreno de la rechifa.

—Que lo peinen al sombrero! gritó un pillete!

—Viene en mangas de camisa!

Y los palmoteos parecieron entonces una tormenta.

Los diputados, arrinconados contra los wagones, se encomendaban á Dios creyendo llegado su último momento.

—Púcheros de hóbeja! Púcheros de hóbeja! gritaron los pilletes, como su última espresion de manteo vocal, y empezaron á reir de una manera desafortada.

Siendo el puchero de oveja el alimento de lujo entre la gente provinciana, nuestro buen pueblo, alegre siempre, los califica de esa manera, dando á la frase la misma entonacion que ellos usan.

Los que habian sido pagos para empezar la silbatina, viendo que los pilletes lo hacian por cuenta propia, se metieron entre la muchedumbre de curiosos, como simples espectadores.

Noticioso de lo que sucedia, el Comisario de la 2ª Seccion de Policia, don Lisandro Suarez, habia acudido al sitio del escándalo.

Como es natural, el pueblo, que lo conocia, se apartó con respeto, dejándolo pasar.

La aparicion del funcionario policial fué un consuelo para los pobres diputados.

—El Gobernador! el Gobernador! gritaron corriendo á donde venia el comisario Suarez.

—Señor Gobernador! sálvenos úste la vidita que áqui nos queren cómer!

Nosotros somos diputados y nos jan equivocado por otros.

Aguantando la risa que le retozaba en el estómago, el señor Suarez redujo á prision á los pilletes silbadores que aun no habian tocado *espíante*, y procedió á la averiguacion de los hechos, despues de tranquilizar á los padres de la patria.

El mas desconsolado era el dueño de la camisa Pompadour, cuyo cuello habia sido mojado con harina mezclada á sabe Dios qué liquido—tal vez á un poco de agua de Lourdes.

Libres de la accion de los vendedores de diarios, los diputados entraron á la estacion creyendo fuera el Congreso.

En la primer oficina que entraron se les cuadró por delante un inglés que habia presenciado toda la manifestacion, á quien el calificativo de púchero de hóbeja habia hecho una gracia estu-penda, al estremo que cada vez que lo oia pronunciar, reia como si le hicieran cosquillas.

—Qué buscan ustedes? preguntó deteniéndolos.

Este oficina no es para la público.

—Nojotros somos diputados, y venimós al Congreso.

—Este no es la Congreso, replicó el inglés medio descalabrado de risa.

Este es un oficina de la fero-caril.

—Este es jel Congreso, gritó el de sombrero peludo—¡á li he dicho que semos diputados.

—Usted son una bura! gritó el inglés ya cargado, cerrándoles la puerta en las narices.

—Es un éstranjero loco, dijo uno de los diputados al otro.

En la primera sesión voy á pèdir que lo destituyan.

—Aoh! gritó el inglés abriendo la puerta.

Usted una puchera de oveje y yo manda salir pronta.

Los diputados salieron del brazo y se dirigieron al hotel del Congreso, por indicacion de un changador que les tomó las petacas.

Entre tanto, los promotores del escándalo no habian sido reducidos á prision, porque habian sido los primeros en *espíantar*, como ya lo hemos dicho.

Fué preciso contentarse con arrear á la comisaria á los inocentes vendedores de diarios, que no habian hecho otra cosa que seguir la chacota.

Pero el gran golpe federal estaba dado, aunque toda la poblacion conocia ya el origen de aquella silbatina.

La prensa oficial aseguró al dia siguiente, poniendo el grito en el cielo, que en Buenos Aires no habia garantias para los diputados nacionales y que era necesario sacar de aquí el Congreso, porque no tardarian en asesinarlos por las calles.

La poblacion festejó aquella graciosa salida, mientras la policia daba las esplicaciones desprendidas del sumario que se habia levantado.

Por cálculo unos, y por simple miedo otros, empezaron á negarse á venir al Congreso.

La liga resolvió por fin mandarlos, porque ante todo necesitaba la mayoria del Congreso, y el Congreso se reunió por fin con gran terror de sus miembros provincianos, que creian que la barra porteña se los iba á comer crudos.

La division de sus miembros se produjo en las sesiones preparatorias, en que cada cual se replegó al círculo á que habia de pertenecer.

Era en casa del doctor Juan Agustin Garcia donde la diputacion liberal tenia sus sesiones preparatorias, para constituirse y adoptar la regla de conducta que habia de seguir.

Los diputados liberales que compusieron estas sesiones eran los doctores Garcia, J. A., Aguirre, los hermanos Mitre, los hermanos Elizalde, Dávalos, Espeche, Escalante, Ferreira, Fernandez, Garcia P. Guastavino, Gonzalez Catan, Gainza, Gutierrez, Huergo, Lavalle, Lanusse, Obligado, Nuñez, Quintana, Mantilla, los hermanos Montes de Oca, Perisena, Quirno Costa, Ruiz, Rivera, Rocha M., Salas, Veron, Vivar y Zabalia.

Muchos de estos querian llevar la cuestion á sangre fuego, é impedir que la Cámara votara si estaban en minoria.

Otro grupo, en el que se hallaba el doctor Garcia J. A., queria llevar la cuestion por el terreno parlamentario, hasta obtener un triunfo.

Habia diputados como el doctor Alberdi, Quesada y otros, cuya opinion no se podia conocer porque andaban fluctuantes, y que no era difícil poderlos traer á las filas liberales y producir entonces una mayoría.

Este era el gran trabajo que habia que hacer.

Los diputados de la liga seguian sosteniendo que el pueblo ejercia presion sobre ellos y que no podian votar libremente.

Ya habian oido que iban á quedar en minoria y querian trasladar el Congreso á otro punto.

Las primeras sesiones fueron tempestuosas, hasta la conferencia de los dos candidatos en que quedó decidida la guerra, y se volvieron entonces amenazadoras.

Todos los días se formaban en la Aduana grupos de jóvenes armados y soldados vestidos de paisanos, listos para acudir en auxilio de los diputados de la liga, en caso de una agresion.

Como si con estos elementos fueran á contrarrestar un estallido del pueblo!

Despues se supo por avisos diferentes de algunos amigos personales aunque no de causa, que aquellos peones y soldados tenian la orden de matar á los diputados liberales en el primer conflicto que se produjera.

La diputacion liberal no se dejó intimidar por esto, y siguió con mas ardor que nunca en el fuego del debate.

Aquella amenaza podia muy bien hacerse efectiva, pero ay! de los que ordenaban la matanza!

A la puerta del Congreso estaba el pueblo de Buenos Aires, dispuesto á defender la vida de sus representantes de una manera tremenda.

Las represalias podian ser, pues, por demás sangrientas.

La comision de poderes era el punto verdadero de la lucha, porque de ella dependia la aprobacion ó rechazo de las elecciones.

Y esta comision fué formada por una mayoría liberal.

El doctor Quesada tuvo un mal momento, porque formando parte de ella tenia que definir su actitud.

Gritó enormemente para que su nombramiento recayera en otro diputado, pero no le fué posible eludir la comision.

Y tuvo que definir su color *malgré bongré*.

La liga veia con terror que habia perdido su mayoría, pues hasta el doctor Alberdi, que miraban como su mas esforzado campeón, habia concluido por formar en las filas liberales.

Asi es que parlamentariamente se hallaban derrotados.

Sus elecciones fraudulentas serian aplaudidas y una reaccion muy peligrosa podia tener lugar.

En el Senado no sucedia lo mismo.

Aunque valientes y decididos, allí la minoria liberal no pasaba de dos ó tres senadores.

Fueron los leales Baybiene y el doctor Velez, no hay que olvidarlo, los únicos que sostuvieron en el célebre senado de Belgrano el honor y el decoro de Buenos Aires, aunque ninguno de ellos era porteño.

El empeño de la liga fué entonces sacar el Congreso de Buenos Aires, alegando varios pretextos.

Pero hasta en esto iban á tener que luchar contra una mayoría incorruptible.

Así llegaron los últimos días de Mayo, en que el Gabinete Nacional decidió abrir las hostilidades y lanzarse á la guerra.

Solo por la fuerza de las armas cederá Buenos Aires, y es preciso que ceda.

—Empleemos entonces las armas, aprovechando el poco armamento que tienen, dijeron los enemigos de la patria, y se lanzaron de lleno al camino del crimen.

Faltaba todavía imponer á Buenos Aires su última humillacion, antes de apuntar á sus calles los cañones de la artillería.

Y todavía no se tenian noticias de las armas ofrecidas por el doctor Alcorta, y que decian diariamente debian llegar de un momento á otro.

Buenos Aires tenia sobrados elementos para vencer los que tenia el Gobierno Nacional, amenazando la ciudad.

Pero si se aglomeraban mas tropas, si la liga enviaba un ejército; reclutado espresamente para comer el cordero gordo, la guerra podia hacerse larga y peligrosa y faltar en Buenos Aires, no solo las armas, sino tambien las municiones.

Un golpe de maño era indispensable para triunfar.

La dificultad estaba en decidir al Gobernador de Buenos Aires á permitirlo.

En el terreno de la resistencia en que queria colócarse, accederia á este medio eficaz?

UN PROYECTO DESCALABRADO

La gran preocupación del Gobierno Nacional era impedir á toda costa la entrada de un solo fusil en Buenos Aires.

Demasiado comprendia Avellaneda que, con armas, en pocos momentos Buenos Aires podría formar en línea de batalla treinta mil soldados entusiastas y bravos.

La escuadra habia establecido un verdadero bloqueo y á Montevideo se habian enviado agentes, exclusivamente para anunciar toda salida de buque sospechoso de aquel puerto para el de Buenos Aires.

Esta última medida dió origen á acontecimientos vergonzosos y disparates terribles.

El primer disparate costó al Gobierno Nacional una serie de humillaciones por demás vergonzosas, que no fueron bastantes, sin embargo, para hacerlo desistir de sus propósitos piráticos.

El agente de Montevideo avisó que habia salido de ese puerto una balandra llamada *Pensiero*, conduciendo armas para el Gobierno de la Provincia.

En el acto se envió el vapor *Vigilante* para que apresara la balandra y la trajera á Buenos Aires.

Poco esperto en estos achaques el oficial que mandaba el *Vigilante*, no esperó siquiera que la balandra entrara en aguas argentinas.

Fué en aguas orientales que el *Vigilante* intimó al *Pensiero* se detuviera.

Como su capitán supiera hallarse fuera del territorio argentino, no quiso obedecer la orden, y virando rápidamente, volvió á tomar el rumbo de Montevideo.

El oficial que mandaba el *Vigilante* no entendió de chicas é hizo fuego de cañon sobre la balandra, repitiendo nuevamente la orden de detener la marcha.

Ante semejante argumento, y temiendo la echaran á pique, el capitán del *Pensiero* se puso á la capa.

Entonces se le acercó el *Vigilante* é intimó á su capitán se diera preso al gobierno argentino, mandando abordar la balandra por algunos marineros.

—No tengo mas remedio que obedecer, replicó el capitán, puesto que no tengo cañones con que hacer respetar mis derechos.

Pero protesto con toda indignacion de este acto de verdaderos piratas, disfrazados con el título de Gobierno Nacional.

A pesar de las protestas de su capitán y mos-

trar que estaban en aguas orientales, la *Pensiero* fué amarrada á sus costados, y obligada á seguir aquella peregrinacion hasta Buenos Aires, donde el Gobierno Nacional decidiria, lo que debia hacerse.

Este atentado salvaje y digno solo de una tribu de Tobas, levantó en Montevideo una grita terrible, haciendo que el Gobierno Oriental procediera con todo el rigor que imponia un hecho de tal naturaleza.

La violacion de territorio era flagrante, y el Gobierno Oriental exijió una satisfaccion amplia y pronta, bajo la amenaza de romper todo género de relaciones.

El doctor Irigoyen fué enviado en mision especial acerca del gobierno reclamante.

El Gobierno creyó de su deber y derecho repetir sus exigencias bajo las mismas amenazas hechas ya.

Un rompimiento con la República Oriental era la ruina del Presidente argentino y la muerte de su candidato.

Un rompimiento lo obligaria á cambiar de política ó perecer, pues Buenos Aires lo aprovecharia para dar un golpe de mano, sin ningun peligro.

Las conferencias entre el Presidente oriental y el enviado Irigoyen tuvieron varios giros en las que aquel se mostró cada vez mas duro y tenáz.

Fue entonces preciso llegar á un arreglo que se redactó y firmó sobre tablas, aunque él importaba una vergüenza mas.

El Gobierno Argentino se obligaba á devolver en el puerto de Montevideo la balandra *Pensiero*, sin que faltase un solo alfiler de su carga, á enjuiciar y castigar al comandante del vapor *Vigilante* y á pagar al capitán de la *Pensiero* los daños y perjuicios que éste hubiere sufrido.

Este pacto se cumplió como todo pacto que haya llevado la firma del doctor Avellaneda.

Se devolvió la balandra, se pagó la indemnizacion, pero el *Vigilante* siguió pirateando.

Los buquecitos *Flor de la Colonia* é *Ida* siguieron la misma suerte que la *Pensiero*.

—Llevan armas para el Gobierno de la Provincia, dijeron los agentes de Montevideo.

Y sin mas averiguacion, el Gobierno Nacional los hizo apresar.

Nuevos reclamos y nuevas humillaciones despues del chasco, pero qué diablo!

La cuestion era que Buenos Aires no pudiera defenderse por falta de armas.

El Gobierno Nacional queria fusilar al pueblo desarmado.

El Gobernador de la Provincia empezó a comprender, tarde ya, el desatino que habia cometido al no querer armarse cuando podia haberlo hecho fácilmente.

Dada la vigilancia mantenida por la escuadra, un desembarco de armas, si no era imposible, era por lo ménos muy difícil.

Además no se recibia el aviso de que hubieran aún salido de Montevideo las armas esperadas, y la situacion se hacia por demás tirante.

El pérfido Avellaneda empezó á engañar la atencion pública con la gran fiesta del centenario de Rivadavia, fiesta que debia servir para una nueva ostentacion de fuerzas y armas.

Era preciso pasear una vez mas por las calles de Buenos Aires los cañones y ametralladoras, para que el pueblo desarmado pudiese ver la suerte que le esperaba resistiendo á la política de imposicion.

Rivadavia, el manso apóstol de los derechos y libertades públicas, era el pretesto para aquel hecho audáz.

Digno pretesto adoptado por semejante espíritu!

El centenario de aquel gran hombre argentino fué así celebrado por el mas pequeño de todos nuestros gobernantes y bajo una amenaza de muerte al pueblo que aquel habia engrandecido con los beneficios de su espíritu luminoso.

Al centenario de Rivadavia, 20 de Mayo, siguió la parada del 25.

El Gobierno Nacional tenia en la ciudad mas fuerzas que el 15 de Febrero, y queria mostrarlas por cualquier pretesto.

Su espíritu pequeño creia que el pueblo de Buenos Aires podia sentir miedo al oír rodar por sus calles las grandes piezas de artillería!

Aquel corazon de piedra no comprendia el valor ajeno, desconociendo el patriotismo en los demás, porque él jamás se habia estremecido ante esta pasion suprema: el amor á la pátria!

La juventud de Buenos Aires miraba con el mayor desprecio aquellas armas, aquellos enormes cañones, porque tenia fé profunda en su valor propio y en la causa santa que defendia.

Serenay resuelta, esperaba sonriente la hora suprema de la batalla, que seria la hora del triunfo. A pesar de todas las fuerzas de línea aglomeradas en Buenos Aires y la falta de tino en la defensa, el Gobierno Nacional sentia miedo, miedo que nó podia disimular.

El Batallon Guardia Provincial, justo orgullo de Buenos Aires, era el causante de este miedo descomunado.

El Gobernador de la Provincia cometia la imprudencia de mantenerlo al lado de tropas

nacionales muy superiores, imprudencia que podia muy bien costar la pérdida de aquel brillante cuerpo.

La artillería, que tenia su cuartel al lado, habia desocupado una cuadra, donde se colocaron cuatro piezas de gran calibre, apuntadas á la pared que la separaba del Guardia Provincial.

A la primer alarma, al primer tiro, estas cuatro piezas romperian sus fuegos sobre el Provincial, que pereceria antes de poder formar.

Felizmente el comandante Martin Diaz, oficial bravo y sumamente capaz, conocedor del plan del enemigo, habia tomado sus medidas para burlarlo, como para burlar tambien la vigilancia que el 11 de línea tenia sobre el cuartel desde las azoteas y plaza del Retiro.

El comandante Diaz, con increíble sigilo, habia hecho practicar una salida á los fondos del cuartel, por una caballeriza.

De esta manera podia salir á la calle con su batallon, sin que sus vecinos lo sintieran.

Pronto vamos á conocer la utilidad enorme de esta falsa salida.

Queriendo el Gobierno Nacional quitar á la defensa todo elemento útil, ofreció al Coronel Lagos enviarlo al Perú, en carácter oficial, á estudiar la guerra del Pacifico.

Pero este jefe rehusó el presente griego.

Qué mas estudio de guerra que la que se iba á desarrollar en Buenos Aires!

El Coronel Lagos pues rechazó la oferta y se quedó á correr la suerte de la gran causa.

Roca y la liga avisaban á cada momento que estaban prontos y que al primer aviso podian mandar sobre Buenos Aires un ejército de veinte mil hombres.

Por qué no apresurarse entonces á dar el golpe?

Con el Congreso no habia ya que contar, puesto que la liga habia perdido su mayoría, sin esperanzas de recuperarla por el momento.

No habia otro recurso que *enfrenar* á Buenos Aires con las bayonetas de su ejército.

Una nueva fiesta y la perspectiva de una nueva ostentacion de armas, vino á contener unos dias al Gobierno Nacional.

Se anunció la llegada del *Villarino* á Montevideo, buque que traía los despojos de gran Capitán don José de San Martin.

El Gobierno Nacional fijó el dia 28 de Mayo para la solemne recepcion de aquellos ilustres huesos, disponiendo que todas las fuerzas de la guarnicion, mas el 8 de línea que se hizo venir de Zárate, formaran de gran parada.

Y no era ya un misterio para el pueblo, que las tropas debian formar muccionadas, como si fueran á entrar en batalla.

Se temia algo como la repeticion del 15 de Febrero?

Quién sabe!

El Presidente de la República veía por todas las manos crispadas que buscaban su cuello, y el miedo lo hacia adoptar todo género de precauciones.

Porque aunque Buenos Aires no tenía mas armas que las del Provincial, la Policía y uno ó dos batallones del Tiro Nacional, aunque no tenía cómo contrarrestar su poderosa artillería que barrería las calles, el Gobierno Nacional no dejaba de temblar ante la idea del pueblo de Buenos Aires, en su actitud del 15 de Febrero.

El podía sembrar de cadáveres las calles de la ciudad, pero quién le garantía que no sería arrastrado por esas mismas calles y despedazado sobre esos mismos cadáveres?

Esto era lo único que contenía á Avellaneda, á pesar de los consejos de los traidores que querían dominar el espíritu público á sangre y fuego.

Mientras estos preparativos se hacían, el Gobernador de la Provincia recibió una noticia de vital importancia.

El vaporcito *Riachuelo* había salido de Montevideo conduciendo los fusiles esperados tanto tiempo.

Ahora quedaba una duda terrible.

El *Riachuelo* salvaría con felicidad el bloqueo?

Su valiente capitán lo había asegurado así, pero todo hacia prever lo contrario.

Lo riguroso del bloqueo y el apresamiento de los cinco buques de que hemos hablado, hacían temer que el *Riachuelo* cayese entre las uñas de los piratas nacionales, ó por lo menos que tuviese que regresar al puerto de su salida para no ser preso.

Ambas cosas importaban un descalabro.

El capitán del *Riachuelo* era un verdadero lobo de mar, y garantía con su cabeza misma, que burlaría la vigilancia de la escuadra, en caso que esta lo descubriera y se pusiese en tren de darle caza.

Ahora, cómo se desembarcaban las armas en caso que llegaran con felicidad?

Y qué recurso podía tocarse en caso que el gobierno Nacional intentara impedir su desembarco por medio de la fuerza?

Poco había que reflexionar sobre este punto.

El gobernador de la Provincia resolvió la cuestión con su ministro Alcorta y llamó a los gefes de la defensa para comunicarles lo resuelto.

El Tiro Nacional se había resuelto a asistir en corporación al acompañamiento de los restos del gran guerrero de la América.

La prensa anunciaba la colocación que debían tomar los batallones desarmados y las boca-calles por los que cada cual se incorporaría a la columna.

El día que debía llegar el *Riachuelo* á Buenos

Aires, según el aviso, era el mismo 28 de Mayo fijado para la gran fiesta.

El plan que el Gobernador sometió á sus gefes era el siguiente:

Así que el *Riachuelo* llegue á la Boca, tratará de desembarcar inmediatamente las armas, protegido por las fuerzas de Policía colocadas en aquella localidad.

Si el Gobierno Nacional se apércibe de lo que sucede y trata de hacer algun movimiento hostil con sus batallones, el Tiro Nacional, que estará mezclado á la fiesta, podrá colocarse en actitud de defensa, auxiliado por el Provincial y fuerzas de Policía, que deben estar prevenidos.

—Entonces, observó el Coronel Campos, es conveniente que el Tiro Nacional forme con sus armas, pues no tendría tiempo de ir las á tomar en un momento de conflicto.

—De ninguna manera! contestó el Ministro Alcorta.

Eso sería hacerse sospechoso.

El Tiro Nacional puede armarse rápidamente en sus cuarteles y volver al lugar donde se haya producido el conflicto.

—Pero mientras esto suceda, observó otro de los gefes, las tropas podrán maniobrar con entera libertad y apoderarse de la ciudad y aun de sus autoridades.

En conflictos de este género, la pérdida de un minuto importa la pérdida de una victoria.

—Ante todo, preguntó otro de los gefes,

Es esta una consulta que se nos hace, ó una orden que se nos comunica para hacer ejecutarla?

—Es una resolución del Gobierno que se avisa á los gefes de la defensa.

—¿Y de quién es este plan? preguntó otro de los gefes, si se puede saber.

—Mio, respondió el doctor Alcorta, sin comprender el horrible descalabro que podía resultar de su ejecución.

No había, pues, enmienda posible.

El gabinete provincial había resuelto introducir las armas de aquella manera, y no había mas remedio que ejecutar sus órdenes del mejor modo posible.

Los gefes de la defensa recibieron las últimas órdenes y se retiraron á disponerlo todo para su cumplimiento.

Esto pasaba el 27 á la tarde, vispera del conflicto.

¿Por qué el gobernador no había consultado aquella determinación?

—Tenía miedo de que fuera rechazada por absurda y peligrosa?

No nos es dado penetrar su pensamiento.

El gefe de Policía, coronel Garmendia, fué el encargado de tener prontas á entrar en combate, las tropas de la Provincia que habían de apoyar al Tiro Nacional.

El día 28 fué así de una ansiedad suprema. Los vigías apostados por el Gobernador, en diversas alturas, para observar el puerto, no daban ningun aviso de que el *Riachuelo* estuviera á la vista.

No se observaba además ningun movimiento de la escuadra, ni rumor alguno que autorizara á creer que hubiese sido apresado.

La fiesta militar, estaba en todo su apogeo.

Los cañones rodaban por las calles y los jóvenes del Tiro observaban atentamente para echarse sobre ellos á la primera señal de alarma.

Porque los gefes de la defensa, comprendiendo el peligro y la rudeza de aquel plan descabrado, lo habian reformado de manera á obtener el mejor resultado.

Los batallones del Tiro estaban prevenidos, y armados de revólver y armas blancas.

Además, en la Policia estaban acuarteladas y con el arma al brazo, las tropas bizarras de la defensa.

Pero el día pasó en esta terrible ansiedad, sin que el *Riachuelo* se pusiera á la vista.

Habia todavía otra duda.

¿Conocería el gobierno nacional su partida de Montevideo, y habria mandado apresarlo como al *Pensiero* en aguas orientales?

Así pasó el día y la noche del 28, sin tener la menor noticia.

Recien el 29 se supo que el vaporcito habia tenido que demorar su salida, pero que en la noche del primero de Junio estaria en el puerto, y vendria á desembarcar en la Boca.

El capitán pedia que lo esperaran, pues garantia burlar el bloqueo.

Aplazada la llegada de las armas, fué necesario anular aquel plan famoso, pues las circunstancias variaban.

Aquellos dos dias fueron de una ansiedad mortal.

El pueblo sabia que en el desembarque de aquellas armas estaba su salvacion y que él podia muy bien ser la consecuencia de la primer batalla.

¿Era una felicidad ó una desgracia que el *Riachuelo* no hubiera llegado el 28?

El criterio de cada cual responderá á esta pregunta.

Por el movimiento de marineros que se observaba en la sub-delegacion de la Boca, y el de algunos buquecitos nacionales, se comprendia que la llegada del *Riachuelo* no era un misterio para la gente del gabinete nacional.

Los cuarteles del Retiro dieron primero la voz de alarma.

Los batallones de línea cambiaron de cuartel, y el número 1^o se dirigió a la Boca, por los paseos Julio y Coton, con el mayor sigilo que le fué posible.

La noticia corrió como una bomba por toda la ciudad, causando la mayor alarma.

Las tropas populares, en un momento, llenaron sus cuarteles, con mas entusiasmo que nunca.

Por todas partes y en todas las calles se oian resonar los gritos de ¡las armas! viva Buenos Aires!

Las familias de los voluntarios, que lo eran todas las de la ciudad, lejos de intimidarse con semejantes aprestos, tan entusiastas como el 15 de Febrero, se ocupaban en preparar sus camas y tener pronto todo lo necesario para recibir y poder atender rápidamente á los heridos del pueblo, que podian ser sus maridos, sus hijos ó sus hermanos.

Jamás se vió en Buenos Aires un entusiasmo igual!

Desde los ancianos mas respetables, como don Mariano Billingham, hasta los jóvenes que aún no contaban catorce años, todos, sin faltar uno solo, llenaban los cuarteles del pueblo y se desbordaban en las calles, con un baston en la mano el que no habia podido conseguir otra arma.

La ciudad, lejos de presentar el aspecto lúgubre, natural en semejantes casos, en que en sus calles mas centrales puede tener lugar un combate con artilleria, ofrecia un aspecto lleno de vida y movimiento.

Todas las caras sonreian, persuadidos del triunfo, y los vivas a Buenos Aires no cesaban un momento.

La hora del combate no podia tardar.

LA TOMA DE LAS ARMAS--OTRA REVELACION

El gobernador habia dicho al general Roca en la conferencia del Tigre, que Buenos Aires sostendria sus derechos en todos los momentos y en todos los terrenos.

El general Roca se habia sonreido con sorna y le habia contestado:

—“Buenos Aires no tiene armas y no le será posible adquirirlas, porque la escuadra y el

doctor Avellaneda vigilan y han de impedir su importacion.

El doctor Tejedor, revistiéndose entonces de toda la energia que solia demostrar en ciertos casos, contestó al general Roca:

Tendremos armas y se las hemos de pasar por las narices al doctor Avellaneda.

Recien entonces empezó el doctor Tejedor, herido por la ironia de Roca, á tratar de un modo sério el medio de procurarse armas.

Por fin, despues de vencer mil dificultades, a objeto de obtener de la aduana de Montevideo el despacho de algunas, el 31 de Mayo a la noche tuvo aviso de que llegarian 4,000 "Mausers" en la noche del 1º de Junio ó en la madrugada del dia 2.

Pero tambien se le comunicaba, al mismo tiempo, que el gobierno Nacional tenia conocimiento de lo mismo y que trataria de impedir el desembarco.

¿Qué hacer?

El gobernador Tejedor habia dicho que las armas se pasarian por las narices de Avellaneda y vendrian a armar el brazo de los heróicos hijos de Buenos Aires.

Era, pues, necesario sostener esta aseveracion; pero para esto era preciso tambien, rebelarse contra la autoridad nacional.

Habia que dar una batalla; la escuadra no dejaria escapar la presa; todos los buques de guerra estaban en movimiento, y habian todos ellos desprendido lanchas bien tripuladas que recorrian la bahia y detenian a cuanto barquichuelo asomaba.

La Capitania habia enviado refuerzos al Resguardo de la Boca del Riachuelo, donde sabia que debia efectuarse el desembarco de armas.

El Dr. Tejedor, despues de mucho cavilar y conferenciar con sus Ministros, tuvo por fin un instante de feliz inspiracion y resolvió salir de la actitud de pura resistencia en que se habia colocado, decidiendo dar una batalla para introducir las armas.

Esto era ya la revolucion, y asi lo entendió el Coronel Arias, como se verá en seguida.

Vamos á hacer en este capítulo otra revelacion amarga, que tal vez fué la causa primordial del gran descalabro.

Tal vez se nos desmienta por el grave cargo que envuelve.

Pero prevenimos que estamos escribiendo con documentos orijinales muy preciosos, que poseemos, con los cuales podemos sostener la exacta verdad de esta, como de otras revelaciones que haremos mas adelante.

Desde su despacho oficial, en la mañana del 1º de Junio, el Gobernador de la Provincia escribia, despues de conferenciar con sus ministros, al Coronel Arias, el valiente y calumniado

Coronel Arias, la carta que vá en seguida, y que tenemos sobre la mesa, orijinal. Gobernador de la Provincia.

"Sr. Coronel Arias:

"Lo espero en mi despacho, hoy á las dos de la tarde--

Su afmo. C. Tejedor."

Junio 1º de 1880--Doce de la mañana.

Sin perder un segundo, el Coronel Arias llegó al despacho del Gobernador, donde lo esperaba este, acompañado del Coronel Julio Campos, jefe del Tiro Nacional á quien habia llamado con una carta análoga.

Reunidos los tres, el Gobernador espuso rápidamente lo tirante de la situacion y abrió la conferencia con las siguientes palabras, mas ó menos:

—He llamado á Vds. para anunciarles que las armas están para llegar.

Esta noche ó esta madrugada entrará al Riachuelo el vaporcito que las conduce.

El Gobierno Nacional tiene aviso de esto y ha puesto á toda la escuadra y Capitania en movimiento para impedir el desembarque, por parte del Gobierno de la Provincia.

El conductor del buque que trae las armas para nosotros, es muy vaqueano, segun me dicen y aseguran.

El ha prometido entrar al Riachuelo si no lo sumerjen en el fondo del rio, de un cañonazo.

El vaporcito es rápido y hay probabilidades de que pueda penetrar en el Riachuelo aún cuando sea visto por la escuadra y seguido por las lanchas y faltúa de la Capitania.

Yo pienso que al entrar al Riachuelo, el vapor será tomado por la faltúa del Resguardo.

Y sonriéndose y mirando al coronel Arias, agregó.

—Habria pues que dar una batalla para retomarlo.

Yo le dije á Roca, como Vds. saben, que le ibamos á pasar las armas por las narices al Gobierno Nacional, y hay que cumplirlo.

Las fuerzas del Resguardo en el Riachuelo han sido aumentadas, y me dicen que mas tarde mandará mas fuerzas el Gobierno Nacional.

He ordenado que Miguens, Comisario de aquella Seccion, tenga reunidos y bien amunicionados todos los vigilantes que componen el personal de su Comisaria.

Igual cosa se ha ordenado al Comisario Naon, el cual debe tener listos los carros necesarios para la conduccion de las armas, inmediatamente de desembarcadas, al Depósito de Casa de Gobierno, donde las recibirá por cuenta de Finchetto.

He mandado tambien reforzar la Comisaria de Flores con algunos vigilantes que llevará personalmente el oficial mayor don Máximo Paz, y que este se quede allí.

Además, he dispuesto el acuartelamiento del Provincial y de todos los cuerpos de vigilantes y bomberos; USTEDES con Huergo, pueden mandar acuartelar á los batallones del Tiro Nacional.

Como es probable, pues, una batalla, todas las fuerzas deben estar listas para concurrir á donde fuese necesario; y en este caso, *tendremos que apoderarnos de Avellaneda y demás.....*

Bueno, pues, á usted (señalando al Coronel Arias) lo he elegido para dar la batalla en el Riachuelo y desembarcar las armas; y á usted (señalando al coronel Campos), para quedar aquí conmigo y entendernos con Avellaneda y demás señores.

—El Gobierno de Buenos Aires, agregó solemnemente, está decidido á desembarcar esas armas, aun dando una batalla.

Si las armas llegan á la orilla y las tropas que han mandado á la Boca tratan de impedir su desembarco, no hay mas remedio entonces que protegerlo, y dar la batalla si es necesario.

Por fin el Gobierno de Buenos Aires parecia comprender su rol y se lanzaba al camino que debió cruzar el 15 de Febrero!

Hasta entonces los coroneles Arias y Campos, escuchaban las palabras del doctor Tejedor, sin interrumpirlo.

El Coronel Arias se puso de pié, y con la sonrisa apacible que le es característica, replicó.

—Acepto reconocido el puesto de honor que se me señala.

Pero antes pido permiso para hacer una pregunta.

—Supongo que el Gobierno ha meditado bien lo que hace, y que seguirá el camino natural á este paso.

Yo voy á hacer fuego contra la bandera nacional y su ejército, dando con él una batalla.

—Esto, observó, es ya la revolucion completa, con el pretexto de desembarco de armas.

Puesto que el Sr. Gobernador, dijo el Coronel Arias, tiene conocimiento de que el Gobierno Nacional va á impedir con la fuerza el desembarque de las armas, y mas que eso, que cree el Sr. Gobernador que la falúa del Resguardo se apoderará del vaporcito que las conduce, debe tener conciencia de la actitud que asume.

—Es verdad, interrumpió el Gobernador.....

—Voy pues á tener que arriar la bandera nacional, agregó Arias, al retomar las armas y voy á librar una batalla?

—Sí, eso es, volvió á decir el Dr. Tejedor y continuó:

—Es probable que el Gobierno Nacional mande un batallon de infanteria.

En ese caso; usted llevará la mitad del Provincial con el comandante Diaz, y segun sigan las cosas por aquí, le mandaremos á usted mas refuerzos ó usted (riéndose), nos vendrá á proteger á nosotros.

El coronel Campos entonces observó que se

le daba al coronel Arias la parte mas lucida y dijo que á él se le señalaba la parte menos simpática, como era la de apoderarse de Avellaneda, pero que al fin todo era por la causa de Buenos Aires y aceptaba.

El plan era espléndido y ejecutado al pie de la letra, debia dar los mas brillantes resultados.

Apartado Avellaneda de la Presidencia, que ocuparia en seguida don Mariano Acosta, vice Presidente, quedaba resuelta la cuestion.

La liga de Gobernadores desarmada, seria deshecha, y los pueblos argentinos podrian hacer libremente uso del derecho de elegir sus autoridades.

Ambos gefes aplaudieron la determinacion, y comprendiendo que no se debia perder tiempo, el coronel Arias pidió sus instrucciones escritas.

—No las necesita usted, contestó el Gobernador; puede ir tranquilo, coronel.

—Y qué fuerzas voy á llevar conmigo?

El batallon Guardia Provincial y el de Vigilantes, que está en la Boca á órdenes del comisario Miguens.

Si de la ciudad salieran tropas á reforzar el 1^o de línea, el gefe de Policía queda encargado de remitirle, sin pérdida de minuto, las tropas de la defensa que crea necesarias.

Se siguieron cambiando algunas ideas sobre las probabilidades del combate, y el Dr. Tejedor dijo:

—Puede ser tambien que este no tenga lugar, lo que seria mejor, porque asi nos libramos de tomar á Avellaneda y tendríamos nuestras armas.

El coronel Arias, viendo ya en estas palabras alguna debilidad, le contestó:

—“No, señor, es imposible que la Capitania deje escapar el vaporcito, si el Dr. Avellaneda pone empeño en impedirnos el desembarco.

Así pues, yo voy al Riachuelo con la firme conviccion de que habrá que *retomar las armas*, porque voy á tener que quitarlas á la Capitania.

Tal vez se pueda evitar la batalla, pero eso no priva la revolucion que estalla en nuestro proceder.

El hecho de *retomar las armas* es la *rebelion* contra la autoridad nacional; y por fin, concluyó enérgicamente, entendámonos y hablemos claro.

Usted me ordena que me apodere de las armas en el Riachuelo, aún cuando los marineros del Resguardo estén en posesion del vapor?

—Sí, contestó el Dr. Tejedor.

—Pues bien, eso es la rebelion.

Yo le garanto al señor Gobernador que tendrá las armas, si ellas salvan la escuadra y entran al Riachuelo, ó quedaré muerto en el lugar del combate; pero es preciso que no sea yo solo el rebelde; que cada uno cumpla la parte que le está encomendada.

—Todos cumpliremos con nuestro deber, coronel, contestó el Gobernador.

—Bien, señor, insistió entonces el coronel Arias, tenga usted la bondad de darme por escrito algunas instrucciones.

El coronel Arias, previsor y conocedor del terreno que pisaba, quiso garantizarse, pues ya empezaba a dudar del cumplimiento que daría el Gobernador al compromiso que contraía.

—Está bien, dijo éste, voy ahora mismo a ordenar la redacción á Alcorta; esta noche antes de marchar al Riachuelo se las entregará.

—Otra cosa, observó el coronel Arias, no soy conocedor del terreno donde voy á operar; si se agregara á las instrucciones un planito del Riachuelo y sus inmediaciones, sería muy conveniente.

—Bien, concluyó el gobernador, trataremos de agregar el planito.

—Liegando á la costa, dijo el entusiasta coronel Arias al despedirse, yo respondo de que las armas estarán mañana en casa de Gobierno.

Sucedará lo mismo con el Presidente, mientras yo cumpla allí mi comisión?

—Si no hay contra-orden, contestó á su vez el coronel Campos, yo respondo también de que el Dr. Avellaneda no podrá concurrir mañana á su despacho.

—Yo doy á usted mi palabra de honor, dijo el Dr. Tejedor al coronel Arias, de que las dos cosas se efectuarán simultáneamente.

Cuando usted regrese con las armas, habremos resuelto aquí la cuestión, aunque fuera necesaria otra batalla.

—No será necesaria—conocemos al ejército y él obedecerá al Presidente.

Capturado, ó renunciando Avellaneda, el ejército obedecerá al vice-Presidente.

Lleno de entusiasmo y de nobles y patrióticas esperanzas, el coronel Arias estrechó la mano al doctor Tejedor, diciéndole:

—No dude un momento de que si llegan á la Boca, mañana estarán las armas en casa de Gobierno.

Y despidiéndose de su compañero el coronel Campos salió á gran prisa á ejecutar las instrucciones recibidas, temiendo solo en el camino lo alcanzara una contra-orden.

Poco á poco fué acallándose el temor en su espíritu, pues al fin ningún motivo tenía para dudar de la palabra y del carácter que todos atribuían al Gobernador de Buenos Aires.

El coronel Campos se dirigió al tiro, á dar sus órdenes.

A las 6 de la tarde, todo Buenos Aires, ó al menos todos los miembros del Tiro Nacional, ya sabían que esa noche llegaban las armas; que esto sería motivo de una batalla y el estallido de la revolución.

La alegría se retrataba en todos los semblantes de los bravos defensores de Buenos Aires.

La policía, que desde el "15 de Febrero" se había hecho cuartel general de la defensa, pue-

de decirse, estaba llena de gente que acudía á tener noticias de lo que sucedía.

Allí se hallaban los cronistas de todos los diarios de la Capital, muchos gefes de batallones del tiro nacional, los ayudantes del coronel Campos, comisarios, curiosos, etc., etc.

La Casa Rosada era un caos.

Gefes y oficiales corrían de un lado á otro, hacíase movimiento de fuerzas, y en fin, por todas partes todo el mundo esperaba grandes acontecimientos!

A las 8 de la noche pasó el 1^o de infantería de línea por delante de Cabildo y siguió por la calle Bolívar, al trote, en dirección al Riachuelo, con sus gefes á la cabeza.

Los demás cuerpos de la guarnición pertenecientes al Gobierno Nacional, quedaban todos sobre las armas, unos en la Casa Rosada, otros en el Parque de Artillería y algunos en sus cuarteles, pero todos listos para entrar en combate.

Por su parte, el Gobierno de la Provincia había dividido el batallón Provincial en dos; uno lo había hecho entrar al patio de la policía y el otro, con el bravo comandante Diaz á la cabeza, esperaba, formado en batalla en la calle Bolívar, frente al Cabildo, al coronel Arias, bajo cuyas órdenes debía marchar al Riachuelo.

Todos los batallones de policía estaban sobre las armas en sus cuarteles y lo mismo los del Tiro Nacional.

El coronel Arias había estado con el Gobernador en su casa particular y había recibido de manos de este ó de su Ministro Alcorta, no lo recordamos bien, las instrucciones que van en seguida, con un mapa del Riachuelo, creemos que levantado por el Ingeniero Huergo.

Ministerio, de Gobierno de la Provincia.

Buenos Aires, Junio 1^o de 1880.

Al Sr. Coronel D. José Inocencio Arias.

El Gobierno confía á V. S. la operación de que le ha instruido verbalmente.

Exhibido por V. S. este documento á los gefes de las fuerzas que hayan concurrido para sostenerla, tomará el mando de todas ellas y procurará que se ejecute con el mejor éxito.

Las fuerzas concurren allí para sostener la operación, y solo en el caso de que la Capitania, los buques de la escuadra ó fuerzas nacionales se presenten á hostilizarla, habrá llegado el caso de la defensa.

El Gobierno recomienda á V. S. la mayor circunspección y los mas frecuentes avisos de lo que pase.

Por su parte, la policía de la ciudad vigilará activamente y comunicará también por instantes, los movimientos que pudieran hacer las fuerzas nacionales.

Dios guarde á V. S.

Santiago Alcorta.

Este documento debió haber sido también suscrita por el Gobernador; pero este se olvidó de hacerlo ó no quiso firmarlo: lo cierto es que el Coronel Arias no hizo alto en esto, se lo metió al bolsillo y salió lleno de entusiasmo y confianza á cumplir la comision que se le encomendaba.

A las 11 de la noche se presentó Arias en la Policia, vestido de uniforme, montado en un hermoso y bizarro zaino colorado, y ordenó al Comandante Diaz que hiciese tomar las armas á la parte del Provincial que habia sido puesta á sus órdenes y que hacia un momento habia armado pabellones y se encontraba en descanso.

Esta orden fué cumplida inmediatamente; Arias se puso á la cabeza del brillante cuerpo, ordenó formar por mitades en columna á la derecha, mandó poner al paso redoblado y se dirigió por la calle de Bolívar á tomar el camino carretero que conduce al Riachuelo.

El pueblo, que habia visto cruzar al 1º de línea y veia seguir la misma direccion al Coronel Arias con el Provincial, no tuvo ya la menor duda de que se iba á dar una batalla, pues era difícil suponer que aquellos dos cuerpos, fueran al mismo punto, en aquellas circunstancias, á mirarse las caras ó hacerse una serie de cumplimientos.

La plaza de la Victoria estaba llena de gente y los espías del Gobierno Nacional fueron corriendo á dar parte á Avellaneda que habian visto al Coronel Arias de uniforme en frente del Provincial, que se habia puesto en marcha á batir al 1º de infanteria de línea que habia ido al Riachuelo.

El Coronel Arias habia dejado de usar el traje militar desde el 12 de Febrero en que habia solicitado su baja del ejército; así es que al verlo nuevamente con, él al frente de las fuerzas de la Provincia, ya nadie dudó de lo que iba á pasar de lo que se trataba.

A las 12 de la noche llegó frente á la Comisaria de Flores, á unas pocas cuadras del Resguardo del Riachuelo, poniéndose en contacto con este Comisario y con el Sr. Máximo Paz, Oficial Mayor de Policia.

Supo por estos la colocacion que habia tomado el 1º de infanteria, en un corralon inmediato al Resguardo, fué él personalmente á estudiar el terreno, acompañado de sus ayudantes y trompa de órdenes.

Al pasar por delante de los centinelas del 1º de línea, le echaron el arma al hombro en señal de respeto, saludando él cortésmente á los gefes y oficiales que asomaron al oír las pisadas de los caballos.

Una vez estudiado el terreno, regresó el Coronel al paraje en que habia dejado al Provincial, hizo avanzar á este cuerpo hasta colocarlo en la boca-calle que dá entrada á la ribera, y de allí comenzó á desprender pequeñas partidas que se

acantonaban en las azoteas que circundaban el corralon donde estaba el 1º de línea.

Con esta disposicion se proponia el Coronel impedir la salida de ese cuerpo, cuando pretendiese hacerlo en auxilio de los marineros del Resguardo, que tripulaban la falúa que estaba armada para atacar al vapor que conducía las armas, en cuanto penetrase al riacho.

Entre tanto el *Riachuelo*, que era el vaporcito conductor de las armas, no daba señales de vida.

Su tardanza se explicaba por las evoluciones que tendria que hacer para burlar la vigilancia de la Escuadra y los buquecitos piratas.

Tan próximo se hallaba el Provincial del 1º, que se escuchó claramente esta orden que daba su gefe á un ayudante:

—Vaya inmediatamente y pregunte al ministro qué debemos hacer, pues el Coronel Arias con el batallon Provincial está tomando posiciones sobre nosotros, de manera á no dejarnos operar.

El ayudante partió velozmente sin que nadie tratara de detenerlo.

La contestacion del ministro se conoció al amanecer, pues el 1º de línea, despues de pasar lista de diana, formó y desfiló delante del Provincial, que lo observaba con sus armas descansadas.

El gobierno nacional, despues de provocarlo, huia el combate que se le aceptaba.

El doctor Avellaneda seguia fiel á sus antecedentes:—ceder, cuando veia delante de sí una actitud energética y resuelta.

El Coronel Arias quedaba dueño del terreno. No habia en la Boca mas fuerza que los marineros de la subdelegacion.

Pero el *Riachuelo* no parecia.

Se habria acaso retirado el 1º porque la armas habian caído en poder del gobierno y su presencia allí no tenia objeto?

Cruel incertidumbre!

A las 3 de la mañana, el Coronel Arias recibia del gobernador la carta siguiente:

Gobernador de la Provincia.

Coronel Arias.

Le recomiendo de nuevo mucha circunspeccion.

Solo en el caso de que el vapor con armas esté dentro del Riachuelo, y en situacion de salvar estas, interviniendo, debe vd. tomar parte.

La toma misma del buque en el rio fuera de su alcance, no amengua en nada el poder de la Provincia, y despues, los resultados serán los mismos, en la opinion como en los hechos.

Su affmo.

C. Tejedor.

Junio 2.

2 de la mañana.

¿Empezaba el gobernador á arrepentirse de haber tenido un momento de audaz energia ó creia acaso tan temerario al Coronel Arias que llegaba á suponer que podia este ir hasta dar combates navales, en el medio del rio, sin naves en que llevar sus infantes?

El coronel Arias, que esperaba por momentos la llegada del vaporcito que debia introducir las armas, se felicitó al ver que la operacion iba á realizarse con menos obstáculos quede los se habian previsto.

Cuando el 1º de línea se retiraba, llegó un ayudante ó edecan del gobernador con la orden para Arias de retirarse al aclarar el dia, si el vaporcito no llegaba hasta entonces ó no se veia venir.

Pero á las 5 1/2 p. m., cuando ya todos creian que el vaporcito hubiera sido apresado en medio del rio por la escuadra, ó que no le habria sido posible salir de Montevideo y el coronel se movia con el Provincial para dirigirse á la ciudad, se oyeron unos tiros á la altura del resguardo, y se vió el humo de un vapor pequeño que á toda fuerza de máquina atravesaba el Riachuelo.

Estaba el dia bastante claro ya á esa hora, cuando uno de los centinelas dió la voz de aviso gritando:

—Ahi viene! ahi lo traen peinando!

Entonces pudo verse un espectáculo curioso.

El vaporcito *Riachuelo* venia echando diablos, como dirán los criollos, haciendo todo el camino que le era posible.

A su lado derecho, aunque á alguna distancia, venia el *Italia* dándole caza y disparando sobre él tiros de remington.

El *Riachuelo* parecia una gran flecha, deslizándose sobre la superficie mansa de aquellas aguas.

Pero sobre él se veia al *Talita* ganando terreno.

Al fin iba á ponerse en condiciones de abordarlo.

Oimos cuál habia sido la causa de la demora del valiente barco, y las peripecias que habia habido aquella noche

La escuadra nacional con sus fuegos encendidos y grandes luces sobre sus palos para hacer claridad á su alrededor, permanecia con una vigilancia estricta, mientras los pequeños lugres andaban de un lado á otro, disputándose la presa que creian segura.

El *Riachuelo* se habia colocado a la capa, un poco mas acá de la Colonia, esperando la noche para meterse a la Boca.

A eso de las 8, aprovechando la oscuridad, empezó a deslizarse sobre las ondas, con cuidado de no llevar a bordo la menor luz que pudiera delatarlo.

El *Riachuelo* navegó sin ser sentido hasta la una de la madrugada, que le fué necesario

seguir su navegacion entre las luces de la escuadra.

Habia llegado el momento de verdaderos peligros.

Pero el capitán del *Riachuelo* era un verdadero lobo de mar para quien todo aquello era un juguete.

Los gefes principales de la escuadra no eran aparentes para una caza como la que se seguia, y era esta la gran probabilidad a su favor con que contaba el capitán del *Riachuelo*.

Un lobo como él, le hubiera ocasionado un temor sério, pero un *cordero* no era suficiente motivo para que desconfiara del éxito de su empresa.

A las dos de la mañana, el *Riachuelo* tuvo que pasar por entre las luces de la cañonera *Constitucion* y otro buque que no pudo conocer.

Sereno y audáz, el capitán forzó la marcha cuanto le fué posible y pasó por entre los dos buques de guerra.

Por leve que fuese el ruido que producía el *Riachuelo*, fué sentido por los centinelas de sobre cubierta, que en el acto le dieron orden de pararse.

El *Riachuelo* se estremeció todo bajo el impulso de su máquina y pasó como una flecha.

Lejos de las luces que proyectaban las cañoneras, el peligro disminuía enormemente.

La noche era oscura, habia bastante bruma y seria difícil distinguirlo.

Pero apenas habia salido del radio de las luces, cuando su capitán vió que se desprendia un lanchon, tripulado por unos veinte y cinco marineros, y mas atras el buque *Talita*, que estaba cerca de la *Constitucion*.

El *Riachuelo* estaba lejos del punto donde se habia convenido esperarlo, y antes de llegar no era difícil que los dos piratas le darian caza.

Sin perder un ápice de su serenidad, el capitán del *Riachuelo*, semejante á una perdiz que busca el pajonal salvador, se metió entre un gran grupo de buques de cabotaje fondeados allí cerca.

Desde allí vió pasar al *Talita* primero y al lanchon en seguida, cuyos tripulantes pareciau querer abarcar él espacio con la mirada, para descubrirlo entre aquel maremagnum de buques, balandras, goletas y otros.

Su movimiento habia pasado desapercibido, y los piratas lo creian sin duda tratando de llegar á la costa.

El capitán del *Riachuelo*, sereno y prudente, pudo ver otras embarcaciones que lo buscaban con avidez.

Pero no se movió de su escondite, pues si antes corria el peligro de ser alcanzado, ahora corria el de caer entre los piratas que se habian colocado entre él y la costa.

Así permaneció hasta las cinco y media de la mañana, hora en que la mayor parte de sus perseguidores habian regresado ó se habian alejado mucho.

Desde su escondite pudo escuchar la diana que tocaron los dos batallones de tierra.

—Me esperan, pensó el lobo marino, y me esperan mas cerca de lo que yo creia.

En cuanto amánezca corremos la tormenta, pues aclarando, este puesto de salvacion ahora, sería peligroso.

Así fué en efecto.

En cuanto aclaró y la bruma se hubo disipado algo, el capitán del *Riachuelo* tendió su vista de águila por el espacio de las aguas.

No se avistaba mas enemigo que el *Talita*, sondeado á unas cinco ó seis cuerdas de distancia, ignorando que tan cerca estaba la presa codiciada.

—No hay que perder tiempo, dijo entonces el capitán.

Este es el momento oportuno.

Y deslizándose al costado de los buques que lo habian salvado de ser visto, empezó á navegar rápidamente á la orilla.

No habia andado media cuadra, cuando fué visto por el *Talita*, que empezó de nuevo la mas tenaz persecucion.

—Ah! del vapor! gritó el oficial que lo mandaba; pararse pronto!

—Espera un poco, pensó el del *Riachuelo*, y tentó de forzar mas todavia su marcha.

El *Talita* caminaba con una velocidad superior á la suya, pero el del *Riachuelo* pensó que tenia tiempo de llegar á la orilla antes de ser alcanzado.

—Ah del vapor! pararse! volvieron á repetir, y cuatro ó cinco balas de remington pasaron silbando por entre su arboladura.

La tercer orden de pararse le fué dada, á la que el capitán respondió con esta otra, que pudo oirse desde el *Talita*:

—La máquina á toda fuerza! por Cristo padre, aunque volemos!

Una tercer descarga sonó sobre la cubierta del buque pirata, y el *Riachuelo*, impávido y sereno, siguió su marcha hácia la costa.

Esta caceria era presenciada ya desde tierra con gran ansiedad, pues á cada momento el *Talita* estrechaba mas la distancia que lo separaba del *Riachuelo*.

De pronto resonó en la ribera un grito frenético, seguido de una verdadera tempestad de aplausos.

—Ahí viene! se salva! viva Buenos Aires! gritaban de todas partes con indecible entusiasmo.

Y el vaporcito, con sus bravos tripulantes sobre cubierta, desafiando las descargas del *Talita*, parecia que tenia conciencia de la mision que desempeñaba y de que en tierra de Buenos

Aires lo esperaba el brazo del pueblo para defenderlo.

Impávido y sereno cortaba las aguas, como si despreciara la proximidad peligrosa del enemigo, que se preparaba al abordaje.

Solo distaba ya pocas varas de la ribera.

Allí se habia colocado ex-profeso una chata amarrada, que, una vez atracado el *Riachuelo*, venia á protegerlo de cualquier abordaje, ú obligar al buque que lo intentara, á quedar allí enredado.

El *Riachuelo* y el *Talita* llegaron juntos.

La mitad de la tripulacion de este último saltó á la chata, desde donde abordó al *Riachuelo*.

La otra mitad se ocupaba en amarrar su popa con gruesos cables, como si tratara de llevárselo á remolque.

El coronel Arias, jefe y alma de aquel movimiento, desde que se avistó el *Riachuelo* se puso en marcha, á paso de trote, seguido de una compañía del Provincial, la que formó en la ribera, en el punto conocido por "Barraca de Peña".

Desde allí pudo presenciar todas las peripecias y maniobras del valiente conductor de armas.

Así frente al *Riachuelo*, á lo que daban los remos, le salió la falúa del resguardo, tripulada por un teniente y 20 marineros, tratando de darle caza.

El vapor embicó frente á la Barraca de Peña; sus tripulantes, para no caer prisioneros de los marineros del Resguardo, se tiraron á tierra y huyeron, abandonando el vapor.

La falúa lo abordó é izó en él la bandera nacional.

Pero al mismo tiempo llegó el coronel Arias al paso de trote, con una compañía del Provincial, por un lado, y por el otro el comisario Miguens con algunos vigilantes.

Sin titubear un instante, ordenó Arias el abordaje del vapor, y el capitán Gregorio Vega, del Provincial, y el comisario Miguens fueron los primeros en trepar al vapor con sus soldados, pasando por sobre otros buques que estaban mas próximos á la costa.

Al verse atacado de esta manera, el teniente que comandaba los marineros del Resguardo trató de formar á estos para defenderse; pero Arias no le dió tiempo.

Se oyeron, simultáneamente, dos tiros disparados por los soldados del Provincial y la voz enérgica del coronel:

—Nadie haga fuego!... Teniente, ríndase! es inútil su resistencia.

—Ríndase usted, señor oficial, repitió Arias, no haga matar inútilmente á esos pobres marineros.

—Tengo orden del Ministro de la Guerra de llevar conmigo ese vapor y su carga.

—Si, pero el pueblo de Buenos Aires, que es aquí mas autoridad, le pide que se rinda y no haga matar inutilmente esos marineros.

El oficial contempló como deslumbrado la serenidad del jefe de la defensa, vió los elementos de que disponia, y el inmenso pueblo allí amontonado, y bajó su espada.

—Estoy convencido que nada puedo hacer— me rindo.

Y el oficial no sabia lo peor.

Que su vapor estaba encallado en la chata y no se podia mover.

Mientras los soldados del Provincial desarmaban á los marineros y un guarda que se hallaba entre ellos, se aproximó el lanchon que hemos visto antes queriendo dar caza al *Riachuelo*, y creyéndose protegido por la bandera nacional que llevaba á popa, hizo fuego sobre este, felizmente con poca suerte.

Un herido que les causó un solo disparo partido del Provincial, los hizo alejarse mas que á gran prisa.

La confusion se produjo entre los marineros: algunos huian ya arrojándose al agua, otros se ocultaban bajo cubierta.

En seguida todos fueron apresados por el Provincial.

El coronel Arias hizo que el teniente envainara su espada y volviese con sus marineros á la falúa, ya desarmados, pues ya habian sido despojados de sus remingtons por los soldados del Provincial y vigilantes de Miguens, que no perdian tiempo.

Se arrió la bandera, que fué entregada mas tarde á la falúa; se dejó á esta amarrada, con su tripulacion, al vapor, hasta tanto se efectuase el desembarque de todas las armas y se lanzaron los más entusiastas vivas á Buenos Aires!...

Todo este movimiento habia causado gran alarma en el vecindario y hubo que poner guardias para impedir la aglomeracion de gente que estorbaba el pronto desembarque de las armas.

El coronel Arias avisó inmediatamente, por telégrafo, al Gobernador y al Ministro de Gobierno lo sucedido, para que estos cumplieran por su parte lo restante del plan.

Colocó sus fuerzas en órden de batalla para defender el desembarque, pues esperaba que por momentos vendrian fuerzas en proteccion de la falúa.

El comisario Naon se presentó con los carros y empezó á hacerse con la mayor rapidez posible el transporte de los Mauser de la bodega del vapor á los carros.

Como la cosa era urgente y los fusiles hacian falta para armar á los ciudadanos, pues el coronel suponía que algo muy grave estaria pasando ó iba á pasar en la ciudad, despachó adelante, escoltados por una buena fuerza, los primeros seis carros que cargó de armas.

Los primeros carros que llegaron á la ciudad produjeron en el pueblo una alegria indecible.

Ya habia armas con que repeler la invasion de la liga y defender la provincia madre.

Buenos Aires no estaba ya inerme y en peligro de ser fusilado á mansalva.

Los gritos de ¡viva Buenos Aires! atronaron las calles, mezclándose á ellos los vivas al bravo Coronel Arias, salvador de aquellas armas.

Cada carro que llegaba á casa del Gobierno de la Provincia era saludado con nuevos vítores y aclamaciones.

Los soldados que las estoltaban eran objeto de mil manifestaciones, y acosados por el pueblo que les pedia detalles de aquella gauchada.

Y al recibirlos de boca de los leales veteranos, los vivas á Buenos Aires, al Coronel Arias y al Capitan del *Riachuelo*, crecian de momento en momento.

El Gobierno Nacional no daba la menor señal de vida.

Sus tropas permanecian en sus cuarteles, místicas y silenciosas, como si sintieran la vergüenza que el Gobierno Nacional habia hecho recaer sobre el 1º mandándolo retirar, despues de haber provocado con él el conflicto.

Se habia dudado á última hora de su lealtad, ó se le habia considerado muy inferior al Guardia Provincial?

Nadie podia penetrar la causa de aquella retirada.

Esta la conocia el pueblo, con su instinto sutil.

Aquello no era mas que efecto del miedo que sintió Avellaneda, cuando creyó que el conflicto provocado en la Boca podia muy bien repercutir en la ciudad.

El 1º de línea, batallon bizarro y le una disciplina á toda prueba, habia sido la víctima de aquel miedo cervical, pues se le habia ordenado nada menos que retirarse de un terreno elegido de antemano para una accion de guerra.

De todos los de la guarnicion, era indudablemente el cuerpo que menos merecia aquella ofensa.

A las 7 y 30 a. m. recibió el Coronel Arias la siguiente carta-órden del Ministro de Gobierno:

Ministerio de Gobierno.

Sr. Coronel D. José Inocencio Arias.

Querido Coronel:

Concluido el desembarque de las armas, es indispensable ocupen el vapor con un piquete. No se le puede abandonar; es necesario mantener la posesion de él por el Gobierno.

Su amigo que lo felicita.

S. Alcorta.

Junio 2 de 1880.

Cuando el Coronel recibió esta carta empezó á desconfiar por ella y por algunas preguntas que hizo á su conductor, que no se habia realizado el plan acordado, sinó en la parte encomendada á él.

Entonces, siendo ya las 8 de la mañana y estando terminado el desembarque de las armas, el Coronel puso en libertad á la falda y sus tripulantes, devolviéndoles las armas nacionales que se les tomaron en el primer momento, dejó al Comisario Miguens, encargado de la custodia del vapor, echó por delante los últimos carros cargados con los Mausers, y se puso en marcha para la ciudad.

Desde que pisó la calle de Bolívar, dispuso que la banda tocara sus piezas mas alegres, para entrar á la ciudad que juzgaba presa de un entusiasmo soberbio.

El Coronel Arias no hacia tocar la música en festejo de su reciente triunfo.

Qué podia halagarle hasta ese extremo un triunfo pequeñísimo, en relacion á los que ya habia alcanzado en su gloriosa carrera?

Aquel noble y elevado espíritu, festejaba con sus músicas y vitores un triunfo mas grandioso que debia haber tenido lugar en la ciudad—el triunfo de las libertades públicas sobre la imposicion de una política de bandalaje.

Pues asi como él habia cumplido su promesa de desembarcar las armas, el Gobernador de Buenos Aires habria cumplido la suya.

Y el pértido Avellaneda, prisionero del pueblo desde la noche anterior, ya habia presentado su renuncia.

Cómo dudar de este hecho?

El Coronel Arias, con la cabeza llena de aquel gran triunfo de Buenos Aires, ni siquiera escuchaba los vitores con que era saludado á su paso.

Sentia la necesidad de llegar pronto á la casa del Gobierno, para conocer oficialmente los detalles de la prision de Avellaneda y el movimiento político que habia seguido á la renuncia.

Aquel entusiasmo que veia en el pueblo, no lo atribuia á la tomade las armas, sino á la prision de Avellaneda, que significaba el triunfo de Buenos Aires y de la libertad de la República entera.

En el camino encontró al Comandante Eliseo Acevedo, que con un batallon de policia iba á incorporársele, en prevision de un ataque de las fuerzas nacionales; pues se susurraba que estas se habian movido para dar un combate á objeto de quitar las armas.

Arias le dió colocacion detrás del Provincial y, tocando la banda de música, con banderas desplegadas, siguió su marcha por la calle de Bolívar hasta la casa del Gobierno Provincial.

Todo el trayecto fué una verdadera marcha triunfal, como lo hemos dicho.

De los balcones, azoteas y ventanias, salian las señoras, niñas y hombres á vivar al Provincial y á arrojarle flores.

Nacionales como extranjeros, todos vivaban á Buenos Aires y esclamaban:

—Ahora sí! ya tenemos armas para sostener nuestros derechos y las libertades públicas!

Véanse personas de todas clases y condiciones, muchas á medio vestir, salir de sus casas á saludar al Provincial con entusiasmo frenético y patriótico.

Eran los buenos hijos de Buenos Aires que creian ya asegurado el triunfo de su noble causa.

A las 9 de la mañana llegaba Arias al porton de la casa de Gobierno.

En el gran pátio estaba el doctor Tejedor, sonriente y francamente alegre, expresion que era muy dificil sorprender en su semblante.

Esta alegria fué para Arias la confirmacion del gran triunfo.

Cuando el Gobernador se apercibió de la llegada de Arias, se acercó á él, con mayor alegria aún, y lo bajó del caballo entre un abrazo estrecho y cordial.

Aquel espíritu sencillo y gentil prescindió de las ardientes felicitaciones que le hacia el Gobernador, para deslizar á su oido esta pregunta intima:

—Y, dónde está?

—Dónde está quien? preguntó Tejedor disimulando mal su confusion.

—Cómo quien? quién puede ser? volvió á preguntar Arias, creyendo que aquella finjida ignorancia era para darle mas alegremente la noticia.

—No sé francamente por quién me pregunta—repitió el Gobernador, apagando de sus lábios la alegre sonrisa que los iluminaba un momento antes.

—Vaya, ya que lo exige así, añadió Arias, haré la pregunta detallada.

Dónde está Avellaneda? dónde lo han alojado?

—En ninguna parte: supongo que estará ahora en el acuerdo.

Aquella salida de tono desconcertó al bravo Coronel, que se retiró dos pasos de Tejedor, mirándolo con el mas franco asombro.

—Pero no habiamos convenido, dijo palideciendo entonces, que mientras yo tomaba las armas y hacia fuego sobre la bandera nacional, el doctor Avellaneda seria preso en Buenos Aires?

—Si, repuso el Gobernador con ademan glacial, pero no ha sido necesario hacerlo así, porque estamos triunfantes.

—Qué, preguntó Arias, necesitando que le repitieran aquellas palabras para darles credito—no ha sido preso el doctor Avellaneda? se ha faltado al sagrado compromiso, cuando yo he quemado mi foja de servicios en los fusiles del Provincial?

—Garanto á usted que no ha sido ni será necesario.

Estamos triunfantes y Avellaneda se someterá él mismo.

Contamos con el ejército ahora más que nunca.

—Error! triste y funesto error, repuso tristemente aquel hombre intrépido.

El Presidente saldrá de Buenos Aires, porque este es su plan de campaña, según toda lógica.

Y el ejército lo seguirá, porque el ejército ha de acompañar al Presidente á donde vaya.

No se hagan ilusiones! yo me he criado en ese ejército y sé lo que hará en esa emergencia.

Suprimido Avellaneda por su renuncia, el ejército obedecerá al Presidente legal que queda.

Si Avellaneda sale de Buenos Aires, tendremos la guerra civil, traída en primera línea por ese mismo ejército con que ustedes creen contar.

Y el Coronel Arias se tomó la cabeza con ambas manos en un movimiento desesperado.

—Es mejor conservarnos en el camino de la defensa, sin ser rebeldes.

—Pero si ya somos rebeldes á su autoridad, Dr. Tejedor, le dijo.

Si he tenido necesidad de quitar estas armas á la falda que se habia apoderado del vapor!

Es preciso concluir, señor!

—No, contestó el Gobernador, no hay necesidad; ¿qué ván á hacer? nosotros somos hoy mas fuertes que ellos.

—Sí, señor, pero siendo él el Presidente, á cualquier parte que vaya, si se vá, reunirá el ejército; no perdamos tiempo.

El Gobernador estaba sorprendido.

Habia faltado, fuera de toda duda, á un pacto sagrado, y las palabras de aquel benemérito jefe, que jugaba con Buenos Aires su presente, su pasado y su porvenir glorioso, no podian dejar de pesar sobre su espíritu como una montaña.

—Ya se hará si es necesario, repuso; todavia tenemos tiempo.

El Coronel Arias acababa de recibir uno de aquellos desencantos capaces de matar el espíritu mas entusiasta.

El doctor Tejedor, que él habia creído el hombre de gran carácter y de inteligencia clara, acababa de desvanecerse á su vista como una humada de cigarro.

El hombre que tenia delante era como la vulgaridad de los gobernantes.

Un hombre sin firmeza, sin carácter, vacilante y que no sabia él mismo lo que queria y lo que podía.

Ah! si él hubiera podido inocularle un poco de su entusiasmo!

Vencido por el peso del desencanto, el noble jefe pidió permiso para retirarse, prestando que necesitaba descansar las fatigas de la noche anterior.

—Vaya usted á descansar, Coronel, que haré lo que necesitarlo, dijo el Gobernador.

Mañana ó luego mismo conversaremos, y usted concluirá por convenir conmigo en que la prision era inoportuna.

—Si era oportuna esta madrugada á las 2, debia serlo tambien á las 4 y á las 6.

Ha pensado el Gobernador de Buenos Aires que uno de sus batallones ha hecho fuego, obedeciendo sus órdenes, al Gobierno Nacional en cuyo nombre venia un vapor de guerra?

Ya nos hemos puesto en el terreno de la guerra.

El Gobierno Nacional viene forzosamente á la guerra civil, guerra terrible y larga.

Porqué no seguir adelante?

—Ya lo esplicaré á usted luego con mayor comodidad.

El Coronel Arias se retiró á su casa con el mayor desencanto en el corazon.

Cualquier otro individuo se hubiera retirado del campo de accion, convencido de que nada habia que esperar ya del gabinete de la defensa, pues faltaba en esté el poderoso nervio del carácter.

Pero Buenos Aires estaba de por medio, por él habia sacrificado cuanto tenia y en el camino del sacrificio estaba dispuesto á ir, mientras le quedara un soplo de vida activa.

El desembarque de las armas, en la forma que se habia hecho, hacia prever acontecimientos serios que no podian tardar en sobrevenir.

El Gobierno Nacional no se conformaria con tragar en silencio todo el ridiculo que habia recaído sobre él.

Y el pueblo, cada vez mas entusiasta, se preparaba al momento de ruda prueba.

Pero dado el golpe de las armas, en vez de tomar y seguir en la actitud enérgica que habia adoptado, el Gobierno de la Provincia creyó que todo estaba concluido, y volvió á caer á su actitud vacilante y tímida, por no decir apática.

Al hablar de estos sucesos, el doctor Tejedor ha consignado en su obra *Defensa de Buenos Aires*, los siguientes párrafos:

“Siempre hay imbéciles que despues que los acontecimientos tienen lugar, lo han previsto todo!”

“Peor hubiera hecho (el doctor Tejedor) si en aquellos momentos hubiera desertado del puesto: porque el pueblo habria sido atado como un cordero á poco andar.”

El pueblo, sin que el Gobernador desertara su puesto, no solo fué atado sino comido como cordero gordo.

Qué hubiera sucedido si el gobierno hubiera abandonado al pueblo?

Que el 15 de Febrero se hubiera realizado, y las jornadas del 20 y 21 no hubieran enlutado á Buenos Aires.

Hemos querido solo levantar el cargo de im-

béciles lanzado sobre los que previeron aquellos tristes sucesos, y los mostraron al Gobernador.

Ahora sigamos nuestra narracion que entra á su parte dramática.

Las fuerzas nacionales no se habian movido de sus cuarteles, ni daban señal alguna de inquietud.

Esto podia ser muy bien una trampa tendida al pueblo que, receloso, ocupaba sus cuarteles, pronto al primer llamado de la autoridad.

Sospechándose que el Presidente pudiera abandonar la ciudad, la Policia vigilaba sus pasos y estaba al corriente del menor movimiento y paso que diera, para ponerlo en conocimiento del Gobernador de la Provincia.

No habia quien dudara que Avellaneda, dado el estado de las cosas, huiria ya al Rosario, ya á algun otro punto para traer la guerra á Buenos Aires.

Pero lo que ninguno creia era que el Gobernador de la Provincia dejara salir al Presidente, de Buenos Aires.

Detenido este y prisionero del pueblo, la guerra terminaba antes de empezar.

Fugando Avellaneda, como lo preveia el coronel Arias, la guerra civil no tardaria en principiar, sangrienta y desastrosa.

Todavia era tiempo de evitar los males que podrian sobrevenir.

La Policia tuvo vehementes sospechas de que el Presidente podria ausentarse aquella noche, y así lo avisó al Gobierno, pidiendo órdenes para el caso en que esto sucediera.

Pero su jefe no recibió lo que todo el mundo esperaba.

La órden de detener al Presidente Avellaneda, si intentaba realizar su fuga.

A las 7 de la noche se presentó en la casa del doctor Tejedor, uno de los redactores de un diario de la defensa, que creemos inútil nombrar.

El doctor Tejedor daba la última mano á su traje, para ir á Colon, donde se cantaba el *Hernani*,—2 de Junio.

El Gobernador consintió en recibir la inesperada visita, á quien preguntó sencillamente qué lo llevaba por allí.

—El cumplimiento de un deber, replicó el soldado del pueblo.

Vengo á prevenir á la primera autoridad de la Provincia, que de un momento á otro debe salir de Buenos Aires para la Chacarita, el Presidente y su Ministro de la Guerra.

Es en aquel punto donde se formará el ejército que debe venir sobre Buenos Aires.

—Esos son temores infundados, contestó el Gobernador cepillando su sombrero.

El Presidente no se moverá de Buenos Aires, porque nadie lo molesta aquí.

Y la prueba de lo que digo, es que me voy al teatro tranquilamente.

—Puedo garantir al Gobernador que el Presidente huirá esta noche, acompañado del Ministro de la Guerra.

En casa de este último lo espera la volante que ha de conducirlo á la Chacarita.

—Repito que son temores infundados.

Si algo de positivo sucede, seré prevenido á tiempo por el jefe de Policia.

Cuál era el aviso que el Gobernador esperaba?

No le habia prevenido ya el coronel Garmendia que la fuga se efectuaría aquella noche?

Corrido por la obstinacion del Gobernador, el diarista liberal se despidió, previendo tambien que de aquella manera de obrar no podia augurarse nada bueno.

Perteneceria este tambien á los imbéciles que todo lo previeron?

El doctor Tejedor se fué al teatro, donde se sentó tranquilamente á oír el *Hernani*.

Al verlo, nadie hubiera creido que era aquel el Gobernador de Buenos Aires, cuyos habitantes lanzaban por las calles los gritos de: á las armas! viva Buenos Aires!

Concluia el segundo acto de la ópera, siendo las diez de la noche, mas ó menos, cuando el doctor Tejedor recibió en su palco la noticia de que el Presidente y el Ministro de la Guerra salian de Buenos Aires en direccion á la Chacarita.

—Aun es tiempo de atajarlos si V. E. lo dispone así, fueron las palabras con que el Gobernador recibió aquella noticia.

—Voy inmediatamente á la casa de Gobierno, contestó, y salió del teatro con una tranquilidad pasmosa, como si aun dudase de la noticia que se le daba.

Cuando el Gobernador llegó á su despacho, ya no era posible hacer nada, pues el Presidente iria á una gran distancia, ó habria llegado á su destino.

Nadie intentó tampoco perseguirlo, ni detenerlo.

—Ya volverá, dijo el Gobernador—su ausencia no puede ser larga!

La Policia no tardó en hacerle saber, pocos momentos despues, otra noticia tan grave como la primera.

Los Diputados y Senadores de la liga huian tambien de la Capital en los buques de la escuadra, lo que significaba que la guerra contra Buenos Aires era tan segura, que pronto se verian las primeras hostilidades rotas sobre la ciudad.

Y los Diputados y Senadores se embarcaron bajo el ojo de la Policia, sin que nadie intentara detenerlos.

Podia esperarse aun mas todavia para proceder con la energia del caso?

No siendo este libro un proceso contra el Gabinete Provincial ni contra nadie, queremos

sólo limitarnos á la estricta narracion de los hechos. La diputacion roquista se embarcó en los buques de la escuadra, sin ser molestada, y se rasló al pueblo de Belgrano.

Era la minoria del Congreso, pero ya sabemos que Avellaneda se atreve á todo, no temiendo el peligro inmediato á su persona.

EL CORONEL ARIAS

Muy conocido es el coronel José Inocencio Arias por su nombre y por los sucesos distinguidísimos que lo han ilustrado.

Pero pocas, muy pocas son las personas que conocen su bella inteligencia, sus nobles condiciones de carácter y su espíritu sutil y penetrante.

Su modestia exajerada ha conseguido ocultar al pueblo todo el mérito de su personalidad distinguida, aunque algunos han logrado penetrar todo el fondo de su inteligencia y perspicacia.

Todos están equivocados respecto al coronel Arias, error lamentable, pues su figura militar y política está destinada á brillar en nuestra historia política y militar.

Se cree del coronel Arias que es un militar de suerte, de una bravura espléndida y de un corazón noble.

Nada se dice de sus condiciones intelectuales y de carácter, punto culminante de su personalidad, porque como lo hemos dicho antes, nadie las conoce.

Y los que así juzgan á este militar distinguido, sufren un error del que es preciso sacarlos alguna vez.

El coronel Arias, á un carácter noble, reúne una inteligencia clara y rápida, que le hace prever los acontecimientos mas lejanos sin equivocarse en sus resultados.

Esta apreeiacion hemos de demostrarla en el transcurso de nuestra obra, porque no faltaria quien atribuyera este juicio á móviles personales.

Como militar, el coronel Arias es previsor y sumamente minucioso, á pesar de los que han querido hacer caer sobre él los descalabros de la defensa.

Es muy difícil que por impericia ó falta de actividad el coronel Arias sufra un contraste, como hemos de demostrarlo de una manera indudable.

Jóven y entusiasta, las glorias personales no han preocupado nunca su pensamiento.

Son las glorias de la patria las que han alentado

siempre su corazón hidalgo, haciéndolo marchar á él mismo, por el camino de la gloria y de la fortuna.

Lo que es y lo que vale, el coronel Arias lo debe al poderoso esfuerzo de su inteligencia y de su brazo.

Muchas anécdotas interesantes podriamos citar aquí, de su vida militar, que corroboran lo que decimos; pero ese no es el objeto de este libro.

Bajo la fáz que el pueblo no conoce á su amigo el coronel Arias, es bajo la fáz política.

Parque el coronel Arias es un político hábil y de una penetracion y una astucia poco comunes.

Y es bajo esta fáz que vamos á hacerlo conocer del pueblo, ante quien se le ha querido hacer pasar como un inepto aturdido, desprovisto de inteligencia y hasta de las últimas condiciones de un alferez.

Todavía no hemos entrado al foco de la intriga política de aquellos dias amargos.

Es allí dondolo vamos á ver descollar y crecer sobre los que llegaron hasta temer que fuera el árbitro de la situacion del país.

Hemos dicho que vamos á hacer algunas revelaciones de primera fuerza, y el lector no vá á tardar en verlas.

El coronel Arias se habia vinculado fuertemente en Corrientes, Provincia que representaba segun hemos dicho, en el comité revolucionario, como representaba así mismo el partido laspiurista.

La brava Corrientes habia levantado un ejército de diez mil hombres, pero no tenían un general á propósito para mandarlo, ni las armas y municiones necesarias que necesitaba aquel número de hombres, y que Buenos Aires debia facilitarle.

Aquella heróica Provincia acababa de perder sus dos grandes espadas, el coronel Azcona, vencedor de Ifrán, y el benemérito Plácido

Martinez, espada brillante y corazon noble y esforzado.

El vice Gobernador, doctor Juan Estévan Martinez, hermano de Plácido, habia reunido aquellos diez mil hombres, con el prestigio de su apellido, esperando recibir de un momento á otro los elementos necesarios.

Y el coronel Arias en Buenos Aires era el único árbitro de aquel ejército poderoso por su bravura y su larga práctica en las guerras.

—El ejército de Corrientes espera sus órdenes para moverse en el sentido que usted le indique, decian á Arias, Martinez y Cabral.

Solo en usted tenemos confianza, pues no queremos ser sacrificados á ninguna ambicion.

Corrientes no se levanta por personalidad alguna.

Corrientes toma las armas para defender la causa de la libertad de toda la República, amenazada en Buenos Aires.

Esperamos un aviso y que venga usted á ponerse á la cabeza de este ejército para llevarlo á Buenos Aires.

No creemos sino lo que usted nos diga ó lo que nos venga por su conducto.

Este será el modo de no pisar en falso.

El coronel Arias disponia entonces de aquel poderoso ejército y de la situacion de aquella Provincia, al extremo de que lo hubiera arrastrado como hubiera querido.

Esta poderosa influencia en la Provincia de Corrientes repercutió en la de Entre-Rios, donde el partido liberal era numeroso y decidido.

Y los gefes liberales se pusieron en contacto con el coronel Arias, ofreciéndole sus elementos y todo su apoyo moral y material.

Hombre sano y puro, su palabra era respetada y escuchada, mas que como una indicacion, como una orden saludable.

La personalidad humilde y desapercibida en la trama política, del coronel Arias, empezaba á asumir proporciones gigantescas.

Pero poco á poco se iba destacando en la escena política, llamando la atencion de los que lo habian mirado como una insignificancia.

El partido liberal, en las demás provincias de la liga, empezó á fijarse con demasiada insistencia en la personalidad flamante, y á mirarla como un astro de salvacion en el cielo de la patria, por la cantidad de elementos con que empezaba á rodearse.

Los Gobernadores de la liga no tenian fé inquebrantable en los elementos del General Roca, que, como se sabe, eran los elementos de la Nacion Argentina.

“Todo el poder de la Nacion“.

Buenos Aires sobre las armas, con todos sus hijos bajo sus gloriosas banderas, con toda su riqueza y su importancia moral y material, era un coloso formidable que se levantaba ante la ambicion de aquellas verdaderas tribus.

Podian triunfar de Buenos Aires, si su pueblo no empezaba por bajar de las orejas al empresario de candidaturas á la bayoneta, y permanecia en los necios límites de la defensa.

Pero este triunfo podia costarles sacrificios que no podrian sobrellevar de manera alguna.

Ahora, Buenos Aires unido á Corrientes, eran invencibles.

A la liga no se escapaba que el partido liberal de Entre Rios era poderoso.

Corrientes invadiendo á Entre Rios, cambiaba la situacion de esta última, y la liga quedaba así amenazada de muerte en el centro de sus recursos, Santa Fé y Córdoba!

Podrian los gobiernos de la liga contrarestar el poder de estas dos Provincias?

Indudablemente nó.

Y menos aun si quedaba Buenos Aires para poder contrarestar todo el poder de la nacion, y acudir, en caso necesario, á fortalecer á Entre Rios y Corrientes.

A qué quedaba por otra parte reducido el poder de la nacion, sin el poder de la provincia de Buenos Aires?

Si Buenos Aires ponía el dedo en la llaga, estirpando el cáncer que amenazaba comer el cuerpo, la liga estaba perdida.

Si Buenos Aires dejaba salir al Presidente á formar un ejército y se mantenía en la defensa, podian tener entonces alguna probabilidad de éxito, pero nunca una seguridad remota.

Los jefes de la liga empezaron á prepararse entonces el camino para una buena retirada, y fué el coronel Arias quien atrajo sus miradas, por ser el que mayores y mas serias garantias podia proporcionarles:

Y escribieron al coronel, ocultándose unos de otros, creyendo cada cual ser el único á quien habia ocurrido tan luminosa idea.

Pero esta misma vacilacion que se notaba en los gobernadores de la liga, se veía venir desde mas arriba.

Esto sucedia antes de los episodios que hemos narrado.

La liga queria tener la seguridad de conservar sus pitanzas, y ante ella, se comprometían á apoyar á Buenos Aires, conforme antes habia apoyado al candidato que Avellaneda imponía á la República.

Todo dependia de que el coronel Arias aceptara la propuesta y pudiera garantizarles la seguridad que pedían.

Como decíamos antes, estas vacilaciones venían de mas arriba.

El general Roca, ó mejor dicho el estrecho círculo que lo dirijía, estaba persuadido de que el gobierno de Buenos Aires habia comprendido perfectamente el rol que debia asumir, y que se preparaba, no á la resistencia, sino á la batalla y aun á la agresion misma.

Cómo contrarestar entonces este poder, e

alianza con Corrientes, que era una terrible amenaza sobre el de Entre Ríos?

Y el gobierno nacional no tenia pretexto para salir de Buenos Aires, y si lo hallaba, el pueblo entonces no lo permitiria, produciéndose en seguida la revolucion mas fácil y rápida.

Si la liga pudiera contar siquiera con Corrientes!

El general Roca y su círculo quisieron entonces maniobrar en ese sentido.

Quién maneja la situacion en la heroica Provincia, pudiendo arrastrarla con su prestigio?

El coronel Arias, se contestaron los mismos que se habian hecho la pregunta y que conocian perfectamente la situacion política.

Pues entonces es preciso maniobrar sobre Arias y conquistarlo, arrebatándolo a la causa de la libertad.

Era necesario apresurarse y ganar tiempo.

—Arias, pensaron aquellos belitres de la política juzgando al coronel por ellos mismos, se contentará con un buen bocado.

El Ministerio de la Guerra es una tentacion terrible para un militar joven y de aspiraciones, y la Provincia de Corrientes será nuestra.

Entonces el coloso de Buenos Aires pierde su gran aliado y una brillante espada.

Las viboras empezaron é enroscarse á los piés del coronel Arias, sin poder introducir su aguijon envenenado.

El coronel Arias parecia invulnerable á la presion de sus anillos.

—No tendrá bastante confianza en nosotros, pensaron, y en las garantias que podamos ofrecerle.

Que lo aborde entonces Roca personalmente.

El General Roca y el Coronel Arias se conocian á fondo, desde el 6 de línea, donde habian servido juntos, el primero hasta Capitan y el segundo hasta Coronel.

Pero Roca tenia el poco tino de juzgar á Arias bajo el prisma de su ambicion desmedida, mientras este conocia admirablemente las condiciones de aquel.

El antiguo Capitan de Curupaití creyó tener alguna influencia sobre el Coronel de la Verde, y se comprometió á abordarlo, en la seguridad de sacar tajada.

Aquí empezaron los mensajes y pasadas de mano para la conferencia que debian tener, conferencia que tal vez iba á decidir de la suerte de la liga.

Varias comisiones vinieron á ver á Arias, llevándole recados de Roca y manifestándole que éste tenia deseos de que tuvieran una entrevista para tratar de dar una solucion á varias cuestiones políticas.

—Es necesario que usted vea al General Roca, que lo manda llamar, decian los enviados.

Tal vez conviene á usted esta conferencia, mas de lo que usted puede imaginarse.

Pero por mas tentaciones que pusieron ante aquel espíritu honrado, siempre se estrellaron con esta respuesta:

—Si el General Roca quiere visitarme como amigo personal, siempre está abierta para él mi casa.

Si el General Roca quiere verme con fines políticos, no es conmigo con quien debe entenderse, sino con el pueblo de Buenos Aires.

Es Buenos Aires el que dispone de sus propios destinos; yo no soy mas que un soldado de su heroica causa.

Que se entienda con él directamente, que es el mas noble camino que puede seguir.

—Son soberbias de Arias, decian entonces, desconociendo toda la gallardia de este espíritu viril.

Quiere hacerse rogar, ó que le ofrezcan un poco mas, y esto es todo.

Hagámosle el gusto, puesto que lo necesitamos y no hay otro remedio.

Él ha de caer en nuestras filas, con mayor ó menor trabajo—no importa.

Arias entre tanto se habia reido de estas proposiciones, pero las habia hecho conocer al Gobierno, pues era preciso que el Gobierno de Buenos Aires supiera que la liga vacilaba, y que era su mismo gefe el que venia en su busca.

Un dia se hallaba el Coronel Arias en casa de su señora madre, almorzando.

Entre la alegría y el cariño de la familia, habia olvidado las intrigas políticas de los dias anteriores.

Hacia cerca de una semana que los famosos mensajeros lo habian dejado en paz, no volviendo á importunarlo con ridiculas proposiciones.

De pronto llamaron á la puerta de una manera nerviosa, y el sirviente vino á avisarle que el Sr. D. Diego Alvear lo buscaba.

Qué podia buscar en su casa aquel personaje, conocido como afiliado al bando roquista?

—Esto no puede ser sino un nuevo mensaje mas conveniente que los otros, pensó Arias, lo que siento en el alma.

Y mandó hicieran entrar á la sala al enviado de Roca.

Cinco minutos despues el señor Alvear y el Coronel Arias, despues de las etiquetas naturales, entraban en materia.

No se habia equivocado en sus sospechas el Coronel Arias.

El señor Alvear no era mas que un plenipotenciario del General Roca, enviado espresamente para convencer á Arias de que debia prestarse á una conferencia con el General.

Así es que espuso el objeto de su venida con frase alibarada y tentadora.

—Es necesario que esa conferencia tenga lugar, decía el enviado.

Quién sabe si de ella no sale la salvación de la patria.

Con lenguaje comedido y actitud resuelta, el Coronel Arias hizo presente á Alvear lo mismo mas ó menos que habia respondido á los demás enviados.

—Para recibir al General Roca como simple amigo, estoy siempre dispuesto.

Pero para tratar con él sobre el bien de la patria, no estoy autorizado á ello, ni puedo hacerlo.

El General Roca puede tratar con el pueblo de Buenos Aires y devolverle con una palabra y una hermosa acción, la paz que le arrebató.

—Tendría usted que convenir en que para todo eso se necesita hablar y cambiar ideas con el general.

Qué inconveniente serio puede usted tener, que le impida conferenciar con el general Roca?

—Este solo—yo no tengo ninguna facultad ni representación para tratar sobre arreglos.

Nada valgo, ni nada puedo tampoco.

Una conferencia conmigo sería inútil.

Por qué no lo ven al Gobernador de Buenos Aires?

Por qué no se acercan á los comités del pueblo?

—El Gobernador de Buenos Aires es parte interesada. Tal vez lo que conviniese al pueblo no conviniese á su candidatura.

—Pero yo nada puedo hacer porque nada valgo, fuera de mi rol como soldado del pueblo.

—No piensa así el general Roca, coronel Arias.

El sabe que usted tiene una influencia poderosa sobre el gobierno de Corrientes, influencia que se estiende hasta los partidos liberales de Entre-Ríos y Córdoba.

Usted puede mucho entonces, y poniendo en juego esos elementos, se puede llegar á una solución que, si bien importar un triunfo para Buenos Aires y para usted mismo, no lo importaría para el doctor Tejedor y sus hombres.

Por fin la conferencia venia á plantearse en el terreno que el coronel Arias la esperaba.

—Quiere decir, replicó este poniéndose de pie altamente, que lo que ustedes quieren, son los elementos de Corrientes y Entre-Ríos?

—No es eso, replicó alarmado el señor Alvear.

Se busca un arreglo que asegure la paz pública y la base de este arreglo reposa en usted mismo.

Es preciso mirar un poco mas lejos del estrecho círculo que nos rodea, coronel Arias.

Usted es joven y ha hecho una brillante carrera.

Al lado de un Gobierno regular que estime sus méritos en lo que valen, usted puede aún subir muy alto.

El señor Alvear desplegaba ante el coronel Arias todo el poder de su seducción.

—No arroje á la calle la gloria que viene á golpear su puerta.

Usted puede hacer una figura gloriosa, poniéndose á la cabeza de un movimiento patriótico, que está bien distante de esas ambiciones raquíticas y mezquinas de los partidos personales.

—La verdadera gloria, la única gloria posible, replicó sonriendo el noble coronel Arias, está bajo las banderas de Buenos Aires, donde me he alistado como uno de sus soldados mas decididos.

Fuera de ellas, señor Alvear, sabe usted lo que hay?

La vergüenza y el deshonor, aún en el triunfo mismo.

Ustedes vienen á ofrecerme un mendrugo á cambio de Corrientes y Entre-Ríos que la liga de gobernadores necesita para venir sobre Buenos Aires.

No soy yo seguramente el hombre que ustedes vienen buscando.

Yo le he dado á Buenos Aires todo cuanto tenía.

Le he dado mi pasado y mi presente, porque me he desprendido de una posición en el Ejército que era el compendio de toda mi vida, y le he dado también mi porvenir, porque vengo á correr su suerte bajo su gloriosa bandera.

Solo me falta darle mi sangre y se la daré también llegado el caso.

Qué propuesta pueden ustedes hacerme que compense todo esto?

Una sola—autorizarme para decir al Comité de que fôrmo parte estas solas palabras:

“El general Roca retira su candidatura”.

—Entonces quedaria triunfante la candidatura oficial que levanta Buenos Aires y que sostiene con las armas en la mano.

—Buenos Aires no se ha levantado por ninguna candidatura, ni yo visto la librea de los partidos personales, señor Alvear.

Buenos Aires toma las armas por algo mas noble y grande que un nombre propio.

Buenos Aires se vá a batir por las libertades públicas que arrebatan a la nación entera, el Presidente y los gobernadores de la liga.

Es el derecho de que los habitantes de la República elijan libremente al ciudadano que ha de regir los destinos de la patria, lo que Buenos Aires quiere.

Su bandera es la bandera de la libertad.

El señor Alvear se veia batido en toda regla.

Se habia estrellado con un hombre puro y de elevado carácter, donde creyó encontrar un soldado ambicioso, sin mas norte que las conveniencias personales y enrolado a una candidatura oficial que Buenos Aires queria imponer al resto de la República.

Y habia recibido una lección terrible, tanto mas cuanto que ella venia de quien menos la esperaba.

El coronel Arias crecía a sus ojos, rodeado de una atmósfera que infundía respeto.

Tendría el coronel Arias alguna ambición lesenfrenada que ocultaba con aquella capa de patriotismo leal y modesto?

Quería servirse con provecho propio de los elementos de que disponía?

El señor Alvear, con una constancia digna de causa más noble, agotó todos los recursos del ofisma, todos los recursos de su inteligencia para traer al coronel Arias al terreno deseado.

Habló más de dos horas para decidirlo a tener una conferencia con el general Roca, en el mejor compromiso, pero perdió su tiempo infortunadamente.

Era aquel un verdadero carácter en toda la acepción de la palabra.

Cuando el señor Alvear comprendió, después de cuatro horas de lucha, que aquella plaza era intomable, se preparó a retirarse.

—Quiere decir que usted se niega a recibir al general Roca, exclamó.

—Como amigo, ya dije a usted que mi casa siempre está abierta para él.

Como candidato a la presidencia de la República y negociador de la noble provincia de Corrientes, nada tengo que hacer con él, ni con él nada que esperar de mí, porque nada puedo y nada puedo.

Tengo fé en la causa de Buenos Aires, señor Alvear; esa fé incommovible que inspira todo lo grande y todo lo noble.

Sin embargo, si nos toca caer, caeremos con conciencia del deber cumplido.

Alvear se retiró y el coronel Arias se consideró feliz, pues pensó que aquella sería la última vez que lo importunarian en asunto tan rojoso.

La liga tenía entonces que renunciar a Corrientes y temerlo todo del lado de Entre-Ríos.

La única esperanza que les sonreía, era que Buenos Aires no se armaba y que el Presidente se había comprometido a no permitir la entrada de un solo fusil y de un solo cartucho para el gobierno.

Los gobernadores de la liga escribían al coronel Arias en el mismo sentido.

Ellos, en último caso, abandonarían al candidato de imposición, pero era preciso que Buenos Aires abandonara también el suyo para sostener al tercero.

¿Cuál podía ser este? El que indicara Arias.

Pero Buenos Aires no tiene candidato—acepta cualquiera, pero cualquiera que no sea interesado por todo el poder de la nación.

Que elijan los pueblos libremente, sin presión del poder oficial.

Esto era lo que respondía el coronel Arias a los gobiernos de la liga.

Era que el doctor Tejedor tenía en las provin-

cias tanta resistencia como el general Roca en Buenos Aires.

La misma provincia de Corrientes tenía por candidato al doctor Laspiur, como se sabe.

Y en el Interior se creía, porque así lo hacían creer los agentes del Presidente, que Buenos Aires se había levantado por la personalidad del doctor Tejedor, y nada más.

Calumnia grosera, pues Buenos Aires no solo no tenía candidato sino que olvidó la cuestión candidaturas al levantarse á sostener las libertades públicas.

El Coronel Arias hizo presente la vacilación de la liga y la necesidad de eliminar la candidatura del doctor Tejedor, para echar por tierra el largo trabajo del doctor Avellaneda.

Pero todo debía quedar en conversaciones.

La actitud noble y patriótica del coronel Arias, había levantado contra él sospechas miserables.

—El coronel Arias está rodeándose de elementos serios.

El enemigo cree que puede ser árbitro de una situación dada y despertar su ambición tal vez adormecida hasta el presente.

¿Quién nos dice que en último caso no puede soplarnos la dama para sí ó para un tercero?

Es necesario quebrar la influencia de Arias y sacarlo de Buenos Aires á toda costa.

Arias sintió el golpe como un bote de lanza en el corazón, pero disimuló y se hizo el desentendido, con rara grandeza de alma.

Buenos Aires necesitaba el impulso de todos sus hijos y para salvarlo, era necesario permanecer en la brecha, sofocando todas las amarguras y todas las ingratitudes.

No puedo hacerse pagar á la patria la ruindad de un hombre solo.

El gobernador de la Provincia de Buenos Aires era candidato a la presidencia.

¿Tendría el valor moral de retirarse su candidatura, sin condiciones, y entregarse por completo á la defensa de la gran causa?

Al fin el doctor Tejedor era porteño y se podía esperar todo de él.

¿Qué importaba una Presidencia ante el porvenir de la patria?

Pero desgraciadamente el doctor Tejedor fué mas candidato que Gobernador de Buenos Aires: equivocó los rumbos y perdió su independencia.

Aquí fueron los grandes trabajos del coronel Arias y aquí fué también donde despertó, con su conducta clara y honrada, aquella sospecha envenenadora.

Modesto hasta el sacrificio, devoró para sí la amargura de ver que se perdía estúpidamente la oportunidad de destruir la liga para ellos, aprovechándola para nosotros.

El coronel Arias empezaba á notar la hostilidad

de que era víctima, pero ni siquiera se dió por entendido.

Todo se debía sacrificar por el triunfo de la gran causa!

Esta hostilidad ha llegado hasta pretender culpable de los desastres militares, negándole hasta inteligencia; sin que él haya querido hasta el presente, destruir tan injustos cargos.

Pero vive Dios que la verdad ha de brillar en estas humildes páginas, para que el pueblo conozca á los que sacrificaron todo en honor de Buenos Aires y cayeron víctimas de la maldad y la estupidéz agena.

Si no se les quiere hacer justicia, respétese por lo menos, pues dignos de respeto son, á los que se separaron del cadáver de la provincia madre, despues del último esfuerzo, para buscar un mendrugo de pan que dar a sus hijos.

El coronel Arias empezó a entrever el plan de alejarlo de Buenos Aires, y fué este el mas doloroso golpe que pudieron darle.

Era en Buenos Aires donde estaba un gran campo de accion y no en la campaña, encomendada desde un principio al brillante coronel Lagos.

Era aquí donde Arias hubiera desplegado toda su actividad intelectual y todo el poder de su organizacion soberbia.

Pero podia soplar la dama y esto no podia permitirse.

Decidido á aceptar el puesto de sacrificio que se le señalara, ni siquiera vaciló un segundo.

Siguió el desenvolvimiento de la trama política, tratando siempre de obtener con su solo esfuerzo todas aquellas ventajas que parecia haber despreciado el gobierno, cuya gran lumbrera era el honesto doctor Alcora.

El coronel Arias trató de conservar la vacilacion de la liga, con una habilidad increíble, para poder explotar esa situacion, si el doctor Tejedor se resolvía por fin á ser una vez por todas el gobernador de Buenos Aires, á la altura que el pueblo lo necesitaba y lo pedia.

Y siempre amenazando á Entre Rios con la provincia de Corrientes, y á las demás de la liga con estas dos unidas, lograba tener en continua alarma á los once gobernadores, y decimos los once, porque el de la Rioja tenia atados los brazos por un pueblo viril.

Así llegó el 1º de Junio, en que el Presidente de la República y la liga de gobernadores temblaron ante la decidida actitud de Buenos Aires y los decretos de su buena legislatura.

Corrientes, imitando a Buenos Aires, concluyó por reunir su guardia nacional y sus hombres de gobierno pidieron al gobernador de Buenos Aires las armas prometidas y al coronel Arias que fuera a ponerse a la cabeza de

aquel ejército entusiasta, falto de un jefe esperto que lo mandara.

Pero el coronel Arias no podia moverse de Buenos Aires, donde era el alma de la resistencia, verdad incommovible que ha visto el pueblo y que demostraremos mas tarde.

Desde que él faltó de Buenos Aires faltó desgraciadamente todo el nervio de accion en los hombres de la *defensa*.

—Si usted no puede venir, mándenos un jefe capaz de reemplazarlo, decia el vice-gobernador Martínez.

Que venga Arredondo, Baibiene, Campos ó cualquier otro.

El general Arredondo presentaba algunos inconvenientes, fáciles de allanar y sus importantes servicios podrian ser utilizados en Buenos Aires con mayor provecho.

El coronel Baibiene era necesario en el Senado, donde podria servir eficazmente á la gran causa, como la sirvió efectivamente.

En las sesiones de Belgrano, cuando se decretaba la muerte de Buenos Aires, fueron su palabra viril y la del doctor Velez, senador por Córdoba, las únicas que se levantaron en su defensa.

Ellos eran los únicos que se oponian á la infamia y levantaban los cargos injuriosos que hacian á nuestra provincia, los enérgimenos erigidos en padres de la patria, los que venian á devorar el cordero gordo, sin haber siquiera sacado la *carretilla* de su propia lana.

Los que nos trataban de cobardes é insolentes, cuando el pueblo, en todas sus ramas sociales, moria heroicamente en Barracas, en el Puente Alsina y en la Meseta, al grito sagrado de ¡viva Buenos Aires! ¡Vivan las libertades públicas!

El coronel Campos, tampoco podia ir á Corrientes.

El tenia marcado su puesto distinguido en la defensa, siendo el jefe del Tiro Nacional, primero, y de todas las fuerzas de la defensa en seguida.

Así pasaba el tiempo y Corrientes, con diez mil hombres listos para venir en auxilio de Buenos Aires, quedaba inutilizada por la falta de un jefe superior que comandase su ejército, y de las armas que el mismo doctor Martínez tuvo que venir inútilmente á buscar á Buenos Aires, porque aún no habia llegado el caso de prepararse á la batalla.

De esta manera se luchaba inútilmente para hacer entender al gobierno que habia llegado el momento ineludible de obrar.

Situacion terrible para los que, como Arias, veian la tormenta que se cernia sobre Buenos Aires, tormenta que, una vez desencadenada, iba á dejar un largo surco de sangre.

LA RESISTENCIA

Ausente el Gobierno Nacional, de Buenos Aires, con todos sus elementos y con la facilidad de hacer venir rápidamente al ejército, la guerra civil con todos sus horrores, anunciada por el general Roca, venia á ser un hecho.

Sin embargo aún podia conjurarse el mal.

Avellaneda se habia ido á la Chacarita con su Ministro de Guerra, pero aún quedaban en la ciudad, el parque de artilleria con todas sus existencias, los batallones de línea con que se habia querido intimidar al pueblo en sus cuarteles, y parte del Gobierno mismo, con el Vice Presidente á la cabeza.

El Presidente dejaba de serlo, desde que habia abandonado el recinto de su autoridad, donde quedaban la mayoría del Poder Ejecutivo y Legislativo.

El coronel Arias estaba desesperado.

—Ya está sucediendo lo que yo habia previsto, decia al doctor Tejedor.

La guerra civil, terrible y sangrienta.

—No crea usted, contamos con muchos cuerpos del ejército, que han de defecionarle.

—Error, terrible y amargo error, repetia el coronel.

El ejército ha de rodear al Presidente, donde quiera que este se encuentre, y ha de obedecer sus órdenes!

Yo conozco al ejército, señor.

—No tema usted.

El Presidente, fuera de Buenos Aires, sin el poder moral de esta provincia, vendrá á nosotros.

Además, él nunca se atreverá á traer un ataque sobre la ciudad de Buenos Aires.

—El doctor Avellaneda se atreve á todo.

Dejándolo en la Chacarita, reunirá allí el ejército de línea, mandará venir los contingentes de la liga, y pronto Buenos Aires estará rodeado por un ejército de veinte mil hombres.

—Y Buenos Aires tendrá cincuenta mil para defenderse.

—Pero sin armas y sin organizacion.

Créame señor, aún es tiempo de ganar la batalla sin combatir.

Apodérese el gobierno de las existencias del Parque, ya que no tenemos armas; los batallones pueden tomarse fácilmente en sus cuarteles, esta misma noche, ó impedirles salgan para la Chacarita.

Es preciso ganar tiempo y no vacilar un momento.

Avellaneda en la Chacarita, con la fuerza que tiene, puede ser traído de las orejas.

Pero tal vez y no tal vez, sino seguramente, no habrá tiempo ni posibilidad para ello.

Los batallones se habrán ido, el Parque quedará limpio, y el Presidente se encontrará rodeado de un fuerte ejército.

—Es que yo no quiero ser rebelde llevando un ataque sobre el Presidente de la Republica! es que yo no quiero salir del terreno de la resistencia!

—Pero si ya es rebelde el gobierno de Buenos Aires.

Si ya por su orden he arriado la bandera de la nacion, haciendo fuego sobre sus marineros y quitándoles los fusiles que habian tomado!

—Eso no es atacar sino defenderse, y, ahí el gobierno, estaba en su terreno.

—Quiere decir que el gobierno de Buenos Aires vuelve á encerrarse en la resistencia dejando al enemigo la iniciativa, desde la organizacion hasta el ataque?

—Ese es mi deber y no puedo salir de ahí.

—Su deber es conjurar con tiempo el peligro que nos amenaza, y para conjurarlo no hay mas que atacar.

Así el gobierno de Buenos Aires defenderá la Constitución, las leyes y el derecho de su pueblo y de toda la Republica.

Esta es la gran mision del gobierno de Buenos Aires.

Ah! si yo lo fuera por solo dos horas!

Pero el doctor Tejedor se habia encastillado en el absurdo de la defensa y todo era inútil.

Se veia claro que no cederia, ni ante la ruina de la Provincia.

El coronel Arias se retiró á su casa, profundamente desencantado, aunque firmemente resuelto á hacer por Buenos Aires, todo lo humanamente posible.

Al salir de la casa de gobierno, llamó á los viejos sargentos del 6 de línea, Miranda y Perez, que como asistentes lo acompañaban desde el 15 de Febrero.

Perez era uno de aquellos veteranos que guardan para su jefe una lealtad á toda prueba.

Lo han visto criarse en el cuerpo desde alférez ó cadete, y sienten la necesidad de vivir á su lado para no dejar de verlo un solo dia.

El jefe criado en estas condiciones, llega á ser para estos leales soldados, una especie de

hijo, en quien reconcentran todos sus cariños en a tierra.

Sus rabetas les hacen gracia, y reciben por su orden un castigo, como una gracia de hijo mimado.

Perez no tenia sobre el mundo mas vínculos de cariño que los que lo ligaban al coronel Arias, de cuyo lado no lo hubieran sacado, ni con palabra de casamiento, segun la gráfica espresion de los soldados criollos.

Miranda estaba en las mismas condiciones de Perez respecto á su jefe.

Viejo veterano que tenia pasion profunda por los hombres guapos, le habia visto dar su primer hachazo y su última voz de mando en el 6 de línea.

Asi es que cuando el coronel Arias dejó el cuerpo, ambos le pidieron los llevara de asistentes.

El sargento Miranda es el actual alférez Miranda que lo hemos visto perseguir á los terribles hermanos Barrientos, hasta echar el guante á uno de ellos, lo que le valió el ascenso á alférez de policia.

El coronel Arias llamó á sus viejos asistentes y les encomendó la mision siguiente:

—Ustedes se meten en los cuarteles de línea y me husmean lo que por allí suceda, con toda minuciosidad.

En cuanto ustedes malicien que los batallones quieren abandonar la ciudad, me lo avisan sin pérdida de tiempo.

—A qué cuartel quiere mi coronel que vayamos cada uno?

—A los que tengan mas facilidad de entrada.

Como los cuerpos que se muevan han de hacerlo simultáneamente, en cualquier cuartel se puede averiguar lo mismo.

—Está bien, mi coronel.

—Cuidado de no descuidarse.

Yo me voy á casa á descansar—sea la hora que sea y aunque yo esté durmiendo, me dán el aviso que les encargo.

—Muy bien, mi coronel, respondieron los milicos, sonriendo de una manera traviesa, y se alejaron de allí á paso regular.

El coronel Arias se fué á su casa y se metió en cama.

Quería reposar las pasadas fatigas, y estar apto para poder soportar las que vinieran al dia siguiente.

Miranda y Perez se separaron en la plaza del Retiro.

Uno se dirigió al cuartel del 11 y otro al del 1^o.

—El que salga primero, busca á su compañero, dijo Miranda, y solo que no lo pueda encontrar se vá á casa del coronel.

—Hay que andar vivos, hermano Perez, dijo Miranda, porque la gente anda asustada y desconfian de todo. Asi es que en cuanto costen en lo

que andamos, será prudente jugar un buen paso de trote.

—No tenga cuidado, hermano, ya sabe que somos de buen olfato.

Miranda se entró al cuartel del 1^o como á su casa.

Habia allí algunos compañeros del 6, y tenia gran banca entre los milicos y las clases mismas.

—Qué andas haciendo, tronera? le preguntó el oficial de guardia, viéndolo pasar alegremente.

—Nada, mi alférez, contestó Miranda saludando respetuosamente.

Dicen que andan por armar la grande y que vá á haber guerra.

Ya sabe cómo somos los soldados viejos: ando ganoso de tomar mi parte, y como el 6 no está aquí, ando viendo dónde me meto.

—Pues con nosotros! dónde vás á ir que, mas valgas? contestó el oficial, por darle una broma.

—Es que como el 6. . . no hay otro—mejorando lo presente.

No se ofenda, mi alférez, porque no lo digo para eso, pero no hay como el 6 de línea.

Con ese si no se purriá.

Donde quiera que esté el 6 ha de lucir de lo lindo.

—Bueno, quédate con nosotros mientras viene el 6, y despues pides el pase.

—Y me dán una paliza, contestó jovialmente Miranda. Nada—ya elejiré y despues veremos, ¿me dá permiso para pasar á las cuadras?

—Cómo no?

Ya sabe cómo lo recibimos siempre.

—Muchas gracias, mi alférez, y pasó adelante, metiéndose en la cuadra de la compañía de granaderos.

Las armas estaban en pabellon y los soldados con cañana y porta-municion bien provisto.

—Qué es eso? dijo entrando—estamos de marcha?

—Estamos de rotura de alma, respondió el sargento del 1^o á su colega del 6^o.

Dicen que esta noche los del tiro nacional se nos van á venir encima y aqui nos tienen esperando.

—No diga, amigo, qué se ván á venir!

Yo he andado por todo esta noche, y nadie se mueve.

Conque han dejado ir la gente de los cuarteles!

—Así mismo decimos nosotros.

Todos mandan y ninguno sabe lo que hace.

La parada no mas, como si con la parada fuera á asustarse nadie!

Lo mismo nos hicieron en la Boca, para hacernos salir cantando milongas.

Y aqui estamos listos porque dicen que de un momento ó otro nos vienen á asaltar el cuartel.

—Parolas no mas, y solo parolas.

Si el pueblo no quiere saber nada con los de

tinea y nos grita un millon de vivas cuanto salimos á la calle!

—Es con ellos, con los que quieren toparse: no con nosotros.

—Bonita cosa, amigo, tener que peliar contra tanto mocito de los mismos que suelen aliviar nuestras penas con un cinco para cigarros!

—Pero qué le hemos de hacer? Si ellos le cayeran á los que mandan, primero, ya será otra cosa.

Entonces si podíamos hacer nuestra voluntad y ponernos del lado del pueblo.

En esto terciaron otros milicos y se pusieron á filosofar sobre los sucesos que tenian alarmada toda la República. Cada uno hablaba segun sus simpatias, lamentando todos tener que pelear contra un pueblo tan de lo lindo y de mozada tan superior.

Asi se pasó la noche, llenos de alarma en el cuartel, creyendo ser asaltados de un momento á otro, pero sin que un solo grupo del pueblo se dejara sentir en las inmediaciones.

—No les digo! exclamaba Miranda, si á nosotros no nos tienen rábia—la cosa es contra el gobierno.

Despues de lista de diana y cuando se convencieron que todo estaba tranquilo, se reforzó la guardia y se permitió á los soldados que durmieran un poco, pues no debian tardar en llegar órdenes de la Chacarita.

El sargento Miranda cerró un ojo, y quedó confundido en la cuadra entre los demás milicos.

Serian las 10 1/2 de la mañana, cuando se armó en el cuartel un barullo descomunal.

Los soldados corrian á las armas, sin saber lo que pasaba, mientras los oficiales apuraban la formacion, repartiendo cada garrotazo que metia miedo.

Venia acaso por la calle alguna columna de fuerzas populares, en aire de carga?

Se batian en las calles?

Esto pensaron al principio oficiales y soldados, pero pronto pudieron convencerse de que reinaba en la ciudad una tranquilidad estraña en tales circunstancias.

Formado el batallon, los comandantes de compañías hicieron que los soldados tomaran sus capotes y piezas mas necesarias, pues iban á marchar en el acto á la Chacarita.

—Era lo que yo queria saber, pensó para si Miranda,

Ahora, si te ví no me acuerdo.
Y fué á salir del cuartel.

—Qué es eso, sargento? preguntó el oficial de guardia ¿no viene con nosotros?

—Y cómo no, mi oficial?

Voy de una carrera de aqui dos cuadras á traer unas pilchas y vuelvo en el acto.

—Pronto, porque ya vamos á salir.

—No importa, aunque tarde un poco, mi oficial;

si acaso, ya se que los alcanzo camino de la Chacarita.

Con su permiso entonces.

Y sin esperar respuesta y ávido de llevar el aviso á su coronel, salió como alma que persiguo el diablo.

El sargento Miranda no paró hasta la casa del coronel Arias, donde hacia un momento habia llegado el sargento Perez.

Eran las once y media de la mañana.

—Qué novedades? preguntó el coronel apenas tuvo delante á los dos sargentos.

—Que se ván, mi Coronel, sin dar espera.

—Cómo que se ván? y á dónde?

—A la Chacarita, señor.

El ministro ha mandado la órden, segun parece, y se van sobre la marcha.

Y cada uno de ellos refirió lo que habia visto en el cuartel bombeado.

—Parece, agregó Perez, que la órden es para toda la tropa que hay en la ciudad.

Asi lo he oido decir á los oficiales.

El coronel Arias, para no perder un segundo, hizo traer un carruaje y se trasladó á media rienda á casa del Gobierno de la Provincia.

La marcha de los cuerpos no podia tardar.

El Gobierno Nacional, suponiendo que el de la Provincia se daba cuenta de la situacion, creia que sus batallones serian atacados en los cuarteles, y los mandaba salir para evitar este peligro, que, teniendo lugar, vendria á privarlo de la mayor de sus fuerzas.

El coronel Arias refirió al doctor Tejedor lo que pasaba, indicándole que era preciso, forzoso, tomar una medida rápida para evitar la salida de estas tropas.

El Gobernador recibió la noticia con la mayor tranquilidad.

Parecia que aquella noticia en vez de alarmarlo lo habia puesto contento y de buen humor.

El coronel Arias, atónito ante aquella inesperada actitud, volvió á indicar que era urgente detener la salida de los batallones, para lo cual el pueblo tenia elementos sobrados.

—Esas tropas en la Chacarita, sin que nadie las moleste, decia el coronel creciendo su agitacion, son la base de un gran ejército, que operará sobre Buenos Aires.

Me consta que se ha telegrafiado ya á los jefes de frontera para que vengan á la Chacarita, forzando las marchas.

Ya la liga tiene conocimiento de la salida del Presidente, y órden de mandar todos los contingentes disponibles.

Es preciso entonces, no solo impedir la salida de estas tropas, sino atacar á las que están en la Chacarita, antes que sean reforzadas.

Créame, señor, concluia el coronel Arias, creciendo en entusiasmo.

Es la única manera de evitar la terrible guerra civil que se prepara.

Pero el doctor Tejedor parecia pensar de muy distinta manera.

Sonreia plácidamente ante los temores del Coronel Arias, y parecia que con una sola palabra suya, quedaria conjurada la borrasca, ó que todo aquello era una broma.

—Es preciso que ustedes se convenzan que yo no puedo atacar, exclamó acosado.

No puedo salir, ni saldré de los límites de la defensa, en caso de ser atacado.

Si el Gobierno Nacional saca sus tropas de la ciudad, está en su derecho, derecho que yo no puedo cohartar bajo ningun principio.

El campeon de la defensa, volvía á asomar en los momentos en que la accion iniciadora era mas necesaria que nunca.

El Coronel Arias y demás gefes de la defensa allí presentes, trataban de animarlo en aquel sentido, pero todo era inútil y los argumentos eternos volvían á usarse.

—Yo no puedo atacar!

—Pero si ya ha atacado!

Y la toma de las armas? y la embarcacion prisionera? y los marineros heridos y desarmados?

—Eso no es un ataque, eso es defender la propiedad de la Provincia, respondia aquel hombre fatal, esas armas son compradas con su plata.

—Tambien ha comprado con su sangre y sus sacrificios de todo género las libertades que quieren arrebatarse como las armas.

—Y las defenderemos hasta donde podamos.

Era inútil insistir por mas tiempo.

El gobernador de Buenos Aires sufría un error fatal creyendo que era aquella la actitud que le correspondia, mas fatal aún, porque nadie lograba persuadirlo de lo contrario.

Estando allí los gefes de la defensa, empezaron á llegar las noticias de la retirada emprendida por los batallones nacionales.

Era tal la precipitacion con que salian de sus cuarteles, que algunos de los soldados tuvieron que dejar sus mochilas.

No fueron mas afortunados los oficiales, que tenian que dejar tambien sus equipajes, pues les obligaban á andar con rapidez.

Los cuarteles y el Parque de Artilleria, llenos de pertrechos de guerra, quedaban abandonados, pues solo habian dejado como custodias, por no poderlos llevar, á los soldados enfermos, que no pasarian entre todos de una media docena.

Aquí tuvo lugar una nueva y estéril lucha con el gobernador de Buenos Aires.

Ya que se dejaba salir los batallones, era urgente, por lo menos apoderarse de los elementos que dejaba en su fuga, elementos que serian

de una necesidad vital para la defensa, que carecia de armas y de municiones.

En los cuarteles habia quedado una buena cantidad de armamento y correaje.

Y en el Parque de Artilleria quedaban cañones, rifles, carabinas, y lo mas interesante de todas las máquinas de hacer cartuchos.

—Es necesario apoderarse de todo esto, decian al doctor Tejedor, antes que el Presidente, intente mandarlo llevar.

La defensa no tiene ni las armas ni las municiones que necesita, y ahora su introduccion es casi imposible.

Por lo menos, permítasenos ocupar el Parque de Artilleria, donde están los mejores y mas abundantes materiales de guerra.

—Eso es de todo punto irrealizable, exclamó el gobernador.

Yo no puedo lanzarme sobre la propiedad del Gobierno Nacional, cuya autoridad no se ha desconocido.

El puede llevar todo lo que quiera, sin que la autoridad provincial pueda meterse en ello.

Lo que, en Buenos Aires deja el Gobierno Nacional, lo encontrará intacto cuando lo mande recoger.

Aquello era un disparate monstruoso.

No solo se renunciaba ya al ataque, sino á los elementos de guerra de que la defensa necesitaba, y que eran abandonados por un enemigo oficialmente declarado.

Qué esperaba para obrar el gobernador de Buenos Aires?

Que el Presidente armara sus baterias de gran calibre y empezase á echar abajo la gran ciudad?

Y ni la razon ni el patriotismo iluminaban la cabeza de aquel hombre!

Esta conducta fué interpretada por temor en la Chacarita hasta el extremo que el dia 3 de Junio empezaron á llegar comisiones de los diferentes cuerpos campados en la Chacarita, á llevar sus enfermos y todo lo que habian dejado en los cuarteles.

Y los equipos, cañones, fusiles, municion y cuanto quisieron, fué sacado á vista y paciencia de todos, embarcado en carros y llevado á la Chacarita, sin que la autoridad provincial: testigo impassible de aquello, se permitiera decir la menor palabra.

Segun el gobernador de Buenos Aires, el presidente hacia uso de un derecho que él no podía cohartar.

Y Buenos Aires veia salir de su ciudad, los cañones y fusiles que mas tarde habian de sembrar la muerte en sus calles.

Recien el dia 4 de Junio, cuando se vió que el gobierno nacional hacia un campamento en la Chacarita y hacia transportar á Belgrano todas sus oficinas, el gobierno de la provincia se resolvió á ocupar el Parque y los cuarteles.

Pero tarde! demasiado tarde!

En los cuarteles no existía nada, y en el Parque no había más que unas piezas de artillería insignificantes.

Todo había sido llevado!

Y lo que no habían podido conducir, como las máquinas de hacer cartuchos, etc., fueron inutilizadas, llevándose sus piezas más importantes.

Buenos Aires quedaba en una situación terrible.

Solo el valor y abnegación de sus hijos podía librarla de un cataclismo.

No existían armas ni para la tercera parte de la Guardia Nacional.

Muchos cuerpos del Tiro Nacional, como los heroicos batallones Coronel Sosa y General Mitre, tenían armamento fulminante.

Y la munición Remington era tan escasa, que

serviendo toda la que había, solo tendrían para una hora de fuego sostenido.

Y con estos miserables elementos, se iba á luchar con un ejército de las tres armas, aguerrido y perfectamente disciplinado, numeroso, y armado todo con armas de los últimos sistemas.

Pero no por estos terribles inconvenientes, conocidos de todos, desmayó un solo instante el espíritu público.

Por el contrario, se reavivó á la vista del peligro, y más entusiastas que nunca, los hijos de Buenos Aires llenaron los cuarteles.

Por el momento, era preciso renunciar hasta á la ayuda de la noble provincia de Corrientes, que con diez mil guardias nacionales acuartelados, esperaban las armas prometidas y un jefe que se pusiese á la cabeza del ejército.

LA CAMPAÑA DE ARIAS

Los momentos eran difíciles.

No se podía perder un momento, so pena de sacrificar la más noble de las causas.

Situado Buenos Aires por las tropas nacionales, su campaña sería ocupada inmediatamente, la ciudad se vería privada de todos sus elementos, y cortadas todas sus comunicaciones.

En el camino de la defensa esto era lo que iba á suceder, si el Gobierno de la Provincia no se decidía á atacar y atacar vigorosamente al enemigo que lo sitiaba ya.

Aun era tiempo y los elementos que había para el ataque eran de primera fuerza.

El Gobernador de Buenos Aires tuvo un momento de lucidez y mandó al Coronel Arias la carta siguiente:

Junio 4—8 1/2 a. m.

Coronel Arias:

Lo necesito inmediatamente.
Su affmo.

C. Tejedor.

El Coronel Arias pensó que al fin se decidía el Dr. Tejedor á hacer lo que todos le aconsejaban.

Atacar al gobierno elector en su campamento de la Chacarita.

El sargento Miranda, haciendo todo género de sacrificios por servir á su Coronel, se había trasladado á la Chacarita, de donde traía los datos más importantes.

—Un batallón del tiro, mi Coronel, decía aquel heroico soldado, un solo batallón del tiro puede meterles allí un trote soberano.

La gente duerme sobre las armas, si se puede llamar dormir á permanecer en formación de lista á lista, temiendo una atropellada de los de adentro.

El Presidente se ha encerrado en el cuartel del 1^o y no sale de allí ni por un queso!

Han mandado venir todas las divisiones de la frontera, á gran prisa, y dentro de poco habrá un gran ejército.

Pero ahora, mi Coronel, le aseguro que los muchachos no esperan más que un entreverito para venirse adentro.

El Coronel Arias se agarraba la cabeza, pues veía que se perdía la última oportunidad que ofrecería el enemigo.

Una vez que renniera todo un ejército, la de-

fensa, sin armas, sin organizacion y sin elementos, quedaba perdida.

Asi es que en cuanto recibió la carta que dejamos transcripta, el coronel se trasladó inmediatamente á la casa de Gobierno.

Tal vez ocurriera algo grave y fuese necesaria su presencia *inmediatamente*, como lo decia la carta.

El Gobernador estaba en su despacho acompañado del Ministro Alcorta, cuando entró el Coronel Arias.

Despues de las cortesias naturales, el Coronel Arias significó que habia recibido la carta y que venia á ponerse á las órdenes del Gobierno.

—Lo he mandado llamar, dijo gravemente el Gobernador, porque hemos resuelto en acuerdo del Ministerio, que usted marche á campaña hoy mismo, á la brevedad posible.

Le hemos nombrado gefe de todas las fuerzas que deben movilizarse en la campaña de la Provincia.

Un rayo que hubiera caido á los piés del coronel, no le hubiera producido un efecto mas terrible.

Aquello á su juicio era un desacierto fatal.

Lo sacaban de la ciudad su verdadero centro de accion, donde podia desplegar toda la potencia de su corazon y de su espíritu, y lo enviaban á la campaña, donde su accion era casi ineficaz.

El coronel Arias miró asombrado un momento á aquellos dos hombres, y repuso:

—Pero señor! Usted sabe que soy el menos á propósito para ir á movilizar las fuerzas de la campaña.

Mi campo de accion no está en esta provincia, donde no he intervenido para nada en los trabajos político de su campaña.

Abi está el benemerito coronel Lagos que conoce mejor que yo la campaña y que ya el 15 de Febrero organizó algunas milicias.

El tiene prestijio, es conocido y respetado de todos, y es mucho mas competente que yo para desempeñar esta comision.

El haria fácilmente en una semana lo que á mi me seria muy dificil ejecutar en veinte dias.

El mismo coronel Campos, el General Gainza, y aún el coronel Garmendia están en mejores circunstancias.

Para abandonar la ciudad de Buenos Aires, donde está el verdadero peligro, iria con preferencia á Corrientes, donde me espera un ejército reunido.

El peligro está aquí, continuó el jóven militar entusiasmándose por grados: pues concluyamos con el peligro.

Vamos á la chacarita y todo habrá concluido.

Hoy la operacion es fácil aun, mañana tal vez fuera imposible.

No se trata de eso, replicó el doctor Tejedor.

—No se trata de eso, apoyó el doctor Alcorta con un aplomo napoleónico.

Solo queremos prepararnos á la defensa por si acaso quieren la guerra.

El coronel Arias no sabia si estaba hablando con gente cuerda, ó con gente completamente ida de sesos.

Insistir el cuatro de Junio en que la guerra era problemática y que solo convenia prepararse á la defensa por si acaso, era cosa de dudar hasta del juicio propio y creer que uno estaba oyendo las cosas al revés.

El coronel Arias quiso demostrar que aquello era un disparate, pero fué inútil.

—Es resolucion invariable, dijo el doctor Tejedor.

—Invariable, agregó el éco de su ministro.

—Es preciso que usted haga este nuevo sacrificio por Buenos Aires.

Nosotros queremos que usted marche á campaña.

Y aquello era sacrificar, efectivamente, al hombre que habia sido el nervio de la resistencia.

—Como puesto de sacrificio, lo acepto, dijo el coronel, despues de meditar un momento, como estoy dispuesto á aceptar cualquier otro. Todo por Buenos Aires y la causa de la libertad.

Y aceptó la comision que se le confiaba, profundamente contrariado, porque aquello era á su claro juicio, un aplazamiento de triste presajio para la causa de Buenos Aires.

Su creencia de que querian alejarlo de la ciudad donde tal vez era un obstáculo, se arraigó mas en él, pero despreciando estas pequeñas miserias, se puso de pié y dijo.

—Bien señor, iré á la campaña y organizaré las fuerzas que me sea posible reunir en estas circunstancias.

El Gobierno Nacional tiene ya todas sus tropas en movimiento sobre esta capital, pero poco importa.

Supongo que me algunos batallones para plantel y base del ejército que se me manda formar.

—No, señor, eso es imposible.

Lo que daremos serán algunas armas y municiones para que lleve.

—Y dónde he de formar ese ejército sin base?

—Queda á su eleccion el paraje donde ha de establecer su comandancia en gefe.

—Puede ser Mercedes, San Nicolás, Chivilcoy ó el punto que usted elija, repitió el eco del Dr. Alcorta.

—El punto mas apropósito es Mercedes, replicó Arias, que ya meditaba un plan de campaña.

Pero hoy es casi imposible establecerse allí sin una base de fuerza hecha.

De otro modo siempre estaria espuesto á un manoton del enemigo.

—Bien, que sea Mercedes, dijo el gobernador prescindiendo de estas observaciones.

Vamos á prepararle lo que necesita para su marcha, es decir, en cuanto lo permitan nuestros medios.

—Necesito siquiera dos mil fusiles y quinientos mil tiros, dijo el coronel Arias, las lanzas y carabinas que se me puedan proporcionar, vestuario, y un comisario de guerra que provea al ejército.

—Eso último lo tenemos muy bueno, dijo el ministro Alcorta prescindiendo de lo demás, como de cosas innecesarias.

Ahi está el comandante Abraham Walker; puede llevarlo con usted.

—Que mas necesita? preguntó el Gobernador, como si al Comisario de Guerra se hubiera limitado todo el pedido.

—Por lo menos un batallon para que me escolte las armas y el equipo.

El Coronel creía que su pedido seria llenado.

Si no quieren darme uno de los Provinciales, denme por lo menos uno de Policia, ó cualquier batallon del tiro Nacional, que me servirá para instruir un poco al paisanaje.

Es conveniente tambien que se me proporcionen algunos gefes y oficiales de la Provincia y que mi nombramiento sea comunicado á los Comandantes Militares y Jueces de Paz, para que estos me presten obediencia.

Aquellos tres hombres estuvieron mirándose un momento, como si quisieran penetrarse el pensamiento.

Qué hermoso contraste ofrecia la cara juvenil y entusiasta del coronel Arias con aquellas dos fisonomias frias, que parecian meditar cosas de poca monta!

Por fin el gobernador se decidió á descubrir su juego y exclamó:

—No cuenta usted con llevar un solo soldado de la ciudad, coronel: eso es imposible.

—Es imposible, murmuró siempre el éco del doctor Alcorta.

—Pero señor, replicó Arias, indignado francamente: hay aqui mas de cinco mil hombres perfectamente organizados, que dentro de la ciudad, pueden defenderse de veinte mil. Y á mi me manda organizar milicias que hay que reunir las previamente, en medio del enemigo, y me niega un batallon!

Cómo debo interpretar esto?

—Usted no necesita tal batallon, su solo nombre es un ejército, dijo el Gobernador.

—Es un ejército, repitió siempre el doctor Alcorta.

—Agradezco el cumplimiento, pero el ejército solo valdria contra otro igual.

Piensen ustedes que el camino está interceptado por las fuerzas nacionales y que mi marcha se vá á conocer.

Hay en la casa de Gobierno empleados que no son nuestros amigos políticos y que van á prevenir la salida de armas, etc.

Los empleados mismos del Ferro-Carril no son todos amigos del Gobierno de la Provincia, y si marchó sin llevar siquiera una compañía del Guardia Provincial, solo cincuenta hombres, no puedo responder de un buen resultado, esponiéndonos á perderlo todo.

Insisto en llevar conmigo, por lo menos, una compañía del Guardia Provincial.

Era lo menos que se podia pedir, tratándose de una expedición tan peligrosa, y lo mas fácil de obtener.

Cómo habia de negársele una compañía de cincuenta hombres, tropa que poco significaba en la ciudad, y que para el Coronel lo era todo?

Y ni esto se le concedió!

Cabia ya la menor duda de que se trataba de sacrificarlo?

El coronel Arias estuvo tentado de mandar al infierno á semejantes ilusos, pero se contuvo á tiempo.

Y esto por Buenos Aires y para Buenos Aires! pensó.

Qué valgo yo al lado de la gran causa que defendemos?

Y aceptó aquel disparate inconcebible.

—Muy bien, dijo, iré solo, y añadió sonriendo, con el ejército de mi nombre!

El esfuerzo será sobrehumano, pero mesiento capaz de todo, por este pueblo heróico!

Y se le dejó marchar solo, con el comandante Walker, que fué mas tarde su brazo derecho, dos gefes, cuatro ayudantes y un asistente.

Hé ahí la base del victorioso ejército de campaña, que se cubrió de gloria en Olivera.

Cómo se proveia entre tanto el pedido del coronel Arias?

Se habia dicho al coronel Arias que los jefes tendria él que proporcionárselos.

¿Dón le iria el coronel á buscarlos?

La empresa era gloriosa si se realizaba con éxito, pero habia que correr grandes riesgos y el coronel tenia hasta vergüenza de invitar á ninguno para que lo acompañase.

Porque parecia imposible que falto de todo elemento racional se pudiera llegar á procurar y organizar un ejército, puede decirse, á la vista de un enemigo poderoso.

Por felicidad para él, se encontraban en Buenos Aires los valientes y distinguidos oficiales del 6º de infanteria de línea, subtenientes entonces don Valentin Espejo y don Ramon Rodriguez, hoy sargentos mayores de Guardias Nacionales de la provincia, los tenientes Fraguero y N. Castillo y los sargentos Avelino Miranda y N. Perez, y de quienes ya hemos hablado.

Ademas, el coronel contaba como toda tropa, con su ex-asistente soldado rebajado, José Reyes.

Este fué el gran plantel de aquel ejército, en que pensó con una intima complacencia el coronel, mandándoles aviso inmediatamente.

Recordó además que el viejo patriota coronel Sanabria había como él solicitado su baja para los sucesos de Febrero y que haciéndole en seguida una visita el coronel Arias en su casa particular, le había ofrecido sus servicios, en caso de guerra.

Así, pues, le mandó llamar y le ordenó se preparase para marchar inmediatamente.

Igual cosa hizo con el comandante Paez que también se le había ofrecido.

Pensó en seguida en otros patriotas de reconocida fama de valerosos y mandó citarlos, haciéndolo él personalmente con el comandante Eliseo Acevedo, á quien recomendaban el gobernador y su éco el ministro de gobierno.

El comandante Domingo Rebuccion fué uno de los invitados por el coronel y otros ciudadanos mas que escusamos nombrar porque faltaron á la cita á pesar de haber quedado comprometidos para marchar.

Felizmente estos fueron bien reemplazados por los distinguidos patriotas D. Juan V. Lalanne y D. Fermin Eguia que habían tenido conocimiento de la marcha del coronel y se le habían presentado como voluntario.

Respecto de armas el gobernador no fué nada pródigo.

Se le dieron solamente mil doscientos *Mau-sers*, sin bayoneta; dos mil lanzas sin banderolas, porque no había como él las deseaba, mil y pico de sables y unos pocos vestuarios de Guardia Nacional, con algunas pocas carpas que no alcanzaban ni para los jefes.

Nótere que este era el armamento calculado para levantar un ejército que, según ese mismo gobierno podía ascender 30,000 hombres.

Dinero si, se le mandó un cheque á la órden del señor Abraham Walker por 500.000 pesos moneda corriente.

Pero este dinero debía tomarlo el Comisario de Guerra de las sucursales de la campaña y que podían muy bien haber sido usurpadas por el enemigo.

El coronel Arias no manejó durante la campaña por sus manos un solo peso.

Tenia otras cosas que hacer!

Fué el Sr. Waller el que corrió con el dinero y pagó todas las cuentas que previamente fueron siempre revisadas por el coronel.

Este punto es uno de los que mas honran al coronel Arias, porque su gran ejército no gastó ni medio millon de pesos papel moneda, apesar de haberse comprado y pagado al contado una gran cantidad de ponchos, carpas, etc. etc. y haber siempre pagado la carne que consumía.

El honorable Coronel de Guardias Nacionales don Abraham Walker, rindió minuciosa cuenta de lo gastado y entregó al Banco de la Provincia el sobrante de los fondos que había tenido en caja la Comisaria de Guerra á su cargo.

Y era grande el contento de haberlo así podi-

do realizar, pues en el combate de Olivera la bala del Comisario estuvo algo espuesta á causa de haberse arrojado en un arroyo el carro donde venia.

Pero gracias á la prevision, tanto del Coronel Arias como del Comisario, fué salvada y traída durante toda la marcha de esa noche por un jóven sobrino del Comisario y que por órden del Coronel Arias venia á la cabeza del ejército bien escoltado por varios oficiales.

Se le negó como dejamos dicho mas arriba, una escolta para que le acompañase en el tren en precaucion de cualquier ataque intentando apoderarse de las armas que debía conducir á Mercedes.

Para base de aquel ejército á formar, le había dicho el Gobernador y repetido claro del doctor Alcorta, que podía disponer de la Policía de campaña que estaba organizada en regimientos, los cuales eran mandados, uno por el Comandante José Diaz Arenas, otro por el Comandante Vera y otro por el Comandante Leiria.

Pero es bueno saber que esos cuerpos se encontraban dispersos en comisiones rurales desempeñando su verdadero rol.

La policía de campaña quedaba en las mismas condiciones de los cuerpos a formar.

No tenían cohesion, ni la menor noción de milicia.

Los oficiales eran simples ciudadanos que no sabian nada mas que los soldados, y estos sabian tanto de milicia como cualquier recluta.

Se puso á disposicion del coronel un tren especial en la estacion del Parque y se dió órden al gerente de la Administracion para que cumpliera las que el Coronel Arias quisiera darle.

Por lo pronto dispuso el Coronel que además de la máquina que debía conducir su tren hubiese otra lista para colocarla adelante en la marcha.

Esta era una precaucion sagaz y necesaria para el buen éxito de la empresa, pues la tomaba Arias con el objeto de que en caso de estar obstruida la via pudiese ésta, marchando un poco adelante, dar el aviso oportunamente y evitar el descarrilamiento del tren donde iban las armas y los gefes.

Así había tiempo de retroceder, mientras el enemigo los creía vencidos por el obstáculo.

Se había acordado que la marcha debía efectuarse á las 9 p. m. pero recién á las 11 y 1/2 fué posible emprenderla porque el coronel tuvo como Senador Provincial, que asistir á la sesion que tenia lugar esa noche y donde su voto era necesario para hacer triunfar la disposicion por la cual se acordaban al Gobierno de la Provincia 50 millones para los gastos de la defensa.

Era preciso contrarrestar á los pocos enemigos que había en el Senado y la Cámara, entre los que había muchos enemigos antiguos de Buenos Ai-

res, enseñoreados en ellas, por obra y gracia del cuociente.

Por fin; á las 11 se presentó el coronel en la Estacion donde debian encontrarse todos los invitados para emprender tan gloriosa campaña.

Pero solo encontró á los valientes gefes y oficiales siguientes:

- Teniente Coronel D. Eliceo Acevedo.
- “ “ “ Domingo Rebucion.
- Capitan de G. N. D. Valentin Espejo.
- “ “ “ Ramon F. Rodriguez.
- Ayudante Secretario D. Juan V. Lalanne.
- “ “ “ Fermin Eguía.
- Sargento 1º “ Avelino Miranda.
- Soldado—asistente José Reyes.

Este pequeño núcleo de valientes fué la base del ejército de campaña reunido y organizado en doce dias! . . . y el que salvó el nombre glorioso de Buenos Aires, combatiendo en San Antonio de Areco, Olivera, Puente Alsina, Barracas y Corrales, con los viejos y aguerridos veteranos de la Nacion.

La serie de dificultades con que luchó el coronel Arias, no dejó de ocasionarle algunas molestias.

En la Estacion, por ejemplo,—supo el Coronel por el gerente que los maquinistas se negaban á ir en la máquina que debia servirle de vanguardia.

Pero decia al mismo tiempo, el gerente, que habia de encontrar uno que fuese.

Asi sucedió y por fin pudo ponerse el tren en marcha á las 11 1/4 p. m.

Pero, al poco tiempo de emprendida la marcha al llegar á Almagro, se para el tren; el coronel y sus compañeros prepararon sus revolvers y mandó este un ayudante á saber del conductor la novedad que ocurría.

Este regresó diciendo que el maquinista que conducía la máquina de bombero, tenia miedo y se negaba á seguir adelante; la noche estaba oscura como boca de lobo.

El coronel inmediatamente le mandó prevenir al maquinista que lo iba á fusilar sino seguía la marcha, tratando de intimidarlo, pues la parada era de un serio compromiso.

Quien le garantía al coronel Arias que aquella parada no obedecía á un convenio anterior con aquel maquinista encontrado providencialmente y cuando ningun otro queria marchar?

Era necesario pues, para salvar las armas y salvarse ellos mismos, imponerse al maquinista intimidándolo.

Asi, el oficial que llevó la órden, le puso el revolver en la cabeza y le dijo:

—Amigo maquinista, le prevengo que si no sigue adelante, tengo órden de hacerle volar la tapa de los sesos.

Adelante, pues, y sin réplica.

Aquella amenaza habia sido hecha de un modo tal que no admitía réplicas.

El buen maquinista tenia que elegir entre su miedo á un peligro imaginario, y una realidad inmediata.

La detencion del tren además, se habia efectuado en el paraje mismo por donde todo el dia se habian visto las partidas de caballeria destacadas de la Chacarita.

Asi pues habia motivos hasta para creer en una traicion del maquinista.

Pero éste ante el revolver y la energia del ayudante del coronel Arias, emprendió de nuevo la marcha, la que se siguió hasta Floresta, muy lentamente sin luz en las máquina y con todas las precauciones que el caso requeria.

De allí á Mercedes fué que se emprendió la marcha á toda fuerza.

A las 2 y 35 a. m. llegaba el coronel Arias á Mercedes sin mas accidente que el referido.

El viaje fué bastante agitado, pues no siendo adictos á la causa de Buenos Aires la mayor parte de los empleados del ferro-carril, como lo habia dicho el coronel Arias, se temia á cada momento encontrar algun tropiezo de consideracion.

Con la máquina bombera que marchaba adelante, el coronel podia bien evitar un descarriamiento que lo hiciese caer en manos del enemigo, pero no podia evitar el tener que retroceder á toda fuerza de máquina, para salvar el escaso armamento que llevaba.

Si el Gobernador le hubiera dado el batallon pedido, nada hubiera tenido que temer pero con unos cuantos gefes y oficiales, un sargento y un soldado por todo ejército, Arias quedaba á disposicion del primer escuadron de caballeria que lo hubiera atacado.

La conducta incomprendible del Gobernador de la Provincia, colocaba al coronel Arias en una situacion terrible.

Parecia un gefe destacado intencionalmente como centinela perdido.

No era creible que el gefe de la resistencia se hubiera propuesto cabar su propia tumba.

Y sin embargo, mientras alejaba del campo de accion verdadera á militares de la importancia de Arias, dejaba en segundo término á gefes que se imponian por sus condiciones y bravura como el coronel Lagos y hacia á un lado completamente á generales de la pericia de Arredondo, se le veia rodearse de aquellos gefes sin iniciativa, sin accion y sin prestigio alguno.

El no buscaba generales que salvaran la situacion, parecia, sino personas que estuvieran al nivel de su Ministro de Gobierno, como no habia buscado ministros de Gobiernos, sino personas que se adoptaran á convertirse en su eco.

Buenos Aires era una especie de enfermo grave, á quien la familia habia rodeado de curanderos homeópatas, haciendo á un lado á los médicos.

Y el pueblo, relegado al rol pasivo de obedecer

y caíar, miraba sin comprender, aterrado, aquel manejo de muerte.

Estas mismas eran las impresiones con que el coronel salió de Buenos Aires.

Pero decidido á servir á la gran causa de Buenos Aires con todo el esfuerzo de su espíritu inteligente y de su brazo, no se acobardó por esto.

Al contrario, comprendió que era necesario hacer un esfuerzo supremo para contrarrestar aquella apatía y ya lo hemos visto emprender la marcha con mas entusiasmo que nunca.

Al marchar, solicitó del Gobernador le dejase abiertas todas las oficinas del telégrafo durante la noche del 4 de Julio, á cuyo pedido se accedió por intermedio del eterno eco.

El coronel Arias tomaba esta precaucion, para estar al habla con el gobierno, en cualquier momento de emergencia.

Y la resolucion se observó desde entonces hasta la terminacion de aquella corta y gloriosa campaña.

La ciudad de Mercedes era, puede decirse el centro del circulo republicano.

Fué allí donde estos presentaron, durante las últimas elecciones provinciales, alguna oposicion á la lista del partido liberal.

Pero á pesar de esto, el coronel Arias habia elegido la ciudad de Mercedes como centro de sus operaciones, por su situacion topográfica que facilitaba la reconcentracion de las milicias y porque de allí podia salvar mas facilmente las del norte.

Estas milicias eran las espuestas á ser tomadas por el enemigo á quien ademas queria Arias quitar todos los recursos de caballos y hombres.

El enemigo, dominando el norte como lo dominaba, con un ejército fuerte y numeroso, podia á su vez, si se le dejaba, hacer un mal incalculable.

Para evitarlo, no habia mas recurso que salir de la resistencia, falta de juicio, en que se habia encerrado el gobierno de Buenos Aires, y decidirse á atacar cuanto antes, sin dejarle aglomerar mas fuerzas.

Pero quien convencia al Gobernador, despues que habia organizado un gabinete de resistencia, que apoyaria todos sus descabros en ese sentido?

Por este lado era necesario renunciar á toda esperanza.

El coronel Arias se veia así obligado á proceder con el mayor sigilo, para que los enemigos tomaba en el primer momento, sobre la movilizacion de la guardia nacional de campaña.

Aunque escaso, aquel grupo de partidarios del gobierno nacional en Mercedes, fueron un gran obstáculo a los proyectos del coronel Arias y fueron los que tuvieron al gobierno Nacional

al corriente de los movimientos del ejército improvisado.

Era preciso proceder con energia, y así lo comprendia el coronel, á pesar de su repugnancia por las medidas violentas.

En lo mejor de sus ocupaciones, el activo gefe, para quien el tiempo importaba todo, era distraido por los reclamos de esos malos hijos de Buenos Aires, que no solo se negaban a prestarle el concurso de su brazo, pues no querian formar en las filas de la guardia nacional, sino que eran allí los bomberos del gobierno de la Charrita.

Las pocas comisiones que al principio habian podido organizarse, tenian que andar en su buscadía y noche, hasta dar con sus escondites.

Y aquí venia la parte mas penosa para el coronel.

Atender los pedidos y reclamos de parientes amigos, lo que se traducia en pérdida irreparable de aquel tiempo precioso.

El coronel Arias sabia que los empleados de la estacion en Mercedes, pertenecian en cuerpo y alma al doctor Rocha.

El señor Cambaceres los habia colocado allí, y respondian en un todo a los propósitos de aquellos.

Así es que hasta despejar un poco aquella situacion tirante, no creyó prudente permanecer en la estacion del ferro-carril y se fué al hotel.

Allí pidió alojamiento para sus gefes y oficiales, los que mandó a descansar del viage, con excepcion del jóven don Juan V. Lalanne, al que tomó como secretario.

Pidió en seguida útiles de escritorio y Lalanne escribiendo y él dictando, se dedicaron a la labor urgente, a pesar de no haber dormido un solo momento.

El coronel Arias es uno de los gefes mas activos que tiene el ejército, y el militar mas incansable para la labor.

Parece que el reposo no tuviera nada que ver con su cuerpo.

Solo lo encontramos comparable al coronel Lagos, a quien hemos visto hacer una expedicion sobre los toldos de Pincen, bajo una lluvia torrencial, y solo dormia un par de horas, sobre el lomo de un cañon, durante tres dias de marcha.

Y aquel corto sueño lo echó bajo el aguacero mas morrudo que hayan calado huesos humanos.

Y el bizarro gefe dormia con toda la placidez y tranquilidad del que reposa en la mas lujosa y cómoda alcoba.

Son dos hombres nacidos para la fatiga y para la accion.

Así transcurrieron las horas una en pos de otra, hasta que los sorprendió el día—Arias dictando y Lalanne escribiendo.

Sus compañeros y el dueño del hotel le ofrecieron varias veces algún alimento, que él rehusó por no perder tiempo, con gran descontento de su víctima Lalanne, que al través de cada nota ó de cada órden, veía desfilas algún morrudo bife a caballo, ó algún par de costillas con papas.

Los pobres ayudantes y aún los que no lo eran, desde que amaneció el día, empezaron a echar el quilo yendo y viniendo a la oficina te-

legrafica, a lo del juez de Paz, a lo del comandante militar, ó en busca de este ó aquel vecino amigo político, cuya importancia y conocimientos en la ciudad podían serle útiles.

Así, atendiendo a todos y a todo a un mismo tiempo, recién a las 3 de la tarde pudieron dedicar cinco minutos a los mal tratados estómagos, aunque interrumpidos a cada minuto por comunicaciones importantes ó personas a quienes era preciso atender.

EL CORONEL LAGOS

Dejemos un momento en Mercedes al coronel Arias, dando los primeros pasos para organizar el ejército que había de bautizarse de una manera heroica en el puente de Olivera, y volvamos a la ciudad donde la resistencia se organizaba a gran prisa.

El gobierno de la Provincia, apurado por el peligro, pensó entonces en el coronel Hilario Lagos, militar intrépido y brillante, que es la otra figura que se destaca de aquellos amargos días.

El coronel Lagos fué nombrado jefe de la caballería de la plaza, que debía organizar rápidamente, para prestar el importante servicio de vanguardia, cubriendo los puestos avanzados.

El coronel Lagos es un militar entusiasta y amante de la gloria patria sobre todas las cosas.

Gefe lucidísimo en un campo de batalla, de una inteligencia é instrucción poco comunes entre nuestros gefes y bravo y ardiente con esa bravura franca y comunicativa que subyuga en el peligro, su puesto estaba en la campaña, como lo había dicho el coronel Arias, operando con una fuerte división de caballería.

Pero los directores de la defensa tenían el raro tino de invertir todas las cosas.

Privaban a la ciudad del poderoso contingente del coronel Arias y encerraban en ella al coronel Lagos, nombrándolo jefe de una caballería que, si existía, se inutilizaba supriéndole de su verdadero campo de acción.

El pueblo de Buenos Aires aplaudió este nombramiento con entusiasmo.

La simpatía de la juventud acompañaba al modesto y digno jefe del 2 de caballería de línea que había roto su foja de veinte años de servicios, arrojándola a la frente del gobierno, para correr bajo la gran bandera de Buenos Aires.

Luego el coronel Lagos representaba un poderoso contingente de prestigio en el ejército de línea, que conocía sus condiciones de carácter como su importancia militar.

Así se vió que el gobierno de la Chacarita, que había mirado impasible la organización militar que se daba a la defensa, no pudo menos de conmovirse al conocer los nombramientos de los coroneles Arias y Lagos.

Ah! si estos gefes hubieran tenido libertad de acción y los elementos necesarios para ocupar dignamente el puesto que se les confiaba!

Qué distintas habrían pasado las cosas!

El coronel Lagos, al recibir el nombramiento que le señalaba su puesto de combate sobre los muros de la provincia madre, se trasladó lleno de entusiasmo a la casa de gobierno, a recibir instrucciones y a pedir los elementos que le eran necesarios para organizar su división de caballería.

Pero allí le esperaba un desengaño tan profundo como el que recibió el coronel Arias, a quien se negó, como custodia de las armas que conducía, una sola compañía del valiente Guardia Provincial.

En la ciudad había dos regimientos de caballería, perfectamente organizados, y que como tropas de policía estaban a las órdenes de los comisarios Biedma y Miguens.

El coronel Lagos, creía como era natural, que

aquellos dos regimientos serian la base de la division de caballeria, como el coronel Arias habia creido poder llevar como base de su ejército aunque solo fuera un batallon del Tiro Nacional.

Pero Lagos se engañaba, como se habia engañado o Arias.

Aquellos regimientos tenian que prestar servicios en sus comisarias respectivas, y no se podian distraer.

Con qué iba á formar entonces el coronel Lagos su division de caballeria?

Con lo que el coronel Arias habia ido á formar su Ejército.

Con el prestigio de su nombre y con su accion personal.

Y Lagos no desmayó como no habia desmayado Arias.

Se habian colocado ambos á la altura de la sublime situacion y se encontraban mas briosos, mientras mayores obstáculos tuvieron que vencer.

Por el momento, el coronel Lagos pidió sables y carabinas, caballos y monturas, que el gobierno prometió enviarle al dia siguiente.

Los primeros soldados él los proveeria.

Y efectivamente, desde las primeras horas de la tarde, la pequeña casa de la calle de Charcas se habia convertido en un campamento.

Su nombramiento habia conmovido á sus antiguos subalternos que se hallaban en la ciudad, los que se anticipaban á su llamado, para ofrecerle el modesto contingente de su brazo y su esfuerzo.

Los viejos leones rebajados del Regimiento 2 de caballeria, este coloso de nuestro ejército, se presentaron los primeros, llevando á la cabeza á los sargentos Lugones, Almeida, Correa Cisterna y Rivera. el terrible negro Rivera, la mas antigua columna de aquel Regimiento.

Los oficiales, como los soldados, no se hicieron esperar, y el capitan Dalle, muerto gloriosamente en el primer combate, el teniente Bonahora, el bizarro y bravo mayor Lauro Lagos y tantos otros, corrieron á tomar el mando de sus viejos soldados, á las órdenes del jefe que siempre los habia guiado por la senda del honor y de la gloria.

Antes de haber pensado en llamarlos, el coronel Lagos se encontró rodeado de soldados y clases de primer órden, y de viejos oficiales á quienes él mismo habia formado,

Porqué necesitaba mejor plantel que este?

Ya tenia fuerza suficiente para cubrir el primer puesto que se le designara.

Asi es que en el acto envió uno de estos mismos oficiales, á pedir los caballos, monturas y armas, para ponerlos en condiciones de servicio.

Entonces fué que como un obsequio oficial se le remitieron veinte y cinco carabinas y algunos tiros.

En cuanto á caballos y monturas, cada cual

podia proporcionárselas como Dios le ayudara.

Que estraña manera era aquella, de formar una division de caballeria?

El coronel Lagos no podia darse cuenta de este verdadero contrasentido.

Se le nombraba para organizar la caballeria que debia prestar á la plaza el importante servicio de avanzada y descubiertas, y no solamente no se le daban los elementos necesarios, sino que se contaba con los que él mismo pudiera proporcionarse.

Firme en la brecha y alhagado por las dificultades que se le presentaban, el coronel Lagos puso á contribucion á sus amigos personales, por monturas y caballos y logró asi montar y equipar sus viejos leones del 2 de caballeria.

Así ocupó el cuartel que habia abandonado la escolta del Presidente, y cubrió desde aquella noche la parte Norte de la ciudad, con un servicio irreprochable.

Su actividad vertiginosa cubria la falta de personal admirablemente, secundado por aquellos cuatro oficiales, que se partian multiplicándose para atender al servicio de ayudantes, comandantes de guardia, servicio de descubiertas, de avanzadas y de cuartel.

Pero aquello no podia durar de esta manera.

Los soldados se iban á postrar, á inutilizarse, y los mismos oficiales tendrian así que ceder al cansancio y la fatiga.

Algunos piquetes de policia rural, que entraban á la ciudad por no poder buscar la incorporacion del coronel Arias, en vez de mandarlos á reforzar al coronel Lagos, eran mandados á engrosar los regimientos de Policia, que ningun servicio podian prestar por el momento.

Y el tiempo pasaba y el ejército de la Chacarita era poderosamente reforzado con numerosos elementos que llegaban de todas partes.

El 11 de línea, seguido de otros cuerpos, habia entrado á San Jose de Flores, haciendo prisionera la poca Guardia Nacional reunida en la Estacion del Ferro-Carril.

Y allí empezó á organizarse un verdadero campamento militar, con el objeto de interceptar las comunicaciones de la ciudad, por aquella parte, con el coronel Arias.

Aquellas fuerzas camparon en la misma plaza de Flores, apoyadas con dos piezas de artilleria, y empezaron á hostilizar á los proveedores que entraban á la ciudad por ese lado privándole de los mas necesarios elementos de vida.

Empezaba á tenderse un sitio en toda regla.

Y el gobierno de la Provincia seguia recomendando y ordenando á las fuerzas de la defensa, no disparar un solo tiro, ni aún en el caso de ser hostilizadas por el enemigo.

El doctor Tejedor y sus ministros creian que no habia llegado el caso de defenderse y menos aún el de atacar.

Las fuerzas de la ciudad estaban ya indigna-

das, pues se les empezaba á hacer desempeñar una figura poca lucida.

Sus condiciones de organizacion no podian ser peores.

Las armas eran escasas y malas, con excepcion del Guardia Provincial y los batallones de Policia, los cuerpos no tenian municion ni para cinco minutos de fuego.

Se les habian dado cartuchos que no servian á sus fusiles y fusiles descompuestos y malos en su mayor parte.

Algunos cuerpos del Tiro Nacional que se habian proporcionado las armas á su costa, las tenia buenas, el resto, como los heróicos batallones Mitre y Sosa, no tenian ni siquiera bayonetas para sus malos fusiles.

Los cuerpos del Tiro, ocupaban los siguientes acantonamientos, desde donde podian ocurrir prontamente al punto amenazado.

Al Sur estaban los Tiradores del Sur, Buen Orden, 571, Almirante Brown, Comisaria 14, Tejedor, Entre Rios, 305, San Martin, Chacabuco y Brasil, General Paz, Perú 337 Ciudadanos Armados, Bolivar y Potosí, Defensores de Buenos Aires, Belgrano 38, Coronel Sosa, Independencia 369, Tiradores de Barracas, al otro lado del Puente, Tiradores Argentinos, Chile 248 y Voluntarios de San Telmo Perú y Caseros.

Al centro el Ituxaingo, Belgrano 38, Maipú, Florida 22, 11 de Setiembre Piedad 995, Resistencia Rivadavia 823 y Balvanera, Comisaria 9^a.

Al Norte, el Lavalle, Temple 745, Patricios de Buenos Aires, Comisaria 11, Rifleros, Skating Rink y 15 de Febrero, Paraná y Arenales.

A la estacion Centro América habia marchado el benemérito bizarro batallon Bersaglieri.

Donde se lucha por la libertad sin que forme en primera linea el esforzado brazo de los italianos?

Esta era la disposicion de las fuerzas de la defensa.

El enemigo empezaba á recibir poderosos refuerzos, no solo en tropas de linea sino en contingentes de Guardia Nacional de las Provincias.

Los batallones Avellaneda y Guardia Provincial de Santa-Fé, á las órdenes del desgraciado coronel Vasquez, venian á marchas forzadas, y la division Racodo se habia ya embarcado con el mismo destino.

Al cebo del cordero gordo venian pues aquellas masas deslumbradas por las grandezas y los muchos atractivos de Buenos Aires.

Asi las divisiones reunidas en Belgrano, alcanzaron, antes del 20 de Junio, á unos seis mil hombres, entre tropas de linea y Guardia Nacional.

Y el doctor Tejedor, que no creia en un ataque á la plaza, á pesar de estos preparativos, organizaba la *defensa*, con los mismos elementos puestos en juego hasta entonces.

Las trincheras se hacian con gran velocidad,

pero defectuosas é inútiles para resistir á un ataque serio.

Y así el Gobierno que habia negado diez mil patacones para un movimiento salvador en Santa-Fé, que hubiera dado vuelta la situacion del interior, se preparaba á gastar muchos millones en fortificaciones y fosos, que solo sirvieron para que algunos vecinos, como don Victor Belaustegui, cayesen en ellas, muriendo á los pocos momentos.

El Coronel Levalle, con una division de mil hombres habia llegado al Aznl y se preparaba á marchar sobre Buenos Aires.

Pero el Gobierno tenia hasta la inocencia de creer que el Coronel Levalle se pasaría á las filas de Buenos Aires.

Los momentos eran tremendos.

Las fuerzas empezaron á hostilizar la ciudad por el lado del Oeste, y fué entonces que se ordenó al intrépido Coronel Lagos ocupara la plaza 11 de Setiembre, con su division de caballeria (50 hombres) para sostener al enemigo por ese lado.

El coronel Lagos, segun dijimos, estableció su campamento donde el peligro era mas amenazador, en el 11 de Setiembre.

Su ejército llegaba entonces á la enorme cifra de 27 soldados mandados por el capitán Dale y cuatro oficiales.

Dado el servicio que tenia que prestar, pues las avanzadas llegaban ya hasta Almagro, fué reforzado por el escuadron que mandaba el comisario Biedma, fuerte de unas sesenta plazas.

Por lo menos habia ya conque tender una guerrilla.

Pero el coronel no tenia ni una hoja de pasto con qué sostener los caballos de su tropa, sería inconveniente, pues eran caballos que debian prestar un constante servicio de avanzadas.

Pidió pasto, y se le autorizó para sacarlo de los depósitos del ferro-carril, única parte donde lo habia.

Teniendo pasto en abundancia con que sostener la caballada, el coronel Lagos creyó que tenia cuanto necesitaba, pues quedaba llena la primer necesidad de una fuerza de caballeria.

Pero al dia siguiente, se presentaba un oficial de policia á llevarse el pasto, por necesitarse para el servicio del Departamento.

Comprendiendo que aquello equivalia á dejarlo á pié, Lagos demoró al oficial, mientras le contestaban el siguiente telegrama.

"Viene un oficial de policia á llevar el único pasto que tengo para la caballada.

Demoro entregarlo hasta consultar con V. S."

Parece que se le ordenó lo entregara nomas, pues mas tarde dirigia al comandante general de la defensa este otro despacho.

"Se ha dado cumplimiento á la orden de entregar el pasto, en consecuencia; los caballos

de esta division quedan sin tener que comer.

Como se vé. aquello era desesperante.

Se quitaban los pocos elementos que tenian las fuerzas, y se las inutilizaba por completo.

Sin embargo aquel carácter de bronce se retempló ante estas mismas dificultades y se pro-

puso vencerlas por todos los medios á su alcance.

No habia que pensar en nada, mas que en salvar á Buenos Aires.

Asi empezó á combatir la division que, dias despues, habia de inmortalizar la meseta de los corrales.

Veamos ahora lo que pasaba en la ciudad.

LA DEFENSA Y LAS DAMAS

Los defensores de Buenos Aires se sentian mas entusiastas que nunca, deseando que llegara el momento de mostrar á Avellaneda que el pueblo de Buenos Aires existia, á pesar de su creencia, y que era capaz de poner á raya la ambicion desmedida del caudillaje.

Los miembros de la compañía de Zapadores ingresaron al batallon tecnico que dirigió las obras de defensa, y se formó así el batallon de Ingenieros, que tan grandes servicios podia prestar.

Este cuerpo contaba con los oficiales siguientes, alumnos todos de la escuela de ingenieria de Buenos Aires:

Tenientes primeros: Julio Ringuet, Manuel Bahia, Pedro Zambrano, Aureliano Parkinson, Oronté A. Valerga y Francisco Silveyra.

Segundos: Julio Krause, Carlos Echagüe, Federico Bazzano, Manuel Correa, Mariano Quintana y Felipe Cuerca.

Alferez: Idelfonso Ramos Mejia, Eduardo Becher, Rodolfo Sanglas, Domingo Amézola, Pascual Quesnel, Juan Cuadri, Angel Etcheverry, José Corti, Virgilio Lopez, Alberto Correa y Teófilo Lanús.

Estos jóvenes patriotas, con escepcion de Ringuet, Silveyra, R. Mejia, Correa y Becher, fueron miembros de la Compañía de Zapadores, fundada por Manuel Bahia hijo, soldado tambien del heroico "Coronel Sosa".

Los médicos de Buenos Aires, se organizaron tambien, y formaron un cuerpo de sanidad, cuerpo importantísimo, pues el Gobierno, no creyendo en el ataque á la ciudad, no se habia preocupado de formar un cuerpo médico que auxiliase á los heridos.

Este cuerpo de sanidad, estaba compuesto por los doctores:

Presidente, doctor don Manuel Augusto Montes de Oca, Vice Mauricio Gonzalez Catan, Secretarios Julian Aguilar y José Maria Espeche, Eónomos Tesoreros, Ricardo Gutierrez y Do-

mingo Parodi, Inspector General, don Manuel Biedma, Cirujano mayor del Ejército, que habia pedido su baja, despues de treinta años de servicios, para quedar bajo las banderas de Buenos Aires.

Inspectores Cleto Aguirre, Pedro Mattos, R. Wernick y Spuch.

Leopoldo Montes de Oca, Pedro Robert, F. de la Serna, Enrique del Arca, Antonio Silva, Juan B. Borbon, Juan Lacroze, Alberto Castaño, Marcos Varela, Eduardo Mujica, Paulino Fernandez, Felipe Basabilvaso, Eduardo Pardo, Julio Casal, Antonio Batilana, Gregorio Gonzalez, Pedro Arata, José Fuselli, Telémaco Susini.

A estos médicos, se agregaron los practicantes Jacobo Garcia, Luis Cárcoba, Fernando Besio, Emilio Cardalda, Camilo Aldao, José Sanchez, J. M. Escalera, Francisco Achaval, Juan B. Señorans, Antonio Gandolfo, Juan R. Fernandez, Arturo de la Serna, Nicasio Etchepareborda, Eliseo Videla, Cesareo Amenedo, Cecilio Aróstegui, Enrique Longdori, Pedro Régules, Pedro Martinez, Máximo Gutierrez, Alvaro Mariñas, Pedro Discayart, Cristóbal Casal, Pedro Lagleize, Abraham Zenavilla, Carlos Alagon, Juvencio Arce, Ireneo Moras, Manuel Perez, Manuel J. Esteves, Angel Pinto, Alberto Nazarre, Clodomiro Ferreyra, Martin Pagola, Alejandro Corn, Mariano Bejarano, Martin Moyano, Marcelino Paez, Ireneo Fulco, Norberto Perez y Pedro Paíró.

Los farmacéuticos tambien acudian á prestar su valioso concurso, formando parte del cuerpo de sanidad, los farmacéuticos Pedro Malvigne, A. Bozeti, Gabriel Ardoino, Pedro Pando, Angel J. Vidal, Francisco Sicardi y Vicente Jandini.

El cuerpo masónico se organizaba tambien á gran prisa, con los siguientes elementos:

Gefe honorario Dr. D. Manuel J. Langenheim, Gefes efectivos José Palma, Miguel D. Luca, gefes de grupo, D. N. Parry, Carlos Witte, Rodol-

fo Ornsteril, Aquiles del Castillo, Colon Gian-
andi.

uerpo Médico Dres. Rivas, Martin Berutti,
V. ante de Cusatis, Camilo Clausolles, Nicolás
Berutti, Attilio Borrasci, J. A. Boeri, Meliton Es-
pinosa, Aquiles Lemmi Manuel Fluguerto, Victor
Capelli, Mariano Larsen.

Farmacéuticos Otto E. Reccke, Fortunato
Woltalina, Agustin Stella, Angel Vignolo y Juan
P. Mosquera.

Las damas de Buenos Aires, se pusieron al
frente de este movimiento patriótico.

Ellas que son su honor y su orgullo, tomaron
en aquellas circunstancias, el puesto delicado y
sublime que su corazon le señalaba.

Se reunieron y se organizaron para constituir
una asociacion patriótica y humanitaria, cuyos ob-
jetos eran, como ellas lo espresaban sencilla y
noblemente: mitigar los dolores, curar á los heri-
dos y consolar á los que sufrieran.

Recoger los donativos del pueblo para repa-
rtirlos entre los heridos, cuidar y aliviar á los que
cayeron en nuestra causa santa, socorrer á las
familias de los Guardia Nacionales que se halla-
ran necesitadas y sin recursos.

Esta noble asociacion de damas, tomó el nom-
bre de Damas del Socorro para los defensores de
Buenos Aires.

Honor eterno á nuestras damas!

Queremos que su nombre quede consignado
aquí, para la justa admiracion de todos.

La asociacion fué iniciada y fundada por la
siguientes damas:

Ana Campillo de Perdriel, Julia N. de Huergo,
Maria F. de Paats, Rosa Botet de Villate, Eloisa
P. de Wehely, Rosario Lynch de Frers, Cármen B.
de Maldonado, Flora B. del Campo, Aurelia P.
de Liesta, Estanislada A. de Gelly, Pascuala G. de
Quintana, Cármen O. de Garrigós, Teresa M. de
Boneo, Maria Luisa Z. de Ocantos, Liberata H.
de Balcarce, Ernestina Cobo de Lavalle, Matilde
F. de Garcia, Emilia Ch. de Senillosa, Elvira B.
de Chopitea, Enriqueta M. de Castaño, Amalia
Fernandez de Esnati, Leonor Paunero de Lanus-
se, Eloisa O. de Lynch, Jovita Cortinas de Garcia,
Cecilia O. de Zárraga, Delfina Vedia de Mitre,
Liberata D. de Herrero, Agustina C. de Somoza,
Esther C. de Corradi, Cármen Viamont de San-
chez, Mercedes del Sar de Terry Clotilde V. de
Blayo, Angela L. de Gallardo, Julia Villate, Cár-
men Diaz Velez de Cano. Cármen C. de Villate,
Manuela A. de Olagner, Antonia A. de Lozano,
Ramona H. de Aguirre, Ana A. de Herrera, Jo-
sefa M. de Videla Dorna, Gerónima Lezica de
Crámer, Cármen V. de Lynch, Dolores N. de
Parravicini, Josefa C. de Diaz Velez, Martina Ber-
nal de Torres, Agustina Bernal de Marmol, Mag-
dalena M. de Bernal, Benita Telechea de Lynch,
Ana Lynch de Mayobre, Ana Lynch de Gainza,
Delfina Mitre de Drago y Josefina Mitre de Ca-
prile.

A estas nobles damas iniciadoras de asociacion
tan humanitaria y útil se agregaron en seguida
las siguientes:

Mercedes H. de Martínez de Hoz, Grimaut de
Rofos, Adela H. de Woodgati, Luisa Kierr, Ama-
da S. M. de Llambi, Amada Llambi, Ildefonsa G.
de Alberó, Gilda P. de Carminati, Clementina M.
de Forrester, Teresa R. de Fresco, Cármen S. de
Gomez, Carolina Ortega de Benitez, Leopoldina
Alais, Celina y Magdalena Alais, Isabel L. de Ca-
sares, Isabel M. de Casares, Agustina C. de So-
moza, Máxima B. de Urioste, Delfina H. de Sa-
tengo, Luisa de Hardoy, Lastenia de Vedia, Edel-
mira Rosende, Cármen Cueto, Adelaida C. de Pi-
casso, Clorinda Deagustini, Amalia Figueroa, Rosa
Trillo, Enriqueta Barreto, Antonia Picasso, Ma-
ria y Gregoria Marcó del Pont, Lidia P. de Sans
Rosa, Rita T. de Villar, Isabel Urioste de Mallo,
Luisa Urioste, Valentina M. de Cabral, Fermina
de Miró, Felizarda B. de Durañona, Maria Diru-
be de Posse, Adelina Jabaston, Maria M. de La-
crou, Maria L. de Bellocq, Maria M. Fitte, Maria
B. Chapar, Francisca O. de Lapizondo, Marcelina
G. Labarte, Catalina B. de Butemberg, Elena
Cutts, Nicanora E. de Ring, Elena F. de Maller,
Luisa Seeber de Sahores, Mónica O. de Rabla,
Gertrudis Keyser, Mariana T. de Boer, Elena
Elizalde de Gimenez, Juana Escalada, Felipa S.
de Lapido, Victoria S. de Esperon, Concepcion H.
de Pizarro, Manuela S. de Medrano, Trinidad
S. Olivera, Juana B. de Cramwell, Justa L. de
Atucha, Mercedes Saenz de Encina, Concepcion
Millan, Jovita M. de Holet, Angela T. de Areco,
Isabel Areco, Petrona Vazquez de Vela, Cármen
J. de Vela, Josefa V. de Arrotea, Catalina, Cár-
men y Ana Vila, Matilde P. M. de Piñeiro.

Todas estas nobles damas se organizaron en
comisiones y se lanzaron con una abnegacion su-
blime á recoger, por medio de suscripciones, di-
nero y todos aquellos elementos indispensables
para llenar su cometido.

Y en solo una semana reunieron mas de cien
mil pesos, y una cantidad incalculable de ropa,
géneros y coronas.

Si fuéramos á hacer aquí una reseña de todos
y todas las que contribuyeron á este éxito fabu-
loso, necesitaríamos un tomo aparte.

Fueron pues las damas del Socorro que hemos
nombrado las que tendieron por sus manos pro-
lijas y artísticas, las camas donde habian de repo-
sar los heridos y las hilas y vendas con que se
habian de curar.

Ya las encontraremos en los hospitales de san-
gre, despues de las memorables jornadas del 20
y 21, atendiendo personalmente los heridos y
consolando á los que espiraban por la Santa cau-
sa que defendió Buenos Aires.

Allí, alentadas por el noble espritu de Julia
N. de Huergo, que aun llora nuestra sociedad, las
encontraremos de cama en cama prodigando sus
consuelos y todo género de dádivas.

Como las veremos despues empleando el resto del dinero que habian juntado, en aparatos y muletas para aquellos cuyos miembros habian sido apuntados en los hospitales de sangre.

Si alguna vez ha brillado con todo su esplendor el patriotismo y abnegacion de las damas de Buenos Aires, ha sido indudablemente durante aquel mes inolvidable.

Muchas de ellas llegaron hasta levantar personalmente de las calles; a los heridos durante aquel bárbaro bombardeo que hizo un buque de la escuadra, el *Villarino*, durante la tregua, y sobre los cuarteles del Retiro, ocupados entonces por paisanos desarmados, cuyo único crimen era amar a Buenos Aires!

Y muchas de ellas, como la digna familia de don Francisco Chas que llegó hasta franquear su casa y sus propios lechos a los heridos de aquella hazaña vergonzosa.

Es que cada uno de aquellos paisanos era un héroe, que el amor a la provincia madre lo hacia afrontar "todo el poder de la Nacion" sin mas arma que un rebenque de lonja, ni mas defensa que el grito de ¡Viva Buenos Aires!

Las fuerzas de la Provincia aumentaban diariamente, por los mismos gefes que, despues de arrojar su cédula de baja á la casa de aquel Gobierno infame, venian á ofrecer á Buenos Aires su espada y sus conocimientos militares.

El Gefe del Regimiento 4^o, Comandante Meana, el Comandante Domingo Jeréz, gefe del heróico batallan San Martin, el Coronel Cutiellos, el Mayor Garay, el noble Faramiñan, Sargento Mayor de Artilleria, y tantos otros, era un refuerzo mas que recibia la causa de Buenos Aires y un nuevo bofetón para los que mas tarde debian ser tan duramente clasificados por el doctor Pizarro, nuestro mas sangriento enemigo.

Y la manera como cada uno de estos gefes pedia su baja era un desencanto mas para el Gobierno de Belgrano.

Cuando el Mayor Faramiñan pidió su baja, fué llamado por el Ministro de la Guerra á su despacho.

—Lo mando llamar, le dijo este, para que retire su solicitud.

Para qué pide su baja?

—Pido mi baja, contestó el humilde soldado del Paraguay, porque yo no quiero dirijir un cañon sobre la Provincia de mi nacimiento.

—No sea tonto, Faramiñan, usted vá á tirar á la calle treinta años de servicios y un porvenir brillante.

Retire su solicitud y quedese, Buenos Aires será vencido y usted se encontrará de baja y no sabrá cómo ganar el sustento de su familia.

—Pues tiro todo eso y pido mi baja.

Yo le estimo el interés que me demuestra, pero no puedo aceptar sus consejos, necesito mi baja.

—Y que vá á hacer u a vez que la obtenga?

—Ir á darme sangre á Buenos Aires, pues á Buenos Aires pertenece.

Es bajo sus banderas que he hecho mi carrera humilde y penosa, es la tierra donde nací y debo ir allí porque mi corazón y mi deber me llaman.

—Ya se arrepentirá! caido Buenos Aires, la miseria lo espera.

—No me ha de faltar trabajo, señor, no solo en el ejército se gana el pan de los hijos!

—Que Dios lo ayude entonces!

—Gracias señor.

Y Faramiñan obtuvo su baja y se vino á Buenos Aires.

La miseria sin embargo, no invadió su hogar.

Vendiendo vino á comision y tocando en las orquestas durante la noche, gana lo bastante para sostener á su familia.

Otro de los incidentes tocantes tambien, fué la baja del noble Comandante Fernandez Oro y el bravo mayor Herrera, del 6 de línea.

Cuando ese batallon llegó á Belgrano, ambos pidieron su baja y separacion del ejército.

—No se dá ni se pide la baja frente al enemigo, les dijeron.

—Buenos Aires no es nuestro enemigo, dijeron.

Bajo sus banderas y al lado de una incomparable guardia nacional, el 6 de línea se ha cubierto de gloria.

Ahí está su último gefe, el coronel Arias, batallando con Buenos Aires.

—Ustedes son militares y estan frente al enemigo, tienen que cumplir con su deber y con su gobierno.

—No hay un poder sobre la tierra que nos haga mandemos apuntar los fusiles del 6, sobre la provincia de Buenos Aires!

Seria fusilar las glorias argentinas y un militar de honor no puede prestarse á ello.

Queremos nuestra baja.

Y aquellos dos valientes que dejaban en el 6 de línea un pedazo de su corazón, obtuvieron su baja, sin poder venir á Buenos Aires.

Tenian por cárcel el pueblo de Belgrano!

Y el 6 de línea no fue mandado al fuego durante las batallas del 20 y 21.

Es que el 6 de línea pensaba como sus dos nobles gefes, y en la defensa de Buenos Aires estaba el coronel Arias.

No habia que contar con aquel brillante cuerpo ni esponerse á perderlo mandándolo al ataque!

Un poco de mas habilidad en la defensa, y el 6, como otros cuerpos del ejército habrian estado en Buenos Aires.

Los cadetes de Palermo en pequeños grupos, habian concluido por venirse todos; con escepcion de unos cuantos que fueron mandados á bordo, para impedir así su desercion.

La escuela naval, con el capitán Falcon á la cabeza, vino tambien á ofrecer sus servicios á Buenos Aires, al lado del digno coronel Guerrico que estaba ya en la defensa.

Los servicios que prestó la escuela naval, en los combates del 20 y 21, fueron terribles para el enemigo.

Ya tendremos ocasion de narrarlos detalladamente!

Con el capitán Falcon venian los jóvenes B. Salvadores, R. Rojas, J. C. Medrano, E. Herrera y Suarez, Juan P. Saenz Valiente y S. V. Hernandez.

Solo quedaban en Belgrano los que no podian venir por la gran vigilancia que se tenia, y los que habianse reunido á comerse el cordero gordo.

Fué entonces, convencido que el ataque seria pronto un hecho, que el gobierno resolvió enviar á Arias algun refuerzo de ponchos y oficiales, con el desgraciado coronel Charras, primera víctima de la defensa.

UNA HAZAÑA POR DESCUIDO

El coronel Arias reunia a gran prisa su poderoso ejército, de la manera que indicaremos en el capítulo siguiente, al volver sobre la narracion de su gloriosa campaña.

Se hacia necesario a todo trance enviarle las armas que pedia a cada momento, pues su gente no tenia mas armas que los rebenques de lonja.

El gobierno de Buenos Aires, dispuesto á la defensa, á toda costa, resolvió enviarle por el sud, una buena cantidad de ponchos y cananas.

Con aquel contingente y cuarenta revólveres que se agregaron, ya podia el coronel Arias poner su ejército en un pié de guerra de tremendo poder.

¿Para qué queria mas que mil hombres, cananas y cuarenta revólveres?

Esto agregado á las caballadas que ya tenia y a los rebenques de sus ginetes, era cuanto podia necesitar.

Pero pasemos esto por alto, que ya nos ocuparemos de aquel crimen monstruoso: el abandono de aquella soberbia fuerza, reunida y organizada en doce dias.

Para conducir aquellos famosos pertrechos de guerra, el gobierno mandó llamar al coronel Charras, viejo y benemérito soldado, a quien confió su conduccion hasta el campamento de Arias.

No podia pasarse por el Oeste, sin peligro inminente de caer en manos del enemigo, segun el gobierno.

Era necesario operar por el Sud, donde

sus partidas no se habian hecho aún sentir.

Habia en Buenos Aires una guarnicion de cinco mil hombres, un tren con cien infantes solo, hubiera podido llegar hasta Mercedes.

Pero el gobierno no queria desprenderse de un solo soldado.

Todos hemos visto negar al coronel Arias una sola compañía del Provincial, para garantir las armas que llevaba consigo y servirse de ella como base del ejército que iba a formar.

Cuando se comunicó al coronel Charras la comision que tenia que desempeñar, lo primero que preguntó aquel jefe es, que fuerza iba a llevar para defender aquellos pertrechos en el caso probable de un ataque.

—Van con usted, dijo el estimable señor Alcorta, el mayor Fragueiro, el teniente Leopoldo Cutiellos, el ayudante Molineros, los tenientes Azopar y Lespard, el teniente Sanabria y un cadete.

—Un jefe, cinco oficiales y un cadete, pensó en alta voz el coronel Charras, y agregó en seguida.

—Pero lo que yo necesito conocer es la tropa que debe acompañarme.

¿Cuántos soldados?

—¿Y para qué soldados? preguntó el gobernador, con la misma frescura que habia dicho al coronel Arias:

“Su nombre solo es el mejor ejército.”

Un tren no se detiene así no mas, se necesitaria un ejército para tomarlo, y el enemigo no anda por el Sud.

Pero puede cortar el camino y en ese caso no bastan siete hombres para defenderlo.

—No hay temor, respondió el éco del estimable señor Alcorta, el enemigo está engolosinado en el Oeste, interceptando al coronel Arias.

—Pero unos veinte infantes; por lo menos.

—Son necesarios en la plaza, dijo el gobernador, es preciso resolverse á partir sin ellos.

—Es mejor así, repitió el éco del gobernador el enemigo ni siquiera sospecha que operamos, por el Sud.

—Está bien, repuso el viejo coronel Charras, marcharé, aunque no respondo del éxito de mi comision, puesto que no me dan los elementos necesarios para defender el tren.

El coronel Charras se retiró, recogió los ponchos, cananas y algunos vestuarios, y se dispuso a marchar, así que se le preparara el tren que debía de conducirlo.

Si hubiese podido guardarse sobre este suceso la reserva natural, aquel tren no hubiera sufrido el menor descalabro.

Pero la ciudad estaba llena de espías que la transitaban libremente y que ponían en conocimiento de los hombres de Belgrano cuanto en ella sucedía.

Así es que en cuanto se tuvo conocimiento que en la Estacion del Sud se preparaba un espreso, indudablemente los espías llevaron la noticia a Belgrano de donde se desprendió una fuerza de caballería con infantería euancada a tomarlo:

El coronel Charras quedaba así completamente vendido, sin la menor defensa.

Como la partida del tren se había fijado para las 5 1/2 de la tarde del 11, el coronel Charras, con los oficiales que debían acompañarlo, se hallaba en la estacion a las 5 en punto.

No llevaban mas armas que su espada y revólveres y la firme resolución de llegar al punto de su destino, a toda costa.

Pero en la carga de los ponchos y los vestuarios se perdía un tiempo precioso.

El tren esperaba además órdenes del gobierno, sin las cuales no debía moverse.

A las 7 de la noche, llegó a la oficina Constitucion una señora acompañada de dos sirvientes, que preguntó para donde iba aquel tren, pues ella necesitaba trasladarse a Chascomús.

Sospechando que aquella mujer pudiera ser una espía, por su actitud temerosa y encojida, se la respondió que el tren no llegaría hasta Chascomús.

—No importa, insistió ésta, iré hasta donde llegue, porque no puedo quedarme en la ciudad.

La sospecha se hizo mas latente entonces, y se le negó el pasaje que pedía, a pesar de sus ruegos reiterados.

Y la tal mujer era efectivamente una espía

encargada de hacer una señal, si en el tren iba armamentos ó equipos.

La mujer estuvo un gran rato en la estacion examinando al coronel Charras y á sus compañeros, retirándose cuando se convenció que no lo graría el pasaje pretendido.

Conversando alegremente, los compañeros que no pensaban mas que en la hora de marcha, a penas notaron en la presencia de aquellas tres mujeres.

—Son viajeras chasqueadas, dijo uno de los oficiales.

—Si fueran mas bonitas, se les podía agregar á la comitiva, repuso Molineros.

Me gusta mas la compañía de una mujer hermosa, que la de estos veinticinco mil pesos que llevo en el bolsillo.

Efectivamente, el ayudante Molineros llevaba consigo aquella suma de dinero.

Recien á las nueve y media de la noche, se puso el tren en marcha.

El coronel Charras, viejo soldado práctico, pero sin las condiciones juveniles que requiere una empresa como ésta, no tuvo las espléndidas previsiones del coronel Arias.

Así, en vez de mandar como hizo este al salir de Buenos Aires, una máquina que marchando delante del tren le sirviera de bombero, emprendió la marcha con todas las luces encendidas, incluso la gran linterna de la locomotora.

Así es que en caso de ser esperado, el enemigo debía verlo desde una gran distancia.

—En caso de ser sorprendido ú hostilizado, retrocede usted con el tren, le habían dicho.

Y creyendo en la facilidad de esta operacion, no se preocupó en tomar la precaucion mas mínima.

En Belgrano se sabia desde temprano, que un tren debía salir aquella tarde de Constitucion, conduciendo armamentos para el coronel Arias.

En consecuencia, como lo hemos ya dicho se desprendió a las órdenes del coronel Manuel, Campos, una fuerza de caballería, del 1er. regimiento y algunos infante para apresarlos.

Esta fuerza se emboscó en la estacion Lanús, donde se preparó á dar el golpe.

Tomado de sorpresa y seriamente amenazado, el jefe de la estacion no tuvo mas remedio que someterse á la fuerza y hacer lo que se le mandaba.

Las consecuencias de aquella sorpresa y de aquellas amenazas, fueron que el jefe de aquella estacion colocara la señal de parada, para que se detuviera allí el tren que se veía ya venir.

Al ver aquella señal, el maquinista, habituado á obedecer las señales, empezó á disminuir la velocidad de la máquina, dispuesto á parar el tren.

—¿Qué es eso? preguntó Charras.

—En la estacion hacenseñal de parada, dijo el guarda tren.

- Pero no podemos detenernos un instante.

- Es que puede ser que esté interrumpida ó destruida la vía, y para saberlo hay que parar.

Cuando estuvieron cerca de la Estacion, el coronel Charras y sus compañeros se asomaron á las ventanillas, y viendo que la estacion estaba perfectamente tranquila, no se opusieron á la parada, temiendo que aquella fuese para avisar que no podia seguirse adelante.

Pero apenas el tren hubo detenido su marcha completamente, unos cincuenta tiradores salieron como por encanto, de todas direcciones, y se colocaron á los dos lados de la máquina, intimando al que la gobernaba se bajase de su puesto.

- Si no obedece inmediatamente, hagan fuego no mas y maténlo! gritó una voz.

El mister que guiaba la máquina, ante semejante orden, se dejó caer al suelo, declarando que estaba dispuesto á obedecer.

Al mismo tiempo que pasaba esto con el maquinista, gran cantidad de oficiales y tropa misma, habia asaltado los wagones donde iban Charras y sus compañeros.

Estos completamente sorprendidos cuando menos lo esperaban, apenas tuvieron tiempo de sacar sus revólveres, cuando se vieron rodeados y asaltados por mas de cuarenta hombres, entre oficiales y tropa.

- Es inútil resistirse, porque ustedes están prisioneros del Gobierno Nacional.

Y efectivamente, toda resistencia era absolutamente inútil.

Resistirse era hacerse matar de la manera mas inútil.

Asi algunos entregaron sus armas, mientras otros eran desarmados á la fuerza.

Toda la nobleza que un militar argentino ha usado siempre con sus prisioneros en casos semejantes, fué olvidada para el Coronel Charras y sus compañeros.

Sin el menor respeto á sus canas y á su grado, él y los suyos, fueron bajados del tren á tirones y á golpes, y conducidos al saloncito de la Estacion.

Alli dieron rienda suelta á su odio contra Buenos Aires.

Mientras uno apostrofaba é insultaba al Coronel Charras, herido en la cara con los primeros tiros que se dispararon al detener el tren, otros arrancaban las presillas al mayor Fragueiro, y los otros se ocupaban en quitar á Molineros el dinero que llevaba y que le fué pedido.

- ¿Cómo saben que yo llevo dinero? pensó el joven oficial, en momento que uno de los asaltantes se encargaba de darle la respuesta, con la siguiente pregunta dirigida al guarda tren.

- ¿Dónde está una señora que viene en este tren?

- Es verdad, pensó nuevamente el joven—en la Estacion la dejé yo mismo delante de aquellas mujeres.

Era pues fuera de duda, que aquella mujer habia sido un espia que pretendió colarse al tren.

Despues de vejarlos de todas maneras y arrancarles las presillas como si se hubiera tratado de bandidos, fueron montados en ancas de los soldados y conducidos á la Chacarita, de donde al dia siguiente se les llevó á Belgrano.

El pobre Coronel Charras estaba estenuado por los golpes y vejámenes recibidos.

La herida de la cara, aunque leve, se habia hinchado, produciéndole dolores terribles.

Así mismo se le puso preso con centinelas de vista, en peores condiciones que las de cualquier recluta, de último orden.

Si así era tratado un coronel de la Nacion por el simple hecho de pertenecer á la causa de Buenos Aires, nuestros lectores se imaginarán como serian tratados los demás oficiales!

Sin consideracion alguna y con la mayor injusticia, fueron puestos al raso, sin permitirseles una manta miserable para resguardarse del frio.

Al dia siguiente, los oficiales fueron llamados al real de Avellaneda, que se daba todos los humos de un general en jefe en campaña.

Vestía un uniforme ridículo y grotesco, compuesto de una gorra á usanza de médico, ó mejor dicho de boticario.

Y Avellaneda, encalzonado en aquel uniforme ridículo, se creia no solo un génio de la guerra, sino una catadura irresistible.

Al encontrarse con semejante aparicion, los oficiales prisioneros, á pesar de los sufrimientos de que eran víctimas, no pudieron contener una sonrisa que jugueteó en sus labios.

Avellaneda empezó á tomarles datos de la ciudad, que los oficiales dieron, sin exagerar en lo mas mínimo.

- Buenos Aires está dispuesto á sucumbir detrás de sus trincheras, defendiendo sus libertades, que son las de la Republica.

- Y sucumbirá no mas, contestó aquel nuevo espartano de caja de fósforos.

Tengo fuerzas para *toparlo* y *opligarlo á pedir gracia*.

No se engañe señor, insistió al teniente Sanabria, que era quien respondia.

La juventud porteña es brava y resuelta—su Guardia Nacional no espera mas que la señal del combate.

- Ya *pendrá pues*.

Y ¿qué fuerzas hay en la plaza?

Hay ahora seis mil hombres perfectamente armados, y muy buena artilleria.

Para entrar á Buenos Aires habra que dar muchas batallas, y ganarlas todas.

- Bueno, pueden retirarse no mas.

Ya verán si sometemos ó nó á esos rebeldes!

Y se puso á paséar como quien medita un plan de batalla.

Del interior se seguian recibiendo fuerzas, y aquel mismo dia habian llegado dos batallones mas de Entre-Rios.

Los oficiales que simpatizando con Buenos Aires se mantenian aun en Belgrano, creyendo que todo se arreglaria, empezaron á cerciorarse ya, que se trataba de entrar á Buenos Aires, á sangre y fuego,

Y decidieron entónces venirse, como lo hicieron muchos, a costa de su porvenir.

En un boliche donde habia un par de maritornes jubiladas, se reunian los jefes y oficiales, a hablar sobre el cataclismo que se venia encima.

Allí empezaron á concurrir los oficiales Entre-rianos, recién llegado, y lo primero que se le oyó, fué averiguar que tal pueblo era Barracas y si habia allí negocios de importancia, y bancos y casas de cambio.

—Nos dicen que vamos á ir á Barracas, decian, y por eso preguntamos.

Aquello era decir terminantemente: como nosotros venimos á comer el cordero gordo y queremos tambien su grasa.

Y era esto lo que habia exasperado al noble mayor Faramiñan, al estreno de renunciar á sus treinta años de servicios por venir á derramar su sangre en las calles de Buenos Aires.

Los decretos y proclamas del Gobernador de Buenos Aires, producian un efecto endiablado en Belgrano, que veian en ellos la firme decision y la garantia de que Buenos Aires habia de combatir hasta el último sacrificio de sangre.

Ah! ¡si el doctor Tejedor se hubiera mostrado á la altura de esos documentos!

Si hubiera dejado operar tan solo á los jefes que valian, segun su propia inspiracion! de que distinta manera hubieran pasado las cosas!

Vamos á entrar ahora en la parte mas intere-

sante de nuestra narracion, y entónces hemos hemos de demostrar, con documentos en la mano quienes fueron los "imbéciles que todo lo previeron despues de consumados los hechos" y quienes los cretinos que entregaron la provincia mas heróica de la América, con DIEZ Y SIETE MIL SOLDADOS, diez mil fusiles de precision y diez y nueve cañones Krupp.

Casi el doble de la fuerza desmoralizada y vencida que habia quedado en la Chacarita, pensando en la retirada.

El mismo 13 de Junio, despues de la eleccion, despues del asalto al tren donde iba el Coronel Charras y de tanta otra agresion, el doctor Tejedor recomendaba a los jefes proceder con el mayor tino y no provocar combates.

Aún tenia esperanzas de una nueva combinacion, que hiciese desistir á Roca de hacerse presidente.

Aún tenia la inocencia de creer que el general Roca renunciaria, el general Roca, que habia declarado preferir: antes que su renuncia, la guerra civil con todos sus horrores!

Y no será nuestra palabra sola, que lo acredite!

Tenemos documentos de una importancia preciosa que iremos intercalando en nuestra narracion, a su debido tiempo.

Buenos Aires no fué vencido sinó entregado, contra la voluntad de sus defensores, cuando estaba en mejores condiciones que nunca para haberse impuesto á los usurpadores de sus libertades y derechos.

Ya llegaremos al 20 y 21 de Junio y al desenlace de esta epopeya esplendorosa.

Nuestros lectores podrán darse cuenta entónces, de muchos sucesos que no han podido comprender hasta el presente.

EL EJERCITO DEL CORONEL ARIAS

Con una actividad insuperable y un trabajo inmenso, robando tiempo al reposo del cuerpo y comiendo parado para no perderlo, el 15 de Junio el Coronel Arias tenia reunidos diez mil hombres.

Por deducciones que obedecieron a exactos cálculos, se hallaba convencido que el enemigo no se ocupaba sinó de él y su ejército.

Este convencimiento lo corroboraban las mil noticias que recibia diariamente, de cuanto movimiento efectuaban las fuerzas de Belgrano, y

que nuestros lectores conocerán mas tarde por la estadística telegráfica que anexada a este libro publicaremos.

Dolorosamente persuadido, ademas, de que no debia esperar de Buenos Aires ni armas, ni vestuarios, ni municion; sobre todo municion, sin la cual no podia comprometer ningun combate, resolvió ponerse en marcha hácia San Vicente, sin esperar la llegada de varias divisiones que, como la del patriota Comandante Baez, debian incorporársele.

Esta marcha a San Vicente la emprendía el Coronel Arias, con arreglo a indicaciones que había recibido del Gobernador y sus ministros, en contestación a los reiterados pedidos que hacía, diciéndoles entre otras cosas:

"Me son muy necesarias las municiones y pienso que sacando un par de batallones de esa Capital y un par de piezas de artillería en un tren, unos cuarenta ó cincuenta peones del Ferrocarril, con los útiles necesarios, podrán componer la vía férrea, y mandarme en seguida un tren con las armas, municiones, vestuarios y demas útiles de guerra.

"La escolta que custodiase el convoy podría volverse desde Moron; pues yo pondré allí fuerzas suficientes, para que puedan venir los artículos de guerra, sin riesgo alguno, hasta esta ciudad.

"Tengo suma necesidad de cajas de guerra y cornetas, clamaba el Coronel, pero sobre todas las cosas la munición, la munición, la munición!"

El Coronel Arias, con su inspiración militar de siempre, había concebido un plan de campaña grandioso, para cuyo desenvolvimiento solo esperaba armas y munición.

Este plan era dejar al ejército de la Chacarita entretenido en poner sitio a Buenos Aires y marchar sobre Santa-Fé, con los diez mil hombres que había reunido.

Allí facilmente se daría la mano con Corrientes, y podría cambiar la situación del litoral.

La situación del Interior no podría sostenerse, combatiéndola también Arias sin disparar un tiro porque la sola aproximación de un ejército de ese poder, habría aterrado á la Liga.

¿Qué sería entonces del ejército de la Chacarita, con Buenos Aires al frente, y atacado por la espalda por un ejército de treinta mil hombres a las órdenes del Coronel Arias?

Solo veinte mil, tenía desde el primer momento, entre los diez mil que llevaba de Buenos Aires y los diez mil que lo esperaban en Corrientes.

Así el Coronel Arias inutilizaba el ejército aglomerado a las puertas de Buenos Aires que no correría riesgo alguno, pues un ataque a sus trincheras era un disparate en el que nadie habría pensado.

Ataque en que jamás pensó, por otra parte, siendo su objetivo el ejército en formación del Coronel Arias.

¡Ah! si los hombres que gobernaban en Buenos Aires hubieran querido convencerse de esta verdad que les demostraba diariamente en sus cartas el Coronel Arias!

Este tuvo que variar completamente su plan de campaña, obligado por la falta de elementos y las tibias cartas del doctor Tejedor, que le decía las lindezas que verá el lector en la siguiente:

Gobernador de la Provincia:

Mi querido Coronel:

He tenido el placer de recibir la suya de ayer.

P. Montero le lleva muchas de las cosas que usted necesita y cuando reciba esta, lo supongo ya incorporado.

Anoche le iba una cantidad de vestuario en un tren, con cuatro ó cinco oficiales, pero ha sido atacado cerca de Lanús por las tropas de M. Campos.

Si se ha de pensar en algo parecido en adelante, será preciso combinar su aproximación por el Sud, con una salida de la plaza, especialmente cuando haya de ponerse a su disposición cosas de importancia, como cañones y mas armas,

Considero a usted y sus fuerzas, el brazo mas fuerte de la defensa y le ruego no combata sinó seguro de la victoria.

Las fuerzas de la Chacarita en mi opinión, están perdidas por la fuerza del tiempo.

Levalle según informes, debe salir hoy del Azul.

Su affmo. amigo.

Carlos Tejedor.

Junio 11, dos de la tarde.

El doctor Tejedor creía a todos capaces de hacer los milagros de Arias, y suponía a Plaza Montero, el 11, ya incorporado a sus fuerzas.

Pero Plaza Montero recién efectuó su incorporación el 16 en Olivera, ó mejor dicho el ejército de Arias se incorporó a Plaza, puesto que aquel vino hácia éste.

Arias, a juzgar por la carta del doctor Tejedor, no debía esperar otros elementos que los que él mismo pudiera proporcionarse.

Con igual fecha, recibía esta otra carta del general Gainza, que era en la plaza, el único que tomaba verdadero interés por el ejército en campaña y su jefe, pero que tenía que luchar con sus colegas, con los obstáculos del gobernador, y con los celos que le obstaculaba la gloria que el Coronel Arias pudiera conquistar.

Esta carta decía así:

Ministerio de Milicias de Buenos Aires.

Sr. Coronel don José Inocencio Arias:

Acabo de recibir su carta del 10.

Ya le he escrito varias, y veo que no las ha recibido.

Usted está en error al creer que no se hace lo posible por remitirle lo que pide.

Anoche le mandé un tren con vestuarios y varios equipos militares; el Coronel Charras y cinco oficiales.

¡Pues bien, antes de llegar a San Vicente, en

la estacion Lanús fué tomado por el enemigo, hecho prisionero el Coronel, todos los oficiales y quemado el coche

Por ahora, pues, es imposible ó por lo menos muy difícil de emprender nada por ese lado.

En vista de esto, usted debe obrar en consecuencia.

En mi opinion usted debe hacerse sentir del enemigo, con todas las precauciones que usted solia tomar y yo creo que así que esto suceda la situacion cambiará.

Entónces podriamos ponernos en comunicacion y hacer algo sério, en caso que el enemigo se refuerce mas.

No le doy órdenes, porque no lo creo prudente por ahora.

Cuando nos pongamos al habla, todo se allanará.

Un abrazo de su amigo.

Junio 11 de 1880.

M. de Gainza.

Esta carta del General Gainza venia a ratificar al Coronel Arias en sus ideas ya puestas en práctica, como se verá por la estadística telegráfica.

Godoy habia sido hostilizado desde que se movió de la frontera hasta que llegó a Campana.

Y no fué dispersado completamente ó hecho prisionero, porque no se cumplieron las órdenes que dió el Coronel Arias á sus jefes subalternos y no era posible que él estuviera en todas partes al mismo tiempo, haciéndolo todo personalmente.

Así mismo el Coronel Arias tomaba disposiciones hostiles que eran practicadas por los Mayores Espejo y Pomes, a pesar del siguiente telegrama del funesto Ministro de Gobierno.

Coronel Arias—Mercedes.

“El Gobernador acaba de hacer publicar una proclama circular prescribiendo que no se haga fuego primero por las fuerzas Provinciales á las Nacionales, y que debe esperarse á que estas hagan el primer ataque. Garmendia cree que por algun tiempo no debe vd. hacer sinó guerra de montoneras y recursos, y yo creo lo mismo. En lo que pide está complacido hasta donde es posible y recibirá mas pronto que lo que espera. Fuerzas nacionales han ido al partido de San Martín, han tomado todos los caballos y se han llevado algunos Guardias Nacionales que no tuvo tiempo de hacer disparar el Comandante. Esto le muestra que es preciso concentrar hácia acá todas las fuerzas reunidas vecinas á la ciudad“.

Ministro de Gobierno.

Felizmente poco caso hizo el Coronel Arias de esta proclama, aún cuando no dejó de contrariarlo en gran manera en sus proyectos y le detuvo siempre algo en su accion.

Al Comandante Vera en Junin le dirijió los siguientes telégramas.

Este jefe mandaba uno de los regimientos de Policia Rural.

Mercedes, Junio 6 de 1880.

Sr. Teniente Coronel D. Mariano Vera

Junin.

“Trate de apresar fuerzas del Mayor Córdoba, si es posible, sin disparar un tiro, y sígame comunicando movimientos de Godoy“.

J. I. Arias.

Dos horas mas tarde este otro:

Mercedes, Junio 6.

Comandante Mariano Vera.

Junin.

“Vea si aprovechando la oscuridad de la noche puede arrebatarle la caballada al Comandante Godoy.“

J. I. Arias.

El mayor Córdoba fué preso con toda su partida, por el Mayor Bornes, sin tirar un tiro.

El 10 de Junio despachó el Coronel Arias al Mayor Espejo con su batallon 6 de Giles, á restablecer la línea telegráfica hasta Ramos Mejia y además con instrucciones de hacer una batida por esos alrededores.

Esta batida, además de su importancia como medida militar, tenia el objeto de alentar á los amigos de causa que estaban aterrizados por la presencia diaria de partidas de fuerzas nacionales.

El Mayor Espejo llevaba además instrucciones para que si era posible, se apoderase de algunos ó de alguna de esas partidas.

Estas instrucciones se cumplieron de la manera mas feliz, tambien sin disparar un tiro.

El sub-teniente Miranda, desprendido del batalloncito 6 de Giles tomó prisionera la partida del titulado Comandante de Guardias Nacionales Amadeo Muñoz, que se componia de las siguientes personas:

Jefe Superior	Amadeo Muñoz.
Mayor	Jacinto Cueto.
Oficial	Angel I. Murga.
“	José Gonzalez.
“	Angel Pintos.
“	Alfredo Binqueri.
“	Antonio Savriera.
“	Mariano Cabrera.
“	Rafael Espindola.

Con estos prisioneros se tomaron ocho vestuarios, ocho carabinas remington, mil tiros id, ocho sables, revólveres y monturas.

Así, obedeciendo siempre á instrucciones precisas, se realizaron varias otras escursiones con el mejor éxito.

Pero por no fastidiar á nuestros lectores las pasamos por alto, pues podrán verse en la esta-

dística telegráfica donde van á encontrarse dia por dia y minuto por minuto, con todas las disposiciones dictadas por el Coronel Arias y el aviso de su cumplimiento. Y al mismo tiempo las cartas del doctor Tejedor y del General Gainza que hemos publicado ya, recibió tambien el Coronel Arias esta otra, del Ministro Alcorta.

Ministro de Gobierno.

Señor Coronel D. José I. Arias.

Mercedes.

Mi querido Coronel.

"Muchos pedidos tengo de vd. y tiene el General Gainza, pero no es posible atenderlos en lo principal.

A Plaza Montero se le envió mucho en una primera remesa, y llevó de sobra para darle de ello. Despues le envié otro tren con vestuarios, cajas de guerra, cornetas, espadas de oficiales y otras cosas, y me prometió hacerlo llegar todo á su poder.

Anoche tomaron un tren que le llevaba 5000 mantas, algunos ponchos y espolines, pero no armas. Lo tomaron en la Estacion Lanús y lo quemaron.

Se ha nombrado á Norri para mandar á los Guardias Nacionales de Chascomús y Dolores y á las policias reunidas allí, pues estaban abandonadas sin saber que hacer.

Ha corrido la primera sangre. Levalle sorprendió á Leiria cerca del Azul y le hizo 20 muertos y algunas prisioneros."

Su amigo --

S. Alcorta.

Buenos Aires, Junio 11 de 1880.

"P. S.—Acabo de recibir otra comunicacion de vd. por tres italianos y se la he pasado al General Gainza.

No es posible hacerle envio de lo que pide sin dar una batalla en Flores. Solo con su aproximacion de vd. se le podrá ayudar ó si se hubiese aproximado Plaza Montero.

Mis opiniones vd. sabe que, están en favor de las grandes concentraciones; para despues de organizar, operar.

Mis temores sobre las concentraciones al Sud, se realizan. No se hacen bien.

Le envió nota de las cosas enviadas á Plaza Montero en armas y vestuarios. No necesita vd. ni mas sables ni mas lanzas.

Tengo que cerrar esta carta.

Su amigo afmo.

S. Alcorta."

El señor Alcorta, que segun aparece ahora opinando en favor de los grandes acontecimientos, hacia cuatro dias que era partidario ardiente de la guerra de montoneras.

Los señores del gobierno y otros que no lo eran, creyendo al principio que el Coronel Arias se prestaría á ello, aconsejaron al Gobernador, ó asintieron a la idea de éste, de sacarlos del

gran centro de Buénos Aires y sacrificarlo en una campaña estéril.

Y entónces le aconsejaron que montonerease ni mas ni menos que un Súa ó un Chacho.

Pero cuando vieron que la formacion de su ejército era un hecho, opinaron por las grandes concentraciones, no porque creyeran con conciencia que era el camino que conduciría al triunfo definitivo, sino para traerlo a Buenos Aires, y quitarle ese ejército que habia organizado con tanto sacrificio é inteligencia.

¡Tontos! mucho mejor hubieran procedido aconsejando a Tejedor algo de provecho, ó apartándolo de las ideas erróneas y disparatadas en que estaba imbuido.

El Coronel conocia todas las novedades que estas cartas le narraban, al mismo tiempo que los que se las trasmitian, porque su servicio de chasques y telégramas estaba organizado brillantemente.

Travieso y de grandes recursos en los momentos de apuro, el Coronel Arias resolvió hacerse comunicar las intenciones de las hombres de la Chacarita y Belgrano, por los mismos miembros del gobierno.

Seria conveniente, pensó el Coronel Arias que tuviese una conferencia con el ministro Goyena, que está en el Rosario.

El podría darme datos de importancia.

La cosa no era muy fácil de poner en práctica con buen resultado, pero al fin nada se perdía con tentarla.

Con el auxilio de los telegrafistas de primer orden que tenia a su servicio, telegrafió al Rosario, pidiendo llamaran a la oficina del telégrafo al Ministro Goyena, de parte del Comandante Ataliva Roca, que se hallaba entónces en el Pergamino.

La oficina del Rosario creyó pues que hablaba con la del Pergamino, y así lo aseguró al doctor Goyena.

Este vino á la oficina, y Arias, haciéndose pasar por el Comandante Roca, le pidió noticias de la situacion.

Dijo que segun las voces que allí corrian, las situacion del Gobierno Nacional era malísima, quejándose amargamente de las cosas hechas y daños causados por el ejército de Arias, cuyas fuerzas no habian dejado ni hombres ni caballos.

Y con ravesura estudiantil, añadía las *bolás* que hacia correr Arias por aquellos pueblos del norte.

El ministro tragó la píldora tan soberbiamente preparada y enteró al Coronel Arias de cuanto sabia.

Asombrado de lo que el supuesto Roca le decia, haciéndole grandes confidencias y diciéndole entre otras cosas:

"Me sorprende lo que vd. me dice pues hoy mismo (el 11 de Junio) hace un momento, acabo

de recibir un telégrama del señor Presidente por el que me anuncia el triunfo obtenido por una partida del 1º de caballería que ha apresado un tren en Lanús que llevaba vestuarios para las fuerzas de Arias y ha sido quemado cayendo ademas prisioneros un coronel Charras y cuatro oficiales.

Despues de un diálogo confidencial y sumamente animado, el ministro concluyó la conferencia con algunas palabras de aliento para el Comandante Roca.

Esta conferencia fué interesantísima para el Coronel Arias que le sacó el jugo, como vulgarmente se dice.

Debido á la demasiada prevision de este, es que no la podemos hacer conocer completa de nuestros lectores, porque Arias hizo romper la tirilla telegráfica por miedo de algunos empleados que podían traducirla y haciéndola conocer producir alguna desmoralización en las filas del bizoño ejército que se estaba reuniendo.

El día 14 recibió el Coronel estas otras cartas que fueron ya las que le hicieron perder toda esperanza de obtener municiones por envío hecho de la ciudad.

Gobernador de la Provincia.

Sr. coronel Arias.

Estimado amigo.

"Mi carta anterior, que supongo en sus manos le muestra a vd. que no es fácil hacer la remesa de nada, ni por el Sud.

Si usted quiere tener armas, vestuarios y cañones, que ya están listos con sus artilleros, ó se aproxima vd. con su division á San Vicente, y una expedición de la ciudad le entrega todo: ó se aproxima á Flores y haciendo una salida las fuerzas de la plaza, dáse una batalla contra las fuerzas de la Chacarita, que de seguro acudirán al duelo.

Medite sobre esto, y haga las observaciones que crea convenientes, para llegar á un acuerdo y prepararnos todos.

Haga lo mismo en caso de persistir en su plan; pero le repito que si quiere armas, vestuarios y cañones, es preciso que en la ejecución, de su plan, comprenda también este incidente.

De otro modo es imposible, mientras no esté mejor organizada la plaza, desprender fuerzas bastantes, para cualquier operación, y que no hayan de volver.

Escribo a vd. estas líneas comiendo, porque quiero despachar el chasque, pero estoy seguro que vd. con su clara inteligencia sabrá suplir lo que en ellas faltare."

Su affmo.

(C. Tejedor.)

Junio 12.—5 de la tarde.

Secretaria del Ministerio de Milicias B. A.

Sr. Coronel don José I. Arias.

"Hoy le hice un largo telégrama por via de San Vicente para que se lo remitan por chasque, ayer le escribí y ahora lo repito para darle mi opinión sobre su carta al Ministro de Gobierno de fecha 9.

Vd. padece error en las cifras que en ella anuncia.

Siento no poderme estender sobre esto.

Lo importante sería que vd. se moviese sobre esta ciudad, así pondremos en jaque al enemigo y combinaríamos nuestro plan de ataque, así corriendo fuerzas hácia el Sud protegeríamos la costa y tendríamos mucho de lo que esperamos; no le doy importancia por ahora al Norte, nuestro objetivo debe ser quitar todos los recursos al enemigo que está en la Chacarita, de esta manera si nosotros somos bloqueados por el rio, ellos lo serian por tierra.

Como le hé dicho en la de ayer, estas no son órdenes por ahora, porque no se pueden dar en la casi incomunicación que nos encontramos.

Espero que á la fecha habrá recibido las armas y vestuarios que se le han mandado por Plaza Montero, quien se ha demorado indebidamente mas de 24 horas en la estancia de Duportal.

Como el señor Gobernador le escribe, concluyo saludándolo."

Su amigo.

M. de Gainza.

Junio 12 de 1880.

Secretaria del Ministerio de Milicias B. A.

Sr. coronel Arias.

1 p. m.

Querido Coronel.

Acabo de recibir su carta.

Le digo ahora lo que le dije hoy por telégrama, por via de San Vicente: está vd. equivocando en las cifras.

Cuando nos pongamos mas al habla se lo demostraré.

Sobre otros tópicos de su carta no me atrevo a contestarle.

Aquí me pongo cada día mas fuerte.

Como le dije, tengo cañones y así que vd se aproxime hé de poder poner a su disposición cuanto necesite.

Suponia lo que vd. me dice: que sus medidas obedecian a un plan general que habia concebido.

Es por eso que no le hédado sinó mis opiniones que repito ahora, aproximarse lo mas posible para que lo sientan los de la Chacarita quitándoles todos los recursos y entónces se

verian en serias dificultades. El enemigo recibe refuerzos. Le han llegado fuerzas de Entre-Rios y cada dia que pase es natural creer que ha de recibir mas. Haré cuanto pueda por proporcionarle lo que pide, y tenga presente. Vd. que me conoce, que alguna razon he de tener para demorarlo. Plaza Montero ha llevado armas y vestuario, aun no sé donde se halla.

Si Vd. le diese un golpe á Levalle, seria de gran efecto, pero de gran efecto, y espero que sea feliz en ese pensamiento, como lo ha sido siempre.

Levalle viene por *Altos Verdes* de Videla, en la Guardia del Monte, me lo avisa Leiria á quien he ordenado que lo hostilice en cuanto pueda y que lo tenga á vd. al corriente de todos los movimientos de Levalle^a.

Su affmo. amigo,

M. de Gainza.

Junio 12 de 1881.

Gobernador de la Provincia.

Sr. D. José I. Arias.

Mercedes.

Mi querido Coronel.

Anoche su hermano me presentó la carta del once.

Es asombroso en verdad que en cinco dias se haya formado una division como la que usted tiene.

Lástima es que no haya podido detener á Godoy, pero ahora hay que pensar en Levalle.

Vd. sabe que trae tres batallones (chicos) y cuatro cañones (de cargar por la boca)—Venarlo y tomarlo, ó dispersarlo, seria de gran efecto; pero si no se puede, poco aumentará el poder del enemigo.

Si no me equivoco, mas que nuestros ejércitos, *el tiempo, veinte, treinta, dias*, bastarán para que la corte y fuerzas que están en la Chacarita se disuelvan.

Las intrigas siguen, los negociadores van y vienen: Pero nada entre dos platos hasta ahora. Su affmo.

C. Tejedor.

Sobre municiones etc etc.—Vd. pensará cualquiera de las operaciones que en mi anterior le he indicado.

Gobernador de la Provincia.

Sr. Coronel.

Con el doctor Leguizamón ha venido la negativa de Roca. Se agrega que han llegado tambien á Zárate, 2 batallones de Córdoba, 2 id de Santa-Fé, un regimiento de id y otro de Entre-Rios.

Me parece que debe Vd. meditar sobre mis dos cartas anteriores y resolver.

Suyo—C. Tejedor.

Junio 13.—8 de la noche.

Como se vé por estas cartas, el único que por el momento debía combatir, ora el Coronel Arias.

El Gobernador le aconsejaba diera una batalla, lo que era un gran disparate, puesto que ese consejo se daba á un jefe que clamaba por armas y municiones, porque sus paisanos no tenían otras que el rebenque de lonja y alguna que otra picana que dragoneaba de lanza.

Segun esas cartas, ademas de dar una batalla campal, el Coronel Arias debía al mismo tiempo que hacia soldados, atacar al Comandante Godoy, atacar al Coronel Levalle, hostilizar las fuerzas de la Chacarita, y sobre todo, fabricar armas y pedir municiones á la luna, pues sin armas ni municiones no podia emprender ninguna de estas operaciones.

Aunque no habia necesidad de esto, pues ya en esas mismas cartas se le indicaba que las armas y municiones podia venir á buscarlas á la ciudad.

Parece increíble que gente seria y entre cuyas manos estaba la suerte de Buenos Aires, pensase y aconsejase tales descabros!

Y en la ciudad habia diez mil hombres ardiendo en entusiasmo y 20 cañones listos, armas y municiones!

Habia cuerpos admirablemente organizados, como los dos batallones Guardia Provincial, y los cinco ó seis de Policia.

Esto, sin contar los batallones del tiro nacional, que maniobraban tan bien como el mejor cuerpo del ejército.

Pero los directores de la defensa, mirando en menos el entusiasmo en que ardía Buenos Aires solo se ocupaban de fortificarse bien.

No bastaba una primera linea de fortificaciones y se hizo una segunda.

Probablemente si los acontecimientos no se precipitan, se hubiera hecho una tercera y una cuarta, por pura precaucion.

Es que el 13 de Junio, segun la última carta que hemos transcrito, el Dr. Tejedor aún creia en la renuncia de Roca, y en que solo el trascurso de veinte ó treinta dias, seria suficiente para deshacer la corte y fuerzas de la Chacarita.

El bueno del general Gainza, no creia por su parte en la cifra que le acusaba el Coronel Arias.

Es que no habia idea de un entusiasmo como el que reveló la Provincia de Buenos Aires, ni de una actividad como la que desplegó el Coronel Arias.

En solo once dias habia reunido mas de diez mil hombres, los habia organizado y los habia llevado al combate haciendo la retirada mas brillante que se conoce en nuestras guerras, dadas las condiciones de su tropa y del enemigo.

Es que ningun caudillo hasta entónces, habia reunido y llevado al combate, en mayor tiempo, semejante número de soldados voluntarios.

Y los directores de la defensa, en vez de ar-

nir y municionar ese ejército, se ocupaban en fortificarse!

Y eso, que la última negativa de Roca, los había puesto de mal humor!

El año 74 cuando las fuerzas revolucionarias derrotaron á Muslera, el Coronel Alvaro Barros entonces Gobernador de Buenos Aires, se vino de Altamirano anunciando la llegada del ejército del General Mitre y pidiendo fuese fortificada la ciudad.

Los hombres entonces en el poder, se le rieron en sus barbas, y apesar de no contar con la opinion de este pueblo heróico, se desprendieron del Batallon 6 de línea que era la confianza del Gobierno y lo mandaron con su Jefe el entonces Comandante Arias, en un tren espreso á detener al enemigo, que segun todas probabilidades venia sobre Buenos Aires.

Arias llevó instrucciones para llegar solamente hasta Altamirano, pero hizo cortar los hilos eléctricos para que el Gobierno no conociese su marcha. Llegó á Altamirano, tomó las fuerzas que allí habia, subiólas en tren que tenia listo, porque esta operacion la conocia el señor Cambaceres, entonces Presidente del Directorio del Ferro-Carril y de acuerdo con Arias, en la mejor reserva, le preparó los wagones necesarios y máquinas para realizar la operacion.

Arias reunió 900 infantes incluso el 6 de línea y se fué hasta Las Flores, donde creia encontrar todo el ejército revolucionario.

Esta operacion relatada á grandes rasgos fué de gran efecto y de mayor importancia para la causa del Gobierno.

La comunicacion con los ejércitos de los

Coroncles Campos bajo las órdenes del Dr. Alsina, pudo mantenerse debido á esta expedicion de Arias.

El Presidente entonces Dr. Avellaneda y el ministro interino de Guerra, Comandante Balsa hicieron un telégrama á Arias haciéndolo Coronel.

Pero Arias contestó á Avellaneda que agradecia el saludo, pero que no aceptaba el título, que sus galones los ganaba de otra manera. Este es solo un cuento al caso: Arias tuvo necesidad para llegar á las Flores de ir componiendo la línea férrea que habia sido destruida por las fuerzas nacionales.

El 80 no tenia el Dr. Tejedor ni ese mínimo obstáculo.

Si creia de tan buen efecto un golpe sobre la pequeña division de Levalle, ¿porqué no embarcó una noche en un tren al valiente Coronel Campos ó al estratégico Comandante Garmendia con dos ó tres mil hombres bien armados y amunicionados con dos, cuatro o seis piezas de cañon, que fueran y lo trajeran al corralon de la casa de Gobierno?

¡Es que todo lo esperaban de Arias. y apesar de eso, le mequinaban todo!!!

No se concibe como han podido cometerse tan grandes disparates.

¡Y que todavia los ignorantes causantes de tantas desgracias quieran descargar su tremenda responsabilidad, escupiendo traidoramente sobre la limpia foja de servicios del Coronel Arias!

No han tenido ni siquiera el talento de callarse á tiempo.

EL COMBATE DE OLIVERA

Sin pensar nos hemos separado algo del punto principal de nuestra narracion—volvamos á ella.

Teniendo noticias positivas el Coronel Arias desde el día 13 de Junio, de la llegada del Coronel Racedo á Campana y de sus preparativos de marcha para venir á batirlo á Mercedes, empezó á prepararse para marchar á fin de escusar una batalla que no estaba en condiciones de aceptar.

Esto por un lado, y por el otro la necesidad de aproximarse á la capital á proveerse de armas, municiones, etc. etc., dando así cumplimiento á las indicaciones del Gobernador, que se veia

precisado á aceptar, porque de otro modo, se le decia bien claro, no debia de contar con nada.

En consecuencia, llamó al Mayor don Valentin Espejo, y le dió algunas instrucciones verbales agregando por escrito las siguientes:

“Mercedes, Junio 15 de 1880.

“Al Capitan—D. Valentin Espejo.

“Inmediatamente de recibida la presente, se pondrá vd. en marcha con el batallon de su mando, con destino al pueblo de San Antonio de Areco, y una vez allí, me comunicará su llegada y esperará mis órdenes.

“Se pondrá vd. de acuerdo con las autoridades de ese punto, siempre que tenga que ejecutar al-

guna operacion ordenada por esta Comandancia.

“Evitará vd. el combate con fuerzas superiores: pero no así con fuerzas iguales ó inferiores en número, debiende, sin embargo en este caso, tomar las precauciones para evitar un contraste.

“Me comunicará vd. por el telégrafo, si fuese posible, sinó por chasques, las noticias ó novedades de alguna importancia.

“En caso de peligro debe vd. retirarse, evitándolo. hácia Lujan, ó hácia donde tenga conocimiento que se encuentre el grueso del Ejército, debiendo buscar en su retirada los parajes menos peligrosos.”—*José Inocencio Arias.*

Esa misma noche marchó el distinguido y valiente Capitan Espejo en un tren espreso con su bizarro 6 de Giles:

El dia lo empleó el Coronel Arias en revistar el Ejército y disponerlo todo para la marcha que debía efectuarse el 16 á primera hora.

Hizo telegramas á los Jueces de Paz y Jefes Militares de Giles, Pilar, Capilla del Señor, Lujan, San Antonio y otros de los partidos mas próximos al enemigo, avisándoles que este se preparaba en campana para venir á batirlo, ordenándoles desprendiesen partidas de observacion sobre él (el enemigo) y chasques uno tras de otro, transmitiendole inmediatamente las noticias que por este medio conociesen.

Así pues, el Coronel Arias puede decirse que oia las pisadas de Racedo desde el momento en que se puso en marcha.

Pero disimulando su ajtacion y ocultando á su ejercito la aproximacion del enemigo, lo preparaba apuradamente para la marcha.

El 16, lo mas temprano que le fué posible, despachó al Batallon 1^o de Dragones de Mercedes, y 5^o de Dragones de San Nicolás embarcados en tren por falta de monturas.

Estos cuerpos iban bajo las órdenes de un Comandante José C. Soto que llevaba instrucciones de incorporarse á las fuerzas de Plaza Montero en Olivera.

El tren debía regresar inmediatamente para llevar mas fuerzas.

El resto del Ejército se puso en marcha á caballo, bajo las inmediatas órdenes del Jefe del Detall General, Comandante Domingo Rebucion pues el Coronel tuvo que ser el último en salir de Mercedes con sus ayudantes y secretarios, á causa del mundo de noticias que le llegaban del enemigo y las mil disposiciones que tenia que estar tomando para evitarlo.

Y apesar de tanta precaucion, no pudo conseguirlo, pues tenia que luchar con un Ejército de reclutas que no podia hacer mover con la rapidez y órden con que él queria conducirlos.

Y Racedo venia forzando sus marchas á fin de no dejar escapar la presa, pues suponemos que los paniaguados de Mercedes lo estarían informando de los preparativos de marcha del ejército de Arias.

Como se ha dicho que éste fué sorprendido en Olivera, vamos á hacer conocer aquí una mínima parte de las precauciones tomadas por él sobre el enemigo y de las noticias que recibia por minutos, pruebas harto sobradas para demostrar lo calumnioso del dicho.

Los que dicen que Arias ha sido sorprendido en Olivera primero, y en Puente Alsina mas tarde, son unos desgraciados, que no han podido ocultar su perversa intencion.

Un ejército sorprendido no lucha y vence, y mucho mas si está compuesto de ciudadanos reunidos en doce dias, en pelotones aún, como iban llegado los contingentes, pues habia falta material de tiempo para dividirlos en batallones, compañías etc. etc. y teniendo por Jefes, en vez de militares a ciudadanos llenos de entusiasmo patriótico y con el mas noble deseo de sacrificarse por la patria, es verdad, pero sin la menor nocion de milicia, como los señores Carri, Crisol, Stegman, Salas, Ceballos y 100 mas que eran los jefes del ejército de campaña con muy raras escepciones, de uno que otro militar que ya llevamos nombrados.

Un ejército que es sorprendido, por mejor organizado que esté y por bueno que sea su espíritu, moralidad y disciplina, no hay quien lo contenga en una sorpresa y mucho mas, si esta se efectúa de noche.

Téngase presente que Arias fué atacado en el Puente Alsina á las 4 a. m. en el dia mas corto del año, el 21 de Junio.

Que peleó desde dos horas antes de aclarar, y que rechazó al enemigo matándole varios de sus mejores jefes y oficiales, entre ellos el Coronel Vazquez, y quitó además el Estandarte del Regimiento de San Lorenzo mandado por un Coronel Córdoba.

San Martin, el primer soldado americano y su lucido ejército en *Cancha Rayada*, fué sorprendido por el ejército realista y fué casi totalmente dispersado, con la sola escepcion de la valiente Division del heróico General Las Heras.

A las 11 a. m. recibió el Coronel el siguiente telegrama del Jefe que habia ido con los dos primeros batallones á Olivera donde debia incorporarse á las fuerzas de Plaza Montero allí acampadas.

Olivera, 10-38 a. m.

Junio 16.

Coronel Arias.

Mercedes.

He llegado con felicidad, no encuentro Jefe Superior. He acampado á la izquierda de la Brigada que he encontrado con frente al Sud, pido órdenes y saludo á V. S.

José C. Soto.
Comandante.

Pero antes que éste, había recibido estos otros mas importantes.

San Antonio.

Junio 16—horas 8-24 a. m.

Coronel Arias.

Mercedes.

Llegó el batallon que manda el Capitan Espejo; reunió caballos con la actividad posible, hasta este momento no tengo conocimiento de aproximacion de enemigos que V. S. dice:

Bartolomé Cané.

Juez de Paz.

San Antonio, Junio 16—horas 8-20 a. m.

Sr. Coronel Arias.

Mercedes

Hasta esta hora no se ha podido reunir caballos; el Juez me promete buenos caballos para luego. Se dice que Reynoso se ha retirado en direccion á Campana. Espero indique si debo tener el tren que me condujo á este punto.

Dios guarde á V. S.

V. Espejo.

Mercedes, Junio 16—horas 9-26 a. m.

Capitan D. Valentin Espejo.

San Antonio.

Retenga el tren porque pronto ordenaré su regreso. Si se provee de caballos, luego, puede desprender una partida de 20 á 30 hombres que vayan en la direccion en que se encontraba Reynoso para que se hagan ver nuestras fuerzas é infundan confianza. Recomiende que no hagan daño y que lleven los fusiles levantados, no sentándose sobre ellos al montar á caballo y disponga que la partida vuelva á incorporarse esta misma tarde.

J. I. Arias.

San Antonio, Junio 16—horas 11 y 2 a. m.

Señor Coronel Arias.

Mercedes.

Oficial:--Le incluyo adjunto un telégrama del telegrafista de Arrecifes con las noticias adjuntas. Sin embargo yo mando un bombero que me traiga una noticia de mas confianza.—Tomo la actividad posible para reunir caballos para el batallon del capitan Espejo.

Bartolomé Cané.

Giles, Junio 16—horas 1 y 37 p. m.

Al Coronel D. José Inocencio Arias.

Campamento General en Mercedes.

En este momento regresa el chasque que despedí sobre la Pesqueria á observar al enemigo, y me dice que de este lado de la Posta de Ortega, dejó una fuerza nacional en número de

cuatrocientos, hoy á las 9 a. m. y que lo han dicho que en Campana hay dos mil hombres que han desembarcado antes de ayer, la gente que ha visto viene en esta direccion y estará de aqui ocho leguas, el chasque llegó á la una y cuarto, hora en que comunico a V. S. y espero órdenes de V. S. que cumpliré.

Julio Saraci.

Juez de Paz.

San Antonio, Junio 16—horas 3 y 27 p. m.

Coronel Arias.

Olivera.

Llegó comision que desprendí, sin novedad voy á despachar otra comision de 40 hombres y un oficial al mando del Subteniente Miranda en persecucion de una partida que segun noticias está saqueando una quinta á una legua y media de este punto.

Dios guarde á V. S.

V. Espejo.

San Antonio, Junio 16—horas 5 y 56 p. m.

Coronel Arias.

Olivera.

Recibo un chasque en este momento de la partida que despaché al mando del Subteniente Miranda y de la que di cuenta á U. S.

Dice que se encuentra rodeado en este momento por el enemigo, en número como de doscientos á trescientos hombres.

Inmediatamente mando reunir mas caballos para marchar yo en su proteccion. Dejo una guardia al mando de un oficial para que custodie este tren con instrucciones de ponerlo en salvo en caso necesario.

Dios guarde á U. S.

V. Espejo.

Olivera, Junio 16—horas 6 y 21 p. m.

Capitan Espejo

San Antonio.

Trate de hacer replegar si es posible la partida de Miranda, no vaya á comprometer combate desventajoso, y si consigue salvar esta noche la partida de Miranda, regrese inmediatamente por el tren hasta Lujan. Sea prudente; vale mas perder una partida, que todo un batallon.

Miranda debe haber cometido alguna indiscrecion.

En caso de poderse prestar proteccion, marche á pié y no á caballo.

La gente que vd. tiene, peleará bien de á pié; pero si la lleva montada hasta cerca del enemigo, puede huir toda olla, pues es muy bisoña.

José I. Arias

El Coronel Arias conocia prácticamente el valor temerario del Subteniente Miranda, que no era otro que el sargento Miranda de quien

ya nos hemos ocupado, y temia con razon fuese por su arrojo, á comprometer la partida que mandaba.

La misma desconfianza abrigaba del Mayor Espejo.

Este jóven militar que tan lucido papel jugó en toda esta campaña, como en los combates de Chorrillos y Miraflores, donde fué á ofrecer su brazo á la causa simpática del Perú, era muy capaz de arriesgar un combate sério con la fuerza que llevaba.

Por esta razon el precavido Coronel Arias, insistia en los consejos y órdenes, como se vé en el telégrama anterior.

A este telégrama contestaba Espejo, con el siguiente, que deja ver que el valeroso Miranda no habia perdido su tiempo.

San Antonio, Junio 16—h 6 y 41 p. m.

Coronel D. José Inocencio Arias.

Olivera.

En este momento llega el Subteniente Miranda que ha podido retirarse habiendo perdido por inutilidad de caballos y heridos trece hombres.

Las fuerzas enemigas, segun el Subteniente Miranda, ascienden á mas de 600 hombres, la mayor parte de línea.

El fuego ha sido bien sostenido por espacio de un cuarto de hora. Espero sus órdenes para segun ellas obrar.

Dios guarde á U. S.

V. Espejo.

Olivera, Junio 16—h. 6 y 49 p. m.

Capitan Espejo.

San Antonio.

Venga inmediatamente á Lujan como le he ordenado.

El enemigo puede obstruirle la via, ande ligero.

J. I. Arias.

La confirmacion del telégrama del bravo Espejo, dando cuenta del combate sostenido por Miranda, la recibió poco despues el Coronel Arias, por conducto del patriota Julio Saravi, á quien la causa de Buenos Aires debe esfuerzos supremos de actividad y valor.

Hé aquí su telégrama.

Giles, Junio 16—horas 7 y 53 p. m.

Al Coronel D. José Inocencio Arias.

Campamento General en Olivera.

Me llega chasque de las avanzadas y dice que hoy tarde, al ponerse el sol, ha habido un encuentro de nuestras fuerzas con las nacionales, á una legua y media de San Antonio, retirándose las últimas en número muy superior, despues de ponerse el sol.

Julio Saravi.

Juez de Paz.

Los telégramas que hemos consignado y los que van mas abajo, no son sino unos cuantos de aquellos más pertinentes, para destruir el descalabrado acertijo de los que han querido quitar á Arias el mérito incuestionable de su campaña, de su victoria en Olivera y de la salvacion de su ejército.

El Coronel Arias fué sorprendido en el puente de Olivera, dice un narrador de última fecha, queriendo salvar su gran culpa. "El mismo señor Olivera le mostró los soldados de línea, pero él dijo que eran tropas que se le incorporaban," asegura aquel famoso articulista. Sin embargo hemos demostrado que desde que salió Racedo en su busca, Arias conocia su objetivo y el número de su fuerza, esperándolo de un momento á otro. Ya hemos visto á sus grupos haciendo prisioneros, y á Espejo y Miranda doblando las avanzadas de Racedo.

Gran parte de estos telégramas, son los que recibia el Coronel, unos tras otros, muchos de los que contestaba aún antes de concluir de leer. Tal era la premura del tiempo.

El cuerpo de telegrafistas que tenia consigo y que traia de Mercedes, organizado por él no era bastante para expedir y recibir la correspondencia de aquel hombre que parecia no sentir la necesidad, ni de comer, ni de dormir, pues estaba metido allí, en la oficina misma, al lado de los aparatos, recibiendo y dictando los telégramas que hemos publicado en su mínima parte.

Por ellos, por sus fechas y horas, verá el lector que aquel hombre extraordinario no durmió un segundo la noche del 16, ni la del 17 tampoco.

¿A qué hora reposaba el Coronel Arias?

No lo sabemos—la fiebre del patriotismo y del deber mantenía aquella organizacion poderosa é incansable.

Leyendo sus telégramas se le hallaba en pié, á todas horas, tanto de dia como de noche.

Y á esto es indudablemente á lo que se debe el éxito de aquella campaña fabulosa.

Sigamos viendo unos cuantos telégramas mas antes de entrar á detallar el combate de Olivera.

Insistimos en ellos, porque vienen á poner á nuestra narracion, todo el sello de la veracidad que encierra.

Lujan, Junio 16—horas 8 y 13 p. m.

Señor Coronel Arias.

(Olivera.)

En este momento llego á este punto trayendo un herido de un balazo en una pierna, las fuerzas enemigas son como 800 hombres.

Dios guarde á V. S.

V. Espejo.

Olivera, Junio 16—horas 9 y 26 p. m.

Sr. Capitan D. Valentin Espejo.

(Lujan)

Permanezca allí, yo marché mañana aproximándome á esa Villa.

Acampe en la Estacion y tenga listo el tren para en caso necesite venir á incorporárseme. Dígame si Miranda peleó de á pié ó de á caballo, si ha hecho algunas bajas al enemigo y en que número, cuantos hombres componian la partida de avanzada y cuál era el jefe de la fuerza enemiga. Déme, en una palabra, todos los detalles posibles sobre el combate que tuvo lugar.

Pida al Juez de Paz carne, leña y demas cosas que necesite.

José I. Arias.

Lujan, Junio 16--horas 10 y 15 p. m.

Sr. Coronel Arias.

Olivera.

La columna enemiga seria de 800 á 1,000 hombres; la avanzada con que chocaron nuestras fuerzas, como de 100 de caballeria de línea.

Miranda no pudiendo esquivar el combates echó pie á tierra para pelear á orillas del Rio Areco en la margen opuesta al enemigo, en el paraje denominado *punta de la sierra*.

El fuego duró como 15 á 20 minutos; se le hicieron como 6 ó 7 bajas al enemigo.

La columna se puso en marcha en direccion á Giles; se ignora quien sea el Jefe que la manda, sin embargo se cree que sea el Comandante Godoy; y que parte de su fuerza es de línea.

Lo que comunico á V. S. para su conocimiento. Dios guarde á V. S.

V. Espejo.

Como se vé, Miranda habia logrado, con un pequeño combate, reconocer el número de la vanguardia del enemigo.

Lujan, Junio 16--horas 11 y 38 p. m.

Sr. Coronel Arias.

Olivera.

Me encuentro y se encuentra aquí el Batallon con el Comandante Espejo; V. S. ordene si me incorpore.

Gandulfo.

Este era otro oficial destacado del mismo batalloncito con una partida ligera en observacion sobre el enemigo. Despues de enterar al Coronel del resultado de su comision, pedia incorporacion á su cuerpo.

Estas partidas venian todas en retirada replegándose para incorporarse al ejército.

Ademas de estas, el Coronel Arias tenia mas de veinte partidas destacadas, que observaban al enemigo tan de cerca como podian, para conocer sus menores y mas insignificantes movimientos.

Sin embargo, no ha faltado articulista que asegurara que el Coronel Arias habia emprendido su marcha hasta sin flanqueadores, por cuya razon el enemigo le cayó encima cuando menos lo soñaba.

Es preciso destruir esos errores, que estra-

viarian el criterio ageno en la referencia de estos gloriosos sucesos,

Giles, Junio 17 --horas 12 y 35 a. m.

Al Coronel D. José Inocencio Arias.

Campamento general en Olivera.

Fuerzas enemigas ya estan en este partido.

Tomaron preso al telegrafista de "Azuénaga" al pasar por allí y parecia cortaban rieles del Ferro-Carril.

Julio Sarací.

Juez de Paz.

"Azuénaga" es la Estacion intermedia del Ferro-Carril, entre Lujan y San Antonio de Areco. El enemigo se venia así á marchas forzadas á batir á Arias. Este fué el momento mas amargo para el Coronel Arias.

La desidia incomprensible de los hombres de la defensa, que se habian mostrado siempre sordos a sus pedidos de municion.

Los pocos infantes armados que tenia, estaban municionados a razon de 20 tiros por soldado! y todo el mundo sabe hoy que con los fusiles de precision que tenemos, se disparan por un recruta, quince tiros por minuto.

De esta manera el Coronel Arias tenia municion para pelear, en caso de empeñar batalla seria, *un minuto y medio*.

Apesar de la precipitacion del Coronel Racedo, Arias habia estado mas previsior que lo que él creia.

Los trabajos intentados esa noche por Racedo para destruir la via férrea, solo sirvieron para hacerle perder tiempo.

El batalloncito de Espejo que él pretendia cortar del ejército de Arias ya es aba en salvo en Lujan.

El Coronel Arias se veia precisado a apurar aún mas su marcha de lo que queria y de lo que habia pensado.

Racedo era de su misma escuela y habia necesidad de esquivarlo.

Resolvió pues que en el mayor silencio subiesen á los wanes todos los batallones de infanteria, con escepcion de aquellos que tenian monturas.

Habia tenido a lemas la prevision de hacer venir de afuera todas las máquinas, coches y wanes que habia en las estaciones del ferro-carril y ni aún al jefe de Mercedes, señor Elordi, que era hombre con familia, lo quiso dejar allí cuando supo que el enemigo se le venia encima.

El mismo dia 16 a las 6 y 3 p. m. le telegrafió ordenándole que él en persona con los empleados de la estacion Mercedes se preparase para marchar á la primera orden, sin dejar ni un solo coche ó wagon en esa estacion.

A las 6 y 53 contestó el jefe con este telegrama:

Mercedes, Junio 16—horas 6-53 p. m.
Sr. Coronel Arias.

Olivera.

Tengo locomotora lista con 40 wago- nes y coches, espero órdenes no mas, solo necesito saber cantidad de hombres a embarcar y des- tino.

Elordi.
J. E.

Este señor Jefe de Estacion que parecia no mamarse el dedo, siempre mostraba gran inte- res en conocer los movimientos que hacian ó debian hacer las fuerzas del coronel Arias.

Pero este lo dejaba siempre ó casi siempre en la duda, comprendiendo que aquel apuro no era otra cosa que servir al enemigo, con da- tos precisos.

Así pues su telégrama lo contestó con este otro.

Olivera, Junio 16—horas 9 p. m.

Sr. jefe estacion.

Mercedes.

Venga tan pronto como le sea posible con to- dos los coches y wagoes.

Arias.

Mercedes, Junio 16—horas 10-2 p. m.

Coronel Arias.

Olivera.

Está bien, a primera hora estaré en esa con todos los wagoes que tengo en esta y otra locomotora vendrá de Lujan con wagoes, tam- bien (1) tengo aviso que locomotora de Moreno viene a Lujan con el especial, conviene que sepa si viene hasta esa ó á Lujan no mas.

Elordi.
J. Estacion.

La máquina que venia de Moreno á Lujan traia tambien fuerzas, pues el Coronel sospecha- ba que podia ser tambien atacado por las fuerzas de la Chacarita al mismo tiempo que por Ra- cedo y ponía en salvo por las dudas, la fuerza que tenia en Moreno.

Por supuesto, todos las máquinas que habia en la linea, estaban en juego y todas con sus fuegos encendidos, listos para marchar.

¿Hay sorpresa posible, cuando un jefe se mul- tiplica de esta manera, tratando de contrariar hasta los pensamientos que supone en el ene- migo?

(1) Así lo creía el jefe de Mercedes, pero el coronel la tenia allí lista para que pudieran escapar del ejército nacional, las fuerzas que estaban en aquella villa, en caso que allí dirigiese su marcha Racedo, en vez de venir directamente á Olivera.

Podia querer cortar al Coronel Arias de la ciudad y esa debió ser su operacion en vez de dirigirse á Mercedes para despues venir sobre Olivera.

Siu duda, Racedo contaba con que Arias no se pondria entre las fuerzas de la Chacarita y él y que mas bien se reorientaria hacia el Sur completamente.

Una vez en los wagoes la infanteria, la des- pachó toda bajo las órdenes del Comandante don Bernabé Martinez con orden de ir a campar a la estacion Rodriguez donde debia aguardar órdenes y donde se le incorporaria ese mismo dia el Coronel con el resto del ejército.

Cuando iba á salir el tren que conducia la infanteria para "Rodriguez" con el Coman- dante Bernabé Martinez, telegrafió el Coronel Arias á Espejo avisándolo, como se verá por el siguiente telégrama:

Olivera, Junio 17, 1 y 5 a. m.

Capitan Espejo.

Lujan.

Esté listo para marchar embarcado en el tren. El Comandante Martinez, marcha para esa con fuerzas, póngase bajo sus órdenes. Al Capitan Sarmiento ordénele que tome caballos y esté pronto para incorporarse á su cuerpo, á la pasada.

J. I. Arias.

El Coronel seguia recibiendo noticias del ene- migo por minutos, como se vé claramente.

Giles, Junio 17—1y 31 a. m.

Sr. Coronel Arias.

Campamento en Olivera.

Por últimos chasques llegados se sabe que la fuerza que se encuentra en Azcuénaga es toda la columna que indica U. S. Haciendo fogones de Estacion Azcuénaga como hasta 20 cuadras lado Capilla, parece están en dos grupos, tambien se distingue como un farol que lo alzan en ele- vacion como haciendo señas de aproximarse mas fuerzas.

M. Rodriguez.
Comandante militar.

Esta vez telegrafia el Comandante Militar de piles porque el Juez Saravi que era partidario muy decidido salió del pueblo temiendo caer en Góder del enemigo.

Este patriota porteño prestó al Coronel Arias y á su ejército los mas importantes servicios des- plegando una actividad asombrosa y procediendo siempre con rara inteligencia.

Honor pues al Sr. Saravi.

A los pocos minutos recibia el Coronel este otro telégrama:

Giles, Junio 17—1 y 53 a. m.

Coronel Arias.

Olivera.

Las fuerzas que llegaron esta noche á Az- cuénaga, toman direccion á esa, lo prevengo á U. S.

Ignacio Casco,
Sustituto.

Giles, Junio 17—2 y 52 a. m.

Coronel Arias.

Olivera.

Se acaba de detener un individuo desertor de

fuerzas enemigas; el mismo que declara viene del Rosario dicha fuerza al mando del Coronel Vazquez, con intencion de batir las fuerzas de U. S.

Traen ocho á diez piezas de artilleria; se han visto pasar ademas, por lado de este pueblo pequeños grupos en direccion á Mercedes, creo que serán de la misma fuerza que se encontró con batallon de Giles.

M. Rodriguez,
C. Militar.

Así pasó el Coronel Arias toda la noche de 16 al 17 de Junio, espidiendo y recibiendo telégramas de los cuales suprimimos la publicacion en su mayor parte por creerlo innecesario.

Pero antes de entrar á relatar el combate de Olivera, que le fué imposible evitar, diremos que preguntó al Juez de Paz de Lujan por el telégrafo, que tal campo habia á inmediaciones de la Estacion donde le decia iba á acampar algunas horas para despues seguir marcha y le ordenaba le tuviese listo todo lo necesario: el Juez de Paz contestó:

Lujan, Junio 17—h 7 y 25 a. m.

Sr. Coronel Arias.

Olivera.

Provision de carne, difícil, por distancia hay que traerla, hay un campo alambrado como de cuatrocientas cuadras, muy bueno, pertenece á un inglés y está en direccion Rodriguez; hay otros sin alambrar tambien en esa direccion, á

toda prisa estoy haciendo llegar leña a la Estacion.

Daniel Ulrich,
Juez de paz.

En vista de este telégrama el Coronel Arias aún cuando ya se empezaba a mover para marchar, ordenó al comisario de guerra Teniente Coronel don Abraham Walker que hiciese hacer una tropa en la estancia del señor Olivera, á la mayor brevedad, para llevar con el ejército y tener ese trabajo menos en la marcha.

El Comisario mandó a uno de sus subalternos a hacer la tropa, un Teniente Castro.

¿Cómo pudo entonces ser sorprendido el Coronel Arias?

Cómo es posible que el señor Olivera tuviese que indicarle la aproximacion de soldados de línea, cuando él conocia como se ha visto, paso a paso y minuto por minuto la aproximacion del ejército de Racedo?

Y sin embargo, los que afirman que fué sorprendido, son aquellos mismos que desoyeron sus saludables consejos! los mismos que le negaron hasta la municion con que habia de defender el honor de Buenos Aires!

Saltemos estas pequeñas y grandes miserias y vengamos al combate de Olivera, donde el Coronel Arias, ademas de detener aquel fuerte ejército, salvó diez mil soldados de Buenos Aires desarmados, y los trajo a la ciudad, donde se batieron, murieron y triunfaron como leales y buenos!

LA BATALLA

A las 8 a. m. se puso en marcha el ejército de Buenos Aires con direccion a Lujan por el costado derecho de la via férrea.

El Jefe del Detall, Comandante Rebuccion, venia a la cabeza del grueso del ejército con orden de no separarse un momento de la via, de modo que en caso de presentarse el enemigo, podia, como sucedió efectivamente, hacerse venir la infanteria y quedar el todo del ejército en un instante reunido y listo para el combate, sirviendo ademas los wagones y coches para guardar un flanco al ejército.

Adelante del ejército, como vanguardia, pero á la vista á 40 ó 30 cuadras de distancia, marchaba el Regimiento Escolta, el cual a su vez desprendió a su frente y flancos los bomberos que son de regla para avisar los novedades que

noten en el campo que está en la direccion que se lleva.

A retaguardia marchaba la division del Coronel Sanabria, que debia durante la marcha apresurar el paso para ponerse en línea con las otras divisiones que marchaban en columnas paralelas, desprendiendo las que iban a la derecha é izquierda, partidas de flanqueadores hasta 15 y 20 cuadras.

Como guardia de prevencion, mas a retaguardia de todo el ejército, venia una fuerza de 25 tiradores, bien municionados, del regimiento del Comandante Vera, Poli ia Rural.

Esta guardia tenia la mision de apurar la marcha de las caballadas y rezagados que quedan siempre en toda marcha, debiendo ademas avisar cualquier novedad que notara en la retaguar-

dia, como aproximación de fuerzas etc.

A las 8 y 20 a. m., poco mas ó menos, montó a caballo el Coronel Arias con sus ayudantes de campo y personalmente empezó á apurar la marcha de las caballadas, mandando á sus ayudantes á uno y otro lado con el mismo objeto, y por intermedio de ellos echando fuertes filípicas á los jefes de los cuerpos cuyas caballadas se movían tan lentamente.

El Coronel estaba desesperado de no poder desplegar con su tropa, toda la actividad que era necesaria en momentos tan críticos.

A pesar de la buena voluntad que tenían, de su valor y de su decision de morir por la causa de Buenos Aires, aquellos leales y nobles paisanos eran reclutas, que jamás podían moverse con la precision y rapidéz de la tropa de línea.

Muchos de ellos apenas tenían unas horas de instruccion, y por mas que se esforzaban, no podían desempeñarse de mejor manera.

Y el enemigo venía avanzando á marchas forzadas!

Momentos de suprema ansiedad!

Viendo que el rodeo de vacas de la estancia estaba aún parado cerca de la Estacion, mandó un ayudante á apurar la tropa, lo mas posible.

Sabiendo por este ayudante el señor Olivera, que en el grupo de jinetes que se veía como á dos ó tres cuadras del rodeo, estaba el Comandante en Jefe del ejército, pasó á saludarlo y pedirle tuviese la bondad de pasar por la estancia á servirse de algo.

Pero el Coronel Arias, á pesar de estar muy cerca las casas de la Estacion, á causa de sus numerosas atenciones, no había podido pasar ni siquiera á prevenir á la familia de Olivera, que estaban próximos á una batalla.

El Coronel Arias agradeció la oferta de Olivera y le dijo en reserva y casi al oído, para que no oyeran ni sus ayudantes, que el enemigo se aproximaba y esa era la causa de su precipitacion, á fin de evitar un combate que no quería dar.

El Coronel sabía que si su ejército llegaba á tener noticia de la proximidad del enemigo, tal vez se desbandase en parte, pues estaba compuesto de grupos de hombres desarmados, reunidos en doce días y que no había tenido ni el tiempo material para dividir en pelotones.

Esa era la razon porque guardaba tanta reserva aún para con los mismos jefes superiores del ejército, respecto de la aproximacion de Racodo, que como se comprende por los telégramas que llevamos publicados, tenía de ella tan exacto conocimiento.

Por eso hizo marchar el grueso de su ejército con el Comandante Rebuccion á la cabeza, quedándose él con la escasa fuerza de retaguardia, que era la mejor armada y mejor preparada á un encuentro.

Así, en caso de tener que batirse, el ejército,

léjos ya de él, no se apercibiría del combate y se evitaría el temido desbando.

Va veremos cuán provechosa fue esta hábil precaucion!

Y aunque el ejército sintiera el fuego de cañon, bien fácil sería persuadirlo que todo no era mas que un ligero combate de retaguardia.

Se despidió el Coronel del Sr. Olivera, cuando vió que ya la tropa de animales vacunos se ponía en marcha y siguió con sus ayudantes organizando y apurando las caballadas en la marcha.

Apenas se había alejado unas 20 cuadras de la Estacion, cuando el enemigo se presentó dando vivas y gritos por la retaguardia y anunciando su llegada con algunos tiros de carabina disparados sobre la guardia que venía atrás del ejército y que recién se movía de la Estacion.

El Coronel, sin aguardar el parte de la guardia, pues sabía de antemano mejor que el Comandante de ésta la clase de enemigo que atacaba, inmediatamente que oyó los tiros, mandó orden al Comandante Rebuccion que venía marchando á la cabeza del ejército, que no hiciera caso de los tiros que iba á oír.

—Digale, continuó, que siga no mas la marcha, sin detenerse un instante, por la via del tren, hacia Lujan, como se le ha ordenado ya, pero siempre despacio, al tranquito y en el mayor orden.

Que el enemigo picaba la retaguardia, pero que no era nada; que le hiciera regresar los regimientos de Diez Arenas y 1º de Buenos Aires con el Comandante Antonio Arteaga, que él, el Coronel Arias, personalmente, iba á entretener al enemigo.

Mandó tambien el Coronel directamente orden que volviesen y con estos cuerpos fué que dió el combate.

El enemigo, que cargaba reciamente, y como á cosa hecha, se había apoderado de la Estacion, y trataba de hacer lo mismo con un gran trozo de caballada.

Viendo esto el Coronel Arias, y conociendo claramente la intencion del enemigo, trató de salvar la caballada y al efecto mandó á su ayudante el mayor Belliera, para que hiciera apurar la marcha de aquella.

Pero este digno oficial por mejor cumplir las órdenes del Coronel, se espuso demasiado y tratando de salvar uno de los trozos, el mas próximo al enemigo, cayó prisionero junto con él.

Mas tarde fué retomada la caballada por Arias, pero Belliera quedó prisionero de Racodo que creemos lo trató con consideracion.

La guardia de 25 tiradores del regimiento de Policía Rural pertenecientes al regimiento del Comandante Vera, desplegó sus tiradores inmediatamente y empezó á batirse bravamente en retirada.

El Coronel Arias se vió en serios apuros para contener con estos pocos tiradores el enemigo que atacaba fuertemente hasta tanto llegasen los regimientos pedidos al Comandante Rebuccion.

Por fin, llegan estos de galope, los proclama el Coronel Arias sobre la marcha: manda sacar el sable y enristrar lanzas, y poniéndose a la cabeza de ellos ordena la entusiasta carga.

Cuando el trompa de órdenes hizo sonar su clarín, un tremendo ¡viva a Buenos Aires!!! atronó los aires y los regimientos de Diez Arenas, Arteaga, Salas y Vera, se lanzaron en una terrible carga, con el corazón lleno de fé y esperanza!

El enemigo era terrible, aguerrido y bien armado.

El choque iba a ser violento y a muerte.

Pero ¿qué importaba esto a los nobles paisanos, dominados ya por el entusiasmo de su jefe?

Ellos se batían por Buenos Aires y por la libertad, y solo pensaban en el triunfo.

¡Causa tan noble no podía ser vencida!

Tremenda é imponente carga de caballería, fué aquella que nunca esperaron, ni Racedo ni sus jefes de vanguardia Comandantes Ernesto Rodríguez y Enrique Godoy.

El Coronel Arias que nunca había sido sino infante, se amoldó a los escasos recursos que tenía, y se improvisó jefe de caballería.

El ataque al centro fué llevado con los regimientos de Diez Arenas y Arteaga.

Por el flanco derecho, para cortar a la vanguardia del enemigo si era posible, del grueso del ejército de Racedo, llevó el ataque con el San Pedro, de Salas, y por el flanco izquierdo el regimiento de Vera.

El enemigo empezó a retroceder hasta llegar a la estación.

Allí hizo espalda contra la pared de esta.

Ya te conozco regimiento 2 de caballería!

En sus filas, cada soldado era un héroe que no escuchaba más que la voz de su jefe, que siempre lo llevó adelante.

Apurado por la carga tenaz y traída con tanta bravura, el regimiento 2 echó mano de un recurso supremo.

Desmontó precipitadamente, y con el caballo de la rienda, se puso á hacer fuego como la mejor tropa de infantería.

Pero viendo que a pesar de su abnegación y sus fuegos, aquel enemigo bravo y tenaz seguía avanzando, los soldados volvieron a montar a caballo.

Entonces el 2 de caballería se puso en retirada.

Bajo el terrible clamoreo de ¡viva Buenos Aires! la vanguardia de Racedo perdiendo su posición, se puso a gran galope a pasar el

punto de Olivera donde se amontonó en el mayor desorden.

Allí fué donde tuvieron más bajas las fuerzas nacionales.

Allí los alcanzaron las fuerzas de Arias y les saquearon un buen número, tomando siete prisioneros é hiriendo gravemente de un balazo al Comandante Ernesto Rodríguez jefe de la vanguardia.

Retomada la Estación y los caballos de que se había apoderado el enemigo en el primer momento.

El Coronel Arias, que personalmente había llevado las cargas, se detuvo en la Estación, siempre a la cabeza de la entusiasta tropa.

El Comandante don Abraham Walker observó entónces al Coronel Arias que está muy espuesto to el ejército a quedarse sin jefe, que es preciso que no se esponga así.

El bravo Comandante Walker le rogaba suavemente que se retirara de la primera línea que él quedaría en su lugar.

Pero el Coronel Arias, sonriendo con su habitual bondad, le golpea cariñosamente el hombro y le dice:

—Usted tiene más que perder mi amigo.

Además este es mi puesto.

Y preocupándose instantáneamente del combate, lo manda que haga en la Estación inmediatamente un telegrama en su nombre al Comandante Bernabé Martínez que estaba en Rodríguez (ocho leguas) diciéndole que montase en el tren la infantería, lista como para entrar en batalla, sin equipos, y viniera a incorporarse por si el enemigo quería obligarlo á dar la batalla.

El regimiento San Pedro encarnizado en la persecución de la caballería del ejército nacional, dió con el grueso de él.

Los perseguidos se abrieron entónces corriendo a derecha é izquierda y dejaron descubierto el frente a la infantería y caballería.

Esta rompió inmediatamente el fuego sobre la caballería de Arias que, bizoña como era, se desorganizó a las primeras granadas que le entraron, las que ocasionaron unas pocas bajas, produciendo además alguna dispersión.

Pero, ya el Coronel Arias, que por un acto de verdadero arrojo había logrado su objeto principal, que era salvar el ejército de hombres desarmados, que hizo marchar [anticipadamente con tanto tino, no tenía objeto en hacer destrozarse aquellos pocos gauchos con quienes acababa de realizar la hazaña.

Y para evitar que estos se desbandasen por completo a la vista de todo el ejército de Racedo y al fuego de su artillería poderosa, ordenó la retirada por sus ayudantes é hizo que el trompa la tocase.

Esta retirada empezó a efectuarse al tranco y en el más perfecto orden, quedando encargando

el Comandante Diez Arenas con todo su regimiento de venir cuidando la retaguardia.

En las fuerzas de Racedo tambien empezaba la dispersion, pues se veian claramente grupos de caballeria que se retiraban en todas direcciones.

Muchos de ellos cayeron en poder de los defensores de Buenos Aires, como lo vamos a probar mas tarde con los telegramas que vamos a publicar y que el Coronel Arias iba recibiendo y contestando durante toda su marcha desde Olivera al Puente Alsina.

Como el grueso del ejército de Arias habia seguido la marcha hacia Lujan, sin interrupcion y por orden de éste se habia alejado bastante del campo de batalla.

Asi es que Arias, que ya lo consideraba salvado, le mandó orden a Rebucion de detenerse y dar un descanso a hombres y caballos mientras tanto él se incorporaba con los regimientos que habian combatido en Olivera.

Cuando Arias se incorporaba ya al grueso de su ejército y como a una legua y media de Olivera hacia Lujan, el enemigo que habia reaccionado de su sorpresa, se presentaba de nuevo con guerrillas de caballeria y una pieza de artilleria.

Con esta pieza empezó a hacer algunos disparos, que fueron siempre contestados por las guerrillas de flanqueadores que venian a retaguardia bajo las ordenes del Comandante Diez Arenas.

Este tiroteo continuó sin mayor importancia hasta llegar al arroyo Rodriguez, es decir, una legua poco mas ó menos, antes de llegar a Lujan viniendo de Olivera.

Al llegar aquí se incorpora toda la infanteria que en el acto descendió de los wagones y formó en varias columnas, dando los mas entusiastas vivas á Buenos Aires y á su jefe el Coronel Arias.

Este conociendo todas las ventajas de la posicion ya con su infanteria; tomó el batallon 6 de Giles, Comandante Espejo, y lo desplegó en guerrilla en la costa del arroyo "Rodriguez", para que protegiese el pasaje de toda la caballeria.

En seguida organizó los demás batallones y formándolos en columna, listos para desplegar en batalla, aún cuando no tenia sino 20 TIROS POR SOLDADO en los cuerpos armados que alcanzaban á un total de 1,200 hombres.

Cuando el enemigo se puso á tiro fué recibido con una descarga del batallon 6. de Giles, lo que fué bastante para contenerlo en su avance y obligarlo á correrse al flanco derecho.

El Coronel Racedo que vió recien lo que era el ejército de Arias y su infanteria allí formada, se volvió apresuradamente á reorganizar sus fuerzas que venian en gran desorden.

Pensaba sin duda que Arias lo iba á atacar.

Pero éste no estaba en condiciones de aprovecharse de aquella desorganizacion.

Oh! si hubiera tenido un solo regimiento de linea, con un buen jefe y las municiones que tanto habia pedido!

Racedo, su reputacion militar y su ejército se habrian perdido completamente!

Arias aprovechó de otro modo esta oportunidad; hizo subir tranquilamente su infanteria de nuevo á los wagones del tren y continuó la marcha con la mayor lentitud y orden hasta Lujan.

Allí dispuso, despues de un corto descanso, que la infanteria continuase la marcha en el tren hasta Rodriguez, una vez allí levantase campamentos y aguardase la caballeria para seguir marcha.

El Comandante Rebucion siguió con ésta por tierra es decir, á la derecha de la via férrea y pegado á ella.

El Coronel recibió en Lujan los telegramas que siguen, todos ellos de un interés vivisimo dada su situacion.

Junio 17 -horas 7 a. m.

Sr. Coronel Arias.

Lujan.

Dentro de un momento me muevo de este punto en direccion á las Heras y creo incorporarme á U. S. como me lo indica, en Merlo.

Carlos Baez.

Navarro.

Giles, Junio 17 - horas 10 y 32 a. m.

Coronel José Inocencio Arias.

Campamento general, Lujan.

En este momento se toman varios prisioneros y dicen que el general Campos con cinco mil hombres se dirige á batir á U. S. El coronel Racedo y el Comandante Rodriguez van de vanguardia.

Ignacio Casco,

Sustituto.

Giles, Junio 17 -horas 10 y 58 p. m.

Coronel D. José Inocencio Arias.

Lujan.

Se dice por personas que han visto fuerzas enemigas con direccion á esa, que van como derrotadas. en grupos, dejando caballos, sin molestar á nadie en su tránsito. En número de trescientos ó cuatrocientos pasaron por la orilla de este pueblo y no han intentado nada.

Ignacio Casco,

Sustituto.

Giles, Junio 17—horas 11 y 22 a. m.
Coronel José I. Arias.

Lujan.

Prevengo á U. S. que las fuerzas enemigas van completamente rendidas, ayer han marchado diez leguas á pié, caballería lleva doscientos tiros por soldado, infantería trescientos, esto se sabe por dispersos que se presentan á cada momento, los mismos que dicen que antes de volver á pelear caerán en el campo.

En fuerzas enemigas vá el 11 de línea y parte del 2º, llevan cuatro piezas artillería.

Firmado:

Juez de Paz, sustituto.

Tambien recibió este otro telégrama que ratifica los anteriores.

El patriota Saraví, creía sin duda al Coronel ignorando lo que pasaba sin saber que ya se habia éste batido con Racedo.

Giles, Junio 17—horas 11 y 38 a. m.

Al Sr. Coronel don José Inocencio Arias.

Campamento general, Lujan.

Anoche me retiré de Giles porque fuerzas enemigas se aproximaban y en este momento recibo el despacho siguiente del sustituto de Giles.—Junio 17—á Julio Saraví.—“Fuerzas nacionales en número de cinco mil van á Olivera, no han molestado, aquí se presentan dispersos: entre ellos mozos decentes.—Firmado:—*Ignacio Casco*, Sustituto. Este individuo es persona de verdad, saludo á U. S.

Julio Saraví,
Juez de Paz.

Se comprende que Saraví hace este telégrama de fuera del pueblo por el chasque mandado al telegrafista.

Giles, Junio 17—horas 12 y 13 p. m.
Sr. Coronel Arias.

Campamento Lujan.

Tengo algunos prisioneros, fuerza enemiga, diga U. S. á donde los remito.

Julio Saraví,
Juez de Paz.

El Coronel despues de contestar á todos estos telégramas y encargar al doctor don Eulogio Fernandez Cirujano Mayor del ejército el arreglo de los heridos que traia consigo desde Olivera y tomar en fin, un sin número de disposiciones para salvar de las garras del enemigo varias partidas y contingentes que debian incorporarse y prevenir además á todos los jueces de paz contra las falsas noticias que podian llegarles sobre el resultado del combate de Olivera, por dispersos de ambos ejércitos, se puso recién en marcha con su Estado Mayor que era compuesto de muy corto número de jefes y ayudantes, al revés de lo que pasaba por la ciudad.

Cuando llegó á Merlo, mandó quitar los freños á los caballos, aflojar las cinchas y dar un

descanso de dos horas á todo el ejército que él las empleó en hacer el parte del combate de retaguardia que habia sostenido ese dia con Racedo.

Este parte lo dirigió al Ministro de Milicia, juntamente con otra nota para el mismo, proponiéndole la entrada de su ejército por la calle Real de Flores.

Se decia mas ó menos lo siguiente:

‘Entraré á la madrugada con mi ejército por la calle Real de Flores, llevándome por delante al enemigo que encuentre.

Al mismo tiempo las fuerzas de la Plaza pueden efectuar una salida para facilitar mi operacion.

Esperaré la contestacion de V. E. en Ramos Mejia y si esta no llegase continuaré mi marcha al punto indicado.”

Para mandar con toda seguridad estas notas, se buscó un hombre á propósito y lo proporcionó á las 8 p. m. el Juez de Paz.

El mensajero, que era un hijo de la noblez Italia, se puso en marcha á las 8 p. m. jinete en un buen caballo, prometiendo regresar á Ramos Mejia antes de aclarar el dia 18.

Despachado el chasque con estas notas, volvió el Coronel á emprender la marcha con su ejército hácia Buenos Aires, recomendando la mayor silencio en las filas y el no separarse la columna un momento de la via férrea.

El marchaba siempre á retaguardia, para poder así llevar ésta organizada del mejor modo posible, pues creía que si pasaba á la cabeza del ejército iba á llegar á Ramos Mejia con la cuarta parte de él.

La noche era cruelmente fria y oscura.

Los batallones y regimientos no podian separarse unos de otros ni un momento, porque luego no encontraban la direccion de la columna.

Así, el Coronel Arias que tenia tantas cosas en qué pensar á un tiempo, tenia tambien que venir personalmente luchando con los jefes y oficiales reclutas ó fatigados de la marcha que perdian la formacion y hasta la colocacion que traian con sus regimientos en la marcha.

El Coronel no tenia un jefe de Estado Mayor, porque á pesar de tantos como habia en la ciudad, pocos eran, muy pocos, los que habian querido salir á hacer aquella campaña que nadie sospechaba al iniciarse, iba á ser tan gloriosa como fué.

Todos pensaban y con razon, que debian quedarse donde habia elementos ya reunidos para entrar en accion como los habia de sobra en la ciudad, el 4 de Junio!!

Era entre sus muros donde todes creian se daría la gran batalla.

¿Quién iba á pensar que esos poderosos elementos quedarian inutilizados apesar de aglomerados hacia mas de un año y que lo nidos por Arias en doce dias!! habian

los que salvaran primeramente el honor de Buenos Aires en los campos de batalla!

Cuando el Coronel llegó a Moreno le entregaron este telégrama del Ministro de Milicias.

Las Heras, Junio 17—h. 8 y 5 p. m.

Sr. Coronel don José I. Arias.

Moreno.

Trasmíto a V. S. el telégrama del señor Ministro de Milicias General Gainza, recibido por conducto del Juez de Paz de San Vicente y dice así:

Juez de Paz de San Vicente, comuníqueme al Coronel Arias sin pérdida de momento; señor Coronel Arias—Por telégrama de Ranchos me comunican que Levalle se encuentra mas acá del Salado.

Así que se aproxime V. S. córrase hácia el Puente Alsina con las fuerzas que crea necesarias para que quede nuestra comunicacion completamente franca.

El enemigo ha recibido en Campana algun refuerzo mas; recibí sus cartas, le agradezco lo que hace por mi hijo.

Gainza.

Ministro de Milicias.

Manuel R. Senas.

Juez de Paz.

Este telégrama fué el que decidió al Coronel á ir á acampar al Puente Alsina con todo su ejército el día 18 de Junio, pues rodeado de enemigos como se encontraba, no le pareció prudente fraccionar sus fuerzas.

Por lo demás, los hechos producidos mas tarde demostraron que el campamento era superior, y los que han dicho lo contrario han demostrado su ignorancia sobre lo que es guerra y lo que es arte militar.

El Coronel Arias, tenia á su lado como ayudante al distinguido jóven D. Martin Gainza, hijo del General, el cual acompañando al Coronel en lo mas ríco del combate en Olivera, sacó su capa bandeada por las balas del enemigo.

Como el Coronel habia despachado su chasque en Merlo, continuó no mas su marcha á Ramos Mejia para esperar allí la contestacion al plan que proponia para entrarse á la ciudad, á objeto de proveer bien a sus fuerzas, de las armas y municiones que necesitaba para poderse llamar ejército aquel inmenso grupo de ciudadanos.

Llegó á Ramos Mejia á la 1 a. m. del día 18 y esperó inútilmente allí la contestacion del Ministro.

Para no perder el tiempo, mientras llegaba esta contestacion y la incorporacion de algunos rezagados, púsose con los maquinistas á inutilizar las máquinas á fin de dificultar la posesion de los trenes al enemigo.

Inutilizó pues todas las máquinas quitándoles los brazos y otras piezas importantes que se dejaron ocultas.

Para alivianar su ejército de cosas inútiles, dispuso dejar allí tambien varios cajones de municion y balas inservibles por la clase del calibre.

Esta municion es de la que habló en su parte el Comandante Campos, diciendo que habia quitado al enemigo mucha municion y balas explosivas.

No faltaron creyentes que aseguraron despues de ver ese parte, que el ejército de campaña usaba esa clase de proyectiles.

Efectivamente, esas pocas balas que dejó Arias en Ramos Mejia, eran explosivas y creemos que solo por burlarlo se las mandaron de la ciudad pues su calibre es tal, que no entran en ninguno de los fusiles regulares que se usan en el ejército.

Para arrojarlas, hay un fusil especial muy largo, llamado espingarda, que para hacer fuego con él hay que apoyarlo sobre algo.

Se usan solamente en la defensa de puntos atrincherados.

Hubo tambien que dejar allí á merced del enemigo algunos soldados enfermos y heridos que fatigados de la jornada de esa noche no podian continuar la marcha.

Viendo pues el Coronel Arias que su plan no habia sido aceptado, ó que por lo menos se fluctuaba antes de adoptarlo y comprendiendo que no habia tiempo que perder, siendo ya las 4 a.m. del día 18, se puso en marcha para el "Puente Alsina" como se le habia indicado, pasando por San Justo, es decir, dando un rodeo á Flores y dejándolo á la izquierda.

Esta vez abria la marcha la infanteria y el Coronel iba á la cabeza de la columna porque aqui el enemigo, si se presentaba seria por el frente.

Veamos lo que pasaba y habia pasado en la ciudad.

LA CIUDAD

En la ciudad todo era decision y entusiasmo.

La juventud llenaba los cuarteles donde iban tambien los ancianos á retemplarla con su palabra de aliento y de firmeza.

Las nobles damas que ya hemos nombrado, a las que se habian agregado cien mas, se multiplicaban para reunir hilas, vendas, camas y todo lo necesario para poder atender en el primer momento cualquier número de heridos.

Porque todos, menos el gobierno de la defensa pensaban que una sangrienta batalla no podia tardar en sucederse.

El cuerpo médico y los farmacéuticos no esperaban mas que el primer tiro para acudir al sitio del peligro.

Entre estos últimos se habia distinguido el señor Luis Besson que con un desinterés y abnegación notables, habia puesto á disposicion de las damas del Socorro no solo su farmacia, sino hasta su bolsillo particular.

En la ciudad se conocian todos los refuerzos que habian llegado al Presidente de Helgrano, pero sus defensores, lejos de desmayar por esto, sentian crecer sus bríos y la conviccion profunda de que el triunfo seria con ellos.

Muchos de los cuerpos de la guarnicion carecian de las cosas mas necesarias, pero el patriotismo de los hombres pudientes suplía la desidia del gobierno.

El batallon 11 de Setiembre, que mandaba el Comandante don José Canaveri, estaba privado de lo mas necesario.

Entre sus cuatrocientas plazas, no habia quien tuviera en que tomar un cimarron.

Pero la generosidad de don Patricio Ham, conocido y honorable comerciante, se encargó de tenderles la mano.

Este hombre patriota envió al batallon yerba y azúcar en cantidad suficiente para que no careciese de mate á discrecion.

Tanto el gobierno como el pueblo mismo, tenían puesta su esperanza en el ejército del Coronel Arias, verdadera avanzada del pueblo porteño.

Pero aunque el pueblo lo ignoraba, el gobierno sabia que Arias, aunque habia reunido muchos miles de hombres, no tenia elementos para afrontar un combate.

Y este era el temor que domiaba á los hombres del gobierno.

En la ribera tenían lugar frecuentes combates entre fuerzas de la Plaza, y los vaporcitos

que pretendian apresar toda embarcacion que salvaba el bloqueo.

El batallon "Defensores de Buenos Aires" desempeñó en uno de estos combates, el dia 11, un rol lucido.

El vaporcito *Tejedor* venia persiguiendo de cerca, dos balleneras que habian forzado el bloqueo, conduciendo armas para Buenos Aires.

Siendo el batallon "Defensores de Buenos Aires" el que tenia su cuartel mas próximo al muelle, fué allí donde se envió la orden de acudir á paso de trote.

Cuando la orden llegó, ya el bravo Comandante Alberto Huergo, que habia sentido el fuego de cañon, marchaba á la cabeza de su bizarro batallon.

A la disparada siempre, y guardando una formacion digna de tropas veteranas, llegó al muelle en el momento oportuno.

En aquel instante atracaban al muelle las balleneras bajo los fuegos del *Tejedor* que se las venia al humo.

En un segundo los "Defensores" improvisaron con fardos y bolsas, una buena barricada, mientras por una hábil maniobra, parte del batallon desplegaba en guerrilla, de manera de poder proteger la descarga.

El *Tejedor* dió á la guerrilla la proa, donde lucía su único cañon.

—Ahí no mas fuego, pensó Huergo, uniendo al pensamiento la voz de mando.

Y una descarga cerrada fué á salpicar la cubierta del audáz buque, que viró abandonando su presa.

Muchas otras escaramuzas por el estilo habian tenido lugar.

Entre tanto en el 11 de Setiembre se desenvolvian acontecimientos mas sangrientos.

El enemigo habia avanzado por Flores, con suma audacia, viendo que nadie lo hostilizaba.

Allí estaba el Coronel Lagos, con una escolta de 25 hombres, al mando del capitán Dale y el Escuadron Vigilantes del Comandante Biedma.

Pero el Coronel Lagos habia recibido la orden terminante del gobierno, de no hacer fuego sobre el enemigo.

—Es que el enemigo tirotea ya mis guardias avanzadas, habia dicho aquel digno jefe, y el Caballito está ocupado por fuerzas de caballería de línea.

Pues que retire sus guardias y que no haga

fuego bajo ningún pretexto, se le había contestado.

La situación para aquel jefe era desesperante.

“El Comandante Maldonado ocupa el Caballito con mas de cien hombres, decía Lagos el 12, en telegrama al Coronel Campos.

“Esa fuerza ejerce hostilidades contra los transeuntes é impide el paso a los abastecedores de esas inmediaciones.

“Parece que además tiene algunos infantes, pero todo esto puede desalojarse inmediatamente.

—Que no comprometa combate, era la eterna contestación del gobierno—que se le prohíbe disparar un tiro sobre el enemigo.

Estas disposiciones eran absurdas y hasta peligrosas, pero no había mas remedio que obedecer a los hombres del gobierno.

Por fin se hizo imperiosamente necesario un reconocimiento sobre Flores.

El enemigo aglomeraba allí fuerzas y elementos que era necesario conocer.

Y el Coronel Lagos fué consultado sobre las ventajas de un reconocimiento.

El bravo jefe respondía en un telegrama de fecha 13.

“Para descubrir con exactitud el número de fuerzas es indispensable comprometer alguna caballería, apoyándola con el Guardia Provincial.

“Si le parece bien á V. S. en esta forma, voy á proceder inmediatamente.

“De lo contrario será preciso limitarse á un hombre, cuyos datos no pueden ser nunca exactos.

“Dispenga V. S.

Coronel Lagos.

El 13 del mismo, se ordenó al Coronel Lagos practicase el reconocimiento, pero sin comprometer combate, lo que era sencillamente un desatino, porque ¿qué enemigo deja que lo reconozcan así no mas, como quien pide prestado el fuego?

El Coronel Lagos, con su habitual práctica y serenidad se dispuso á marchar á la madrugada siguiente.

Dejando el batallón Guardia Provincial, y el del bravo comandante Dantas, como lo había dicho, para proteger su retirada, en caso necesario, avanzó con la Escolta y el escuadrón de Biedma, acompañado por sus ayudantes.

El Comandante Maldonado tuvo que ceder el puesto al enemigo que se aproximaba replegándose á Flores.

Y el Coronel Lagos siguió avanzando en esa dirección, con la escolta desplegada en guerrilla y el escuadrón como reserva.

El Comandante Edmundo Dale, con el entusiasmo juvenil que le era característico, iba

arrollando con su guerrilla los pelotones que le disputaban el paso.

El tiroteo empezó á ser serio, yendo Lagos á la primera línea, á observar personalmente.

Fué necesario entonces que desplegara el regimiento de Biedma, pues el fuego se hacía cada vez mas nutrido y era forzoso apagarlo.

Y mientras sus fuerzas sostenían sus posiciones, avanzando siempre, el Coronel Lagos se puso á observar la plaza de aquel pueblo, para hacer prácticamente el reconocimiento pedido.

En ese momento, Dale, que había avanzado demasiado, llegaba á la esquina del juzgado, blandiendo su espada y animando á su tropa.

Y en el instante que dejaba escapar un ¡viva á Buenos Aires! una bala, salida del cantón formado en la azotea del juzgado, de donde partía un nutrido fuego, se alojó en su noble frente.

Edmundo Dale cayó para no levantarse mas.

Era la primera víctima que caía bajo las banderas de Buenos Aires!

Un combate récio se trabó entonces al rededor de aquel cadáver, siendo arrollados los que se permitieron salir del cantón.

Por orden del Coronel, el Mayor don Laure Lagos tomó entonces el mando de la heroica escolta, que había sufrido seis bajas sin contar á su jefe.

Alcanzado el objeto principal, el reconocimiento el Coronel Lagos ordenó la retirada, al franco, y bajo una lluvia de balas.

De tiempo en tiempo las mitades daban media vuelta y hacían una descarga que contenía al enemigo.

El Coronel Lagos se retiraba con aquella tranquilidad y sin temor de ser perseguido, pues su retirada estaba bien cubierta.

Cuando el enemigo se permitía avanzar mas de lo conveniente, ordenaba un alto y rompía un fuego que lo contenía siempre.

Pero cuando Lagos llegó al punto donde había dejado al Guardia Provincial, para hacerlo retirar, grande fué su sorpresa al no hallarlo, sorpresa que creció mas, al no hallar tampoco al batallón de Dantas.

Cuando el Coronel llegó al Once y preguntó á sus jefes el porque de su retirada, estos manifestaron haber procedido así en virtud de orden superior, á pesar de sus protestas y explicaciones.

El Coronel Lagos había quedado colgado.

Si el enemigo avanza un poco, con buena tropa, lo hace pedazos.

Sin embargo el reconocimiento se practicó, quedando el gobierno en conocimiento de los datos que necesitaba.

Para complemento, hé aqui los partes pasados con motivo de esa acción.

Once de Setiembre, Junio 14 de 1880.

El Coronel Lagos al señor Coronel don Julio Campos, Comandante General de la Defensa.

Esta mañana se efectuó el reconocimiento ordenado, habiendo llegado nuestras fuerzas hasta inmediaciones del Juzgado de Flores, donde hice hacer alto, después de quedar persuadido de la inexactitud de la situación de batallones en el Caballito.

Para llegar al punto mencionando ha sido indispensable arrollar las guardias enemigas que nos disputaban el paso.

Los detalles de esta operación los encontrará V. S. en el parte adjunto del Comandante Biedma, jefe de nuestra vanguardia.

El batallón Guardia Provincial apoyó convenientemente el avance, pero sin entrar al fuego, por la precipitada retirada del enemigo.

Los batallones Resistencia y Once de Setiembre fueron convenientemente escalonados a lo largo de la calle Piedad, así como el batallón 2º Resistencia.

El enemigo ha presentado ciento cincuenta hombres de caballería y una compañía de infantería.

Por lo que a nosotros respecta, solo entraron en la refriega cuarenta soldados de policía a caballo y veinticinco del escuadrón Tejedor.

Tenemos tres prisioneros del enemigo, fuera de las bajas que indudablemente han sufrido en muertos y heridos.

Por nuestra parte lamentamos la irreparable pérdida del Comandante del escuadrón Tejedor Edmundo Dale que, con el arrojo de un bravo, se estrelló contra la infantería parapetada, recibiendo una bala en la frente.

Después de este malogrado y dignísimo porteo, todos han cumplido con su deber.

H. Lagos.

Jefe del Escuadrón de Policía.

Buenos Aires, Junio 14 de 1880.

Al señor Coronel don Hilario Lagos, jefe de la caballería de la plaza.

Cumpliendo con lo ordenado por V. S. marché en la madrugada del día de la fecha sirviendo de vanguardia a la fuerza que al mando de V. S. practicó un reconocimiento sobre el enemigo acampado en la calle Real de Flores.

Al llegar al Caballito encontré una guardia de caballería enemiga, la que, una vez de avistarme, rompió al fuego sobre la guerrilla que mandaba el capitán don Gervasio Villa.

Le ordené entonces al mencionado capitán continuara marchando al trote sobre ellos, siguiendo la persecución, y al llegar a la plaza de Flores el enemigo recibió un numeroso refuerzo de fuerzas de caballería é infantería que se encontraban parapetadas en las esquinas y el juzgado de paz, cuyas fuerzas nos recibieron con un nutrido fuego al que la poca fuerza a mis órdenes contestó como V. S. lo ha presenciado, hasta el momento en que recibí la orden de retirarme al paso, como lo verifiqué.

De este hecho de armas tenemos que lamentar la pérdida del Comandante del escuadrón Tejedor don Edmundo Dale que quedó mal herido en el campo de la acción, víctima de su arrojo, así como la del sargento del mismo, Gabriel meza que fué herido y el de igual clase, el de su mando Faustino Ramos (estraviado). Yo he tomado al enemigo tres soldados prisioneros, uno de ellos, herido.

Puedo asegurar a V. S. que las pérdidas del enemigo han sido de mayor consideración que las nuestras; pues a más de los dos prisioneros, he presenciado la caída de varios soldados de los parapetados en la esquina de la plaza: ignoro si son heridos ó muertos, pero me inclino a creer lo último porque en este momento habla conmigo un señor extranjero y dice: "Que habiendo ido al Juzgado de Paz a pedir un pase para esta, ha oído decir allí que había en el cuartel cuatro muertos y tres heridos.

Inmediatamente después de herido el Comandante Dale, del escuadrón Tejedor se hizo cargo de él, por orden de V. S. el Sargento Mayor D. Lauro Lagos, el cual, como los demás oficiales y tropa observó durante el fuego la mayor serenidad.

Al concluir esta, creo un deber de conciencia recomendar a V. S. al vigilante de este escuadrón José Castro, que fué el que dió en tierra con dos enemigos que ví caer, como anteriormente lo espreso, y al objeto hizo uso de la mayor serenidad como lo he presenciado en lo más ríco del fuego.

Por mi parte lo hice en presencia de la tropa, sargento honorario, por no poder hacerlo efectivo.

Esperó que V. S., en justicia, obtenga del señor Jefe de Policía ese grado en efectividad.

Es cuanto tengo que manifestar a V. S. de lo ocurrido en este pequeño hecho de armas.

Dios guarde a V. S.

Juan J. Biedma.

COMBATES DE FLORES

¿Qué sucedía entre tanto en el Ministerio?

Había llegado el chasque, entregado la correspondencia de Arias y se dudaba de su autenticidad!!

La razón era que en la ciudad había gran alarma a consecuencia de la farsa hecha por los hombres de la Chacarita, festejando esa noche una victoria en vez de llorar una derrota, pues que su caballería de línea había sido vergonzosamente doblada por unos gauchos patriotas.

Las notas de Arias habían caído como una bomba y no podían convencerse los hombres del Gobierno de la Provincia que éste hubiese realizado el prodigio de salvar su Ejército a excepción de unos pocos dispersos que siempre hay en toda función de guerra, aún cuando se esté triunfante.

En Pavón se dispersó toda la caballería de Buenos Aires, apesar del brillante triunfo obtenido por la valiente infantería porteña.

Y Arias, no solo había salvado su Ejército, sino que había dado una severa lección al enemigo poniéndole fuera de combate su Jefe de Vanguardia Comandante Ernesto Rodríguez que fué herido, algunos Oficiales y soldados muertos, haciéndole además varios prisioneros.

—Esta visto que los partes de las grandes victorias de Arias no se pueden creer sino después de ver bien y palpar mejor los resultados.

Así le pasó el 74—nadie creyó al principio en su triunfo de "La Verde" y hubieron serias apuestas al respecto.

Don Jaime Viera, ganó 50,000 pesos, sosteniendo el parte de Arias, en la Bolsa de Comercio!!

Perdieron pues el tiempo en Buenos Aires y no contestaron nada al Coronel Arias que recién después de estar acampado en el "Puente Alsina" recibió el acuso de recibo de sus notas.

En San Justo, dió el Coronel Arias un descanso de hora y media a sus soldados y él mismo se tiró de barriga en la vereda de la plaza de este pueblito, donde teniendo su caballo por la rienda durmió media hora, pobre descanso para cuerpo tan fatigado.

Al despertarse preguntó si había llegado algún chasque.

No señor! le contestaron sus ayudantes, los que también habían aprovechado aquel descanso del Jefe para *roncar de lo lindo*.

Sacando el reloj el Coronel:

Las 6 1/2 dice: Trompa toque *atencion!* y a caballo!...

En seguida poniéndose a la cabeza de la columna emprendió de nuevo la marcha con dirección al "Puente Alsina".

Cuando el Ejército de Arias desfilaba por las quintas de Flores, a ocupar su campamento indicado "Puente Alsina" el enemigo recién se apercibió de su llegada y se sorprendió de tal modo que no atinó sino a atrincherarse y acantonarse en las azoteas del Pueblo de Flores.

En la Chacarita, cuando se conoció la llegada de Arias, se produjo una alarma extraordinaria y hasta se trató de huir al Rosario de Santa Fé.

A las 9 de la mañana del día 18, acampaba el Coronel en la margen izquierda del Riachuelo, colocando su infantería sobre la meseta a la izquierda del "Puente Alsina", de modo a dejar su retaguardia guardada por el Riachuelo que no dá paso sino por los puentes de Barracas y el citado.

Su caballería, para ponerla a salvo de cualquier ataque imprevisto la hacía acampar a la derecha del "Puente Alsina" estendiéndose hácia los Corrales y su frente quedaba cubierta por los baños del lado de Flores.

Por aquí el enemigo no podía llegar a atacar el campamento sin ser sentido y en mala formación, por las dificultades que ofrecía el terreno pantanoso que tendría que recorrer para atacar el campamento, esponiéndose a ser dispersado completamente, pues allí no habría podido hacer jugar su artillería.

Establecido en aquel campamento el Coronel Arias, no tenía mas punto que cuidar para evitar sorpresa que el "Puente Alsina" y allí colocó una fuerte guardia de la cual se desprendieron otras pequeñas avanzadas hasta cerca de Lanús.

Si el Coronel Arias hubiera venido a acampar a los Corrales, sus veinte mil caballos se hubieran muerto todos por falta de pasto.

Arias quería conservarlos para las operaciones que esperaba realizar mas tarde.

El combate del 20 de Junio, fué uno de los resultados de la *excelencia* del campamento de Arias; y el enemigo se vió precisado a darlo para ver si conseguía tomar posiciones ventajosas para la batalla que preparaba.

Es bueno notar que Racedo no solo no supo utilizar el telégrafo, sino que ni quiera lo inutilizó. Fué así que Arias pudo servirse de él en toda su marcha de Mercedes al "Puente Alsina"

Levalle cometió el mismo error.

Cuando acababa de acampar el Ejército en el "Puente Alsina", el enemigo que estaba en Flores, reaccionando de su sorpresa: adelantó dos piezas de artillería e hizo algunos disparos, pero sin resultado, porque no alcanzaban las balas al campamento.

Lo que probaba mas la excelencia de éste, pues las piezas del enemigo se trajeron hasta la misma orilla del bañado, mas tarde.

Pero nada! sus tiros solo sirvieron para divertir a los soldados de Arias que se burlaban a gritos de su inepticia.

Las primeras felicitaciones que recibió el Coronel Arias fueron de los Comandantes Dantas y Paz que fueron a saludarlo a su llegada.

En seguida la del Ministro de Milicias General Gainza que iba ansioso tambien de abrazar a su digno hijo Martin.

En seguida, la del intelijente y simpático Dr. Quintana y el valeroso Coronel Lagos: que conducia el 1er. Batallon Provincial y 6 piezas de artillería que dejó al Coronel Arias como refuerzo a su Ejército, por órden del General Gainza.

Estos distinguidos visitantes fueron saludados por el Ejército de Campaña con estruendosos y entusiastas vivas a Buenos Aires, al General Gainza, Dr. Quintana, Dr. Tejedor y Coronel Lagos.

Mas tarde llegó el Comandante Latorre con su bizarro Batallon Bomberos, y fué tambien recibido con estruendosos vivas.

Damos a continuacion algunos de los telegramas y notas que recibió el Coronel Arias el dia 18 de su llegada al Riachuelo.

Ministerio, fechado 18, horas 3 p. m.

Al Coronel Orzabal, para que trasmita al Coronel Arias.

Barracas al Sud.

Oficial—Pongo en su conocimiento que Comandante Leiria avisame por telegrama que esta noche de 6 a 8 estará en San Vicente con tres mil caballos por lo menos, para incorporarse a vd. segun sus órdenes que recibí en Lobos U. S. dispondrá lo que crea conveniente.—Siento que las ocupaciones del Ministerio me hayan impedido darle hoy un abrazo de felicitacion pero le prometo hacerlo mañana.

Su amigo.

Delphin B. Huergo.
Ayudante General.

Ministerio, fechado 18, 7 y 40 p. m.

Coronel Arias.

Campamento.

Oficial—Avisan de San Vicente que la columna de Levalle debe estar a tres leguas de aquel punto segun noticias.

Delphin B. Huergo.
Ayudante General.

Ministerio, fechado 8 y 20 p. m. dia 18.
Coronel Arias.

Campamento.

Oficial—Urgente; llega aviso en este momento de la Chacarita, que hoy se ha movido toda la Artillería y la Caballería en direccion a Flores, esté prevenido.

Delphin B. Huergo.
Ayudante General.

El movimiento que anuncia este telegrama se produjo en la Chacarita; fué cuando se vió el Ejército de Arias, en Puente Alsina y que emprendia guerrillas avanzadas sobre Flores—Aquel dia se pegó un buen susto Avellaneda y con el miedo, dijo que iba a fusilar los prisioneros que tenia hechos, juntos con Charras etc. etc.

Ministerio, fechado dia 18, horas, 9 p. m.
Señor Coronel Arias.

Campamento.

Rectifico mi telegrama anterior, comunicado por el telegrafista de San Vicente. He llamado al Juez de Paz de San Vicente a la Oficina y este dice que no tiene noticia de Levalle, que él lo supone como a 14 leguas porque sus chasques que han llegado á Doncelar no sienten rumores de aproximacion de Levalle.

Por conducto de la Chacarita se dice que Levalle está en comunicacion por chasques, con Bacedo, le trasmite rumores por lo que puede importar.

D. B. Huergo.
Ayudante General.

Ministerio de Gobierno de la Provincia.

Buenos Aires, Junio 18 de 1880.

Sr. Coronel Don José Inocencio Arias, Comandante en Jefe de las fuerzas de la Campaña.

Este Ministerio ha dispuesto que el Coronel Don Julian Murga, pase a prestar sus servicios en el Ejército a las órdenes de V. S.

Dios gde. a V. S.

Por autorizacion.

Delphin B. Huergo.
Ayudante General.

El Coronel Murga recién el 20 se presenta en el campamento de Arias.

Ministerio de Milicias Buenos Aires.

Buenos Aires, Junio 19 de 1880.

Al Sr. Coronel Don José I. Arias.

De órden Superior, el Sr. Teniente Coronel de Infantería Don Diego Saborido, pasa a ponerse a las órdenes de V. S.

Lo que tengo el honor de comunicar a V. S. a los fines consiguientes.

Dios guarde a V. S.

Benito Carrasco.
Oficial Mayor,

Este valiente jefe se presentó en la misma tarde del 19.

El Coronel Arias le dió el mando de una brigada de infantería al frente de la cual, combatiendo el 21 de Junio, recibió una grave herida de granada de la que salvó felizmente para la Patria y sus amigos que hoy lo saludan, Coronel de la Provincia de Buenos Aires.

Ministerio, fechado 10, horas 4 y 29 p. m.
Al Coronel Arias.

Campamento.

Trascribo a vd. el siguiente de Barracas, horas 2 y 1 p. m.

Llegó el Comandante Leiria con cuatrocientos hombres, deja doscientos cincuenta a retaguardia hostilizando a Levalle que viene por San Vicente con setecientos hombres, firmado—Orzabal.

Gainza.

El General Gainza que tomaba verdadero interés en el Ejército de Arias, le comunicaba lo mas mínimo que llegaba a su conocimiento.

Pero Arias no estaba atenido a las noticias que podían venirle de la ciudad.

Tenia sus bomberos y sus guardias avanzadas en todas direcciones, y conocía antes que los Jefes de la Plaza todos los movimientos del enemigo.

Si publicamos estas notas y estos telegramas, es para mas ratificar nuestras aseveraciones.

El Comandante Leiria habia estado ya en el campamento de su Jefe mas inmediato, que lo era el Coronel Arias, á dar cuenta a este de los resultados de su campaña, recibiendo al mismo tiempo instrucciones de él, para seguir hostilizando a Levalle en su avance hácia la ciudad a fin de demorar cuanto fuera posible su aproximación.

El Comandante Leiria fué nombrado jefe de vanguardia por Arias y segun las instrucciones de éste, debia dar parte de todas las novedades al mismo tiempo que al Coronel Arias, al Coronel Orzabal, para que las trasmitiese a la Plaza a fin de que todos á la vez las conociesen.

Como Leiria habia llegado por el lado de Barracas y su caballada estaba pesada, el Coronel Arias le ordenó acampase por allí hasta nueva orden pues él tambien pensaba mudar de campo con todo el Ejército, así que le fuera posible.

El 19 le empleó Arias en dar mejor organización a su ejército dividiendo aquellos grupos de hombres que le habian llegado a última hora, como la Division de Baez y otras, en Regimientos, Batallones y Brigadas.

Además ese dia recibió tambien la visita oficial del Gobernador y sus Ministros que le fué anunciada por el telegrama que sigue:

Ministerio de Gobierno, fechado 19, horas 11 y 45 a. m.

Al Sr. Coronel Arias.

Su Campamento.

El Sr. Gobernador sale a las 12 para visitar su Ejército y saludar a V. S.

S. Alcorta.

En vista de este telegrama el Coronel Arias ordenó se preparasen los cuerpos de su mando para recibir esta visita oficial de la que se proponia sacar algun provecho para su Ejército.

Viendo el Gobernador a estos bravos, se decia el Coronel, tan desnudos y mal armados, y convencido de su número y entusiasmo, se resolverá a darme para ellos, por lo menos lo mas urgente y necesario.

A las 12 y 50 p. m. se oyó el toque de atención que anunciaba por el lado derecho del Ejército, la llegada del carruaje del Gobernador.

Este toque repetido por todos los trompas y tambores del Ejército, hizo poner de pié y sobre las armas a todo él.

El Coronel Arias a caballo y con sus ayudantes de campo, mandó poner en orden de parada los cuerpos y presentar las armas.

En seguida el trompa de órdenes inició la marcha regular que fué repetida por todas las bandadas del Ejército que con banderas y estandartes desplegados recibió al Gobernador de Buenos Aires, con las demostraciones de las mas vivas simpatías.

El Gobernador venia en carruaje descubierto, acompañado de sus ministros Alcorta y Balbin, con su Elecan, Coronel Tejerina y una Escolta de 20 soldados del Batallon Tejedor.

Recorrió el gobernador una gran parte del campamento y felicitó al Coronel Arias por el brillante resultado que habia obtenido en tan corto tiempo.

Tanto el gobernador como sus ministros al retirarse, prometieron al Coronel que iban a ocuparse de hacer lo posible para enviarle algo de lo que tantas veces les habia pedido desde Mercedes, pedido que solo habian satisfecho con promesas y disculpas.

Pero el General Gainza que habia visto el mismo dia 18 el ejército, mandó el 19 al Coronel Arias algunas capas y uniformes, con veinte mil tiros que ese mismo dia se repartieron pero que a penas alcanzaron para municionar regularmente dos batalloncitos.

A las 6 de la tarde del 19 recibió el Coronel este otro telegrama:

Ministerio.

fecha 19, h. 5:35 p. m.

Sr. Coronel Arias.

Corrales.

El señor Ministro de Gobierno acaba de rec

bir lo que sigue del Jefe de la Estacion Glew.

"No sé, pero se vé una máquina al Sud de esta cerca de la estacion San Vicente y los alambres están cortados al Sud de esta.

Gainza.

A las seis y treinta p. m. del 19 de noche ya recibí esta carta del Ministro de Gobierno.

Sr. Coronel don José I. Arias.

Mi querido Coronel.

El Ministro de Milicias le ha enviado un tren con carpas, uniformes y otras cosas.

Yo le mando ahora de acuerdo con el gobernador 50000 cartuchos y 100 carpas completas.

Mañana le mandaré 250 sables de caballería para soldados y 70 espadas para oficiales de caballería, 30 fusiles remingtons y 29 carabinas 2006 fundas de fusil y otras cosas.

Siempre su amigo.

S. Alcorta.

Con estos 30 fusiles y sobre todo con los 2006 fundas, el Coronel Arias debía darse por satisfecho!

Recordando sin duda que Quiroga habia tomado cañones a ponchazos, el buen señor Alcorta queria dar al Coronel Arias la oportunidad estupenda de tomar los Krupp a fundazos.

El Coronel despues que se habia ido el gobernador, aprovechó el resto de la tarde en distribuir con su Comisario de Guerra las pocas carpas y municiones que le habia enviado el General Gainza porque las que mandaba el Ministro de Gobierno llegaron de noche y hubo que dejarlas para repartirlas el 20.

Continuó en la organizacion de su ejército, recorrió bien el campo para posesionarse mejor de sus ventajas ó inconvenientes, colocó personalmente algunas guardias avanzadas y pasó esa noche como todas las anteriores desde que habia salido de Buenos Aires, el 4 de Junio, trabajando y dictando mil disposiciones que despachaba unas por chasques y otras por telégrafo para el Coronel Machado y otros jefes de la campaña.

No conforme de su inspeccion hecha por el campo y teniendo ayudantes poco conocedores del terreno mandó pedir al Comandante Manuel Rocha cuatro ó seis hombres de los que formaban el batallon de su mando y eran vecinos

del Puente Alsina y conocedores del terreno palmo a palmo.

El Coronel tenia en la ciudad una madre y hermanas queridas que estaban ansiosas de abrazarlo y por las que él siente el mas puro cariño.

Habia hecho una campaña y habia dado un combate.

Sabia que aquella madre estaria desesperada por verlo y así se lo dijeron algunos de sus hermanos enviados por ella a saludarlo.

Pero Arias no es hombre que se deja arrastrar por el corazon, cuando su deber lo retiene y entonces mucho ménos.

Habia que pensar en salvar a Buenos Aires primero y era necesario multiplicarse si fuese posible, para trabajar en este sentido.

Asi es que continuaba firme en su tarea preparándose para nuevos y rudos combates.

Si Dios le dejaba la vida, entonces iria a estrechar contra su amante pecho a aquellos seres queridos.

Dió liconcencia a algunos jefes y oficiales para venir a la ciudad a ver a los suyos un momento, pero él siguió en su noble empeño.

Arias tenia otro motivo mas aún para desear venir, aunque fuera algunos minutos a la ciudad.

Estaba aquí su amada y prometida esposa.

¿Quién no hace un sacrificio por ver a su novia?

¿Quién no echa al diablo cuanto tiene entre manos, por venir un minuto a decir a su novia: préstame una hebra de tus cabellos para llevarla de coraza?

Pero Arias se habia puesto al servicio de la santa causa de Buenos Aires, con todo su corazon y toda su inteligencia.

Y aunque el recuerdo de la madre y la novia ocupaban el sitio mas íntimo, el peligro de Buenos Aires animaba todo su ser como a impulsos de una pila eléctrica.

Por esto todos sus sacrificios eran para salvar a Buenos Aires de la ruina y la vergüenza.

Asi se lucha, cuando está empeñado en ello honra y la gloria tradicional de un pueblo.

Asi se lucha, por Cristo! cuando no se busca en la lucha otra compensacion que el bien de la patria!

Y es asi como se adquiere el respeto y el cariño de la posteridad.

San Martin es un ejemplo palpitante.

COMBATE DEL 20 EN BARRACAS

Todo esto pasaba a algunas cuadras del campamento de Arias.

¿Qué hacéis éste?

Artículo de un imbécil:

Después de recibir el Coronel Arias los partes de sus partidas avanzadas, el día 20 bien temprano, y el de sus descubiertas, supo que el ejército enemigo se preparaba como para entrar en combate según el movimiento que se notaba en su campamento.

Ya no dudó pues que Levalle venía marchando de orden del Ministro de la Guerra y que su aproximación respondía a un plan de ataque bien calculado.

Así pues, empezó a ponerse más en guardia de lo que estaba y para mejor asegurar su flanco derecho telegrafió inmediatamente por chasque a la Oficina que había en los Corrales, al Ministro Gainza.

En los Corrales estaba el Comandante don Máximo Paz, con su batallón, encargado de la trasmisión de esos telégramas.

Campamento, Puente Alsina, fechado, 20—horas 7 y 25 a m.

Señor Ministro de Milicias General Gainza.

Tengo noticias de Levalle:

Es conveniente que mande dos ó tres batallones y cuatro piezas de artillería a reforzar el puente de Barracas, porque tal vez tengan ellos el plan de atacar del lado de Flores, al mismo tiempo que Levalle se encargue de picarme la retaguardia.

Yo no puedo distraer fuerzas del Ejército, pero si Levalle quiere incorporarse a las fuerzas de la Chacarita, trataré de evitarlo.

Tengo vigilancia a todos lados para no ser sorprendido.

J. I. Arias.

Este telégrama demuestra bien claramente no solo las precauciones tomadas por el Coronel Arias, sino también cuanta era su previsión, que llegaba hasta pronosticar como sería traído el ataque por parte del enemigo, pues como él lo anunciaba en su telégrama al Ministro Gainza el 20 a las 7 de la mañana, así se realizaba el 21 a las 4 a m!...

El ataque de Levalle el día 20, no ha sido una locura, como dicen algunos, ni tampoco se adelantó el plan general de ataques señalado por el enemigo para el día 21, como dicen otros.—

Levalle no es un aturdido ni un loco.

En su bravura no desmentida, podrá llegar a cometer acciones temerarias, pero nunca el disparate de venirse a ensartar entre un enemigo fuerte, sin plan ni propósito estudiado.

Levalle lo que pretendió hacer el 20, con arreglo a sus instrucciones, fué tomar posesiones para facilitar el movimiento general de ataque que debía producirse en la madrugada del 21.

Si Levalle hubiera logrado quedar el 20 en Barracas, el ataque general, simultáneamente dado por las fuerzas nacionales, hubiese dificultado mucho más el triunfo que Arias obtuvo el 21 rechazando al enemigo, primero en Puente Alsina y practicando su incorporación más tarde a la plaza, por orden del Ministro de Milicias, en lo más crudo de la batalla, cuando fué por segunda vez atacado.

Pues, si en la madrugada del 21 Levalle hubiera estado en Barracas en vez de estar en Lanús, el ataque al ejército de Arias habría sido más simultáneo y terrible.

El objetivo del enemigo era la destrucción del ejército de Arias y no un ataque a la Plaza.

Vencido este jefe, destruido su ejército, la Plaza sería fácilmente rendida.

Arias era la bestia negra de los enemigos de Buenos Aires.

Cuando Levalle se movió de Lanús, el 20 de Junio, también se movía Racedo y se preparaban en Flores y la Chacarita.

El Coronel Arias que vigilaba al enemigo con sus avanzadas, recibió el parte de esta marcha inmediatamente y ordenó al Comandante Antonio Arteaga jefe del regimiento 1º de Buenos Aires, avanzase con un escuadrón a observar a Racedo bien de cerca.

La prueba de lo que dejamos dicho está elo cuentemente comprobada por el parte que con fecha 23 de Junio publicaron recién el 24 del mismo, los diarios del Gobierno Nacional, parte dirigido por Racedo al Jefe de Estado Mayor Coronel D. Joaquín Viejobueno y en el cual acusa al Jefe de la 4ª División por no haber concurrido al combate oportunamente.

Solo el 24 de Junio se dieron a luz esos partes en la Chacarita, cuando emisarios de paz, habían sido en mala hora para Buenos Aires, enviados el 23 a ese campamento desde esta ciudad.

Lo que volvió el alma al cuerpo a los hombres de Belgrano que se consideraban perdidos, pues

pensaban con razon que si en campo abierto y con todo el poderoso ejército de la Nacion no habian podido vencer á los pocos hombres mal armados y peor municionados que habia reunido Arias en doce dias ¿cómo iban a poder vencer á la valiente juventud porteña que estaba detras de las trincheras de la gran capital?

Después, Corrientes ya se venia sobre Entre-Rios.

Oh! terrible situacion para aquellos hombres que no habian respetado, ni la mayoría del Congreso, ni la Constitucion, que todo lo habian pisoteado y que temblaban al pensar en el castigo que les aguardaba con el triunfo del Pueblo ...

Ay! ... pero los sabios de la ciudad resolvieron entregarla a sus enemigos, pues que entregarla era, pactar con ellos: en aquellas circunstancias.

Pero, no anticipemos el relato de los acontecimientos y sigamos con los documentos que comprueban nuestras aseveraciones.

Como á las 8 de la mañana del dia 20 recibió el Coronel Arias la carta que sigue, del Comandante don Manuel Rocha.

Sr. Coronel don José I. Arias.

Su campamento.

Mi querido Coronel.

Ván los hombres que me pidió ayer por intermedio de nuestro comun amigo Naon.

Son de los mejores soldados que tengo, hombres trabajadores y conocedores de esos trabajos.

Se los recomiendo a los cuatro y creo que dejarán bien puesto el nombre del batallon a que pertenecen.

El Ayudante Mones Ruiz, recibirá los hombres que vá a entregarle y le doy por ello las gracias, reservándome hacerlo de otra manera, cuando tenga las 300 plazas que vd. me ha ofrecido.

Le desea felicidad su affmo. y S. S.

Manuel Rocha.

Barracas, Junio 20 de 1880.

Estos hombres los agregó el Coronel a sus asistentes y trompa de órdenes para asi tenerlos á mano en un momento dado.

Y le fueron de gran utilidad.

Ese mismo dia 20 a las 11 de la mañana daba esta órden general por intermedio de su gefe de Detall.

Al mismo tiempo recibia el telégrama y cartas que siguen:

Ministerio.

fecha do 20, h. 10 y 35 a. m.

Sr. Coronel Arias.

Corrales.

Me comunican lo que sigue:

10 a. m.

El Capitan Escabea que tengo de descubierta me avisa que el Coronel Levalle se encuentra en las Lomas viniendo en marcha,

firmado - Coronel Orzabal.

Gainza.

Buenos Aires, Junio 20 de 1880.

Sr. Coronel don José, I. Arias.

Mi distinguido Coronel.

Le adjunto una carta del señor Ministro de Gobierno y al mismo tiempo le aviso que lo envío tres carros con objetos cuyo detalle lo verá en la carta del señor Ministro y en la relacion que le remito a Walker.

Lo felicito de corazon par el éxito de su marcha deseándole con vehemencia nuevas glorias y victorias.

Su amigo de corazon.

Juan Finochetto..

Ministro de Gobierno.

Sr. Coronel D. José I. Arias.

Mi querido Coronel y amigo.

Le hago la segunda remesa de mi Ministerio.

No he podido encontrar mas que 40 carabinas remingtons pero busco otras.

Van 25,000 tiros remingtons mas, de lo que espero quedará contento, asi como de los 33 fusiles que he hecho comprar yo.

Le adjunto la nota de todo lo que mando.

Creo que vd. tendrá novedades hoy, con la venida de Levalle, que quizá vá á dar lugar á una batalla.

Que Dios lo inspire y lo ayude.

Su amigo.

S. Alcorta.

Junio 20 de 1880.

Relacion del armamento y equipos que se envia al Coronel Arias en el dia de la fecha.

33 fusiles remingtons con bayoneta

255 sables.

68 espadas para oficiales de caballeria.

510 tiros de sable.

79 cananas caballeria.

49 porta carabina.

2000 fundas de fusil.

40 carabinas remingtons.

308 banderolas

500 fundas carabina.

2000 pares espolines.

100 recados.

25000 tiros remingtons.

70 fornituras completas de infanteria.

Junio 20 de 1880.

Con treinta y tres fusiles para hacer fuego, dos mil quinientas fundas para tomar los Krupp

y dos mil espolines para montar a los prisioneros. ¿Cómo dudar del triunfo de Arias?

Campamento en Riachuelo, Junio 20 de 1880.

ORDEN GENERAL

El señor Comandante en Jefe de las fuerzas en Campaña, Coronel Don José Inocencio Arias ha dispuesto se haga saber en la órden general lo siguiente:

Art. 1^o. Fórmase la 1^a. Brigada de Infantería compuesta de los Batallones San Nicolas y 1^o. de Dragones, al mando del Teniente Coronel Don Bernabé Martínez.

Fórmase la 2^a. Brigada de Infantería compuesta de los Batallones 3^o y 6^o y de Dragones al mando del Teniente Coronel Don Diego Saborido.

Fórmase la 3^a. Brigada de Infantería compuesta de los Batallones 4^o y 5^o de Dragones al mando interino del Teniente Coronel Don César Cardoso.

Fórmase la 5a. Brigada de Infantería, compuesta de los Batallones Provincial y Bomberos al mando del Teniente Coronel D. N. Diaz.

Fórmase la 1^a. Brigada de Caballería compuesta de los Regimientos Pergamino y Rojas al mando del Teniente Coronel D. Benito Meana.

Formase la 2^a. Brigada de Caballería compuesta de los Regimientos Policía Rural y Lanceiros de Buenos Aires al mando del Jefe del Regimiento Policía Rural Teniente Coronel Diez Arenas.

Fórmase la 3^a. Brigada de Caballería compuesta de los Regimientos 2^o. y 3^o. de Buenos Aires al mando del Coronel Plaza Montero.

Fórmase la 4^a. Brigada de Caballería compuesta de los Regimientos Rural al mando del Comandante Mariano Vera, y Chivilcoy al mando del Comandante Carlos Ceballos, reservándose para en oportunidad nombrar el Jefe de la Brigada.

Art. 2^o. los demás cuerpos que quedan sueltos, deben entenderse directamente con este Detall.

Art. 3^o. Se reconocerá como Sargento Mayor y Segundo Jefe del Batallon Lobos, al Capitán Don Faustino Casteilanos y Cardot.

Lo que se hace saber al Ejército para su conocimiento.

Firmado:

José Inocencio Arias.

Servicio para mañana.

Jefe de Día, el Coronel Plaza Montero, Guardia del Cuartel General y Detall la dará la 2^a. Brigada de Infantería compuesta cada una de 1 oficial, 1 sargento, y cabo y 15 soldados; los guardias que necesita el gefe de día los dará la 1^a brigada de caballería.

Firmado—

Domingo Rebucion.

Con estos documentos queda pues comprobado que recién el día 20 de Junio, cuando Levalle se venia sobre Barracas y el ejército nacional todo entero hacia lo mismo para tomar posiciones, recién recibia Arias las municiones que necesitaba para su ejército y sobre todo las fundas y los espolines, elementos de triunfo imprescindible.

Viendo que su comisario de guerra no era bastante para repartirlas pronto, le ayudaba en ratos personalmente, en otros montaba a caballo, visitaba los cuerpos, impartia mil órdenes para que estuviesen estos listos para la batalla, hacia reconocer jefes y oficiales etc., etc.

A las 10 y 35 habia recibido el primer parte de Leiria avisando la llegada de Levalle.

Inmediatamente le mandó de refuerzo el Comandante Aristegui que se encontraba a caballo aún y por hacer acampar su regimiento que estaba desarmado en su mayor parte y casualmente se encontraba cerca de la carpa de Arias.

Comandante Aristegui, le dice el Coronel Arias, ¿que fuerza tiene armada?

—50 hombres señor, contestó rápidamente aquel valiente hijo de Buenos Aires.

—Pues bien; deje lo demás de su regimiento y marche al galope con los 50 armados á proteger al Comandante Leiria, dígame que ya van mas refuerzos.

Aristegui cumplió tan rápidamente esta órden que cuando el Coronel Arias dió vuelta hacia él despues de dar otra órden á uno de sus ayudantes, ya no le vió.

Mandó en seguida al Comandante Diez Arenas con todo su regimiento y tras de estos el Comandante don Domingo Rebucion con el Guardia Provincial y dos piezas krup.

A este jefe le recomendó que su mayor empeño debia ser el de mandar destruir la línea férrea detras de Levalle para cortarle la retirada recomendándole se sirviera de los soldados de Diez Arenas para realizar esa operacion.

Cuando apenas haria media hora que se habia puesto en marcha el Comandante Rebucion, se presentó el Coronel Murga, en circunstancias que Arias iba a montar ya a caballo para ir personalmente al combate de Barracas.

Porque estaba desesperado lo que oia el tiroteo.

Viendo a Murga no lo dejaba bajar del caballo y le dice:

—Me llega á tiempo Coronel, vaya vd, inmediatamente a tomar el mando de las fuerzas que están combatiendo con Levalle á órdenes del Comandante Rebucion, mando en este momento un ayudante a aquel para que se ponga á sus órdenes, no deje escapar á Levalle, córtele los rieles de la vía, mande hombres bien montados á esa operacion, voy á mandarle mas fuerzas marche pronto Coronel!!

El pobre viejo Murga salio de galope pero

En el mismo momento recibe el siguiente parte el Coronel Arias del Comandante Arteaga que dice se presentaba por el flanco izquierdo una fuerte columna, que habia desprendido una partida de observacion cerca de ella y se la habian correteado haciéndole dos prisioneros; pedia órdenes y refuerzos.

El Coronel mandó inmediatamente que el jefe de dia Comandante don Bernabé Martinez con 100 infantes del 6 de Giles y el Mayor Espejo, saliese a hacer un reconocimiento sobre las fuerzas de Flores y reforzó a Arteaga con algunos soldados mas de su regimiento.

Se venia pues el enemigo encima segun este parte, y Arias no podia perder sus ventajosas posiciones por ir á tomar una pequeña division personalmente, cuando ademas la estaban batiendo ya á esa division un crecido número de fuerzas que la obligaron a retirarse cediendo en sus pretensiones de apoderarse del Puente de Barracas.

A poco rato le llega un parte del Comandante Rebuton avisando que ya se ha cortado la retirada a Levalle, levantando algunos rieles de la via y que las fuerzas de la Plaza le han quitado dos cañones.

Casi al mismo tiempo este otro por escrito del General Gainza.

Sr. Coronel don Jose I. Arias.

Su campamento.

1-15 p. m.

Puente de Barracas, Junio 20 1880.

Querido Coronel.

Levalle está en el Puente.

Al frente de él está el Coronel Campos con algunos batallones de guardia nacional.

Ya nos hemos cambiado los primeros tiros de guerrillas.

Hace dos horas que pido dos piezas krup y no las puedo conseguir.

Si las hubiese tenido, ya estaria Levalle hecho pedazos ó en retirada.

Mucho cuidado mi querido amigo, de la Chacarita, puede ser este ataque al Puente un movimiento falso para llamarnos la atencion por allí y caer sobre el Sud.

Un abrazo de su amigo leal.

M. de Gainza.

Si hubieran hecho lo que Arias pidió por la mañana no se hubieran visto en esos apuros.

A las 2. p. m. se presentaban en el campamento preguntando por el Coronel Arias sus amigos el doctor don José María Real y don Emilio V. Bunge.

El Coronel estaba en su gran tarea de hacer repartir municiones pues que recién llegaban

las anunciadas en las cartas y notas que llevamos publicadas.

Apenas les dió la mano los despachó con estas palabras:

—Caballeros; llegan vdes. en mala hora, el enemigo avanza y puede que tengamos algo sério, hagan el favor pues de retirarse inmediatamente.

Aquellos amigos quisieron alegar que eso no importaba nada, que prestarian sus servicios como fuese posible.

Pero Arias los despachó para la ciudad, donde no llegaron sin embargo, sin antes prestar el doctor Real sus auxilios como médico á los primeros heridos que iban llegando de Barracas.

A las 3 p. m. recibia el Coronel este otro aviso del general Gainza.

Ministerio.

fecha 20. h. 2-30 p. m.

Coronel Arias.

Corrales.

El vijia de la Chimenea de las Aguas Corrientes, avisa que no hay casi gente en la Chacarita, aún no se puede saber el rumbo que han tomado. Esté prevenido.

Gainza.

El Coronel Arias tenia todos sus ayudantes en movimiento para conocer el jiro que tomaba el combate del Puente de Barracas y habia hecho tomar caballos á todas sus fuerzas de caballeria y mandado ensillar para que estuviesen listos los cuerpos para montar a caballo y entrar en combate si era necesario.

Al 2º de Policia Rural á órdenes del valiente Comandante Máximo Vera lo habia despachado ya de galope atras de Murga para que se pusiese á sus órdenes tambien.

Creia Arias que con estas fuerzas que pasaban de 1,200 hombres, mas las de la Plaza, habia de sobra para concluir con la pequeña division de Levalle.

Ah! pero faltó su presencia allí y ya hemos visto que no era posible la llevase sin esponerse á un muy sério contraste.

Sin embargo; si sus ayudantes le hubieran trasmitido la verdad de lo que pasaba; Levalle no hubiera escapado.

Arias conoció, recién cuando Levalle se retiraba, la verdad de los hechos, trasmitida por su valiente é inteligente secretario don Juan V. Lalanne á quien tambien mandó á saber *porque no concluia aquel tiroteo.*

Pero ya se entraba el sol y Arias que montó á caballo desesperadamente, tuvo que volverse despues de haber andado algunas cuabras mas afuera del Puente Alsina y contentándose con ordenar que el regimiento de Diez Arenas persiguiese á Levalle hasta Lanús hostilizándolo en su retirada lo mas posible.

¿Qué hacían las fuerzas de la Plaza?
Ellas se habían batido como buenos y bravos,
de la manera siguiente:

A las doce del día 20, poco más ó menos, el digno y benemérito Coronel Morales, recibía orden de marchar con los dos batallones de su mando, los gloriosos "General Mitre" y "Coronel Sosa", á sostener el Puente de Barracas, amenazado por la division Carhué, fuerte de 800 hombres, á las órdenes del coronel Levalle.

Este jefe, que había descendido del tren momentos antes, marchaba de frente con la decidida intención de ocupar el Puente.

Estas fuerzas se componían del 7^o y 5^o de línea y un piquete de artillería á las órdenes del desgraciado Comandante Ipola.

Aunque de reciente creación, los batallones "Mitre" y "Sosa" que han inmortalizado su nombre en esa acción, salieron de su cuartel, situado en Santa Lucía, con un entusiasmo juvenil y ardiente.

La voz de ¡viva Buenos Aires! recorría sus filias hombre por hombre.

Y en todas aquellas fisonomías alegres y viriles, se adivinaba la más firme resolución de combatir hasta la muerte.

Esa que aquella tropa estaba convencida que iba á batallar por la más sacrosanta de todas las causas.

¡Las libertades argentinas!

El "General Mitre", llevaba fusiles Mauser y el "Sosa" remingtons, ambos con escasa dotación de cartuchos, y teniendo bayonetas solamente el "Sosa".

Cuando estos dos gloriosos batallones ocupaban el Puente, los Comandantes Leyría y Orbábal, se escopeteaban en retirada.

El Comandante Bahía desplegó entónces la compañía de granaderos del "Mitre" y rompió sobre el enemigo un fuego nutrido y certero.

El 7^o de línea respondió á este fuego, avanzando siempre con una intrepidez digna del enemigo que le cerraba el paso.

Una compañía del 7^o avanzó entónces, como si viniera á pasarse.

El oficial que la mandaba hacía señas con un pañuelo blanco y los soldados avanzaban como pasados.

El Coronel Morales mandó hacer alto el fuego y esperó su llegada.

Pero á pocos pasos, el oficial cambió sin duda de idea, y mandó hacer fuego sobre el "Mitre" que respondió con un ¡viva Buenos Aires! lleno de entusiasmo y entereza.

En aquel momento caían atravesados por el

el sargento Cuyás del "Mitre", el conocido señor Wilkinson, dueño de la antigua caballeriza de la plaza 25 de Mayo, y varios soldados de ambos cuerpos.

El combate se trabó récio y sangriento, retirándose el enemigo y dejando sobre el puente seis cadáveres y un sargento del 5^o que fué traído al cuartel del "Mitre".

El estruendo de la fusilería era enorme, siendo dominado á veces por las voces de ¡viva Buenos Aires! que lanzaban sus defensores y las de ¡cierren los claros! que con toda entereza y denuedo daba el Coronel Levalle.

Porque los fuegos del puente, hacían en el enemigo grandes estragos, abriéndole claros de consideración.

Las fuerzas enemigas, haciendo un vivo fuego de cañon, aunque poco feliz, seguían avanzando sobre el puente, en momentos bien críticos porque el "Mitre" y el "Sosa" quemaban sus últimos cartuchos y armaba bayoneta el que tenía.

En ese mismo momento llegaban el batallón de Sebastian Casares, el "San Martín", el heroico "San Martín" con el Comandante Jeréz y el mayor Bonifacio á la cabeza, y el cuerpo de vigilantes mandado por el comisario Miaguens.

El Coronel Julio Campos y el General Gainza, llegaban en ese momento á la calle real de Barracas, algo más allá de la estación del tramway.

Fué entónces que el combate tomó todo el aspecto de una batalla, harto sangrienta y reñida.

Momentos despues llegaba el benemérito y patriota mayor Faramiñan, con dos piezas krupp, que empezaron á vomitar la muerte sobre las tropas nacionales.

Y siempre se oía por sobre el fuego, la voz breve del Coronel Levalle que gritaba.

—¡Cierren los claros!
El enemigo comprendió al fin que todo sacrificio era estéril y emprendió su retirada bajo el fuego de los cañones de Faramiñan.

Antes de tomar el tren, el enemigo sufría sensibles pérdidas entre ellas la del Comandante Ipola, jefe de su artillería.

Los 50 hombres de Aristegui fueron los primeros en reforzar á Leyría.

Pero bien pronto tuvo que retirarse este bravo jefe á consecuencia de un balazo que recibió.

En su lugar avanzó la primer compañía del batallón Provincial, que desplegando en guerrilla trabó un vivo fuego de fusilería con la de línea.

Poco despues, en proteccion de esa compañía avanzó también la de granaderos, haciéndose cargo de las dos el bravo y malogrado Mayor Leguizamón.

La compañía de línea empezó entonces su retirada, hasta donde estaba otra que desplegó también, rompiendo el fuego en su protección.

El Coronel Murga creyó que no debía seguir adelante, y ordenó el mantenimiento del fuego por compañías que se relevaban de tiempo en tiempo.

Las dos piezas, mandadas por cadetes, ayudaban á esta operación con bizarría.

Los soldados de línea se colocaron bajo los wagones.

Desde allí, como del interior del tren, y de una casa quinta con mirador, y un corredor con columnas, hacían un fuego tremendo.

Cuando las fuerzas de Levalle iniciaron su retirada de Barracas, el Provincial tenía á su derecha el tren.

No menos de doce disparos de cañón se hicieron, sin conseguir dar en la locomotora.

Desde el parage ocupado por el Provincial, vióse perfectamente cuando se recogieron los heridos, y se subieron á los wagones los cañones desmontados.

El tren seguía al paso de las tropas.

Hostilizábalas de cerca la compañía del Mayor Carranza.

Los soldados nacionales contestaban sus tiros, y subían al mismo tiempo.

El valiente Provincial había entrado al fuego con 370 plazas y dejaba sobre el campo de batalla al retirarse, 52 hombres entre muertos y heridos.

El Mayor Leguizamón había sido de los primeros en caer, acribilado á balazos su noble y esforzado corazón!

El Teniente Aranda caía también entre las nobles víctimas, postrado por heridas de gravedad.

A las 4 1/2, Leyria que iba escopeteando al tren de frente, encontró al Coronel Murga, de quien recibió orden de continuar, junto con el bizarro Diez Arenas, que al efecto se le había incorporado.

La columna de Murga marchó entonces al campamento del Coronel Arias, donde llegó después de retreta, acampando en la margen derecha del Riachuelo.

Cedemos un momento la palabra al benemérito Coronel Morales, que explica la parte que tuvo en el combate, de la siguiente manera:

Buenos Aires, Junio 24 de 1880.

Al señor Comandante en Jefe de la circunscripción Sud, Coronel don Julio Campos.

Tengo el honor de dar parte á V. S. de lo ocurrido el día veinte del corriente en el combate, que sostuvieron las fuerzas de mi mando en el Puente de Barracas y Rivera del Riachuelo.

Inmediatamente de recibir por el telegráfo (12 1/2 p. m.) la orden de V. S. para trasladarme al Puente de Barracas, marché a cumplirla con los batallones "General Mitre" y "Coronel Sosa", compuestos ambos de 250 plazas por no tener armas para el resto, dejando que se aprontara las dos piezas de artillería que había recibido el día antes sin personal.

Al llegar á la calle de la Arena recibí una indicación que supuse ser del Comandante Leyria que estaba batiéndose á vanguardia, para que marchando por esa calle defendiera la derecha disponiendo entonces que el Comandante Don Manuel Bahía, marchase con el Batallón "Coronel Sosa", dejándome la Compañía de Cazadores.

Efectuado esto seguí por la Avenida Santa Lucía y encontrándome con el Comandante Leyria, llegamos al Puente incorporándose entonces el Comandante Bahía, quien hizo desplegar la compañía de granaderos en re el puente de pasajeros y el del ferro-carril, que siendo hostilizada por el enemigo rompió el fuego, sobre él, mientras que descendiendo de la vía férrea, por frente á la barraca de Mignaburo llegaban al frente, sobre el cual nos encontrábamos con el Comandante Leyria, cuarenta ó cincuenta soldados con un oficial del batallón 7º de línea.

El oficial hacía flamear un pañuelo blanco, avanzando los soldados resueltamente, en desorden y sin hacer fuego, lo que nos hacía entender que pretendían pasarse.

Estimulado con promesas por el Comandante Leyria y por mí desde el puente en su centro, se adelantaron dos sargentos que principiaron á conferenciar pasándose uno de ellos, cuyo nombre es Tránsito Montenegro; pero el otro quedó irresoluto, algunos soldados levantaban las culatas de sus fusiles, tirando otros los suyos al río.

Como se prolongara mucho esta situación dudosa, empezamos á desconfiar de la buena fé de los que teníamos a diez pasos, desconfianza que se justificó viendo que el sargento cargaba su fusil.

Fué entonces que el Comandante Leyria y yo, mandamos hacer fuego, el que fué contestado vigorosamente, tomando parte el resto del batallón 7º.

El comandante don Dolves Guevara, que venía retardado en la marcha con el batallón "Mitre" por razones ajenas á su voluntad, estaba yo en el punto, de manera que pudo desde el principio tomar parte en el ataque.

Al empezar este, el jefe del 7º hizo tocar alto y fuego á pié firme, y mi ayudante don José Burgoa que estaba allí, tocó diana con un cornetín que llevaba.

De manera que, obediendo los enemigos al toque de su jefe vinieron á quedar a treinta pa-

nos de nosotros, y nuestros soldados que, por primera vez se batian, se entusiasmaron con la diana y tanto ellos como los oficiales que los mandaban dieron pruebas inequívocas de su patriotismo y ardor en el combate.

El fuego era sumamente nutrido por ambas partes y como no teníamos sino veinticinco cartuchos por hombre, juzgaba que no podíamos sostener por mucho tiempo la posición tomada, como efectivamente sucedió.

Concluidas las municiones de nuestros soldados, cedimos el terreno sin precipitación y en el orden posible en tales casos, dejando varios muertos y heridos en el terreno ocupado.

Debo decir aquí, que los Comandantes Bahía y Guevara lucieron su bravura, dejando el último dos caballos muertos á la entrada del puente.

A su lado izquierdo estaba el Comandante Leyria que, al retirarnos perdió también su caballo á poca distancia.

El Comandante Bahía á la derecha del puente sobre la guerrilla, infundía á la tropa su reconocido valor.

Cuando comprendí que la retirada era inevitable mandé al Ayudante Burgoa, que hiciera avanzar á los batallones 1^o del 5^o de G. N. mandado por su Comandante doctor don Luis Varela y al 4^o de Policía por su jefe Don Ireneo Miguens con las dos piezas de artillería que tenía de reserva á su orden en las "Tres Esquinas."

De manera que al llegar de retirada á dicho punto, ya avanzaban las mencionadas fuerzas, encontrándose presente entre ellas U. S. y el señor Coronel don José I. Garmendia; siendo entonces que U. S. corroboró mis órdenes de hacer llegar las reservas al puente, agregando dos piezas de artillería al mando del Sargento Mayor don Francisco Faramiñan.

El segundo de estos cuerpos, mandó como lo dice su jefe, en el parte que en copia acompaño, una compañía por la calle de Herrera y otra por la Avenida Santa Lucia.

El 1^o del 5^o habia ya avanzado hácia el puente por la misma calle, encontrándose próximo á este punto con una guerrilla enemiga sin ser hostilizado, y creyendo como antes, que esta se trataba de pasar, hizo alto la guerrilla de avanzada de este cuerpo y se puso al habla con aquellas al extremo de que el Comandante Casares se abrazó con el oficial de esta, quien le intimó rendición, á la que contestó: que si trataban de matarlo lo hicieran de frente y no por la espalda; actitud que impresionó al oficial contrario, quien permitió se incorporara el Comandante á su fuerza siendo entonces, que se rompió el fuego y emprendió retirada por el puente la guerrilla enemiga.

Acto continuo llegaron las dos piezas de artillería que estaban á mi orden y dos mas que tenía el Sargento Mayor Faramiñan y el bata-

llon San Martin, al mando de sus jefes Comandante Cerez y Sargento Mayor don Pablo Bonifacio.

Todas estas fuerzas pasaron el puente por orden del Coronel Garmendia, yendo á colocarse en la calle de Industria á dos cuadras de Mitre, siendo allí, donde se hicieron los tiros muy certeros á que se refiere el Comandante Miguens.

El enemigo al ver las fuerzas que le atacaban se amparó de los wagones del ferro-carril y se principió á alejar, siendo entonces que U. S. ordenó nuestra retirada, quedando así terminada la jornada de ese día, jornada señor Coronel, en que como U. S. ha podido comprenderlo, se han mostrado dignos de la causa que defendian, todos los que tomaron parte en ella, rivalizando en denuedo jefes, oficiales y tropa y superando á la pericia del enemigo, el valor de nuestros soldados.

Por el momento recordaré á V. S. que tuvimos que lamentar la muerte del Ayudante don Anacleto Juarez, que batiéndose con un fusil cayó atravesado por ocho balas.

En cuanto al número de muertos de la tropa, no me es posible determinarlo por ahora, pero lo haré en oportunidad, como tampoco los heridos entre los que se encuentran el Capitan don Mariano Dorrego, que recibió tres balazos, el Capitan don Ignacio Lopez que recibió tres heridas de bala aún cuando de mezos gravedad, el Ayudante don Enrique Piñeiro, el Abanderado don Zenon Rolon y el Alférez don José Porta, que sin extraérsele aún la bala continúa sus servicios.

Debo recomendar también á la consideración de U. S. el digno comportamiento de mis ayudantes don José Burgoa, don Cornelio Almeida, don Juan Martin Serna, don Gerónimo Serrano, don Patricio Ladios y don Julio J. Morales que trasmitian mis órdenes.

No es extraño se me hayan pasado por alto algunos pequeños incidentes, pues que al día siguiente de este combate, las fuerzas á mi mando tuvieron que entrar nuevamente en función de guerra, de la cual paso á ocuparme.

En la mañana del 21 recibí primero orden de U. S. de tener las fuerzas á mi mando sobre las armas, lo que así se efectuó y en seguida de avanzar con ellas al Puente de Barracas.

En tal virtud impartí las órdenes siguientes:

Al Comandante del Batallon General Paz marchara con él á situarse frente á la comisaria 6^a, al Comandante D. Ireneo Miguens ocupara con su batallon la barranca de Santa Lucia, marchando yo en seguida con los batallones "Mitre" y "Sosa" y las dos piezas de artillería, haciendo alto los batallones en la mencionada comisaria y continuando yo la marcha con el batallon

“General Paz” y las dos piezas hasta el puente donde encontré al Comandante don Francisco Leyria con algunas fuerzas a su mando y al de igual clase don Manuel Rocha con el 2º del 5º.

Momentos despues llegaba el Sargento Mayor Faramiñan con cuatro piezas de artilleria Krupp de las que se colocaron dos sobre el puente, haciéndose avanzar dos compañías del General Paz en guerrilla.

La una á la esquina de Mitre é Industria y la otra sobre la via del ferrocarril y á la derecha del puente.

Ordené despues al Comandante Rocha, colocase un piquete de diez hombres en la azotea de una casa de altos situada á una cuadra del puente, sobre la de Salta y otras dos de igual número en un mirador y en una casa baja á la derecha del antes indicado puntos y sobre la via férrea.

Dispuse tambien que el resto del batallon 2º del 5º ocupara la barranca y pared del cerco que sigue inmediatamente al puente frente al Sud, que habia sido aspillerada el dia antes por el Comandante Casares.

Las compañías restantes del batallon “General Paz”, quedaron de reserva sobre la márgen del Riachuelo.

Sobre este punto llegó tambien por mi orden el Batallon “San Martin”, con el cual quise hostilizar algunas fuerzas enemigas que iban retirándose por el camino de las basuras.

Avanzando en efecto sobre esa direccion, hasta mas de ocho cuadras, pero notando que el fuego sostenido en los Corrales, se adelantaba hácia el Este, y teniendo por otra parte conocimiento que se acercaba al puente una máquina conduciendo gente enemiga temí pudiera ser cerado ese Batallon, por lo que me retiré con él hasta los cantones antes indicados.

Antes de esto, habia hecho regresar las dos piezas de artilleria que llevé, juzgando que las cuatro que tenia el Mayor Faramiñan, eran suficientes para la defensa del puente; ordenando que el Comandante Miguens recibiera las mencionadas piezas y con ellas y su batallon defendiera la calle de Caseros á sus inmediaciones si fueran atacadas.

Al regresar al puente con el “San Martin”, como dije antes, el Comandante Leyria me mostró un telégrama en que se le ordenaba retirarse con todas las fuerzas que allí hubieran, habiendo ya dado algunas órdenes al efecto.

Mandé entonces retirar los cantones y avanzadas, siendo en esta circunstancia, que se presentó por la calle de Salta el señor Comandante don Ricardo Lavalle, á la cabeza de las fuerzas que estaban á su mando, quien comunicado de la orden recibida emprendió tambien su retirada.

El Comandante Leyria y el que habla cubrieron

la retirada con las cuatro piezas de artilleria.

Llegados á la Barranca de Santa Lucia, procedimos á colocar una pieza sobre la barranca contigua á la via férrea y una guerrilla de infanteria. Las referidas piezas hicieron tres ó cuatro disparos sobre los wagones que llegaron atras de la Convalencia conduciendo la division del Coronel Levalle.

En seguida se distribuyeron en varias azoteas inmediatas á la Estacion y sobre la calle de Caseros algunas fuerzas, y se avanzaron otras del “Coronel Sosa” y “General Mitre” por esta calle hasta la de Santiago del Estero, obediendo en ello á órdenes dadas creo, por U. S. ó por el Coronel Garmendia: habiendo ocurrido allí tambien el resto del batallon 4º de Policia; fuerzas del 6º de G. N. al mando del Comandante Zoilo Piñero á contener el ataque que por aquella parte llevaba réciamente al enemigo.

Creo que no es á mí á quien corresponde detallar los sucesos que ocurrieron durante ese ataque, ni en el modo como se hizo la retirada, puesto que, como he dicho antes todo fué dispuesto por U. S.

Solo diré para terminar, que cuando la retirada se efectuaba, encontré en la plaza Constitucion al Comandante Gerez, con el batallon de su mando, y le ordené se acantonara en las inmediaciones de las calles Salta, Brasil y Garay, para defender por esa parte la entrada de la plaza.

Acto continuo me dirigí á defender el cuartel de los batallones á mis órdenes, haciendo salir al efecto á las azoteas las fuerzas que habian disponibles del “Mitre” y del “Sosa” y la del “Gral. Paz”, que á la sazón se retiraba por aquella parte.

Con esta evolucion se protejió una pieza de artilleria Krupp, que hacia fuego en la esquina de Caseros y Santa Lucia.

Fuerzas del “Mitre” y “Sosa” tomaron simultaneamente el Hospicio y con un fuego vivamente sostenido, pudo contener al enemigo que avanzaba resueltamente por aquella parte; hasta que persuadido de lo inútil de nuestra permanencia en ese punto, dispuse nos retirásemos á las trincheras, lo que se efectuó primero por las fuerzas que estaban conmigo en el cuartel, y mas tarde por las que tenia en el Hospicio con el Teniente Stopani que entusiasmado en hacer fuego al enemigo, demoró su retirada.

Me es un deber sagrado el recomendar muy especialmente á la consideracion de U. S. y del pais el bizarro comportamiento del Comandante Dolveo Guevara, que con su valor sereno entusiasmaba á sus soldados, habiendo este bravo militar continuado en lo mas recio del combate no obstante haber recibido en su mano derecha dos balazos consecutivos.

En este combate, como en el anterior, los jefes, oficiales y tropa de los batallones “Mitre” y “Sosa” y demás que á mi lado combatieron, han

merecido el bien de la patria por el patriótico entusiasmo con que sirvieron á la defensa.

Los actos dignos de mención y el número de ciudadanos que en ellos estuvieron, son tantos, que su relación haría demasiado extenso esta parte.

Tengo la persuasión por otra parte que ellos se encuentran impresos con indelebles caracteres de gratitud en el corazón de este heroico pueblo.

Como apéndice á esta parte, adjunto la relación que me pasa el Ayudante Cazon, que quedó en la Mayoría cuando marchamos, y por la cual se demuestra la importancia de los servicios prestados y la actividad digna de encomio desplegada por el espresado Ayudante.

Dios guarde á V. S.

José M. Morales.

Buenos Aires, Junio 20.

Sr. Coronel D. José M. Morales.

Las novedades ocurridas despues que V. S. salió de esta Comandancia con los soldados de los batallones "General Mitre" y "Coronel Sosa" son las siguientes:

En cumplimiento de las órdenes recibidas de V. S., el Ayudante don Eduardo Rodriguez puso en movimiento las dos piezas de artillería que se encontraban en el cuartel, tomándose al efecto los caballos de particulares y de la Compañía de Tramways "Ciudad de Buenos Aires." Terminada esta operacion, el Sr. Rodriguez fué á ocupar su puesto al lado de V. S., quedando por lo tanto á mi cargo la Comandancia.

Las piezas de artillería fueron entregadas al Teniente don Felipe Morales.

Tuve que dar recibos por tres caballos que fueron necesarios para llevar los cañones.

No siendo suficiente los tres caballos me diriji á la compañía de tramways ya citada, la que nos proporcionó dos yuntas.

Los caballos y coches de esa compañía fueron puestos á mi disposición, y á mas, los soldados que hacia subir en los coches, nada abonaban por su pasaje.

Al tener noticia que habia empezado la batalla y que habian heridos, mandé pedir coches espresos, y al momento se me avisó que estaban prontos cuatro, y á la puerta de la Comandancia por intermedio del Sr. Puig, activo empleado de esa empresa.

Los Sres. Molina y don Juan M. Martinez me han ayudado desde los primeros momentos, que empezaron á llegar los heridos á esta Comandancia, hasta que fueron trasladados á los hospitales, con una decision digna del mayor encomio, como tambien el Ayudante don Patricio Larios.

El primer herido que llegó, fué asistido por el

Dr. D. Manuel Fluguerto, el practicante Sr. Ruiz Uidobro y el farmacéutico don José Meana.

En seguida se presentaron ofreciendo sus servicios los Señores Doctores Lawson, don José M. Real, don Roberto Rodmaci, don Carlos C. Granero, (quien permaneció en esta Comandancia hasta la llegada de los batallones) don Juan Boeri, don Luis Colburne, don Lucas Vodañoviche, don I. Montes de Oca, don E. del Arca, don Manuel Langhensin con varios señores de la Masonería, Aguilar, Casares, y Gonzalez; cuatro miembros del Cuerpo de Sanidad, Sres. Carcoba, Arce, Serna y J. R. Fernandez, Sres. de la Sociedad *Cruz Roja* y el señor Briuzuela.

El Sr. don Florencio Morales mandó á esta Comandancia, de su farmacia, todos los medicamentos que se necesitaron, hilas, esponjas, etc. en cantidad considerable.

La señora doña Elisa Medrano nos favoreció con bilas y trapos usados para las curaciones y mas tarde con alimentos para los heridos.

Se recibieron tambien hilas, compresas y vendas, de las señoras Da. Dorotea Piñero y Da. Mercedes C. de Gari y señoritas Saturnina Martinez y Cecilia Figueroa.

Siento no saber el nombre de la persona que proveyó de agua caliente y té, para consignarlo aquí.

Sr. Coronel: es consolador ver que los extranjeros se unen al sentimiento general de esta Capital, y nos ayudan en los momentos de prueba, como lo he podido notar hoy, de una manera especial al solicitar el concurso de los que estaban en la calle, para llevar en camillas a los heridos hasta los Hospitales Italiano y Lanús; pues muchos fueron los que se prestaron a llevar en sus hombros a los valientes soldados del "Mitre" y "Sosa".

Siento que la diversidad de trabajos que ocupaban mi atención en aquellos momentos no me hayan permitido prestar mayor atención a aquellos hechos que son, por cierto, dignos de elogios.

Dios guarde á V. S.

Anacleto F. Cazon.

Batallon 4^o. de Policia.

Buenos Aires, Junio 20 1880.

Al Señor Coronel Don José M. Morales.

Cumpliendo las órdenes de V. S., al llegar a tres esquinas, desplegué en guerrilla la 1^a. Compañía al mando del Capitan Rodriguez, por la calle de Herrera, la que inmediatamente de llegar a la 1^a. boca-calle del Oeste se trabó en pelea con una guerrilla enemiga, que a cuadra y media en el terreno que fué de Brown se hallaba desplegada.

Al mismo tiempo el mayor Vila ordenaba que el Capitan Crespo desplegara su compañía, por la Avenida Santa Lucía la que avanzó hasta el

Puente por orden del Comandante en Jefe, y al mando inmediato de éste recibiendo el fuego de fusilería que le hacia la fuerza del 7^o. de línea que se hallaba en el Puente, y que cedió el terreno poco tiempo despues.

Las dos compañías restantes servian de reserva a las desplegadas.

Despues de pasar el Puente, el Batallon desplegó a la derecha de éste al mando del Mayor Vila; por haberme V. S. encargado de dos piezas de Artillería que puso a mis órdenes habiendo dotado inmediatamente una de ellas de artilleros de mi Batallon y siendo el cabo de pieza Francisco Ochoa; que hizo disparos tan certeros, que en uno de ellos incendió el armon de una de las

piezas enemigas é introdujo dos granadas en la columna; segun lo asegura el centinela que teniamos en una azotea.

Toda la oficialidad de mi mando, como tambien la tropa han cumplido con su deber y debo hacer notar nuevamente la buena punteria del Cabo Ochoa y cooperacion de sus compañeros.

Dios guarde a V. S.

Firmado— *Ireneo Miguens.*
José M. Morales.

Es copia fiel del original que queda archivado en esta Comandancia.

LOS HEROES DEL 21

El Coronel Arias que no dudaba ya de que seria atacado en la madrugada del 21, se preparaba a esperar al enemigo pues por intermedio de su Jefe de Detall dispuso que todos los cuerpos de caballería durmiesen con el caballo atado y listos para ensillar y montar a la primera orden.

Algunos que, por su colocacion en la línea quedaban mas próximos al enemigo, quedaron con los caballos ensillados, listos para montar y entrar en pelea a la primera señal.

La infantería y artillería formó toda en orden de batalla y durmió así.

Los infantes sentados en su lugar con el fusil en la mano y la cartuchera prendida.

Los artilleros al pie del cañon.

Reforzó la guardia del Puente Alsina y desprendió adelante de esta dos pequeñas que debian avisar cualquier novedad que notasen a la que quedaba en el Puente.

El Coronel llamó al Comandante de esta guardia y personalmente le dió instrucciones é hizo observaciones de todo género mostrándole y explicándole el peligro que habia, lo que le obligaba a doblar su vijilancia.

Desgraciadamente este oficial, como veremos mas tarde, hizo bien poco caso de las recomendaciones del Coronel Arias.

Por su frente, es decir hácia el lado de Flores, puso el Coronel una guardia avanzada, teniendo además cada cuerpo su guardia de Prevencion, una cuadra y media adelante del grueso del Batallon.

Como á las 10 p. m. recibió el Coronel Arias la carta que sigue del General Gainza.

Querido Coronel:

Por varios conductos que no doy mucha importancia, se me dice que esta madrugada será vd. atacado (no lo creo) yo he reforzado los Corrales con un batallon más, así es que son tres y dos piezas Krupp.

Creo que seria prudente que vd. se acercase mas a los Corrales, así estariamos mas ligados con las fuerzas de la Capital y seriamos mas fuertes.

Su amigo:

M. de Gainza.

Domingo 20 1880.

El Coronel no tuvo durante el combate del Puente Alsina mas fuerzas estrañas a su Ejército de campaña, que el Batallon Provincial el de Bomberos y las 6 piezas Krupp, que le fueron enviadas a su campamento el 18, dia de su llegada.

Despues, es decir, cuando combatió en los Corrales, entónces se encontró allí el Ytuzafngo con su bravo Jefe el Comandante Ramon Rivas de Tejedor, Comandante Miximo Paz, el de Dantas y el piquetito de Elliot.

Lo que es las dos piezas anunciadas, probablemente fueron destinadas a algun otro punto de menos peligro, pues estaba de Dios que todo habia de hacerse al reves, como si de la plaza se tratase de favorecer a los asaltantes.

Arias, como dejamos dicho, no necesitaba de

este aviso para saber que sería atacado el 21; bien demostrado está la conciencia que de ello tenía por las precauciones que hemos visto tomó.

Se ha cometido la torpeza intencional de decir que Arias fué sorprendido en el Puente Alsina.

Recurrimos a los militares *todos* del Ejército Nacional y digan ellos quien fué el sorprendido, si Arias que rechazó el ataque, ó Racedo que lo llevó pensando que con unas cuantas descargas hechas en la oscuridad de la noche iba a poner en desorden y dispersión completa a aquellos guardias nacionales reunidos en doce días, animados de un ardor y un entusiasmo que hizo mas tarde un héroe de cada uno de ellos.

En las fuerzas de Arias, no se alteró el orden un solo momento.

Cuando sonaron las primeras descargas de fusilería hechas por Racedo, todo el Ejército que estaba descansando sobre las armas, se puso tirme.

El Coronel Arias montó a caballo inmediatamente y sin aguardar a sus ayudantes ni trompa de órdenes corrió a la línea, tomó los brillantes Batallones de Mercedes y San Nicolás, los mandó suspender las armas y dar flanco derecho y poniéndolos al trote en seguida, se dirigió al Puente Alsina, donde al llegar, mandó *so bre la derecha por hileras en batalla*, y romper el fuego de aquellas sobre las fuerzas de Racedo que ya pisaban el Puente y que recibieron a los batallones de Mercedes y San Nicolás con una descarga de fusilería a la que contestaron estos bravos batallones con un *viva Buenos Aires!* sin perder un momento el orden de formación en que iban, apesar de la presencia del enemigo tan inmediato y de la oscuridad de la noche.

El primer Ayudante que tuvo el Coronel Arias a su lado fué el distinguido y valiente joven Sargento Mayor Don Leon Rivera y con éste mandó venir prontamente la Artillería y demás cuerpos de Infantería que se encontraban dando frente a Flores.

Con ellos efectuó el Coronel Arias un cambio de frente tan rápido y bien ejecutado bajo el fuego del enemigo, y con la oscuridad de la noche, que creemos muy difícil aún para los primeros ejércitos del mundo.

Pero es que aquellos bravos hijos de Buenos Aires tenían tal fé en su jefe y era tal su espíritu, que creemos hubieran sido aún capaces de realizar cosas mayores.

Convencido el Coronel Arias que el enemigo que tenía encima era todo el Ejército Nacional, mandó inmediatamente a su Ayudante de Campo, Mayor Rivera, que matando caballos viniera a la ciudad, tratase de hablar con el Coronel Julio Campos y le dijese de su parte que había sido atacado en su campamento.

Que deseaba reconcentrar á la ciudad la gente desarmada que tenía, mientras sostenía la batalla con las fuerzas armadas, pues quería así librar de la metralla enemiga á los que no podían defenderse.

Que para mejor seguridad de esta operacion (la reconcentraci6n de las fuerzas que ya se estaba haciendo), le mandase inmediatamente dos batallones.

Que si Campos no atendia esta solicitud, la hiciera igual al General Gainza.

El Mayor Rivera buscó al Coronel Campos en el Parque, allí le dijeron que estaba en el 11 de Setiembre, en el 11 de Setiembre lo buscó, le dijeron que estaba en su casa particular, lo buscó en su casa, le dijeron que recién salía de ella para el Parque, y, por fin lo encontró en el Parque á las 5 y 15 a. m. donde le dió el mensaje del Coronel Arias.

Al oirlo, el Coronel Campos contestó al Ayudante de Arias con el mal humor consiguiente á tales momentos.

Diga vd. al Coronel Arias, que si quiere dar batallas, se reconcentre á la ciudad.

El Mayor Rivera le observó que esto no era posible hacerse en aquel momento, que la batalla estaba ya empeñada y se luchaba con ventajas.

Que se hacia reconcentrar las fuerzas desarmadas para evitar bajas innecesarias, que el Coronel Arias pedía esos batallones, no para rechazar al enemigo, sino para mejor seguridad de los desarmados que venían á la ciudad.

—Bien, insistió Campos, no irán porque ahora es imposible hacerlos concurrir.

Si quiere dar batallas Arias que se reconcentre á las trincheras digale vd. que eso digo yó.

Aún así mismo, insistió por tercera vez el Mayor Rivera en su solicitud, pero aquel se mantuvo en su negativa.

Ent6nces Rivera vió al General Gainza á quien encontró en el Ministerio de Milicias y refirió todo lo que le habia pasado con Campos.

El Mayor Rivera buscando al Coronel Campos postró de tal modo su caballo que para llegar al Ministerio en busca del General Gainza, tuvo necesidad de qui ar el caballo de un coche que encontró en la calle de Piedad, no sin verse precisado á hacer uso de su espada para convencer al cochero.

El General Gainza recibió atentamente al Mayor Rivera, contestándole:

—Diga vd. al Coronel Arias que haré lo que pide; voy á poner remedio en esto, y pasó á la oficina telegráfica á ordenar al Coronel Campos, enviase inmediatamente al Coronel Lagos á prestar proteccion á las fuerzas de Arias que se reconcentraban.

El Coronel Campos, obedeciendo sin duda á

sus cálculos militares, repuso que era de noche, que no se podía saber bien que clase de enemigos atacaban el campamento de Arias y que no convenia desguarnecer las trincheras, etc., etc.

El General Gainza, tal vez comprendiendo que el tiempo perdido podia importar la derrota, interrumpió las observaciones del Coronel Campos, con estas palabras:

—Diga usted al Coronel Campos que no se puede perder tiempo en cálculos, que haga lo que le mando inmediatamente, que mande al Coronel Lagos á los Corrales.

El cañon tronaba en el Puente Alsina y el fuego de fusilería era tan sostenido que el piso temblaba hasta en la casa de la calle de Moreno.

A las dos de la mañana del 21 recibí Arias esta otra del doctor Tejedor:

Gobernador de la Provincia.

Mi querido Coronel:

Cuando vd. reciba esta, supongo ya en el campamento las seis piezas mas que ayer le prometí.

Ayer tarde debe vd. haber recibido tambien todo lo que se encontró disponible en Comisaría y Depósito de Gobierno, mil y tantos pouchos, como 600 carpas, algunas carabinas, sables y lanzas.

Hoy se agregarán uniformes, todos los que habia y entren.

Del Depósito de Gobierno se le enviaron cincuenta mil tiros; y hoy irá el resto hasta noventa mil, que es todo lo que allí existia; dejando para la guarnicion 40,000 que se han comprado últimamente y los que se hacen, de los cuales recibirá vd. mas adelante hasta completar el pedido.

Hoy me ocuparé de establecer una proveeduría para que dé á esas fuerzas no solo los alimentos, sino tambien los vicios: como tambien de dar un acuenta á todo el ejército.

Debemos uniformar tambien á los oficiales, pasando vd. el correspondiente estado al Ministerio de Milicias; y proveer á cada cuerpo de un carrito.

Carpas se pueden hacer cien por dia.

Ahora vamos á las operaciones:

Su ejército en mi opinion, es el plantel de uno magnífico, pero que solo despues de algunos dias podria entrar en pelea con éxito, especialmente si hubiera de atacarse el de la Chacarita.

Convendria pues, aprovechar estos dias en organizarlo bien, al amparo de la ciudad, evitando un combate en masa, y ofreciendolo en detalle, para foguear la tropa y hacer daño al enemigo.

En este propósito, podria irse quizá hasta Flores, como tambien atrincherar el camp con ligeras defensas.

La operacion sobre Levalle podria ser igualmente uno de los combates en detalle; en tanto en cuanto no pudiese en peligro una fuerte division nuestra.

Le llamo la atencion sobre todo esto, que es digno de su pericia y golpe de vista militar.

El Consejo me ha dicho Gainza que no lo crée conveniente sin su presencia, y demorará hasta que vd. avise poder concurrir.

Se avisa la llegada de mas fuerza á la Chacarita, de las Provincias.

El número aumenta, si la noticia fuese cierta, pero esto no debe ser una razon para precipitarnos; mucho mas, cuando empiezan ya los acontecimientos por Entre-Rios y Corrientes.

La guardia nacional de Concordia, segun telegrama de ayer á nosotros, se sublevó toda, mandando á su jefe Aquileo Gonzalez, proporcionándose del ferro-carril y retirándose á Caceres (Corrientes) con todo su armamento, vestuario y municiones llevadas por el "Pingo" últimamente. Los empleados refugiados en el Salto.

El telegrama agrega: "Pronto grandes nuevas, espíritu revolucionario domina todo Entre-Rios"

Siempre su afmo. amigo --

C. Tejedor.

Junio 20 de 1880.

Esta carta parece escrita en la tarde del 20, pero no sabemos porque, recién el 21 á las 2 a. m. la recibió el Coronel Arias; dos horas antes de ser atacado por Racedo.

El Coronel Arias considerando que toda su caballería era innecesaria en el Puente Alsina, dispuso que detrás de la gente desarmada que estaba haciendo reconcentrar en la ciudad, si guiese ésta.

Pero que aguardase órdenes en los Corrales, pues creía Arias seguro el rechazo del enemigo y entonces pensaba hacer uso de la caballería para lanzarla en la persecucion.

El Comandante Meana hizo al llegar á los Corrales un telegrama avisando el ataque y pidiendo proteccion para el Puente de Barracas, telegrama hecho por encargo del Coronel Arias.

El combate era rudo, pero sostenido por los leales hijos de Buenos Aires con una bravura legendaria.

Allí se batian con un denuedo asombroso tropas bisonas en su mayor parte, mal armadas y organizadas en unos dias, con la flor de los veteranos de nuestro ejército.

Pero los valientes veteranos, avezados á la victoria rápida y segura, se batian por una causa antipática para ellos, y contra la ciudad que los

habia colmado de flores en la victoria y de beneficios en la adversidad.

Y andaban perezosos y desanimados, con mas ganas de venir á nuestras filas, que de hacer fuego contra la gran ciudad.

Si hubiera sonado una voz vivando á Buenos Aires, aquel bizarro ejército hubiera vuelto sus armas contra los hombres de la Chacarita!

Los batallones de la liga eran los que hacian mas fuerza por la victoria, que desde los primeros tiros estimaron imposible para ellos.

El Guardia Provincial de Santa-Fé que venia ansioso de probar el cordero gordo! con el coronel Vazquez a la cabeza, fué de los primeros en entrar en fuego y el primero tambien en perder desde su jefe hasta su bandera.

Este cuerpo de linea por su organizacion y el reclutamiento de los veteranos que lo componian se encontró frente al Guardia Provincial de Buenos Aires, que con su benemérito y valeroso Comandante Martin Diaz á la cabeza, se estaba saliendo de la vaina segun la gráfica expresion de sus soldados.

El Guardia Provincial de Santa-Fé, rompió el fuego, fuego compacto y sostenido, que recibió el Guardia Provincial de Buenos Aires, con el mas entusiasta de los vivas á la provincia madre

Y en seguida rompió á su vez un vivísimo y nutrido fuego, que hizo vacilar al batallon de *ma. crédito*, de la liga.

Vino en su auxilio el 1º de linea al mando del intrépido Mayor Lopez, á cuya sombra el cuerpo santafecino pretendió rehacerse.

El Coronel Vazquez, cuyo valor nadie ha pretendido negar, quiso tomar algunas disposiciones para dar ánimo á la tropa que vaciaba.

Pero en ese momento recibió dos heridas que lo hicieron rodar á la derecha del Puente Alsina, para no volverse á levantar.

Los santafecinos no atinaron á proteger su cadáver, haciéndose un ovillo en momentos que entraba al fuego el entusiasta batallon San Nicolás.

El San Nicolás entró al fuego con una bravura entusiasta y poco despues la bandera con el lema *Defensores de la ley*, desaparecia de las filas santafecinas, arrancada por los hijos de Buenos Aires.

Un bravo indescriptible arrancó á nuestros héroes aquel primer trofeo arrebatado á los soldados de la liga.

Y el fuego se hizo general.

El ataque á nuestra linea fué traído entonces con todo vigor.

Se veia claramente que el jefe que mandaba aquel ataque, estaba decidido á triunfar á toda costa.

El cañon dejaba oír su acento bronco y amenazador de todos lados.

Y las granadas y las bombas llovian sobre nuestros bravos, que caian como leales al pié de la bandera de Buenos Aires.

Tambien los cañones de Arias, hábilmente dirigidos por cadetes de la Escuela Naval y Colegio Militar, empezaron á lanzar la muerte con sus certeros tiros.

La primera luz de aquella mañana de sangre, alumbró un verdadero campo de batalla cubierto por mas de quinientos cadáveres.

La metralla llovía en ambas líneas con un fragor terrible.

Y allí en medio de aquella masa de sangre y humo, se veia al Coronel Arias sereno y sonriente, acudir á los sitios de mas peligro tomando las medidas que la táctica y la prudencia aconsejan y comunicando á sus oficiales y soldados todo el brio y entusiasmo de su valor brillante.

Para él, desde el principio de la batalla, no habia lugar á dudas.

El triunfo mas espléndido coronaria las armas de Buenos Aires, á pesar de todos los descabros cometidos por el gobernador y los hombres de la defensa.

Y la tropa se batia con mas brios que nunca, demostrando todo el ardor de que se hallaba poseida.

La única preocupacion de Arias era el Puente de Barracas por donde podia ser flanqueado, en caso de abandono.

Por eso lo hemos visto decir al gobernador: me estoy batiendo con todo el ejército de la Chacarita—mande refuerzos, *al Puente de Barracas*, última frase que fué intencionalmente suprimida por un articulista pérfido, al publicar el telégrama.

Aquel encarnizado combate no podia durar mucho tiempo.

El campo estaba cubierto de cadáveres—se habian producido mas de mil doscientas bajas por ambas partes.

El ejército de linea diezmando y aturdido por aquella resistencia heroica, empezó á ceder el terreno, poniéndose en retirada en el mejor orden que lo fué posible.

El Coronel Arias notó entonces que el fragor del fuego era menos, que á su retaguardia se sentia un clamoreo infernal de vivas á Buenos Aires y á las fuerzas de la defensa.

Era el intrépido paisanage porteño, que no habia tomado parte en la batalla, por falta de armas y que saludaba de aquella manera á las granadas que caian con profusion cerca de ellos ó entre los grupos que formaban.

Fue entonces que los mandó retirarse á la ciudad, donde entraron con la misma tranquilidad y alegría con que volverian de una corrida de sortija.

Esa fué la primer gran alarma que hubo en

la ciudad, que creyeron que aquellas eran fuerzas que venian en derrota.

Pero cuando los vieron alojarse tranquilamente en los cuarteles y bajo del Retiro, donde poco despues habian de ser asesinados, la calma renació hasta en los espíritus mas asustadizos.

El enemigo, que habia empezado á retirarse en regular órden, acosado por el fuego de nuestros pocos cañones, empezó una retirada precipitadísima, en el mayor desórden y confusión, sin atinar a levantar sus heridos ni sus muertos entre los que quedaba el valiente Mayor Lopez del 1º de línea.

Fué entonces que el Coronel Arias, coronada su difícil obra, hizo echar alegres dianas por las bandas del ejército.

El único temor que abrigaba, era que una órden estúpida lo obligára á retirarse de aquel campo de batalla que acababa de inmortalizar.

El Comandante Rebuccion, Jefe del Detall hizo este telégrama.

Corrales, 5 de la mañana.

Hemos sido atacados por el ejército enemigo.

Hace una hora que peleamos a fuego vivo.
Mande refuerzos y municiones.

Domínguez Rebuccion.

El Coronel Arias cuando supo, por el mismo Comandante Rebuccion, que habia hecho un telegrama pidiendo proteccion, se enojó seriamente y reprendió á este Jefe.

Van á creer en la Plaza dijo el Coronel que estoy apurado por el enemigo, cuando en este momento mismo lo pongo en dispersion.

El Comandante Rebuccion se disculpó con su celo por el mejor éxito de la batalla.

Arias no se equivocaba!

En ese momento regresaba de la ciudad su valiente y activo ayudante el Mayor Rivera el cual traia la órden del General Gainza para que el Coronel tratase de reconcentrarse hácia los Corrales con todo su ejército.

Que si no podia hacerlo inmediatamente, aprovechase la primera oportunidad que le dejase el enemigo y practicase entónces su reconcentracion.

Tras de Rivera llegaron dos ayudantes mas con las mismas órdenes.

Arias que estaba ya vencedor en el Puente Alsina no se resolvía á dar cumplimiento á estas órdenes reiteradas que recibia del Ministro y otras que recibió en igual sentido del Gobernador y que despues supo eran falsas y mandadas por un jefe de la Plaza para decidir á Arias á retirarse.

Era muy duro para este jefe, abandonar un campo de batalla donde habia quedado triunfan-

te despues de mas de tres horas de rudo combate, y á costa de los mayores sacrificios.

No se resolvía pues á cumplir aquellas órdenes inalicables, que solo podrian haber sido dictadas creyéndolo derrotado y próximo á ser concluido.

En tan crítica situacion y no queriendo por ningun motivo que se esterilizara el heroico sacrificio de sangre que acaban de hacer los hijos de Buenos Aires; llama a su comisario de Guerra Comandante don Abraham Walker y le dice:

Vaya vd. mi amigo, vea lo que pasa en la ciudad y convenza al Gobernador y al Ministro de que somos vencedores, que no es posible abandonar este campo de batalla que hemos inmortalizado ya con el heroísmo de estos bravos.

Walker quedó indeciso un instante y conociendolo Arias, le dice:

No trepide Comandante, vaya!

—Señor, contesta Walker, un jefe de mi graduacion! pueden creer que tomo ese pretexto para alejarme del campo de batalla!

Entonces Arias, corre al batallon San Nicolás y le toma la bandera quitada á los santafesinos y se la dá a Walker diciendole:

—Llévele esta bandera al Gobernador y dígame que es el primer trofeo de la victoria.

Que no debemos abandonar este campo y estas posiciones, que todo lo que hay que hacer, es reponer los cuerpos que cuidan el Puente de Barracas, aqui me sostendré hasta tanto que vd. regrese de la ciudad.

Las fuerzas de Racedo que habian atacado el ejército de Arias por la margen derecha del Riachuelo y Puente Alsina, emprendian su retirada en el mayor desórden.

Grupos de hombres se veian huir en todas direcciones y vivos están aún la mayor parte de los vecinos de aquellos parages que pueden rectificar lo que decimos.

Las fuerzas que lo habian atacado del lado de Flores, sostenian débilmente la batalla con la artilleria y guerrillas que escopeteaban a gran distancia, sin ofender ya á las fuerzas de Arias que festejaban con dianas su victoria.

Asi pasó el tiempo hasta que regresó el valiente comandante Walker.

Las fuerzas atacantes habian quedado por el momento rechazadas.

En este resultado tuvieron una buena parte los cadetes que servian la artilleria de la plaza, neutralizando con sus tiros oportunos los efectos de un ataque imprevisto.

El parte del Comandante en jefe nacional como se verá despues, nada cuenta de este rechazo.

No habla sino de un ataque y una victoria.

Cuando regresó el Comandante Walker dijo al coronel Arias que no había logrado el objeto de su comisión.

Que el Ministro insistía en que debía retirarse, replegándose á los Corrales, que allí encontraría refuerzos y lo mandaba anunciar que al Coronel Morales que se encontraba en Barracas le había mandado orden de que no comprometiese ninguna acción de frente y se retirase á trincheras!!

Que Campos debía enviarle la protección á los Corrales con Lagos.

El Coronel Arias se desesperó al oír este mensaje y exclamó:

Pero que quieren esos hombres de la ciudad!!

Por Dios!! . . . quieren derrotarnos ellos ya que no pueden lograrlo los enemigos.

¡¡ Mandar á Morales que se retire del Puente de Barracas!! exclamaba desesperado.

Pero si eso es dejar la puerta abierta para que se entre Levalle!!

—Convéncese señor, le decía el digno Walker eso se ha ordenado y tendremos que retirarnos para no ser flanqueados por el enemigo.

Tuvo Arias que resignarse; no le quedaba otro recurso.

De nada servían su valor y conocimientos militares.

De nada tampoco habían servido aquellos mil cadáveres tendidos en el campo de la victoria que tan cara costaba!

Sus mismos amigos, sus compañeros de armas eran sus peores enemigos.

Unos por ignorancia, otros por celos, pero esa era la verdad.

No desmayó sin embargo por esto y emprendió su retirada en tal orden, con tal organización en la marcha que el enemigo mismo que aprovechó la circunstancia para venírsele nuevamente á la carga, se ha visto precisado á hacerle justicia.

El Coronel Campos a las 7 de la mañana dió cumplimiento a las órdenes del Ministro de Milicias trasmitiéndoselas al distinguido y valeroso Coronel Lagos, que inmediatamente se puso en marcha desde el 11 de Setiembre, de la manera que referiremos a su tiempo.

Durante toda la marcha que hizo Arias replegándose á los Corrales desde que la inició en el Puente Alsina, su columna recibió sin cesar una lluvia de balas y granadas que arrojaba tan seguidamente unos tras de otras la artillería enemiga, que debemos creer ni apuntaban sus artilleros pues felizmente poco ofendieron en esa ocasión las balas de la Chacarita á los leales hijos de Buenos Aires.

Cuando Arias se aproximaba á los Corrales notó que de la meseta disparaban también sin cesar dos piezas krupp, como protegiendo su retirada.

Al momento pensó en Lagos!

Era el único jefe capaz de aquella verdadera hazaña, que narraremos en el siguiente capítulo, para honra eterna de los que lo ayudaron.

De cuando en cuando Arias tocaba alto y hacía dar frente al enemigo que venía avanzando, hacía unos cuantos disparos con sus cañones para contenerlo y logrado su objeto volvía á emprender su retirada.

Los soldados, al fin viendo aquella serenidad de su Jefe superior concluyeron por ser todos y cada uno de ellos igualmente serenos y tranquilos en aquella terrible jornada que se veían precisados á hacer contra la voluntad de su jefe y por otro que no estaba en el campo de batalla!

Oh! Si hubiera estado, si hubiese presenciado como partían del Puente Alsina las fuerzas de Racedo, que no volvieron mas á entrar en pelea ese día, seguramente que no habría dado la orden de retirada y habría como Arias quería, sacado buen provecho de aquella situación porque él también es soldado y valeroso.

LA MESETA DE LOS CORRALES

Hé aquí el punto luminoso en la epopeya de 1880!

La meseta de los Corrales importa la gran corona de laureles inmortales, que cifieron sobre la frente de Buenos Aires, los héroes que bajo las órdenes del Coronel Lagos inmortalizaron allí el nombre de una gran causa.

Allí converjían todos los fuegos del enemigo, aquello era un volcan de fuego y proyectiles, á cuyo estruendo imponente solo un grito respondía: viva Buenos Aires!

Allí se moría por la libertad, allí la muerte se cernía con un encarnizamiento terrible, y sin embargo los combatientes acudían de todas par-

es atraídos por la noble causa que se defendía y el prestigio del jefe que sostenía tan terrible posición.

Era el Coronel Lagos un jefe digno de defender aquella posición tremenda y una posición digna de ser mandada por aquel jefe extraordinario, á cuyos piés se arrastraba la muerte sin atreverse á tocarlo.

Buenos Aires, representado por sus hijos de la meseta, crecía por minutos á la vista de aquel enemigo poderoso, que tenía que retroceder á su pesar, bajo el fuego espantoso de sus cinco piezas!

Y otra vez se rehacía y otra vez atacaba con imponente encarnizamiento.

Pero otra vez era rechazado y otra vez se retiraba dejando el campo cubierto de cadáveres.

Las piezas eran servidas por jóvenes de diez á veinte años, niños, puede decirse, animados por espíritu de héroes.

Cada tanto tiempo uno de estos artilleros rodaba al pié de la pieza y en el acto era reemplazado por otro, que solo esperaba un claro que le señalara un puesto de combate.

Allí cayeron Rojas, Saenz Valiente y Vieyra, sin que las fuerzas que rodeaban á Lagos decayeran un momento ni retrocedieran un segundo.

La meseta de los Corrales, dadas las fuerzas que la defendían y el poder del enemigo que atacaba, es la primera hazaña de todas las que cuenta la historia Argentina y aún la historia Americana.

Pasarán los años y los siglos, y el nombre de los héroes que la defendieron y vencieron, vivirá en la memoria de los buenos.

Tiempos vendrán en que defender á Buenos Aires no sea un crimen de muerte, y entónces los héroes de la meseta y Puente Alsina recibirán el premio de su denuedo.

Y la memoria de los que allí cayeron, será honrada en las mas brillantes páginas de nuestra historia.

¿Cómo había llegado el Coronel Lagos á la Meseta de los Corrales?

Qué fuerza material iba á secundar la fuerza de su espíritu elevado y noble?

Veámoslo.

Que el bravo Coronel Arias se batía desde la madrugada, no era un misterio para nadie.

El Jefe de la Plaza 11 de Setiembre lo sabía como todos, y aunque ardía de deseos de ir á ayudar á su amigo y compañero, no podía abandonar sus posiciones sin orden superior.

Rocien despues de las siete de la mañana, el Coronel Campos, Jefe de la Plaza, llegaba al 11, y ordenaba á Lagos fuese á ver lo que sucedía en el Puente Alsina.

—¿Con qué fuerzas debo marchar? preguntó este digno jefe.

—Vaya usted solo por el momento, que segun esté el coronel Arias se mandarán fuerzas en su auxilio.

—¿Pero qué he de ver?

El Coronel Arias se bate, es un hecho, y que se bate con todo el ejército enemigo no hay duda—con ir yo á mirar no podré prestar al Coronel Arias, en caso que lo necesite, mas auxilio que el de mi propia espada.

—No importa, ante todo es necesario saber qué sucede al ejército del Coronel Arias.

El Coronel Lagos hundió las espuelas en los flancos de su caballo y partió seguido de sus ayudantes.

El ardor mas santo animaba el noble pecho de aquel jefe benemérito.

No llevaba objeto en su marcha, y sin embarco allá iba á contribuir con lo que fuera posible á la salvacion de la patria.

Cuando el Coronel Lagos llegó á los Corrales, Arias, triunfante, abandonaba su campo de la manera que hemos detallado anteriormente.

El Coronel Lagos, había encontrado en su camino dos piezas de artillería, cuyos artilleros iban sin rumbo y les ordenó lo siguieran, como á diversos grupos de Guardia Nacional que no sabían donde dirigirse, ni atinaban á lo que sucedía.

Con aquel pequeño peloton, el Coronel Lagos se consideró invencible.

El enemigo se rehacía en aquel momento, y volvía al ataque con nuevos bríos y decision.

Una segunda batalla mas sería que la primera se preparaba entónces.

El Coronel Lagos buscó con su mirada de águila algun accidente del terreno que fuera favorable á colocar sus dos piezas.

Y su espíritu bravo se iluminó de pronto, irradiando su luz sobre su semblante expresivo y noble.

Su mirada acaba de encontrar la meseta que iba á inmortalizar mas tarde.

—¡A la meseta, y viva Buenos Aires! gritó, dirigiéndose á aquella posición, donde colocó en el acto sus piezas, que rompieron un fuego terrible, por lo certero, sobre el enemigo.

Este que pretendía tomar un flanco al Coronel Arias, sorprendido con aquel fuego que abría anchos claros en sus columnas, cruzó todos sus fuegos, haciéndolos converjer á la terrible meseta.

En aquel crítico momento llegaban tres piezas Krupp que enviaba el Coronel Campos, y los batallones de Dantas, Comandante Paz, Comandante Eliot y Comandante Rivas.

Un viva atronador á Buenos Aires dominó por un momento el estruendo del fuego, y los batallones subieron á la meseta rompiendo un vivo fuego de fusilería.

El Coronel Lagos tenía ya un ejército y su corazón latía gigante animado por la convicción que dá la seguridad del triunfo.

El enemigo, sorprendido por aquella lluvia de balas, avanzó sereno y decidido á desalojar aquella posición formidablemente sostenida.

En esta situación el Coronel Lagos hizo avanzar por la derecha tres batallones á órdenes del Comandante Dantas, con órden de contener al enemigo que avanzaba y cubrir la retirada del bravo Coronel Arias, que en aquel momento hacia un espléndido y difícil cambio de frente.

Colocadas convenientemente las cinco piezas que rompieron un fuego terrible y roto también el fuego por los batallones de Dantas, el enemigo se vió forzado á contener su marcha y responder el fuego que se le hacia con una bizarría digna de nuestros viejos veteranos.

Pero los cañones de la meseta vomitaban la muerte en cada disparo, y el enemigo, para no retroceder, se veía forzado á aglomerar allí todos sus elementos.

El Guardia Provincial y otros cuerpos, como diversos grupos de voluntarios que habian acudido á la meseta, habian sido tendidos de barriga, por el Coronel Lagos, y en aquella posición no solo impedían que el enemigo avanzara un paso mas, sinó que le ofrecían menos blanco.

El enemigo empezó entónces el avance de sus columnas de ataque por la parte Sur, mientras su artillería lanzaba una nube de metrallas.

Este fué el momento del ataque general y decisivo de la batalla como lo dice en su parte el heróico jefe.

La meseta, la terrible meseta fué envuelta entónces en una inmensa columna de humo.

El Coronel Lagos desapareció en aquel momento de la vista de los suyos, rodando entre los cadáveres que lo rodeaban.

Un grito imponderable brotó de todos los pechos.

Pero en el acto vieron de pié nuevamente al denodado jefe.

Un casco de metralla habia muerto su caballo, que lo habia arrastrado en su caída y montando sobre el de uno de sus ayudantes, siguió dirijiendo la batalla, que habia llegado á su punto mas peligroso.

El humo era densísimo.

Sin embargo á su traves podia verse la infantería tendida en el suelo y el fagonazo de las piezas de artillería donde cada oficial fué un héroe y donde tan pocos soldados quedaron de pié.

Allí cayó Rojas, contestando con un metrallazo la bala que lo hirió en el pecho, rodando despues, bajo una segunda descarga, al pié del krupp que mandaba.

Y allí también Saenz Valiente y Vieira, los únicos artilleros que habian quedado con dos piezas que mandaban, las cargaban ellos mismos, apuntaban y hacían fuego.

Mas adelante tenia lugar una escena conmovedora é imponente.

Un Cadete de marina, con el pecho destrozado por un casco de metralla, habia rodado al suelo, desde donde se arrastraba pálido y vaci-

lante, para volver á cargar la pieza y hacer fuego.

El Coronel Lagos que estaba en todos los accidentes de la batalla, corrió entónces hasta donde se arrastraba el Cadete, y estrechándole la mano, lo alzó ordenándole se retirara del fuego.

—¿Qué esperanza! respondió aquel niño—aún tengo fuerzas para hacer un par de tiros mas, sobre aquella columna que avanza tan garifa.

—Ni un tiro mas, dijo el Coronel Lagos, retírese amigo mio, para atender su herida.

El jóven artillero sonrió al noble jefe con una sonrisa de muerte y se fué sobre la pieza ya cargada, cubriendo con una mano la inmensa herida de su pecho.

El Coronel Lagos, para obligarlo entónces á retirarse, se puso delante de la boca del cañon diciendo.

—Si usted hace fuego, lo hará sobre mí.

—No hay remedio, dijo entónces el jóven sonriendo siempre, tendré que retirarme, pero ¡viva Buenos Aires!

El Coronel lo acompañó un momento y regresó al combate, que no podia abandonar un momento sin grave peligro para la posición, atacada entónces con el mayor denuedo.

La pieza que habia servido al heróico Rojas estaba allí sola y abandonada.

Todos los que la habian servido habian muerto despues de abrir enormes claros en las filas del enemigo.

De pronto apareció un jóven vestido correctamente de negro y con polainas blancas.

Su tez transparentaba la sangre que hacia correr el coraje violentamente.

Sus cabellos rúbios estaban velados por la tierra y en sus ojos habia algo de sublime.

Su labio estaba cubierto por un bigote de dibujo suave, y los rasgos de su fisonomía, raramente acentuados para su edad, revelaban el temple de una alma heróica.

Nadie lo habia llamado al combate.

Nada lo ligaba tal vez con los que allí caian por una causa santa.

Era su espíritu entusiasta que lo arrastraba al campo de batalla, donde se moría por la libertad.

Se acercó al Krupp abandonado, tomó municiones, y solo, empezó á cargar, á cargar, á apuntar y hacer fuego.

Hubo un momento en que el cañon era ya inútil.

La fuerza enemiga habia llegado al pié de la meseta, en una carga terrible, traída bajo una lluvia de balas.

Con una fuerza extraordinaria, é insospechable en sus miembros delicados, el jóven desconocido arrastró el cañon hasta el borde mismo, lo cargó e inclinándolo violentamente en una diagonal atrevida, y bajo un torrente de balas de que era blan-

co, lanzó el último metrallazo a las fuerzas de Racedo, metrallazo que hizo en ellas un estrago terrible.

El Coronel Lagos, al sentir fuego de artillería en un lado donde no había artilleros, dió vuelta el semblante bravo y pudo observar desde un principio.

Al disiparse el humo de aquel último metrallazo, Lagos que con solo sus ayudantes sobrevivientes estaba de pié, pues la demás fuerza seguía echada sobre la meseta, corrió hacia el jóven desconocido que estaba también de pié, y estendiéndole la mano lo hizo retrocer con la pieza.

Desde este momento el enemigo empezó á retroceder, aniquilado, deshecho.

El ala derecha, que a las órdenes de Olascoaga intentaba en vano flanquear al Coronel Arias que se retiraba peleando como un león, vaciló por fin y empezó á retroceder como azorada de la defensa gigante de aquella meseta imponderable.

Los fuegos de la artillería enemiga eran admirablemente dirigidos.

Una prueba de ello es que todos los artilleros que sirvieron las piezas del Coronel Lagos, rodaron al pié de sus cañones, despedazados por la metralla enemiga.

Solo el corazón gigante del Coronel Lagos podía haberse sostenido victorioso en aquel volcán de fuego, como solo el brazo esforzado del Coronel Arias podía triunfar en el Puente Alsina, con los elementos que tenía á sus órdenes.

Oh! Buenos Aires tiene que grabar tres nombres en el libro de su corazón y su recuerdo.

El Coronel Lagos, el Coronel Arias y el Coronel Morales.

El uno en la meseta de los Corrales, el otro en su campaña fabulosa coronada por las batallas de Olivera y Puente Alsina y el tercero en la heroica defensa del Puente de Barracas y rechazo del ejército de Lavalle.

Son ellos los que dieron lustre á las armas de Buenos Aires y probaron que la Provincia madre era invencible en los campos de batalla.

Sin ellos Buenos Aires habría rodado al abismo de sangre y vergüenza que le habían cavado.

Era imponente la figura del Coronel Lagos sobre la meseta histórica.

Sin bajarse del caballo un solo momento, acudía á todos los puntos donde el combate se encarnizaba, comunicando á sus subalternos el valor sereno de su corazón, y su inquebrantable fé en el triunfo.

A su lado todos cayeron.

Y él mismo en dos ocasiones rodó por el suelo arrastrado en la caída por su caballo muerto.

Fuera de la meseta estaba representado por Dantas, valiente y experimentado jefe, cuya sangre marcó en el Paraguay el paso de las legiones argentinas.

Y los que venían á arrojar sus balas á la gloriosa Buenos Aires, se detenían llenos de respeto, asombrados de tanta heroicidad.

Así, los que habían sostenido que la juventud de Buenos Aires solo se batía con los perfumes de las peluqueras, los que creían arrollar al Tiro Nacional con las vainas de las bayonetas de sus soldados y los indios erijidos en soldados de línea, tenían que bajar la cabeza y retroceder ante aquella juventud que se batía de una manera imponderable con los mejores soldados de la América.

Tres asaltos fueron traídos á la meseta, todos ellos vigorosos, bien dirigidos y récios.

Pero las tres veces tuvieron que retroceder ante el Krupp y el Remington manejado por las aristocráticas manos de la juventud porteña, que hasta entónces no había manejado otra cosa que la varita y el guante.

Allí, bajo las órdenes del Coronel Lagos y entre el estampido del cañón, cada niño había sido un Rojas, un Salaverry ó un Vieyra.

Dejemos la palabra por un momento al Coronel Lagos, para que nos narre con su lenguaje modesto y elocuente, aquella jornada gigante:

Junio 22 de 1880.

Al Sr. Coronel D. Julio Campos, Comandante General de la Defensa.

Cumpliendo las órdenes de V. S., me trasladé al campo donde se batía ayer, desde la madrugada, el ejército al mando del Coronel Arias.

Llegué á los Corrales en momentos muy oportunos, pues el enemigo amenazaba ocupar aquella posición importantísima, que hubiera cortado la comunicacion con el Coronel Arias.

En tal situacion, tomé disposiciones para colocar convenientemente las cinco piezas de cañón que tan oportunamente me mandó V. S. é hice avanzar por la derecha tres batallones al mando del Teniente Coronel Dantas, con órden de sostener la posición y cubrir la retirada del Coronel Arias, que se hacia necesaria dada la situacion desventajosa que dicho jefe ocupaba, atacado por sus flancos y en un terreno bajo.

Colocados los cinco cañones sobre una meseta que dominaba por completo el campo de batalla, hice romper sus fuegos, mientras el Comandante Dantas hacia lo mismo con sus batallones, con teniende de esta manera el avance del enemigo que estrechaba ya aquella importantísima avenida.

Momentos despues el Coronel Arias emprendía su retirada despues de haber rechazado el primer ataque llevado á sus posiciones. Pero el enemigo aglomeraba mas fuerzas, y era indispensable cambiar el campo de batalla. Emprendió pues dicho Coronel un cambio de frente, haciendo una marcha de flanco, operacion difícil de pre-

ticar, sino hubiese sido delante de sus enemigos que acababa de ser rechazado enérgicamente.

Con todo, el enemigo cruzó sus fuerzas de artillería sobre la columna del Coronel Arias, que avanzó lentamente, sufriendo la explosión de las granadas sin conmoverse: imponía respeto, señor Coronel, el avance lento y marcial de aquellos valientes.

Mientras tanto el fuego se hacia general y cuando el Coronel Arias llegó al pie de la meseta que yo ocupaba, aquello se convirtió en un volcan de proyectiles, especialmente de granadas.

Entonces, pero en posiciones ya por nuestra parte, el enemigo empezó el avance de sus columnas de ataque por la parte Sud, adelantando otra columna á rebasar nuestro flanco izquierdo.

Este fué el momento general y decisivo de la batalla.

El enemigo avanzó con denuedo, con el denuedo y la arrogancia del soldado argentino, pero las excelentes posiciones que teníamos ya ocupadas, nos dieron la ventaja, y contuvimos el ataque haciendo grandes destrozos en sus columnas, pero sufriendo nosotros tambien lamentables bajas, tanto en la tropa como en los oficiales, tres de los cuales eran mis ayudantes que cayeron heridos á mi lado.

He dicho que aquel fué el momento decisivo, porque aquella utilísima meseta era la llave de nuestras posiciones en el campo abierto y desventajoso en que nos habíamos batido hasta entonces, á tal punto, que si lo hubiésemos perdido, se habria comprometido seriamente el éxito de la batalla.

El Coronel Arias fué obedecido por mis fuerzas en sus disposiciones y me mandó oportunamente los refuerzos que necesité.

Tienen él y su ejército los honores de la primera jornada y reclamo los de la segunda para el Comandante Dantas á cuya pericia y valor se deba el éxito obtenido por los batallones de infantería, los comandantes Eliot y Paz que se batieron como bravos y los oficiales de la artillería que cayeron al pie de sus cañones, poseidos del ardor patriótico que inspira la causa que defendemos.

Como V. S. sabe, la batalla empezó á las 5 de la mañana con el Coronel Arias.

Yo entré en fuego á las 7 y el enemigo se replegó recién á las 2 p. m. siguiendo gran parte de sus columnas y artillería la dirección de Flores.

Yo seguí avanzando paralelamente por su flanco derecho, hasta que se alejó del alcance de nuestros tiros.

Esta es la reseña de la jornada de ayer, dentro del alcance de la esfera de mi mando.

Todos los jefes y oficiales que me han acompañado, así como la tropa, han cumplido con su deber.

Dios guarde á V. S. *Nicandro Lagos.*

Sin embargo, allí habia mas que el deber cumplido, pues habia el deber heroicamente cumplido, hasta el extremo, por parte de su jefe, de pasar un parte tan sencillo como podia haberlo hecho cualquier miron de afuera.

El Coronel Lagos se limita á reclamar los honores de la segunda jornada para el Comandante Dantas.

Nosotros reclamamos para él los honores que el pueblo de Buenos Aires sabe tributar á sus héroes.

La Meseta de los Corrales es la cúpula puesta sobre el templo de nuestras libertades.

Dios proteja el espíritu de los que allí rindieron la vida.

El Coronel Lagos, en lo récio del fuego, se quedó solo, pues sus ayudantes habian caido uno despues del otro.

Solo Nicandro Dorr, el valiente Nicandro Dorr, se sostenia de pié, recibiendo é impartiendo las órdenes de su jefe, con tal actividad y alegría, que en vez de andar sobre un volcan de balas y granadas, parecia quedar bajo una lluvia de flores.

Hemos oido de boca del mismo Coronel Lagos los elogios mas vivos del valor y patriotismo desplegado en la Meseta por su ayudante Nicandro Dorr.

—Era un diablo, nos decia, que cruzaba por aquella masa de balas y metralla, como si supiera de antemano que ninguna habia de tocarlo.

Su entusiasmo heroico no desmayó ni un segundo durante la sangrienta batalla.

Y nosotros nos hacemos un deber en consignar estos hechos, señalándolos al pueblo de Buenos Aires, para que conozca los hombres con quienes puede contar en sus horas amargas.

Quinteros, el desgraciado Quinteros, secretario del Colegio Mercantil, rodaba deshecho de un metrallazo, al lado del Coronel Lagos, y Valenzuela que vino á recibir la orden que la muerte impidiera recibir á Quinteros, rodó tambien á su lado herido simultáneamente por dos balas de Remington.

Quedaban de pié el ayudante Barrios, del 8 de caballería y el ayudante Cañete, Teniente del 1º de Caballería, que habian concurrido á la meseta con la esperanza de morir por la libertad.

Y uno despues de otro, Barrios primero y Cañete en seguida, rodaron sobre un monton de cadáveres que rodeaba al Coronel Lagos.

En momentos que el jefe lamentaba la pérdida de sus dos bravos ayudantes, un nuevo golpe venia á juntarse con los anteriores.

El ayudante Warner caia mortalmente herido al mismo tiempo que Pierrot, jefe de las dos piezas situadas en la esquina de Ecuador y Rivadavia, que con ellas habia concurrido á la

meseta, era despedazado por los cascos de una metralla enemiga que chocó sobre la pieza que iba á disparar.

Es que aquel era el momento mas terrible del combate, pues el enemigo hacia su esfuerzo mas supremo para desalojar la meseta.

De ocho lanceros al mando del jóven Gaudencio, que habian seguido al Coronel Lagos desde el Once, como una especie de escolta, solo tres quedaban en pié, con Gaudencio á la cabeza, esperando su turno de descansar la cabeza, sobre la tierra por cuyas santas libertades luchaban.

Asi, Nicandro Dorr, con una actividad asombrosa, trataba de multiplicarse para conducir todas las órdenes que impartia sin descanso el Coronel.

Fué entónces que empezaron á llegar los refuerzos que enviaba el bravo Arias, á los que el Coronel Lagos hace referenria en su parte.

De pronto subió á la meseta un grupo de soldados de boina blanca, que al grito de ¡viva Buenos Aires! rompieron un fuego violento sobre el enemigo que avanzaba por tercera vez.

Era un grupo de jóvenes del Pergamino, que no contentos con haber luchado como buenos en el Puente Alsina, venian á ayudar espontáneamente á los de ensosores de la meseta.

Mas tarde subia tambien á la meseta el Batallon Ituzaingo, y rompía sobre el enemigo un fuego nutrido v sostenido valientemente.

El batallon Ituzaingo, de barriga, como todas las tropas de la meseta, peleaba con un entusiasmo digno de su nombre.

Solo su abanderado, un jóven en cuya fisonomia infantil brillaba la luz de un espíritu superior, permanecia de pié, como desafiando á la muerte con los frescos colores de su bandera.

Sentimos no haber podido averiguar su nombre, para recomendarlo al recuerdo de los buenos.

Porque dia vendrá, estamos seguros, en que los defensores de Buenos Aires reciban el premio de tanta heroicidad y abnegacion.

El Ejército Nacional era digno, enemigo de aquellos héroes.

Aunque frio y sin entusiasmo, porque defendia una causa que le era antipática, atacó y combatió con su habitual denuedo.

Hubo un momento en que, herido su amor propio por su impotencia para desalojar la meseta, reunió todo su esfuerzo y atacó enérgicamente, apoyado por la artilleria que barria la posicion ocupada por el Coronel Lagos.

Pero tuvo que ceder de nuevo, y retirarse, convencido que todo esfuerzo era inútil.

—Daba calor, nos decia poco despues un veterano del 8 de línea, ver la soltura y entereza de aquellos mocitos para pelear.

Parecia que nos tuviesen en menos!

Y esto es el gran mérito, esto es lo que constituye la gloria de la meseta!

Si se hubiera combatido con un enemigo inferior, igual, no se hubiera podido llamar ni siquiera una accion distinguida!

Es que combatian tropas bisoñas y mal armadas, sin organizacion militar en su mayor parte, contra un ejército diez veces mas numeroso, admirablemente armado, y entre cuyas filas formaban los mejores batallones de línea, habituados á triunfar siempre y ensoberbecidos con su propia gloria.

Y aquellos viejos veteranos y el Regimiento 1º de Artilleria, tenian que retroceder, ante las piezas mandadas por niños como Rojas, Saenz Valiente, Pierret y Salaberry!

Por esto la Meseta de los Corrales es una hazaña que al immortalizarse, immortalizará el nombre de los que la defendieron y los que la regalaron con su sangre generosa.

¡Salud una vez mas á aquellos héroes!

Cuando el Coronel Lagos se retiraba al 11 de Setiembre, dejando al Coronel Arias en la heroica posicion que hizo célebre, se encontró con el Comandante Segovia, que llegaba con dos compañías de vigilantes.

Lagos le dió colocacion en el paraje conocido por la Quinta de Aldao, donde le hizo desplegar en guerrilla sus leales vigilantes, para contener un batallon que por allí avanzaba.

El Comandante Segovia, actual Comisario de la Seccion 13 de Policia, tendió su guerrilla y maniobró de tal manera, que el batallon sobre quien disparaba, juzgó mas prudente recostarse á Flores y seguir el derrotero del Ejército Nacional, que iba deshecho y fatigado de tanto luchar, sin haber podido obtener la menor ventaja!

La Meseta de los Corrales fué durante muchos dias el paseo de la gente de la ciudad.

Iban á contemplar como quien contempla un monumento, la terrible meseta.

Quien examinaba los destrozos hechos por las balas, quien las sepulturas imperfectas de los soldados que vieron allí la última luz, quien buscaba balas ó cascos de metralla, como para guardar un recuerdo de aquel hecho heroicos quien explicaba los movimientos de la fuerza contando los hechos heroicos que se habian realizado por nuestros soldados, y quien en fin marcaba la trayectoria recorrida por el Coronel Arias, peleando como un leon, con su gente mal armada y peor municionada.

Los paseantes circulaban, los grupos se unian á los grupos y la relacion de los hechos heroicos reunia numerosos corrillos.

El Ejército Nacional se habia retirado deshecho.

Un ataque llevado á la Chacarita, no hubiera sido resistido.

Buenos Aires conservaba intacta su guarnicion

del Norte y Oeste, donde habia tropas de primer orden, mientras el ejército de Belgrano, habiendo entrado todo en juego, no tenia un solo soldado de refresco.

Cuando se combatia en el Puente Alsina y los Corrales, pudo salir una tropa del Norte, y haber concluido con la guerra, trayendo los hombres funestos que la habian provocado.

Pero el Gobernador de Buenos Aires no se fijó en esto, ni los jefes de la plaza se lo indicaron.

Veamos entre tanto qué era del Coronel Arias, quien dejamos retirándose por orden del Ministro de Milicias.

LA RETIRADA

A las 8 y 45 llegaba el Coronel Arias á los Corrales y junto con él una gruesa columna del enemigo.

—No me habia equivocado! nos decia el Coronel, cuando al sentir aquellos disparos de cañon pensó en Lagos.

Mi leal amigo, el valiente Coronel Lagos, estaba allí para ayudarme con su valor y con su inteligencia rápida.

Apenas tuve tiempo de estrecharle la mano: el enemigo apuraba y fué preciso desplegar los batallones al paso de trote.

Numerosas descargas de fusileria y ametralladoras lo anunciaron por el frente.

Los cuerpas que hasta entónces operaban sobre el flanco derecho, al abrigo de la cortina de árboles y cercos que allí hay, recibieron orden de avanzar.

Por la izquierda apareció al mismo tiempo una fuerte columna de las tres armas á las órdenes del Coronel Manuel Campos; la cual se aproximó rápidamente hasta situarse en el estaqueadero, al pié de la meseta, como á dos cuadras de distancia.

El combate siguió en todas partes por mas de una hora.

Las lomas, los potreros y los cercos semejabán otros tantos cráteres que vomitaban sangre y fuego.

Las baterias de campaña situadas en los Corrales, hicieron como 160 disparos por pieza en este tiempo.

El ejército nacional hacia esfuerzos en unas partes por mantener sus posiciones, y en otras por ocupar las nuestras.

Solo en las fuerzas á las órdenes inmediatas de Racedo, hubo, segun su mismo parte, muertos 1 jefe, 2 oficiales y 98 soldados; y heridos ó contusos 10 oficiales y 182 soldados: es decir,

fuera de combate 1 jefe, 12 oficiales y 280 soldados.

De repente, cerca de medio dia, el ejército nacional inició de nuevo sus movimientos de retroceso.

Las columnas de la reserva se replegaron rápidamente hácia nuestra derecha, y algunos instantes despues, todas las fuerzas efectuaron la misma reconcentraciön, bajo el cañon de la quinta de Peña.

Aquí debemos hacer constar, salvando una omision involuntaria del parte del Coronel Arias; que el Comandante don Floro Latorre con su batallon de Bomberos, dió una brillante carga al flanco derecho del enemigo que atacaba los Corrales, es decir, á las fuerzas del Coronel Manuel Campos y esta carga llevada por orden del Coronel Arias, en el momento oportuno, fué la que decidió la victoria de las tropas de Buenos Aires, sobre las nacionales.

Las dianas se hicieron oír en toda la linea junto con los últimos cañonazos disparadas por Arias.

Pero en ese mismo momento le llegaba una segunda orden del Ministro de Milicias para reconcentrarse con sus fuerzas á las trincheras.

Arias, que en presencia de aquella espléndida victoria, habia recobrado su jovialidad y buen humor, dijo al Ayudante del Ministro:

—Está bien, dígame que voy á dar cumplimiento, pero antes voy á gastar estos pocos tiros de cañon que aún me quedan sobre aquellas guerrillas del 1^o de caballeria que van en tan precipitada retirada.

El Ayudante miró en la direccion que el Coronel Arias le indicaba y se convenció que efectivamente no habia en aquel momento mas enemigo á la vista que unas guerrillas de caballeria que se retiraban al galope.

La artillería enemiga había desaparecido yá del campo de batalla, solo tronaban aún los pocos cañones que tenía Arias en la meseta.

Al llegar á los Corrales, el Coronel Arias había preguntado por su caballería y se le contestó que por órden del Coronel Campos se había reconcentrado á la Plaza Constitucion, y que allí debía estar.

Creyó Arias que aquel camino estaría muy bien guardado y á dos compañías que no tenían munición, las despachó en esa direccion, poco ántes de concluir la batalla.

Pero estas compañías fueron hechas prisioneras por el Coronel Levalle.

Mas tarde, cuando rechazaba á todo el enemigo que lo había atacado, mandó el Coronel uno de sus ayudantes pidiendo al Coronel Sanabria un regimiento para perseguir al enemigo.

Recien entónces supo por el valiente jóven Eguía, que toda su caballería se la habían hecho entrar hasta el Paseo de Julio!!

Era ya tiempo de retirarse cumpliendo las órdenes del Ministro.

Las municiones de rifle y cañon comenzaban á agotarse.

Muchos de los pocos artilleros de que disponia la plaza, habían quedado fuera de combate.

La mayor parte de las bestias que servian las piezas estaban muertas.

Su gente había peleado en el Puente Alsina y Corrales, sin descanso.

Las fuerzas de Arias tomaron por la calle Caseros hasta la de la Rioja, y por ésta hasta las trincheras.

Las del Coronel Lagos y una compañía del Provincial, Mayor Carranza, fueron marchando paralelamente con las nacionales, volviendo á ocupar el Once de Setiembre poco antes de retirarse Ar as.

El escuadron del Comandante Biedma, situado durante la accion en las barrancas que corren de los Corrales hácia la quinta de Aldao, fué el último en retirarse.

Cuando Arias emprendía su marcha de reconcentracion de los Corrales á las trincheras, oyó un tiroteo hácia ellado de la Convalecencia.

En el acto supuso que seria el Coronel Levalle con su division, que habiendo encontrado franco el camino, se venia sobre las trincheras, pero muy á destiempo ya porque todo el Ejército Nacional había sido rechazado del campo de batalla.

Supuso el Coronel Arias que la cosa seria de muy poca importancia, pues á ese lado debían estar todas las fuerzas de Leiria, Morales, Diez Arenas y en fin todas las demás que se encontraban acantonadas en la parte Sud de la ciudad y que no habían combatido ese dia.

Por consiguiente se dijo:

¿Dónde voy yo á estorbar con estos soldados

cansados de pelear. con sus armas descompuestas y faltas absolutamente ya de municion?"

Un carro que le mandó el General Gainza con municiones había caido en poder del Coronel Levalle á la altura de la Plaza Constitucion.

Arias y sus fuerzas habían peleado sin cesar siete horas y un cuarto: desde las 4 a. m. hasta las 11 y 1/4 a. m. hora que se tiró el último cañonazo en la Meseta de los Corrales.

llaciéndose pues estas reflexiones siguió su marcha á las trincheras.

Pero cuál no seria su sorpresa cuando al llegar á ellas, un ayudante del Coronel Campos 6 de Garmendia, no sabemos bien de cual de estos jefes era, llega á media rienda hasta la cabeza de la columna preguntando por él desesperadamente.

Le encuentra y le dice con voz angustiada:— Señor, las fuerzas del Coronel Levalle entran por la calle de Salta!

—¿Qué calle es esa? preguntó el Coronel Arias, ¿pero dónde están las fuerzas de la Plaza, qué hacen los Coroneles Campos y Garmendia?

Esperaba aún la respuesta, cuando llamó mas su atención al Coronel el tiroteo cercano ya de las fuerzas del Coronel Levalle y de algunas guerrillas de jóvenes del valiente "Tiro Nacional" que se defendian en las calles, y se apresura á prestarles proteccion y á cubrir las trincheras que encuentra abandonadas completamente.

Pero Levalle que se encuentra solo y vé que la Guardia Nacional de la ciudad, repuesta de la sorpresa que le había ocasionado su inesperada llegada, empieza á defenderse haciendo pié en todas las bocas calles y acantonándose convenientemente en algunas azoteas, piensa en su situacion, y se retira inmediatamente hasta la Convalecencia.

Cuando Arias dió vuelta hácia atrás á ver como estaban las trincheras que había cubierto en el primer momento de su llegada, las encuentra desocupadas!

Pregunta por las fuerzas dejadas allí y sabe entónces que el Coronel Garmendia había venido por detrás de él retirándolas de la 1ª línea y pasándolas á la 2ª.

Inmediatamente mandó sus ayudantes á hacerlas regresar á la 1ª línea.

Viendo por fin el Coronel Arias, que ya no había enemigos y habiendo cesado el fuego en toda la línea, pasó hasta la casa de Gobierno donde lo llamaba el Ministro de Milicias.

El trayecto que Arias recorrió desde las trincheras hasta el Ministerio, fué en medio de las mas entusiastas demostraciones de simpatia.

Allí le recibieron el Gobernador y sus ministros con muchas felicitaciones.

Pero Arias, se desentendió de ellas para pedir esplicaciones sobre las órdenes de retirada que había recibido estando vencedor en el campo de batalla.

Entre tanto, mil otros episodios habian tenido lugar, del lado donde se batia el Coronel Levalle.

Concluimos con ellos los cuadros de los sangrientos dramas que tuvieron su desenlace en esos dias.

Dos horas despues, en la Avenida Santa Lucia y rodeados de un inmenso gentío, se destacan dos pequeños grupos, son los heróicos restos de los batallones Sosa y Mitre al frente de los cuales se encuentran sus bravos jefes, los Comandantes Bahía y Guevara.

El primero de estos, que supo mantener en esta terrible jornada su merecida fama de valiente, dirige á sus queridos compañeros breves pero elocuentes palabras.

El Coronel Morales colocándose en el centro-electriza con unas cuantas frases á sus queridos batallones y descende en medio de una multitud de ciudadanos, que le estrechan cariñosos contra sus pechos emocionados de admiracion. En mas de uno de aquellos rostros varoniles se desliza una furtiva lágrima como el espontáneo tributo prestado á este militar, á quien jamás podrá olvidar el pueblo de Buenos Aires.

El Coronel se dirige á la puerta de su cuartel y al salvar sus umbrales, no puede contener la tristeza que inunda sus facciones al recordar la suerte de los que no contestarian mas al toque de la lista, por haber entregado su existencia á la patria.

En la cuadra del batallon Sosa, un centinela de las fuerzas de la Plaza y con la muestra de la mayor veneracion guarda varios cuerpos humanos, al parecer dormidos.

Son algunos de los héroes de aquel memorable dia de gloria y esterminio, que cayeron como buenos en el campo de batalla.

El Coronel les contempla con el cariño con que un padre puede ver á sus hijos y se retira silencioso y sin poder dominar los encontrados sentimientos que debieron pasar por su corazon de oro.

En seguida se encaminó á la comandancia, donde un cuadro no menos duro para su esquita sensibilidad le esperaba:

Tresinta heridos próximamente, que en su mayor parte habian sido recojidos y transportados durante el combate por D. Manuel B. Fernandez, yacian tendidos sobre las duras tarimas del soldado.

Del pecho de ninguno de aquellos valientes se desprendia una queja ni un reproche para sus enemigos, ni un lamento por los múltiples dolores que sus heridas les causarían.

El Coronel se aproxima á cada tarima, recibiendo de cada uno de sus desgraciados compañeros una prueba del amor y respeto que su hidalguia se captó entre ellos.

Solo un poeta podria pintar aquellas escenas.

No intentaremos describir ni aún relatar las duras pruebas á que se sometió el alma de acero de aquel viejo veterano de las libertades de su pueblo, que mira la muerte á su alrededor, en el campo de batalla, sin que un músculo de su cuerpo se conmueva.

Pero que no puede evitar el que sus sentimientos se reflejen en su rostro cuando tiene que contestar á las madres, esposas ó hijos de los bravos que combatieron a su lado.

El toque de silencio, dió una trégua al espíritu de los voluntarios, pero una trégua que solo debia durar hasta el siguiente toque de ordenanza.

A la diana del dia 21, el lejano estampido del cañon anunciaba al mismo tiempo que el telégrafo, que á los gloriosos restos de los batallones Mitre y Sosa les esperaba su puesto de honor.

No se hicieron esperar mucho, pues el entusiasmo crecia con el número de bajas.

El Sosa con su jefe á la cabeza batió marcha, en union con el Mitre á cuya cabeza se encontraba su segundo jefe, el veterano de trece años de buenos servicios, Capitan D. Clemente Marambio.

El Comandante Guevara que, por repetidas órdenes del Coronel, se habia retirado á su casa á curarse de la contusion que recibiera el dia antes en la caída de los dos caballos que le mataron, montó inmediatamente á caballo no obstante tener inflamada su pierna, y dirigiéndose á gran galope tomó el mando de un cuerpo á la altura de Tres Esquinas.

El Teniente José Porta, herido el dia anterior y con la bala aún en su cuerpo, seguia penosamente á su compañía.

Varias horas continuaron ambos batallones ocupando los diferentes puntos que sus jefes les indicaban, sin que la fatiga, el hambre, ni mucho menos el peligro les hiciera desmayar.

Allegó por fin la hora del nuevo sacrificio y el "Mitre" como el "Sosa" prueban por segunda vez que la muerte les es indiferente ante los sagrados intereses de la patria.

El 11 de línea viendo la retirada de nuestro ejército creyó en su derrota y vino á estrellarse contra aquellos batallones que desplegados en guerrillas defendieron palmo á palmo el terreno, y sin dejar un solo herido.

En aquellos momentos mandó el comandante Guevara á los tenientes Fortunato Pintos y O. Marambio Catan, que desplegando una guerilla oculta en la plaza General Conesa, contuviesen otra del 11 de línea, fuerte como de cincuenta hombres.

Marambio manda á sus soldados tirarse de bruces y dirigiéndose al teniente Pintos que daba á los suyos la misma órden le dice:

— ~~Comando de pie en un~~ ~~resario dar el ejemplo.~~

—Me habeis ganado la palabra le contestó Pintos y ambos soportan sin demostrar la menor impaciencia el nutrido fuego que el enemigo les hace.

Guevara que está donde el peligro es mayor, recibe en aquel momento dos balazos consecutivos en su mano derecha, los que le quitan la espada del dominio de su brazo.

Un soldado recoge la espada y al presentarla á su jefe es deribado por una bala.

Guevara no perdió por esto su serenidad, y notando que sus valientes eran flanqueados por fuerzas superiores, hace que sus guerrillas se replieguen haciendo fuego, hasta el cuartel de Santa Lucia y Caserós.

La retirada se hace conduciendo los heridos los que son dejados en la comandancia, mientras que sus conductores trepan á las azoteas del cuartel y continúan por dos horas un tan nutrido fuego, que llegan hasta apagar los del 11 de línea.

En aquella azotea se habian dado cita el valor y la pericia. Morales, Bahía y Guevara colocaban á los voluntarios indicándoles la mejor direccion de sus punterías.

Mientras este grupo contenía al enemigo que avanzaba por el Oeste, un destacamento colocado por orden de Morales en la casa de Expósitos contenía al enemigo por el Sud, el que se mantenía á una distancia respetable.

Quando el enemigo desesperado por no poder rendir á estos bravos, se retiraba, el Coronel Morales recibió orden de repliegarse á la ciudad lo que se hizo en el mayor orden porque el enemigo aleccionado probablemente no queria conocer el último esfuerzo de aquellos leones.

Quando los batallones llegaron á la trinchera de Buen Orden y Europa, la inflamacion se habia apoderado del brazo de Guevara, la fiebre se hacia sentir, y la naturaleza y los consejos de los médicos le obligaron á separarse de su batallon.

Antes de dar este paso, llamó al Capitan don Clemente Marambio y le entregó el mando de ese puñado de valientes,

El Coronel don Julio Campos que en aquel momento llega á las trincheras, nombra al Capitan Marambio Comandante de ambos.

Mucho debe Buenos Aires á la abnegacion de los batallones Mitre y Sosa, como á sus dignos jefes, á los que en honor á la justicia deben siempre prestárseles el merecido tributo de admiracion y respeto.

Antes de concluir queremos consignar los nombres de oficiales como Posadas, Sosa Coronel, Serantes, Piñero, herido el 20 sobre el puente, Peralta, Corvalan, Shedden, Stoppani, de los sargentos Solari y Cuyas que muertos sin haber cedido al enemigo una línea de terreno, vivirán eternamente en el corazon de los buenos.

LA TREGUA

En el Puente Alsina y Meseta de los Corrales el enemigo quedaba rechazado, y lo que es peor deshecho moral y materialmente.

Solo el Coronel Levalle habia obtenido una ventaja, gracias al abandono que se hizo de aquella parte de la línea de defensa.

La Convalecencia habia sido tomada, despues de grandes sacrificios por parte del enemigo, cuyas bajas fueron numerosas.

El Coronel Levalle es un jefe bravo y soberbio de aquella bravura magnífica que aprecia y conoce.

Era pues necesario oponerle una resistencia robusta en vez de debilitar allí la línea de defensa.

El jóven B. Salvadores, Cadete del Colegio Militar, se hallaba colocado con una pieza Krupp en la esquina de Salta y Caseros.

Esta pieza, cruzando los fuegos con otra colocada en la esquina de Caseros y Santiago hacia un fuego terrible sobre el 11^o, 5^o, 7^o

y 6 de caballería, que atacaban por aquel lado.

Estas piezas salvaron, con sus certeros disparos, que el bizarro batallon 2^o del 6^o de guardias nacionales, sin Jefe, cayese en manos del enemigo.

Lugones, Rivas, Fernandez, Rolan y Vega, Cadetes tambien del Colegio Militar, hicieron heroicos esfuerzos por contener al valeroso enemigo, que no podia avanzar un paso.

Pero vino la orden de retirada que fué preciso obedecer, abandonando á Levalle la Convalecencia.

Los combates del 20 y 21 habian producido en Buenos Aires un entusiasmo febril.

Todo el decantado poder de la Nacion, se habia estrellado y deshecho en el Puente Alsina y la meseta.

Todos los elementos del gobierno de Belgrano habian concurrido á la batalla, mientras que la plaza conservaba fresca é intacta su guarnicion del Norte.

Ay! si esta guarnicion se hubiera movido sobre la Chacarita oportunamente!—que diverso hubiera sido el resultado de aquellos acontecimientos.

Pero estaba de Dios que los hombres de la defensa debian de marchar de error en error y de descalabro en descalabro.

Buenos Aires se convirtió en un gran hospital de sangre, cuyas enfermeras constantes é infatigables eran nuestras mas distinguidas matronas y niñas.

Ellas tendian personalmente la cama de los heridos y preparaban con un esmero supremo los vendajes y medicamentos con que habian de ser curados.

Y solo esta voz se oia en todos aquellos labios: viva Buenos Aires!

Para dar este grito, aún los moribundos tenian aliento.

Merian por Buenos Aires, por las libertades de toda la República, y se sentian felices al rendir la vida bajo el amparo de las patriotas damas del Socorro.

Solo el gobierno de la defensa podia sentir temor en aquella noche de prueba, soñando con el ataque de fuerzas que solo habian quedado en condiciones de defenderse de un ataque que harto temian.

Los nobles paisanos del heroico ejército de Arias, que por falta de armas habian entrado á la ciudad alojándose en los cuarteles y bajo del Retiro, eran objeto de los cuidados y atenciones del pueblo entusiasta, que iba á llevarles víveres y dinero.

Tanto patriotismo, tanta abnegacion y entusiasmo, no se habia visto jamas en Buenos Aires.

Los nombres de Arias y Lagos, unidos á sus hazañas, eran el tema de todas las conversaciones y la admiracion de todos los circulos, desde la casa de Gobierno hasta el humilde fogon del paisanage.

El Gobierno de la Provincia adoptó entonces medidas que pudieran asegurar el éxito de nuevos combates.

Nombró General en Jefe de la defensa al Brigadier Mitre, D. Bartolomé, y Jefe de Estado Mayor al Brigadier Gelly.

El ejército de la defensa se dividió en dos mandos quedando organizado así:

La guarnicion del Sur, á órdenes del Coronel Campos y la del Norte á las del Coronel Arias. Quedaba en blanco el Coronel Lagos, y el Oeste de la ciudad sin jefe.

En vista de esto, el Coronel Lagos se retiró á su casa, satisfecho del deber cumplido, aunque herido profundamente por aquella primera ingratitude del gobierno.

Este se aperció de aquella especie de iniquidad y el Coronel Lagos fué nombrado entonces jefe de las tropas de vanguardia al Oeste de

la ciudad, con mando sobre la plaza mas próxima.

El digno Coronel se habia retirado al hogar, dispuesto á no volver mas á la defensa, pero su patriotismo por un lado y la palabra cariñosa de sus amigos por otro, lo hicieron desistir de su propósito y volver al sitio del peligro.

Esto era el estado de la ciudad al dia siguiente de los sangrientos combates que hemos narrado.

Ese dia á las 3 de la tarde, se presentaron al Gobierno de la Defensa, el Nuncio Apostólico Señor Gigi Mattered, famoso farsante que mas tarde habia de cerrar las puertas de nuestra Catedral, á las viudas y huérfanos de la Defensa, y al pueblo mismo, que iba á orar por la memoria de sus gloriosos soldados.

Este cortesano venal y servil, iba acompañado por el Baron de Holleber, Ministro Aleman, á ofrecer al Gobierno, en nombre del Cuerpo Diplomático Estrangero, una mediacion amistosa, para celebrar un armisticio y negociaciones de paz.

Segun ellos, ese mismo dia habian ido á Belgrano con igual mision á cerca del Presidente, los Ministros del Perú y del Paraguay.

El Gobernador de Buenos Aires, despues de cambiar con Mattered algunas ideas, aceptó la proposicion de negociar un armisticio durante el cual podrian iniciarse negociaciones de paz.

Veinticuatro horas despues, es decir, el 23 de Junio á las 3 de la tarde, el célebre Mattered de tan odioso recuerdo, se presentó en la casa particular del Gobernador, acompañado esta vez de los Ministros del Perú y Paraguay.

Allí, con su falsa sonrisa de Judas y de jesuita, manifestó al doctor Tejedor que se habia convenido un armisticio que empezaria ese mismo dia á las 8 de la noche, terminando á igual hora del siguiente.

—En estas veinticuatro horas, decia Mattered puede establecerse la negociacion de paz, agregando que el presidente habia ya ordenado el cese de las hostilidades y nombrado como comisionado al Ministro de Hacienda, un tal señor Contador Cortinez, especie de mueble que se adopta á todas las posiciones y servicios.

¿Qué garantias de seriedad podia ofrecer Cortinez, instrumento ciego que vendria á repetir una leccion mal aprendida?

¿Qué significaba el nombramiento de una persona sin ninguna importancia personal ó política para el desempeño de una mision tan delicada?

¿Se queria acaso hacer una de las tantas bur-las ó felonias de Avellaneda?

El gobernador de la Defensa tuvo el candor de aceptar aquel comisionado, nombrando por su parte al noble patriota don Félix Frias.

Todos los Jefes de la Defensa recibieron la comunicacion del armisticio, en cuya comunicacion se les prevenia que hicieran la mas rigurosa

suspension de las hostilidades, conservando cada cual las posiciones que tuviesen entónces.

Cada Jefe era responsable de toda agresion cometida por fuerzas de la Defensa.

¿Cómo cumplia por su parte el Gobierno de Belgrano aquel armisticio sagrado?

Cometiendo la mas grosera é infame de las cobardias.

La única cobardia que hace una sombra sobre nuestra historia.

A las diez de la mañana del 24, el vapor de guerra *Villarino*, parado frente al bajo del Retiro, bombardeaba aquel lado de la ciudad, sin que esta hubiera cometido el mas pequeño acto de hostilidad.

Y aquel bombardeo era mas cobarde aún, si cabe en lo posible, puesto que en el bajo y cuarteles del Retiro no habia mas que paisanos desarmados pertenecientes al ejército del Coronel Arias y aquel lado de la ciudad estaba todo habitado por familias inofensivas.

Las bombas del *Villarino* empezaron á asesinar á aquellos pobres paisanos, yendo muchos de ellas á caer hasta la esquina de Parque y Esmeralda.

¿Porqué se cometia aquella infamia?

¿Porqué en medio de un armisticio, un buque de la escuadra argentina asesinaba la parte de la poblacion mas indefensa?

Los hombres de Belgrano, no podrán jamás levantar esa afrenta.

Nunca hemos creido que el Comandante Solier haya cometido por su sola cuenta aquella cobardia.

Un simple comandante de buque no se habria atrevido á asumir una responsabilidad tan tremenda.

Y desde que ese gobierno no hizo el menor cargo al Comandante Solier, es porque la órden habia sido por él dada.

Cuando las primeras bombas cayeron en los cuarteles del Retiro, sembrando la muerte y la sorpresa entre los nobles paisanos, el bizarro Comandante Falcon acudió al bajo con una pieza,] á repeler aquel bombardeo inusitado.

Los paisanos entretanto, repuestos de su sorpresa, empezaron á liar sus recados, y salir tranquilamente del cuartel, buscando refugio en las plazas Libertad y 6 de Junio.

Impotentes para castigarla, reian bondadosamente, con esa ilema sublime de nuestro gaucho, ante la agresion cobarde y sin objeto.

Los fuegos del Capitan Falcon apagaron muy pronto los del Villarino, que, cumplida su mision poco envidiable, se retiró con algunas averias y una pieza desmontada por los tiros de Falcon.

Aquel bombardeo *glorioso* causó unas sesenta victimas entre muertos y heridos, de aquellos paisanos cuyo único crimen era amar á Buenos Aires y derramar su sangre generosa por sus libertades.

El cuerpo diplomático, negociador del armisticio y el célebre Matterna, ante quien se habia celebrado, nada dijeron ni hicieron la menor protesta.

Este hecho indignó profundamente á las tropas de la Defensa, pero el gobierno dictó sus órdenes mas terminantes para que el armisticio fuera por ellas respetado.

Y las negociaciones de paz continuaron, entre el noble señor Frias y el Contador Cortinez, instrumento elegido por los hombres de Belgrano.

CONSEJO DE GUERRA

El Gobernador de la Provincia, mientras se negociaba la paz, reunió en su despacho y bajo su presidencia un consejo de Guerra, al que asistieron todos los jefes de la Defensa.

El Gobernador queria oír la opinion de los jefes, sobre estos dos puntos: si podia darse una batalla campal y si podia sostenerse el sitio por mucho tiempo mas.

Ninguno conocia los elementos de la plaza, con precision, y la respuesta se hacia no solo difícil sinó imposible.

Los jefes, opinaron que no se podia dar una batalla campal, sin antes dar organizacion al ejército de la Defensa, para lo cual se necesitaban

dos ó tres meses, tiempo que, segun el digno Coronel Lagos, se podia resistir un sitio.

El Coronel Arias no era de esta mismo modo de pensar.

Pidió al Brigadier Gelly que, como Jefe de Estado Mayor, informara los elementos con que contaba la plaza.

El General Gelly, en el corto tiempo que hacia ocupaba tan importante puesto, habia empezado recién á confeccionar un estado preciso, que aún se hallaba incompleto.

Sin embargo resultó que la plaza tenia diez y siete mil soldados, de los cuales diez mil estaban armados á fusiles de precision, y veintina

pieza de artillería, listas para entrar en combate.

—Con diez mil soldados de armas de precisión y veintiuna pieza de artillería, se puede dar una batalla campal! exclamó el ardoroso Coronel Arias.

Yo me atrevo á darla con esos elementos y á triunfar también.

El ejército de la Chacarita está moralmente deshecho por los pasados combates, es un ejército que aún no ha descansado ni se ha repuesto de las fatigas de la batalla.

La sorpresa de vernos llevar un ataque á su campamento con tales elementos, facilitaría el triunfo á las armas de la Defensa.

El Gobierno de la Chacarita, añadia lleno de entusiasmo, no tiene actualmente ocho mil soldados útiles.

La mayoría de su ejército la forman los contingentes de las Provincias, que están en peores condiciones que nuestros paisanos desarmados.

Entreguéseme los elementos ya dicho, y mañana el Ejército de Buenos Aires estará en los cuarteles de la Chacarita y Belgrano, reposando su triunfo!

Aquellas palabras del patriota eran por demás serias, por el carácter y los antecedentes del Coronel Arias, pues con elementos mezquinos en comparación de los actuales habia realizado mayores prodigios.

Aquella declaración precisa y terminante, fué origen de una discusión.

Algunos Jefes pensaban que una batalla seria un desastre, pues las tropas de la Defensa carecian de la instrucción y disciplina necesarias para medirse con el ejército de línea.

—Eso no es exacto, replicaba el Coronel Arias.

Los soldados de Buenos Aires pueden medirse con cualquier soldado del mundo!

Y una prueba de lo que digo es el Puente Alsina y la Meseta con los centenares de cadáveres que rodean aquel campo de gloria.

El digno Coronel Lagos que los ha visto allí, podrá apoyar mis palabras.

—Nadie duda de su valor, decian los opositores, pero la Guardia Nacional no ha recibido aún la instrucción necesaria para dar una batalla campal.

En casos como este la ordenanza militar es terminante y no admite réplica.

Cuando en una plaza sitiada se reúne un consejo de guerra para decidir si la resistencia es ó no posible, tomará el mando de la plaza el que se comprometa á resistir ó salvar la plaza de cualquier modo.

A un simple alférez que á ello se comprometa, le será entregado sobre tablas el mando de la plaza.

Por la ordenanza militar, estrictamente observada, el Coronel Arias era desde aquel momento el jefe supremo de la Defensa.

Algo como un chispazo del génio iluminaba en aquel momento la frente juvenil y despejada del brillante militar.

—Señor Gobernador, exclamó de pronto, como para cortar toda discusión.

Yo me comprometo á dar la batalla y empeño mi palabra de que el triunfo coronará las armas de Buenos Aires.

Yo juego mas que todos, observó, porque juego, á mas de la vida, mi prestigio, mi porvenir de soldado y hasta mi memoria, sin merecerlo.

Y lejos de trepidar, tengo en la victoria mas fé que nunca.

Si no cumplo lo prometido, puede colgárseme como un botarate cobarde, en la Plaza de la Victoria.

Ante tales palabras no habia que vacilar.

Pero el Gobierno de la Defensa dispuso reunirse en consejo privado, para resolver lo que debía de hacerse, dando por terminado el Consejo de Guerra.

La batalla que pensaba dar el Coronel Arias, era tremendamente difícil, pues no solo iba á tener que luchar con el Ejército de la Chacarita, sino con los enemigos de su propio Ejército.

El lo sabia, comprendia que no seria bien secundado, pero le bastaba serlo por sus jefes y oficiales del Puente Alsina, y por su leal y bravo compañero el Coronel Lagos.

El Gobierno de la Provincia sabia también que habia en la Defensa elementos hostiles al Coronel Arias, que entorpecerian su acción.

Y en vez de suprimirlos y allanar el camino de la victoria el digno jefe, como lo hubiera hecho cualquier gobierno que quiere hacer triunfar una causa, contemporizaba con ellos, les dejaba ejercer su acción perversa, haciéndose su cómplice, de esta manera.

Y como este acerto, por la gravedad que envuelve puede ser tachado de falso, vamos á corroborarlo con las mismas palabras del doctor Tejedor.

El Gobierno de la Defensa, á pesar de las palabras del Coronel Arias en el Consejo de Guerra y á pesar de la ordenanza militar no se resolvió á dar la batalla y adoptó otro temperamento.

¿Porqué?

El mismo doctor Tejedor lo confiesa en su *Defensa de Buenos Aires*.

“Sobre la batalla, dice, el gobierno resolvió que no podia ordenarse, porque era natural encargar de ella al jefe que habia opinado afirmativamente, y era de temer, por antecedentes de que estaba en posesion el gobierno que seria mal secundado”.

El gobierno confesaba esto, y en vez de suprimir los obstáculos ó someter á un consejo de guerra á aquellos que anteponian sus pasiones personales á los sagrados deberes de la patria,

suspendia la batalla salvadora, por temer de que el Coronel Arias fuese mal secundado.

El doctor Tejedor creyó mas eficaz enviar su renuncia á la Legislatura, el mismo dia que el Coronel Arias elevaba la suya al General en Jefe de las fuerzas de la Defensa, renuncia que era aceptada en estos términos:

Buenos Aires, Julio 2 de 1880.

Al Sr. Coronel D. José I. Arias.

He recibido la nota de V. S. en que, por las razones que espone, renuncia al puesto de Jefe de la Circunscripcion Norte.

Respetando los motivos que han inducido á V. S. á dar ese paso, el señor General en Jefe ha aceptado la renuncia de V. S. encomendándole manifieste en su nombre, que agradece los valiosos servicios que ha prestado á la Defensa, con el celo y patriotismo que le recomiendan á la consideracion del pais.

Me es grato saludar al señor Coronel Arias, con mi especial consideracion y aprecio.

Juan A. Gelly y Obes.

Asi terminaba su gloriosa campaña, este hombre extraordinario, que habia tenido que luchar con la ineptitud del propio gobierno, con la inaccion é indecision desesperante de los hombres de la Defensa, con un ejército de reclutas y con un enemigo superior en todo sentido, menos en corazon.

Sus sacrificios no han sido estériles.

Sobre la ingratitud de los incautos, están los pueblos que, como el de Buenos Aires sabe recoger y honrar el nombre de los campeones de su libertad.

Tal vez no esté lejano el dia supremo de la reparacion, en que no serán los Mattera quienes vengan á cerrar nuestra Catedral al pueblo que quiere orar por sus muertos.

Veamos ahora los arreglos de paz, dejando la palabra al mismo doctor Tejedor, y su exhibicion de documentos.

LA PAZ

“El Sr. Frias aceptando la mision, buscó al Ministro Cortinez y tuvo con él una larga conferencia, sobre bases que escritas le habian sido entregadas, segun dijo, por el Sr. Presidente, y que eran simples indicaciones de rendicion.

Esas bases eran:

“1º Separacion de las autoridades ó poderes que han encabezado el movimiento revolucionario.

2º Disolucion de las fuerzas con entrega de las armas.

“3º No se hará ningun proceso militar ni civil; pero los empleados ó militares que hayan desobedecido las órdenes del Gobierno, ó tomado parte en la insurreccion, quedarán uera de sus puestos ó empleos, segun está ya decretado.

“4º Respeto absoluto á las personas, propiedades, etc. exceptuando aquellas medidas de un carácter transitorio y policial, derivadas del estado de sitio, y que pudieran ser prudentemente requeridas, hasta el restablecimiento de una situacion normal”.

En vano el Sr. Frias se esforzó por discutir estos puntos: el Sr. Cortinez declaraba que no podia alterar las instrucciones dadas; y el Sr. Frias se retiró.

Segun el Sr. Frias tambien, ninguna importancia

se dió en Belgrano al hecho del bombardeo, que se reducía á dos tiros, y era atribuido á algun error, ó provocacion.

Al entregar estas condiciones, cuyes originales existen en poder del Dr. Tejedor, como los demas documentos que se han de citar, el Sr. Frias espresó que él no se habia hecho cargo de ellas, que solo las presentaba como muestra, y agregó que aunque creia que no desistirían de ellas, su opinion era que no debía abandonarse el terreno de la negociacion, por otros medios y otras personas.

Pensando lo mismo el Gobernador y los Ministros, que desde entónces tomaron parte en la negociacion, se llamó al General Mitre, jefe de la plaza, y se le propuso encargarse de ella.

El general aceptó y fué acreditado con esta carta,

Buenos Aires, Junio 25 de 1880.

“Señor Presidente:

“Hay en la ciudad fuerza bastante para resistir los ataques que se le traigan.

“Hay la opinion que alienta en los contrastes y sostiene en la lucha.

“Quiero sin embargo en cuanto de mí dependa, ahorrar mas escenas de sangre.

"Quiero librar de la muerte á la juventud, que es el porvenir de la patria; á la clase menesterosa y trabajadora, del hambre; y á la campaña, de las depredaciones de una guerra duradera.

"Prefiero las bendiciones de las madres, á la vanagloria del triunfo mismo, que se comprase á costa de tanto sacrificio; y resuelvo solicitar un arreglo pacífico, honorable para la provincia, aunque no lo sea para mí.

"Animado de estos sentimientos, he pedido al General Mitre que pase á hacerle una visita para un arreglo decoroso que ponga pronto término á la situación violenta en que nos encontramos; y puede V. E. darle entero crédito á lo que le diga en mi nombre; seguro de que si esa forma se encuentra, ningun otro sacrificio será rehusado por mí.

"Soy de V. E. &

C. TEJEDOR

Llevada la carta al Presidente por D. E. Madero, antes de salir de la plaza el General Mitre, el Presidente contestó al Gobernador en estos términos:

"Señor Gobernador:

"Acabo de recibir la carta de V. E. y en el acto he nombrado á mis tres Ministros aquí presentes para que se entiendan con el General Mitre.

"Escribo al Sr. Mitre avisándole, y anunciándole que es aguardado ya por los tres Ministros.

N. AVELLANEDA.

Belgrano, Junio 25 de 1880.

Exmo. Sr. Gobernador Dr. D. C. Tejedor, etc."

Y al General Mitre del siguiente modo siendo recibido despues con todos los honores militares:

"Señor General:

"Lo saludo á V. y deseo que su residencia en Belgrano sea eficaz en sus propósitos.

"El Sr. Gobernador Tejedor me escribe que le ha dado plenos poderes, acreditándolo cerca de mí.

"Por mi parte he nombrado á mis tres Ministros aquí presentes, para que se entiendan con V. Ellos le aguardan dentro de una hora en la casa del Ministro del Interior.

"Soy con este motivo su affmo. y atento servidor.

N. AVELLANEDA.

Belgrano, Junio 25 de 1880."

El General se reunió dos veces con los Ministros Zorrilla, Pellegrini y Cortínez.

En la primera, siguiendo todos las mismas inspiraciones á que habia antes obedecido el Ministro Cortínez, esjijieron como éste la desapa-

ricion de los poderes públicos de la provincia, para ser organizados bajola accion de la intervencion nacional.

El General Mitre contestó indignado que si no habia otra proposicion que esa, no tendria otra cosa que hacer que retirarse á la plaza, la cual tenia sobrados elementos para resistir, y solo que por medio de la victoria y podria imponerse á la provincia la humillacion que esa proposicion envolvia.

Los Ministros manifestaron entónces que debia quedarse, porque conferenciando de nuevo con el Presidente, podia la proposicion ser alterada, indicándole hora para reunirse de nuevo, y pidiéndole formulase por su parte la suya.

El General presentó como bases posibles, las siguientes:

"Acatamiento del gobierno de Buenos Aires á los poderes públicos de la Nacion y obediencia al Presidente de la República.

"Desarme de la guarnicion de Buenos Aires, entregando las armas de propiedad pública en el Parque Nacional.

"No habrá procesos políticos."

La conferencia con el Presidente tuvo lugar tambien una del Presidente con los Senadores de Belgrano; y en seguida los Ministros negociadores presentaron al General Mitre, como aceptadas por el Presidente, las siguientes bases. (1).

"Dada la separacion del Dr. Tejedor, el gobierno que le suceda prestará pleno acatamiento á los poderes de la Nacion, y obediencia al Presidente de la República.

"Se procederá *inmediatamente* (2) al desarme de todas las fuerzas que componen la guarnicion de Buenos Aires, entregando las armas en el Parque Nacional, y sin que puedan subsistir aquellas bajo ninguna denominacion ni forma.

"Sin perjuicio de las facultades del Presidente por la via administrativa ó militar, no habrá procesos políticos ni militares.

"Estas bases deberán ser ratificadas mañana á las 8 a. m. por el señor Presidente y el Sr. Vice gobernador, Dr. Moreno, en una conferencia que tendrá lugar en Belgrano."

En este mismo dia se anunció al General Mitre, que la Cámara de Diputados reunida en minoria, el dia anterior habia declarado cesantes á los Diputados que estaban en Buenos Aires; pero que celebrada la paz, el Presidente decia que esa resolucion podia ser reconsiderada, para lo cual ofrecia su influencia.

Tomadas en consideracion por el Gobierno de la Provincia las bases propuestas, creyó que debian ampliarse, á fin de arreglar otros puntos de importancia, como la intervencion, el estado de sitio, la forma y estension del desarme.

(1) De puño y letra del Dr. Pellegrini.

(2) Esta palabra pare se agregó de puño y letra del Dr. Avellaneda

Decidió, pues, el viaje del Dr. Moreno, que hacia además conveniente su amistad con el Presidente, y la circunstancia de que sería él quien tendría en todo caso que ejecutar las obligaciones contraídas.

La conferencia del Dr. Moreno fué directa con el Presidente, aunque concurrieron en seguida los Ministros Zorrilla y Pellegrini.

La posibilidad de un arreglo, anunciado desde la conferencia del día anterior, había producido descontento en algunos intransigentes de Belgrano, que creían fácil la victoria sobre Buenos Aires, y en otros que buscaban posiciones en la continuación de la guerra; y casi á los oídos mismos del Presidente, el Dr. Moreno oyó frases de enojo que no pueden repetirse.

El Dr. Moreno acometió la cuestión de intervención, manifestando que debía establecerse que cesaría inmediatamente que él asumiese el mando, y quedase arreglada la paz.

El Presidente contestó que nada había que establecer al respecto. Tomó el decreto sobre la intervención, y mostrándolo al Dr. Moreno le dijo: "este decreto establece que mientras dure la rebelión del Gobierno de Buenos Aires, queda intervenida la Provincia. La comunicación que tú me dirijas prestando acatamiento á la autoridad nacional, le quita toda razón de existencia y hace cesar la intervención".

Nada había que observar á estas palabras, y se pasó á otra cosa.

Sobre el estado de sitio, observó el Dr. Moreno que debía cesar al mismo tiempo que la intervención. El Presidente le contestó que convenía á los Gobiernos mantenerlo hasta la completa pacificación de la Provincia, y que ofrecía no hacer uso de él sino para contener los desbordes de la prensa; agregando que obtener la suspensión, sería una ventaja ilusoria, desde que al día siguiente podría el Congreso restablecerlo.

Hablóse en seguida del desarme, y se convino en que él solo comprendería para la Provincia el licenciamiento de la guardia nacional, cuyas armas se depositarían en el Parque, manteniendo el batallón Guardia de Carceles, en el número que señala el presupuesto, y las policías de ciudad y campaña, sin organización militar; y en cuanto al ejército nacional, que volverían los batallones de guardia nacional á sus provincias desde el campamento, entrando solo á la ciudad la antigua guarnición, sin aparato.

Convino así mismo, que la forma que se daría á estos arreglos sería pasar el Dr. Moreno, después de la renuncia del doctor Tejedor, la siguiente nota al gobierno nacional.

"Al señor Presidente de la República.

"Habiendo sido aceptada la renuncia del cargo de Gobernador de la Provincia elevada por el doctor don Carlos Tejedor, me he recibido del mando en el día de la fecha.

"Con este motivo, vengo á manifestar al Sr.

Presidente, que la Provincia de Buenos Aires, y su gobierno, prestan pleno acatamiento á los Poderes Públicos de la Nación.

"En este concepto, vá á procederse inmediatamente al desarme de las fuerzas de la guarnición, y á la entrega de sus armas, á fin de que sean depositadas.

"El batallón Guardia de Carceles solo tendrá el número de su primitiva formación, y se suprimirá la organización militar de la Policía.

"Removidas así las causas que nos han conducido á la situación actual, espero que el señor Presidente tomará todas las resoluciones que sirvan para radicar la paz, momentáneamente perturbada.

"Saludo al señor Presidente con mi mayor consideración y respeto.

JOSÉ M. MORENO."

Y que ella sería contestada por el Ministro del Interior con esta otra.

"Señor Gobernador.

"He transmitido al señor Presidente las seguridades que contiene la nota de V. E., y el Sr. Presidente me encarga manifestarle que las acepta plenamente, confiado en su sinceridad, y en el patriotismo con que V. E. las consigna.

"El Señor Presidente me autoriza además para decir á V. E. que puede anunciar que no promoverá ningún proceso político ni militar, con el objeto de propender á la pacificación de los espíritus.

"Aprovecho esta ocasión para saludar al Sr. Gobernador con mi consideración distinguida.

B. Zorrilla."

El borrador de la primera nota se preparó por el Dr. Pellegrini, de la cual se suprimieron las palabras "Parque de Artillería" que contenía, como designación del lugar en que debían ser entregadas las armas de la guarnición.

El de la segunda fué preparado por el doctor Moreno, quien había agregado al segundo párrafo estas palabras "volviendo los cuerpos del ejército á sus acantonamientos respectivos" que el Presidente rechazó por ser las mismas, dijo, del 15 de Febrero, y que el doctor Moreno ofreció cambiar, sin perjuicio de decir lo mismo en otra forma, según lo manifestó á su regreso en el acuerdo de gobierno.

Reglamentando el desarme, el Dr. Pellegrini presentó en la misma conferencia estos apuntes:

"El Ministro de la Guerra piensa que debe verificarse el desarme en la forma siguiente:

"Entregado el Parque á la Nación, ocupará su puesto el jefe del Parque. Los cuerpos de la guarnición se trasladarán al Parque con sus jefes, y allí estos ordenarán que se formen pabellones, y harán romper filas. Dejadas las armas, el jefe del Parque las trasladará á los depósitos.

"Los batallones del ejército, antes de licenciarse

y dirigiras á su destino, irán á depositar sus armas al Parque. Esto se hará enviando solo los cuerpos, á medida que deban embarcarse para volver á sus posiciones."

El Dr. Moreno opuso á esta forma algunas observaciones, que no continuó por hallarse in dispuesto, y tener necesidad de regresar.

Hay que agregar que en esta conferencia, el Presidente dijo al Dr. Moreno, que nada podía hacer sobre los Diputados al Congreso, segun lo ofrecido al General Mitre, porque los miembros de la Cámara estaban muy exaltados; y que eso habria que buscarlo de otra manera.

En la misma conferencia, se promovió al doctor Moreno conversacion sobre los actos que produciria en su gobierno.

Se le habló de sus ministros, á que contestó: "Yo no sé si tendré que nombrar, pues he pedido á los que están que se quedan; pero si ellos se negasen, ustedes bien conocen, y saben que yo no llamaria á mi consejo sinó hombres sanos, honorables y capaces;" y pidiéndosele nombres en esta hipótesis, dió el de algunas personas.

Se le habló tambien del Jefe de Policia, y contestó que él no pediria su renuncia á este, ni á nadie, por razon de la nueva situacion, pero que si la presentase, llevaria á ese puesto una persona de alto rango social.

El Dr. Moreno volvió, y convocados en casa del Gobernador, los Ministros, General Mitre y Sr. Frias, esplicó todo lo ocurrido, leyendo los borradores que traia.

Al conocerse los apuntes del Dr. Pellegrini, sobre el desarme, el Gobernador, los Ministros y el General Mitre dijeron que la forma allí indicada de entregar las armas importaba una rendicion; y que antes de pasar por ella seria preferible continuar la guerra, manifestando tambien oposicion á que los batallones de las provincias entrasen á la ciudad á dejar sus armas.

Se acordó en consecuencia que solo se consentiria el desarme en esta forma: que las fuerzas de la guarnicion dejasen sus armas en la casa de Gobierno de la Provincia, para ser enviadas de allí al Parque; y que los guardias nacionales de las provincias las dejarian fuera de la capital, embarcándose desde sus campamentos, sin entrar á la ciudad.

No pudiendo por su enfermedad hacer nuevo viaje el Dr. Moreno, se solicitó del Dr. D. Amancio Alcorta que fuese en su representacion, como lo verificó el 27 llevando una carta del Dr. Moreno para el Presidente, y los siguientes apuntes sobre el desarme, en sustitucion de los del Dr. Pellegrini.

"El Ministro de la Guerra piensa que debe verificarse el desarme en la forma siguiente:

"El Vice Gobernador de Buenos Aires hará que los cuerpos de la guarnicion ocurran á la

casa de gobierno y dejen allí sus armas, que despues serán depositadas (1) en el Parque Nacional.

"Los batallones del ejército que han de volver á sus provincias respectivas, serán desarmados y embarcados fuera de la ciudad.

"Las fuerzas de linea que forman la guarnicion de la capital, volverán á ella, entrando á sus cuarteles sin aparato alguno."

La conferencia con el Dr. Alcorta fué larga y cordial. El Presidente se mostró muy satisfecho de la paz, admitió sin vacilar el desarme en la forma enviada desde Buenos Aires, y escribió la siguiente carta al Dr. Moreno, en que rechazaba toda intencion de que las tropas nacionales entrasen en triunfo.

"Querido José Maria:

El Dr. Alcorta me dice que se habla de ostentaciones militares en las calles de Buenos Aires. Me creia al abrigo de estas sospechas. Por Dios! no creo que se me ocurra jamás convertir mi corta-plumas de amanuense en la espada de un conquistador.

Nada y nada en este sentido. Me siento Presidente de la República, cuando se trata del honor de todos y cada uno de sus pueblos, y hasta de sus vanaglorias.

Tuyo.

N. AVELLANEDA.

Junio 27 de 1880."

Regresando el Dr. Alcorta, tuvo lugar en casa del Gobernador una nueva reunion, compuesta de los Ministros, del Vice-Gobernador, General Mitre y Dr. Alcorta, refiriendo este en ella todo lo que habia conversado con el Presidente y agregando de parte de éste que era preciso que el Dr. Moreno fuese al dia siguiente *para desahogarse con él*.

Todas las personas presentes, incluso el Vice-Gobernador, comprendieron que la intencion era arrancar de éste algunas concesiones; y entendieron que los arreglos no podian darse por terminados hasta despues de esa entrevista.

El Gobernador entónces manifestó que si el Dr. Moreno tomaba en la nueva entrevista algun compromiso estraño, ó fuera de lo convenido, él por su parte declaraba que no habria paz.

Agregó, que la tendencia del Presidente á comprometer al Vice-Gobernador, arrancándole concesiones privadas, le mostraba evidentemente la necesidad de que él, en su renuncia, refiriase las principales bases de la paz.

El Dr. Moreno apoyó la idea, expresando que hasta entónces ningun compromiso particular habia contraido, que alterase los arreglos, y que

(1) El apunte decia "llevadas á depósito al Parque Nacional". El Presidente borró "llevadas á" y corrigió de su letra la palabra "depósito" por "depositadas en él."

podían estar seguros de que ninguno contraería en la nueva entrevista.

El Gobernador, en consecuencia, anunció en la renuncia que presentó á la H. A. el 1º de Julio:

“Puedo aseguraros que la Provincia ha merecido el respeto que por sus hechos recientes ha sabido conquistarse.

“El desarme se hará por su propio Gobierno.

“No habrá proceso civil ni militar. Los Poderes constitucionales, la *administración misma* quedan incólumes, encargándose el Presidente mismo de hacerlo saber.”

El 28 se dirigió el Dr. Moreno á Belgrano.

Al salir, el Gobernador puso en sus manos como acuerdos de que no podría apartarse:

1º Que su separacion no era una condicion, sino un hecho espontáneo que el produciria dentro del tiempo necesario para llenar las formas constitucionales.

2º Que el desarme seria solo de los cuerpos extraordinarios creados para la defensa, y la entrega de las armas se haria sin forma de triunfo.

3º Que solo entrarian á Buenos Aires las fuerzas nacionales que estaban antes, regresando de Campaña las demas.

La parte del acatamiento, y de los procesos civiles y militares, estaba ya preparada en documentos cambiados como borradores, y la parte de los Poderes Públicos habia quedado fuera de cuestion desde los primeros momentos.

Apenas llegó el Dr. Moreno á casa del Presidente, cuando empezaron á presentarse otras personas.

El Presidente habló generalidades, y dejó á esas personas que investigasen del Dr. Moreno, cuál seria su conducta en el gobierno.

En el curso de la conversacion, una de ellas (1) sostuvo que debia el Dr. Moreno mantener las autoridades de campaña que el Interventor habia puesto hasta esa fecha.

Despues de una discusion ardiente y desagradable, entre ella y el Dr. Moreno, éste rechazó categóricamente semejante pretension, manifestando que en esto como en lo demás, él se consideraba en completa libertad de accion.

No pedian, pues, esas personas sino los nombramientos hechos.

El mismo Dr. Avellaneda no rompió su silencio en esta conferencia, sino para pedir al Dr. Moreno un puesto público vacante para uno de sus amigos políticos, que le fué negado tambien por el Dr. Moreno.

El Presidente concluyó manifestando su conformidad con las bases antes espuestas, dió por terminados por su parte los arreglos, y agregó que en ese momento iba á escribir una proclama

(1) El Dr. A. del Valle, quien partiendo de la base convenida por la cual la Intervencion debia cesar, hacia esta exigencia.

en que anunciaria lo convenido, y la cual enviaria al Dr. Moreno para que la viese, antes de publicarse.

El Dr. Moreno regreso á la ciudad, dió cuenta de todo ante las mismas personas, y se acordó que escribiese al Presidente, diciéndole que por parte tambien del Gobierno de la Provincia quedaba todo terminado, y se procederia muy luego á dar principio á la ejecucion.

El 29 el Dr. Moreno escribió en efecto pidiendo al Presidente la proclama ofrecida, y órdenes para que se permitiese el abasto en la plaza, con algunas observaciones sobre la carta conducida por el Dr. Alcorta.

El Presidente contestó:

“Querido José Maria:

“No he escrito ninguna proclama, porque esperaba los acontecimientos, cuya realizacion debias tú anunciarme.

“En cuanto á mi carta, lijera en las formas, es no solamente seria, sino sincera en el fondo. Cuanto en ella digo puedes repetirlo y ratificarlo, seguro de no ser contradicho.

“En lo que respecta al armisticio existe ya por esta parte.

“En cuanto al abasto de la ciudad, se permitirá mañana apenas se haya realizado el primer hecho de la pacificacion.

N. AVELLANEDA.

Junio 29.”

Resulta, pues, de lo espuesto que en los arreglos de paz se trataron y quedaron eliminados por haber sido rechazados por el Gobierno de la Provincia, los siguientes puntos:

1º La desaparicion de los Poderes Públicos de la Provincia, y su nueva organizacion, bajo la accion de la Intervencion.

2º El mantenimiento de la Intervencion despues de asumido el mando por el Vice-Gobernador.

3º La conservacion de las autoridades puestas por el Interventor en la campaña.

4º El cambio de ministros, del jefe de policia ni de funcionario alguno.

4º El desarme de las tropas de la plaza en el Parque de Artilleria, ante un funcionario de la Nacion.

6º La entrada de los guardias nacionales de las provincias y su desarme en la ciudad.

Resulta tambien que las condiciones aceptadas definitivamente fueron las siguientes:

1º Declaracion de acatamiento pleno á los Poderes Públicos de la Nacion, por el Vice-Gobernador al asumir el mando de la Provincia.

2.^o Desarme de las fuerzas de la guarnicion por el Gobernador de la Provincia en la forma y lugar que el mismo elijiese, para enviar despues á deposito (no como entrega) las armas al Parque.

3.^o Conservacion por parte de la Provincia del batallon "Guardia de Cárcel" con el número del presupuesto, y de las policías de ciudad y campaña, sin organizacion militar.

4.^o El Presidente por su parte declararia que

no habria procesos políticos ni militares, á causa de los últimos sucesos.

5.^o La Intervencion cesaria, despues de hacer el Vice-Gobernador la manifestacion de acatamiento convenida.

6.^o Se mantendria el estado de sitio hasta la completa pacificacion de la Provincia.

7.^o El ejército volveria á sus posiciones anteriores, ocupando la guarnicion ordinaria de la Capital, sus cuarteles, sin aparato.

LA TUNICA DEL CRISTO

¿Como fué cumplido este tratado?

Como todo lo que emanaba del gobierno de Avellaneda; que envolvia siempre una felonía y una perfidia.

El Congreso de Belgrano, siempre en minoría empezó á *capitalizar* la ciudad, como habia *capitalizado* la campaña, y dictó una ley que suprimia la Legislatura de la Provincia.

Era la primer perfidia y la primer violacion del sagrado pacto.

Buenos Aires se habia desarmado imprudentemente, el doctor Moreno habia tomado á lo sério un pacto suscrito por un gobierno que habia faltado quinientas veces á la fé de su firma y tenia que pagar la chapetonada.

Lo peor es que junto con él iba á pagarla el pueblo, el pueblo, que mucho mas práctico que su gobierno, habia resistido al desarme por todos los medios á su alcance.

Y habia tenido al fin que dejarse desarmar, porque no podia sostener una lucha contra el Poder Nacional y el Poder Provincial.

El doctor Avellaneda, ante la ley que suprimia la Legislatura de Buenos Aires, finjió una renuncia ridicula, porque no podia faltar á un pacto por él firmado, y finjió un ataque de hemones, para sustraerse á todo reproche.

Pero todo se arregló entre compadres.

El no renunció y el pacto fué miserablemente violado.

Las fuerzas de linea entraron á la ciudad y se apoderaron de la Legislatura, arrojando á culatazos á los diputados que se resistian en nombre del pueblo.

En vista de esta iniquidad renunció el doctor Moreno, y entonces la espoliacion fué completa.

El pacto se rompió y violó en todas sus partes, y los judios se repartieron descaradamente los despojos de la patria ensangrentada.

Todo cayó bajo la zafia del provincialismo que queria destruir á Buenos Aires.

Sus empleos, sus dineros, sus rangos militares y hasta su vergüenza, fré arrojada en pequeños mendrugos al hambre de los conquistadores.

Y los hijos de Buenos Aires fueron arrojados de todas partes, como los leprosos y condenados como vagos, porque lo que escapó en la ciudad á la voracidad de la conquista, cayó en la campaña bajo la garra de los avaluadores

"Y Buenos Aires que habia mostrado con las armas en la mano de que fuerza y vitalidad estaba dotado, presenció impasible todo esto y consintió en ser administrado desde ese momento por el Gobierno Nacional".

Esto dice el doctor Tejedor en su lastimosa *Defensa de Buenos Aires*.

¿Todavía esperaba mas del pueblo que habia llevado á la ruina y á la conquista?

No, Dr. Tejedor.

El pueblo de Buenos Aires desarmado por aquellos que debian haberlo armado desde el primero de Febrero;

El pueblo de Buenos Aires que habia regado con su sangre el Puente de Barracas, el Puente Alsina, y la Meseta de los Corrales;

El pueblo de Buenos Aires que protestó del desarme;

El pueblo de Buenos Aires que cometió la inocentada de no prescindir de un Gobierno que marchaba de error en error;

Ese pueblo heróico que fué miserablemente

sacrificado por ignorantes y ambiciosos no miró imposible aquellas iniquidades.

Comprendió que no podía luchar á mano limpia contra un ejército conquistador y se retiró digno y bravo, á esperar un dia mejor que ha de llegar tarde ó temprano.

Treinta años ha luchado sola y sin elementos, la federacion, para apoderarse del pais.

Con mejores elementos, con una union ejemplar y en un número fabuloso, no ha de tardar tanto para la reconquista el partido liberal.

Tengamos fé en el porvenir, haciendo constar este hecho tremendo.

Un año despues de estas iniquidades y despo-

jos, un hijo del vencedor de Ituzaingo festejaba el aniversario con toneles de cerveza colocados en la plaza de la Victoria.

Es verdad que era el único modo lógico de festejar la decapitacion de Buenos Aires en una bacanal pública.

El hecho era digno de los que lo cometian!

Y terminamos aquí esta exacta narracion de aquellos sucesos dolorosos, señalando al pueblo tres nombres que nunca debe olvidar: Arias Lagos y Morales.

Ellos permanecen aún, como el Coronel Campos, bajo las banderas de la Defensa.

Honor y gloria para ellos!

F I N

